Andoni Garrido

Colega, ¿dónde está mi urbe?

La Atlántida y otras ciudades perdidas en la historia y en el tiempo

Andoni Garrido

Colega, ¿dónde está mi urbe?

La Atlántida y otras ciudades perdidas en la historia y en el tiempo

la esfera de los libros

Primera edición: marzo de 2021

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (*www.conlicencia.com*; 91 702 19 70 /93 272 04 47).

© Andoni Garrido Fernández, 2021

© La Esfera de los Libros, S. L., 2021

Ilustraciones: Virginia Berrocal, Adrián Cerezo y Manu Sáez

Avenida de San Luis, 25

28033 Madrid

Tel. 91 296 02 00

www.esferalibros.com

ISBN: 978-84-1384-020-8

Depósito legal: M. 909-2021

Fotocomposición: Creative XML, S.L.

Impresión y encuadernación: Huertas

Impreso en España-*Printed in Spain*

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS
PARTE 1. OCÉANOS
1. LA ATLÁNTIDA
2. LEMURIA Y KUMARI KANDAM
3. EL CONTINENTE PERDIDO DE MU Y LA ISLA DE HIVA
4. LA ISLA DE SAN BRANDÁN
PARTE 2. EUROPA
5. HIPERBÓREA Y ÚLTIMA THULE
6. LA CIUDAD HUNDIDA DE YS O DE KER-IS
7. LYONESSE, ÁVALON Y EL MITO ARTÚRICO
8. KÍTEZH, LA ATLÁNTIDA RUSA
9. VINETA O JUMME, LA CIUDAD PERDIDA VIKINGA
PARTE 3.ASIA
10. IRAM DE LOS PILARES, LA ATLÁNTIDA DE LAS ARENAS
11. EL REINO DEL PRESTE JUAN
12. SHAMBHALA Y SHANGRI-LA, EL REFUGIO ESPIRITUAL DEL HIMALAYA
13. AGARTHA Y EL MITO DE LA TIERRA HUECA
14. PANCAYA, EL LUGAR DE ORIGEN DE LOS DIOSES GRIEGOS
15. BIRINGAN, LA CIUDAD FANTASMA DE FILIPINAS
16. YAMATAI, EL REINO PERDIDO DE JAPÓN
PARTE 4. ÁFRICA
17. ZERZURA, LA CIUDAD OCULTA DE EGIPTO
18. LA CIUDAD PERDIDA DEL KALAHARI
19. LIBERTALIA, EL GRAN REFUGIO DE LOS PIRATAS
PARTE 5. AMÉRICA DEL SUR
20. VILCABAMBA LA GRANDE Y LA RESISTENCIA INCA
21. PAITITI, EL REINO OCULTO DE LOS INCAS
22. LA SIERRA DE LA PLATA Y EL MISTERIO DEL REY BLANCO
23. LA CIUDAD DE LOS CÉSARES O TRAPALANDA
24. EL MITO DE EL DORADO
25. LA CIUDAD DE MANOA
26. LA CIUDAD PERDIDA DE Z
27. AKAKOR, UNA CIUDAD PERDIDA INVENTADA
28. PAÍS DE CUCAÑA O DE JAUJA
29. EL CERRO URITORCO Y LA CIUDAD PERDIDA DE ERKS
PARTE 6. AMÉRICA DE NORTE
30. AZTLÁN Y CHICOMÓZTOC, LA PATRIA ORIGINARIA DE LOS

AZTECAS
31. BIMINI Y LA FUENTE DE LA ETERNA JUVENTUD
32. CÍBOLA, QUIVIRA Y LAS SIETE CIUDADES DE ORO
33. LA CIUDAD BLANCA DE HONDURAS O LA CIUDAD DEL DIOS MONO
34. REINO DE SAGUENAY, LA CIUDAD DE ORO DE CANADÁ
35. ROANOKE, LA COLONIA PERDIDA
36. ZARAHEMLA, LA CIUDAD DE LOS MORMONES
BIBLIOGRAFÍA

AGRADECIMIENTOS

Por sus magníficas ilustraciones a Virginia Berrocal, Adrián Cerezo y Manu Sáez.

Por sus valiosas correcciones a los muchachos del Octavo Historiador (David Morenza, Marián Ferro, Ángeles Coello y Patricia Valle), a Diego Rodríguez, a Javier Pérez Cobo (del Foro de la Historia), a Nacho Solanas, a Alberto Garín y a Sebastián P. Vidal.

Por su apuesta y confianza en este tipo de divulgación, a mi editor Félix Gil.

A mis padres, familia y amigos por su apoyo en este y en todos mis proyectos.

PARTE 1.
OCÉANOS

1. LA ATLÁNTIDA

A todos puede pasarnos que, un día, haciendo la colada, perdamos un calcetín por el camino. Es algo bastante común. Sin embargo, eso de perder una ciudad entera o un continente… ya es otro cantar.

Sin duda el continente (o ciudad) perdido más famoso de todos es la Atlántida. Todo el mundo conoce este mito. Bueno, quizás haya algunos que acaben de salir de un búnker antinuclear o que jamás hayan jugado al videojuego *Indiana Jones and the Fate of Atlantis*, así que voy a contaros toda la historia.

Todo empieza en la antigua Grecia, por el año 600 a. C. más o menos. Era una época complicada, porque en la región de Ática no mandaban reyes ni emperadores, sino peña ricachona que poseía tierras, los llamados eupátridas. A esta gente le gustaba el dinerito, la comida rica y esclavizar a otros griegos más pobres a base de deudas.

Fue entonces cuando llegó un legislador llamado Solón a arreglar toda esta problemática social. En su constitución del año 594 a. C. reformó las anticuadas instituciones griegas, el censo, y dio más derechos políticos a las clases desfavorecidas. Bueno, más o menos. Creó la Ekklesia, o Asamblea Popular, que estaba abierta a las clases medias, pero en el fondo las familias aristocráticas seguían ostentando buena parte del poder político. Pero esto no tiene nada que ver con la historia de la Atlántida, es solo para contextualizar.

Después de sus reformas decidió tomarse unas vacaciones para recorrer el mundo conocido, que tampoco era mucho en aquella época. Visitó la isla de Chipre, luego el reino de Lidia, situado en la mitad occidental de la actual Turquía, y finalmente llegó a Egipto. Esto debió de ocurrir hacia el año 570 a. C. más o menos. Era muy común que los griegos viajaran a Egipto para aprender, puesto que ellos consideraban aquellas tierras como la cuna del saber del mundo. Aunque, eso sí, en aquel tiempo el reino de Egipto ya no era lo que había sido en épocas pasadas. Todo aquel esplendor se había esfumado como fruto de los conflictos internos y de haber sufrido invasiones de hicsos, libios y nubios. Y la de invasiones que les quedaban por vivir todavía.

El caso es que Solón llegó a la ciudad de Sais, situada bastante al norte, un centro urbano muy potente tanto en el ámbito político como en el religioso. En un templo charló con unos sacerdotes y les estuvo

contando los hechos más antiguos de Grecia que él conocía. Los sacerdotes egipcios se miraron perplejos y le dijeron que la historia de Grecia era mucho más antigua de lo que Solón les estaba contando. Que mucho antes del diluvio de Deucalión hubo unos antiguos griegos, o atenienses, que lucharon contra una civilización muy poderosa que desapareció de la noche a la mañana. La Atlántida. Así nació el mito.

*

Solón volvió a Grecia después de su periplo y contó la historia. A la gente le fascinó, claro. Eran griegos, y eso de los mitos y leyendas les encantaba, sobre todo si podían añadirlos a sus relatos mitológicos. Se acusa siempre a los romanos de copiar los mitos griegos, pero los griegos también plagiaron, ojito.

Uno de los que se hizo eco de la historia fue un señor que parece que era pariente suyo. Su nombre era Critias el Viejo, que tuvo un nieto en el año 460 a. C., que sería llamado Critias el Joven. Este último tipo es importante, porque se enteró de la historia gracias a su abuelo y siguió hablando de la Atlántida por toda la Hélade hasta convertirlo en un mito con cierta popularidad.

Pero claro, a él le hicieron más casito porque era famoso. Critias el Joven era un político de Atenas relacionado con Alcibíades y con el filósofo Sócrates. Le tocó vivir una época un tanto convulsa, la Guerra del Peloponeso, y en el año 404 a. C. formó parte del gobierno de los Treinta Tiranos, una especie de dictadura impuesta por Esparta tras la derrota de Atenas en la susodicha guerra. Aunque, bueno, este régimen autoritario no duró un suspiro.

Durante su vida, Critias escribió un montón. Su relato de la Atlántida llegó a manos del filósofo Platón y este amplió la historia y la adaptó a formato de diálogos, que era lo que le molaba. Muchos de los escritos de Platón se llaman «diálogos» porque eran básicamente eso, diálogos entre personajes. A veces eran diálogos reales y otras veces se los inventaba solo para exponer o explicar algo.

Pues bien, Critias sale en dos de los diálogos de Platón. En *Timeo* y en *Critias*. En el primero, en *Timeo*, escrito por el año 360 a. C., Platón habló de muchas cosas. Bueno, técnicamente las dijo Timeo, que para eso el diálogo lleva su nombre. Eso sí, no se sabe si este Timeo de Lócride (Italia) fue una persona real o Platón se la inventó. Desde luego, según el texto parece ser un señor mayor con muchos conocimientos en astronomía, filosofía y cosmología.

Otro dialogante es Critias, que habla sobre todo en el diálogo que lleva su nombre. El problema es que cuando se supone que Platón escribió estos diálogos, el ateniense llevaba como cuarenta años muerto, así que podemos decir que el diálogo tiene bastante de

inventiva y de añadidos. Platón era un jovenzuelo de veinte años cuando Critias la palmó. Quizás un día le escuchó hablar de la Atlántida y recordó todos esos datos para después pasarlos a limpio, no se sabe bien. Platón también pudo usar aquel viejo relato de una civilización avanzada y perfecta que acabó en desgracia para dar forma a sus ideas políticas y sobre articular una ciudad-estado ideal, algo que Platón hizo en su obra *La República*.

En ambos diálogos, aparte de Timeo y Critias también intervienen Sócrates y Hermócrates. Y diréis, ¿quién era este Hermócrates? Al parecer fue un general de Siracusa. Tampoco tiene mayor importancia. Supuestamente, el *Timeo* iba a ser el inicio de una trilogía de diálogos. La segunda parte sería el diálogo *Critias* y el tercero el diálogo de *Hermócrates*, pero Platón no llegó a acabar *Critias* y mucho menos a empezar el *Hermócrates*.

Parece ser que la idea de Platón era hablar en el primero de cómo el universo, el cosmos, pasó de un estado desordenado a ser un mundo ordenado. En el *Critias* empezó a hablar sobre el estado perfecto, dándole más vueltas a su utopía de la república, y finalmente, en el *Hermócrates,* parece ser que la intención del filósofo era hablar sobre cómo los estados decaen y se extinguen. Unos dicen que no lo acabó porque se murió de viejo y otros porque comenzó a escribir el diálogo de *Leyes*, se le fue la olla y se olvidó de retomar *Hermócrates*, y después ya la palmó de viejo. Vamos, lo seguro es que la palmó. De eso no hay duda.

*

Pero vamos a lo que nos interesa, que es el mito de la Atlántida en sí, lo que los sacerdotes de Sais le contaron a Solón. Resulta que hace 9.000 años existía una gigantesca isla más allá de las Columnas de Heracles (o Hércules en su versión romana) que era como los griegos llamaban al estrecho de Gibraltar. Esta isla era, obviamente, la Atlántida, llamada así porque la situaban sobre el océano Atlántico, que a su vez se llama así por la cordillera del Atlas, situada en Marruecos. La isla estaba más allá de los Atlas, los cuales, por cierto, se llaman así porque, según el mito, fueron formados por el titán Atlas. Sí, ese que sostenía la bóveda del mundo. Y ahora me preguntaréis… ¿y por qué el titán Atlas se llama Atlas? Eso ya no se sabe.

Para los antiguos egipcios la Atlántida era una civilización tremendamente avanzada. Una gran potencia militar que no tenía rival. Los atlantes vivían en una isla o continente «más grandes que Asia y Libia juntas». Esa frase es textual, pero aquí hay que aclarar que, para los egipcios y griegos, Asia solo era Asia Menor (Anatolia) y poco más, tampoco nos flipemos. Aunque, así y todo, la Atlántida

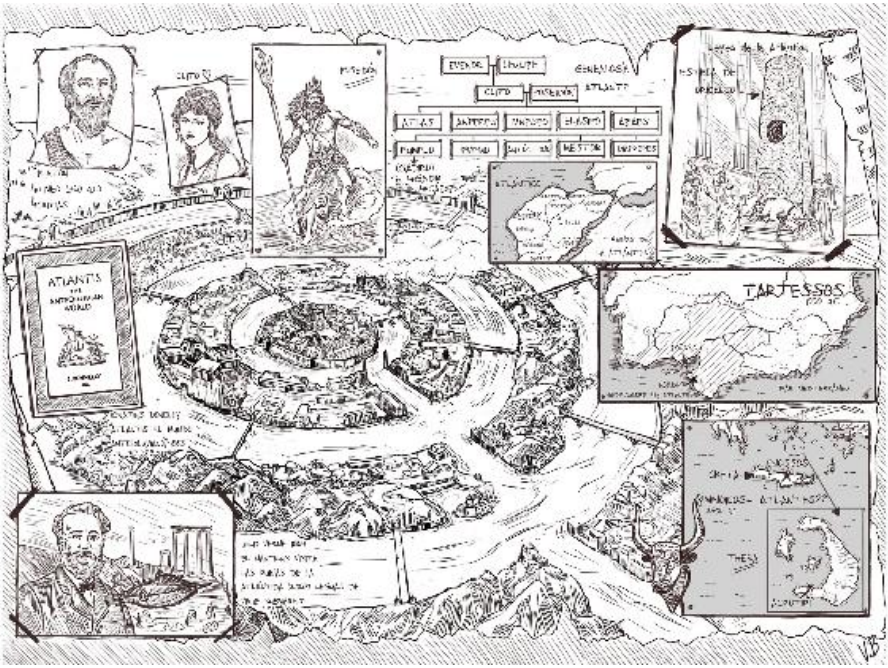
parecía tener unas dimensiones colosales.

En la llanura del centro de la isla, en lo alto de una acrópolis, se levantaba el palacio real, rodeado por murallas de piedras blancas y negras. También allí se encontraban dos templos, uno consagrado a Poseidón y otro a Clito. En breve os cuento quién era esta tal Clito.

Alrededor de esta acrópolis se extendía una extensa llanura surcada por al menos tres canales de agua con forma circular y concéntricos. Mientras tanto, en la parte frontal, un amplio canal transversal conectaba la zona central de la Atlántida con el mar atravesando todos estos canales y anillos de tierra.

Multitud de puentes comunicaban los anillos de tierra, y sobre ellos había multitud de casas, templos, palacios, puertos, arsenales y otras construcciones. Incluso cerca de la acrópolis parece ser que había un hipódromo. Alrededor de la ciudad podían encontrarse campos de cultivo extremadamente fértiles, que daban frutos durante todo el año. Todo el lugar estaba delimitado por un gigantesco muro de piedra.

Los atlantes poseían muchísimos recursos naturales y animales de todo tipo, como elefantes y toros, también madera ilimitada, y por supuesto, un metal extraño de brillo como de fuego llamado orichalcum, castellanizado como oricalco. Este oricalco, o cobre de montaña, era supuestamente una aleación natural entre el cobre y el oro, que al parecer brillaba mucho y fascinaba a los antiguos. Otros piensan que era una aleación de cobre y zinc, lo que viene a ser latón. Fuera lo que fuera, a los atlantes les flipaba y, de alguna forma, era la clave de su progreso.


ATLANTIS
TARTESSOS

Estos atlantes, según el mito, salieron de la prole del dios Poseidón. Resulta que el primer habitante de la Atlántida fue un tal Evenor, que nació de la tierra. Como cuando plantas un garbanzo, pues así surgió. Evenor estaba solo en esa isla, pero sabía que más allá había más personas como él, y tenía ganas de conocer gente maja. A pesar de no existir ni las discotecas ni Tinder, este tipo logró echarse una novia muy simpática llamada Leucipe, y juntos tuvieron una hija: Clito.

Evenor y Leucipe no eran inmortales, así que cuando llegaron a cierta edad se murieron. La pobre Clito acabó huérfana en la Atlántida, viviendo en una pequeña montaña en el centro del lugar. Fue entonces cuando se le apareció Poseidón y le dijo eso de «hola, chata, te veo muy sola aquí y había pensado en venir a hablarte». Y el flirteo funcionó y los dos empezaron a quedar para irse de copas.

Pero a Poseidón le empezó a preocupar la seguridad de su amada y, como no quería que otros humanos salidos se le acercaran, decidió aislarla en aquella montaña central de la Atlántida, creando tres enormes anillos concéntricos de agua que ninguno podría atravesar ni en sus mejores sueños. Con sus poderes de dios, Poseidón enriqueció el centro de la isla con elefantes, toros y recursos ilimitados, para que a Clito no le faltara de nada. Le faltaba poder salir de allí, pero bueno.

Poseidón y Clito tuvieron descendencia, cinco pares de gemelos para ser más exactos. Debido a esto, y como era costumbre, se dividió la isla de la Atlántida en diez reinos, uno para cada retoño. El primero en nacer fue el rey Atlas, de ahí vendría supuestamente el nombre de Atlántida. A su gemelo se le dio el nombre de Eumelo, que luego se cambió por Gadiro, lo que muchos identifican con la antigua Gadir, Cádiz, supuestamente parte del territorio bajo su control.

Luego vendrían Anferes y Evemo; después Mneseo y Autóctono; luego Elasipo y Méstor, y finalmente tendríamos a Azaes y Diáprepes. No hace falta que os los memoricéis, no van a tener apenas importancia en la historia.

Mientras que Atlas fue el rey supremo, los nueve hermanos gobernaron sobre otros territorios del extenso continente, también como reyes, aunque no queda claro si tenían un rango menor. Fueron ellos y sus descendientes quienes llevaron ese continente a su máxima expresión de desarrollo técnico, político y social. Levantaron enormes templos y también se cuenta que crearon una estela de oricalco en la que estaban escritas todas las leyes de su país, todo en plan Código de Hammurabi. Cada cinco años, estos diez reyes se reunían frente a esta estela de leyes y sacrificaban un toro a Poseidón, prometiendo que actuarían siempre conforme a las leyes escritas.

Sin embargo, no es oricalco todo lo que reluce. Esta peña se vino muy arriba con todo el poder que tenían. Se volvieron muy vanidosos y soberbios, y usaron todo su poder para invadir a gente. A gente de

reinos vecinos. Según el relato que le contaron a Solón, estos atlantes guerrilleros ya habían logrado conquistar Libia y también Europa. Y una de sus siguientes víctimas fue la Atenas prehelénica. Claro, ahora sabemos por la arqueología que hace 11.000 años Grecia no existía. Los *Homo sapiens* estaban todavía decidiéndose a ver si se asentaban o no en zonas más cálidas y empezaban a cultivar.

Pero ¿qué pasó? Pues que, según los sacerdotes egipcios, los atenienses hicieron gala de gran valentía y coraje y lograron detener el avance de los atlantes. Después de eso, un violento terremoto, que fue acompañado por un diluvio, lo arrasó todo. Se llevó tanto a la isla de la Atlántida como a esta Atenas prehelénica, y nuestro querido continente ultra avanzado quedó hundido en el mar. ¿Quién fue el causante de tal cataclismo? Pues parece ser que Zeus, en uno de sus ataques de ira.

Ojalá tuviéramos más datos, pero lamentablemente *Critias* es un diálogo inconcluso, se corta y ya no sabemos más. ¿Qué pasó? ¿Por qué Platón no llegó nunca a acabarlo? Se supone que al filósofo le gustaba tanto escribir que empezaba unos diálogos, se emocionaba con otros nuevos y dejaba a medias los primeros. Vaya putada nos hizo. Es como cuando te cancelan esa serie tan interesante que estás viendo y, en cambio, renuevan una aburrida que no te interesa lo más mínimo.

*

Después de Platón parece que la historia de este continente mítico fue cayendo en el olvido. Es raro, teniendo en cuenta que se narra cómo los valientes antiguos atenienses vencieron a un poderoso ejército. Lo normal sería pensar que los griegos usarían esta historia a modo de propaganda nacionalista panhelénica o alguna cosa así para chulear a los persas.

Pero no. La historia de esta antigua guerra y del continente perdido se fue olvidando entre los griegos, lo que llevó a pensar a muchos historiadores que quizás en la época se tomaba el mito de la Atlántida como una ficción o una fábula. Puede que todo fuera una especie de alegoría sobre un pequeño grupo de gente que, unida, fue capaz de combatir a enemigos más grandes. En este caso los enemigos grandes serían los persas, y el grupo que debía estar unido serían los griegos.

Tendría sentido este mensaje de unidad, porque en la época de Platón Atenas y Esparta estaban a leche limpia por toda la Hélade. Era la Guerra del Peloponeso. O podría ser al contrario. Quizás Platón, con la historia de la Atlántida, lo único que pretendía era criticar el imperialismo que estaba ejerciendo la Liga de Delos liderada por Atenas por todo el mar Egeo. Precisamente fueron ese imperialismo y esas ganas de conquista lo que enfadó a los dioses y por lo que

destruyeron la Atlántida.

O quizás Platón solo quería crear un modelo ficticio de una sociedad perfecta a la que poder aspirar. Un paraíso terrenal justo que había logrado ganarse el favor de los dioses. Allí todos eran felices y nadie moría de hambre ni de enfermedades. Hasta que, claro, empezaron a desligarse de esa justicia divina y se corrompieron. Y su castigo fue la destrucción. Típica historia moralizante. Lo encontramos en cualquier libro sagrado que se precie.

*

Algunos autores grecorromanos como Estrabón, Plinio el Viejo y Plutarco escribieron sobre el mito de pasada. De hecho, gracias a Plutarco sabemos los nombres de los dos sacerdotes que relataron la historia a Solón: Psenopis de Heliópolis y Sonquis de Sais, aunque la veracidad de esto se ha puesto bastantes veces en duda. Pero quizás es importante mencionar a Proclo, un filósofo neoplatónico griego que, en el siglo V hizo un extenso comentario del diálogo de *Timeo* y de otros textos platónicos. Parece que su visión sobre la Atlántida era más bien la de una alegoría filosófica más que un hecho real.

En la Edad Media se dejó de hablar bastante sobre el tema de la Atlántida. La mayoría de las referencias fueron citas a Platón y poco más. Por ejemplo, el arzobispo bizantino Eustacio de Tesalónica habló un poquito de ella en su comentario a la obra *Dionisio Periegeta*.

Del siglo VI podríamos mencionar a Cosmas Indicopleustes, un marino griego de Alejandría que navegó por el océano Índico y llegó a tierras tan lejanas y extrañas en aquella época como Etiopía, la India y Sri Lanka. Después se metió a monje y escribió un libro ilustrado titulado *Topografía cristiana*. En él, Cosmas situaba la Atlántida en algún lugar de Oriente.

Este no fue el único navegante que habló sobre ciudades o continentes perdidos. Muchos otros, durante sus viajes por el Atlántico, fueron creando leyendas de islas míticas. Destaca el mito de Antillia, o la isla de las Siete Ciudades, que apareció por primera vez en un mapa de 1424. No se sabe bien a qué islas se referirían, pero cuando Cristóbal Colón llegó al Caribe, se empezó a llamar Antillas a ese conjunto de islas. De todas formas, más adelante en el libro, concretamente en la parte de América, os explicaré más cositas sobre esto.

En la Edad Moderna, que convencionalmente empieza en 1492 con el descubrimiento de América, la cosa fue cambiando. Y es que el descubrimiento de un nuevo continente al otro lado del océano Atlántico, de alguna forma, reavivó el antiguo mito atlante. Todo el mundo estaba como loco por asociar la Atlántida con este nuevo mundo.

Podríamos destacar, en la Italia renacentista, al médico y erudito Girolamo Fracastoro y al geógrafo veneciano Giovanni Battista Ramusio. En 1556 afirmaron que América, ese gran continente descubierto por los europeos hacía medio siglo, era en realidad la famosa Atlántida platónica. Esa era la misma tesis del eclesiástico e historiador español Francisco López de Gómara, autor de *Historia general de las Indias*.

En este libro trató de relatar todos los acontecimientos relacionados con la conquista de México por Hernán Cortés y sus sucesores, y decía que los aztecas serían los remanentes vivos de los antiguos atlantes. Su teoría habría que cogerla con pinzas, pero se basaba en cómo se decía «agua» en idioma náhuatl: *atl*. «De ahí Atlántida, blanco y en botella», dijo el bueno de Francisco para después dejar caer el micrófono con chulería.

Y no solo estos asociaron la Atlántida con América. Tenemos al filósofo florentino Marsilio Ficino o a Gonzalo Fernández de Oviedo, quien fue uno de los primeros cronistas en América.

*

En 1626 el filósofo inglés Francis Bacon publicó *La Nueva Atlántida*, una novela de ficción que contaba la historia de una tierra mítica, Bensalem, donde existía una utopía basada en el progreso científico y técnico y alejada de las movidas religiosas. Según el relato, gracias a todo esto, los habitantes de esta nueva Atlántida lograron una sociedad más justa y próspera. Pero esto simplemente fue una referencia a un mito antiguo, nada relacionado con nueva información sobre el misterio.

Como veis, la historia del mito del continente perdido no se olvidó por completo, pero digamos que pasó a muy segundo plano. Sin embargo, hubo un pequeño renacer en la leyenda a partir de finales del siglo XVIII, cuando científicos de todo el mundo comenzaron a darse cuenta de que la verdadera edad de la Tierra no se correspondía en absoluto con los datos de la Biblia. El mundo no tenía 5.000 años ni de coña, sino millones de años. Y en esos millones de años fue habitada por unos lagartos gigantescos que el paleontólogo británico Richard Owen bautizó como «dinosaurios», es decir, lagartos terribles.

El siguiente en la lista de interesados en la Atlántida fue Olaus Johannis Rudbeck. Fue un naturalista y escritor sueco que en 1728 publicó de forma póstuma un libro: *Atlántica*. En este ensayo, Rudbeck argumentó que la Atlántida era en realidad Escandinavia, y más específicamente Suecia, su patria. Es muy normal que, con el tema de los mitos, cada uno barra para su casa, pero este hombre lo llevó a otro nivel. Dijo que Adán nació en lo que ahora es Suecia y que hablaba sueco, idioma a partir del cual surgieron el latín y el hebreo.

Ya os confirmo yo que eso no es ni de lejos cierto.

También las runas nórdicas habrían sido el precedente del alfabeto fenicio, alfabeto del que sale una gran cantidad de alfabetos en la actualidad, como el griego, el latino, el cirílico, el hebreo, el árabe… De alguna forma era como si Rudbeck buscara darle a su país un cierto aire místico y nacionalista, alzando a la raza de los hiperbóreos de los relatos griegos como los elegidos para alcanzar un mundo en perfecta armonía.

*

Llegamos al siglo XIX, en el que el mito atlántico comenzó a ganar mucha popularidad entre la gente de a pie. Se juntaron varios factores. En Inglaterra y Francia la revolución industrial estaba en pleno auge, y hubo un gran movimiento de inventos y de nuevas ideas. También continuaba en boga el romanticismo, un movimiento cultural que buscaba rescatar la belleza del pasado y convivir con la nostalgia de paraísos perdidos. Finalmente, estaban en auge las novelas de aventuras, siendo su máximo exponente el francés Julio Verne, quien en 1869 nos deleitó con su novela *Veinte mil leguas de viaje submarino*. La de veces que me leí esa novela de crío. Aunque siempre me gustó más *Viaje al centro de la Tierra*. Salían dinosaurios. Cualquier cosa con dinosaurios mejora.

Pero es en *Veinte mil leguas de viaje submarino*, concretamente en su capítulo noveno, donde Verne nos habló de la Atlántida. Los protagonistas del *Nautilus* se encuentran con unas ruinas que serían nada más y nada menos que los restos de aquella antigua civilización.

Una década y pico después, en 1883, un congresista norteamericano y científico aficionado llamado Ignatius Donnelly, apasionado por el tema de un continente perdido en mitad del Atlántico, escribió su libro *Atlantis: el mundo antediluviano*.

En este libro, Donnelly intentaba probar con razonamientos arqueológicos de la época, que Platón tenía razón y hubo una isla gigante en el Atlántico que en tiempos remotos fue la cuna de una poderosa civilización muy avanzada tecnológicamente. Él relacionó esta isla con todos los mitos antediluvianos que pudo. Atlantis era el Jardín del Edén, el Jardín de las Hespérides, los Campos Elíseos, Asgard, *etc.*

Los dioses griegos, egipcios, fenicios, hindúes, americanos y escandinavos no serían más que los reyes atlantes ejerciendo su poder. Y claro, que tanto mesoamericanos como egipcios y sumerios tuviesen pirámides solo podía ser debido a que esas culturas en algún momento estuvieron conectadas. No porque sea la forma más sencilla de construir hacia arriba, no, claro que no.

En resumen, según Donnelly, todos los antiguos mitos de un paraíso

o de un reino poderoso desaparecido, bastante habituales en mitologías de todo el mundo, tuvieron un origen común. Y también decía que indoeuropeos, semitas, y puede que también altaicos, habrían surgido en la Atlántida, y acabaron poblando el resto del mundo.

La historia de Donnelly acaba igual que el relato de Platón, con una gran catástrofe que se tragó la Atlántida. Y por supuesto este hecho fue grabado a fuego en la memoria colectiva de las gentes de aquel mundo antiguo y aquello dio origen a otros mitos como el del Diluvio Universal, quizás el mito más universal de todos.

El libro fue un éxito de ventas, y la peña de aquellos años se volvió loca por el continente perdido. La popularidad de la Atlántida saltó por los aires. Tanto fue así que se organizaron expediciones marinas para encontrar restos de esta Atlántida.

Más tarde, según la ciencia fue haciendo descubrimientos, como, por ejemplo, la deriva continental, hacia 1950, ya se supo que las tesis de Donnelly no tenían ningún fundamento y el libro pasó a formar parte de la pseudohistoria. Y es que es cierto que los continentes se mueven, pero tardan millones y millones de años.

Se podría decir que todas las *magufadas* y todo el *creepypasteo* relacionado con el tema se lo debemos a él. Lo cual en cierto sentido me alegra, porque fue precisamente el tema de la Atlántida lo que hizo que de chaval empezara a cogerle el gusto a la historia. Por supuesto, hay que separar siempre mito y realidad, pero muchas veces es lo atractivo de los mitos lo que nos hace aventurarnos a conocer más sobre estas historias. El problema viene cuando te aferras al mito como si fuera algo canónico o real porque es lo que más encaja en tu cuadro de creencias. Todo tiene un lado bueno y un lado malo. Hay gente que no es capaz de aceptar la realidad de que en nuestro mundo no hay nada mágico, y que somos fruto de una complejísima cadena de causas y efectos que todavía no entendemos del todo bien.

*

¿Sabéis quiénes se sintieron atraídos por el misticismo que desprendía la Atlántida? Sí, lo habéis adivinado: los nazis. Durante los años veinte y treinta, miembros del Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán, popularmente conocido como Partido Nazi, crearon la Sociedad Thule, que fundó Rudolf von Sebottendorff en Múnich, entre 1918 y 1920, como un grupo de estudio de las culturas antiguas en Alemania. Lo que buscaban básicamente era demostrar que los alemanes eran de la raza aria pura y que los judíos y negros eran caca. Como veis, el racismo era poderoso en ellos, y estas ideas luego pasarían a formar parte del ideario del partido nazi de Adolf Hitler.

Para ellos, la raza aria era una forma de definir a los

protoindoeuropeos. Estos protoindoeuropeos serían básicamente una cultura ancestral surgida en algún lugar de Europa de la que procede la mayoría de lenguas desde Portugal hasta la India. Y es cierto que se ha demostrado que existen concordancias en muchas palabras en lenguas derivadas del latín, griego, ruso, persa, indio… Lo que pasa es que estos nazis lo mezclaron con ideas mu locas, como que los arios procedían de un continente perdido, que podría haber sido la Atlántida. Es famosa una expedición de Heinrich Himmler al Himalaya en 1938, buscando una ciudad perdida o al menos a los descendientes directos de esta. Y, de hecho, hay vídeos donde se ven a estos nazis por Nepal tomando medidas y estudiando a la gente de esos pueblos. Estaban mu locos estos nazis.

*

Años antes, en 1900, un arqueólogo británico llamado Arthur Evans, descubrió en la isla de Creta una nueva civilización, la minoica. Esta civilización anterior a los griegos surgió más o menos hacia el año 2600 a. C., y su cultura influyó notablemente a la antigua Grecia. Entre las cosas que descubrió estaba el famoso Palacio de Cnosos, una lujosa construcción que sorprendió a muchos en aquella época.

Hacia 1913, otro británico, K. T. Frost, sugirió que quizás esta civilización minoica fuera lo que Platón y los egipcios conocieron como el continente perdido de la Atlántida. Desde luego la cosa parecía encajar: una civilización avanzada para su época, en una isla desaparecida durante milenios… y donde encima adoraban a toros. Faltaban los elefantes, pero ojo al dato. Resulta que, en Creta, Chipre y Sicilia se han encontrado restos de mamuts pigmeos, o sea de pequeño tamaño, que habrían habitado el lugar hace muchos miles de años. Puede ser que sus cráneos fueran encontrados por los antiguos y que el agujero craneal donde iba la trompa del animal diera origen al mito de los cíclopes, pues la verdad es que parece un cráneo con una cuenca en el centro.

En 1938 aparecería el arqueólogo griego Spyridon Marinatos para contribuir a esta serie de teorías que aseguraban que los minoicos eran en realidad los antiguos atlantes. Y es que resulta que se demostró que en torno a los años 1600 y 1500 a. C., por allí cerca, el volcán de la isla de Thera (actual Santorini) petó y se llevó por delante varias islas, y parece ser que lanzó un buen tsunami contra Creta.

Esto se ha demostrado como cierto. Y es que, además, la forma de la isla posterior a la erupción guardaba cierto parecido con la descripción de Platón. Era una isla con forma circular en cuyo centro se levantaba una islita más alta que no era otra cosa que el volcán que reventó. Al sur se encontraba Acrotiri, una pequeña ciudad minoica que, lógicamente, acabó desapareciendo debido a la erupción.

Actualmente el sitio está siendo excavado e investigado, y parece que no se han hallado restos humanos, lo cual querría decir que las gentes de aquella ciudad ya sabían que algo gordo estaba por venir y salieron corriendo a toda prisa de allí. ¿A dónde fueron? No se sabe. Quizás a otras islas de las Cícladas o quizás a Creta.

Debió de ser una erupción muy, muy bestia. De las más violentas que la humanidad haya conocido. El cielo pudo haberse oscurecido durante días debido a las nubes de cenizas, y los potentes terremotos llegaron incluso a hacer temblar las pirámides de Giza. Por supuesto, todo esto vino acompañado de un fuerte y destructivo tsunami.

Lógicamente, muchas poblaciones costeras del mar Egeo, de la Hélade, Fenicia y Egipto quedaron destrozadas. Desde luego, la ciudad de Acrotiri acabó como Pompeya, sepultada por la erupción.

Aun así, la erupción, por muy violenta que fuese, no supuso el fin de los minoicos, quienes lograron recuperarse durante los años siguientes para ser conquistados por los micénicos hacia el año 1200 a. C. Y claro, Marinatos relacionó esta violenta erupción de la isla de Thera con el fin de la Atlántida. Y también otros lo relacionarían con las plagas de Egipto, pero esa ya es otra historia.

*

Otra teoría dice que las Columnas de Hércules, antes de ser el estrecho de Gibraltar, denominaron el estrecho de Mesina, el pequeño paso que separa Italia de la isla de Sicilia. Atravesándolo y navegando más al oeste encontramos a la isla de Cerdeña. De allí destacan los nuraga, unas impresionantes ruinas megalíticas construidas por una civilización desconocida entre el 2000 y el 600 a. C. La verdad es que los investigadores no se ponen de acuerdo a la hora de datarlas.

Se piensa que la civilización nurágica de Cerdeña fue una de las más avanzadas de su época, y la isla fue un gran centro de producción de bronce. Para levantar aquellas torres cilíndricas sin cemento y que aún hoy día sigan parcialmente en pie hacía falta tener bastante coco, desde luego. Se estima que por toda la isla podría haber 7.000 nuragas, y se cree que podrían haber tenido una función religiosa, como templos, o bien defensiva, como fuertes. O quizás ambas cosas, y otras más. A su alrededor se encontraban aldeas y necrópolis.

Además, aunque esto ya son especulaciones, se piensa que estos nuraga se expandieron por más islas, lo que explicaría otras construcciones megalíticas avanzadas en Córcega, las torri (o cultura torreana), y en las islas Baleares, los talayots, o atalayas (cultura talayótica). Como todas estas estructuras eran avanzadas para la época y tenían formas circulares, hay quienes especulan con la idea de que, de alguna forma, puedan concordar con el relato de la Atlántida. Pero es que de estas culturas no sabemos absolutamente nada, más allá de

las construcciones que nos dejaron.

*

Otra teoría que surgió a principios del siglo XX fue que la Atlántida estaba en Tartessos. Quizás no os suene este nombre, pero se supone que es una antigua cultura surgida por el año 1000 a. C. y situada entre las provincias andaluzas de Huelva, Sevilla y Cádiz y que llegaba hasta Extremadura.

Espera un momento… Cádiz, Gadir… Vaya, como aquel rey atlante del mito. A ver, no es una novedad que algunos sitúen la Atlántida al sur de España. Ya en el año 1673, el cronista real y poeta español José Pellicer de Ossau identificó la Atlántida como la Península Ibérica en su obra *Aparato a la monarquía antigua de las Españas en los tres tiempos del mundo*. Se suponía que el continente perdido estaba más allá de las Columnas de Hércules, es decir, el estrecho de Gibraltar, y precisamente, pasando ese estrecho nos encontramos con el golfo de Cádiz.

Se decía que lo que ahora es el parque nacional de Doñana, una zona muy pantanosa, fue hace unos pocos miles de años todo un golfo o bahía de aguas poco profundas, lo que en época romana se denominó Lacus Ligustinus, y que allí se ubicó la capital de los tartesios, que podría ser la que dio origen al mito de la Atlántida. Quizás un maremoto terminó por embarrar todo aquel lugar y eso originó los humedales de Doñana. Según esta teoría, los tartesios serían, por tanto, los auténticos atlantes. Aun así, de esta gente aún no se sabe mucho. Eran buenos metalúrgicos, y puede que su civilización se enriqueció gracias al contacto con comerciantes fenicios, que se instalaron por la zona, y con otras culturas del Mediterráneo.

Tanto interés levanta el asunto de Doñana que, en 2005, un grupo de investigadores del CSIC y de la Universidad de Huelva estuvieron en el lugar con georadares y sondas buscando pruebas de yacimientos arqueológicos enterrados bajo la tierra. Parece que algo encontraron, pero no saben si es natural o artificial.

También en otro yacimiento tartesio, el de Cancho Roano, en Badajoz, encontraron en el interior de un antiguo edificio en ruinas un grabado con un guerrero y varios círculos concéntricos a su lado, algo que a algunos les recordó a los anillos de la Atlántida. Quizá solo sea una mera coincidencia y se trate de un escudo redondo. Además, el edificio en ruinas donde se encontró esto no es circular, todo lo contrario, está compuesto por varios rectángulos.

Incluso hay quien dice que la Atlántida podría haber estado en Jaén, concretamente en el yacimiento de Marroquíes Bajos, donde se han encontrado restos de construcciones y luego fosos circulares concéntricos rodeando al conjunto del lugar. Muchos expertos

consideran descabellado relacionar el sitio con el mito de la Atlántida. Especialmente teniendo en cuenta que Jaén está a 120 kilómetros de la costa más cercana.

Y luego, a 150 kilómetros al norte de Jaén, en la provincia de Ciudad Real, destacan las ruinas de Motilla del Azuer. Se trata de un asentamiento prehistórico habitado entre 2200 y 1300 a. C. más o menos, que guarda bastantes similitudes con los nuraga de Cerdeña. Eran fortificaciones de piedra de gran altura y de formas sinuosas, no rectas. Pudo pertenecer a la Cultura de las Motillas, durante el periodo conocido como el Bronce Manchego.

*

El destino de la misteriosa civilización de Tartessos fue similar al de la Atlántida. Hacia el año 530 a. C. deja de haber noticias de esta civilización. ¿Sufrió alguna clase de catástrofe? Actualmente, la teoría más popular es que su desaparición fue debida a la incapacidad de extraer minerales debido a la falta de técnica y a que tampoco existían las herramientas adecuadas. La actividad metalúrgica era clave para el comercio con los fenicios y cartagineses, y claro, sin nada que ofrecer a esta gente, terminaron por decaer. Se dice que al final fueron pasto de las espadas de los cartagineses, quienes en esos años ya habían empezado a expandirse desde su Túnez originaria hasta el sur de la Península Ibérica.

Esta es la teoría que defiende el investigador independiente Georgeos Díaz-Montexano, cuyo libro, *Atlantis Rising*, gustó tanto al director de cine James Cameron que decidió financiar un documental para National Geographic: *El resurgir de la Atlántida* (2017). El documental lo he visto y está entretenido, pero al final se podría resumir en el presentador Simcha Jacobovici yendo a diferentes localizaciones donde pudo haber estado la Atlántida y reuniéndose con expertos que aseguran que efectivamente, aquel lugar tiene muchas posibilidades de ser la Atlántida.

Llega a Santorini y le dicen: «Mira, por estas ruinas sabemos que esto pudo ser la Atlántida». Y Simcha: «Buaaa, sí, esto es la Atlántida, tienes razón». Pasamos a Cerdeña y lo mismo, un señor de allí le enseña ruinas que coinciden un poquito con las descripciones platónicas y Simcha: «Buaaa, Cameron, mira, que la hemos descubierto, es la Atlántida». Así durante casi dos horas. Y lo mejor es ver a James Cameron a través de las videollamadas diciéndole: «A ver, tío, calma, no te emociones, sigamos mirando sitios».

Aun así, las conclusiones de Georgeos Díaz-Montexano no dejan de ser interesantes. Para él, la civilización de la Atlántida surgió hacia el año 9000 a. C. en una isla en la costa suroeste de Iberia, cuya cultura comenzó a expandirse hacia el norte por el 6000 a. C. Esto dio origen

a culturas neolíticas, de la Edad de Piedra, que levantaron los grandes monumentos megalíticos que tenemos en España, Portugal, Francia, el Norte de África e Italia. Y quizás más allá, como Inglaterra o el norte de Europa.

Estos atlantes, además, habrían sido, a partir del 2900 a. C., los portadores de la Cultura del Vaso Campaniforme, una cultura del Calcolítico o Edad del Cobre, que se extendió por toda Europa. De hecho, los restos más antiguos de esta cultura han sido encontrados al suroeste de la Península Ibérica, por lo que muchos piensan que se originó allí.

Dicen que esta Cultura del Vaso Campaniforme fue la gran difusora de la metalurgia por el continente, y también de ella es característica la cerámica de vasijas con forma de campana, de ahí el nombre. Finalmente, entre 2500 y 1500 a. C., la isla de la Atlántida acabó hundida bajo las aguas por razones desconocidas.

*

Finalmente veamos una última teoría. Sería la de la Atlántida en Bolivia, y fue popularizada por el investigador estadounidense Jim Allen en 1999. Para él, la Atlántida se encontraba en medio del altiplano boliviano, en plena cordillera de los Andes. Allen piensa que el lugar concreto de la ubicación del legendario continente fue Pampa Aullagas, un lugar desértico a orillas del lago Poopó, a 190 kilómetros al oeste de Sucre, la capital judicial de Bolivia.

¿Y qué es lo que tiene Pampa Aullagas para que se piense que esa pudo ser la Atlántida? Según Allen, el lugar coincide con la descripción de Platón, ya que hay un cerro volcánico en el centro, huellas de anillos concéntricos a su alrededor y restos de lo que parece ser un enorme canal recto orientado hacia el lago.

Además, añade que supuestamente fue una leyenda boliviana de una ciudad castigada por los dioses y sumergida en un lago la que dio origen al mito de la Atlántida. Pero claro, ¿cómo llegó de Bolivia a Egipto en aquellos tiempos? No se explica. Y que gente de Egipto o de Grecia llegaran al altiplano de Bolivia al menos 3.000 años antes suena bastante descabellado. Y más cuando ves que el lugar es una inhóspita meseta rodeada de montañas con poco margen para el cultivo. Desde luego, eso sí que no concuerda con lo que dijo Platón. Y peor aún es que tras varias excavaciones allí no haya indicios de una gran civilización.

*

Pero quizás la teoría más loca es la que relaciona la Atlántida con el Triángulo de las Bermudas. Siempre se ha dicho que este famoso Triángulo situado entre las islas Bermudas, Puerto Rico y Miami es un

lugar muy chungo de la Tierra donde misteriosamente desaparecen barcos y aviones y nunca se vuelve a saber de ellos. Según algunas teorías, la Atlántida podría estar oculta allí debajo, y alguna de sus fuentes de energía todavía activas podría crear perturbaciones electromagnéticas y anomalías gravitacionales que hundirían barcos y derribarían aviones.

Pero calma, porque hay respuestas racionales para todo esto. Por un lado, es una zona con muchas rocas, muchas de las cuales no afloran en la superficie. También se han registrado olas gigantescas por la zona. Pero la teoría que más interés despierta es la de los hidratos de metano. Estos yacimientos de metano situados bajo las placas continentales podrían ser la clave para explicar el misterioso fenómeno.

Se cree que, cada cierto tiempo, en ese lecho oceánico se producirían como erupciones de metano, y este metano saldría a la superficie en forma de burbujas, creando un agua espumosa que, en cantidades suficientes, si rodeara un barco, podría hundirlo fácilmente por falta de sustentación y por la disminución de la densidad del agua. Las burbujas de gas también podrían alterar indicadores, medidores y otros aparatos de control de los aviones y hacer que se estrellaran o se perdieran hasta que el combustible se agotara. De todas formas, cada día pasan cientos y cientos de aviones y barcos por esa zona y no ocurre nada. Nadie desaparece misteriosamente.

*

Como veis, el mito de la Atlántida ha dado para mucho desde su repopularización durante el siglo XIX. Actualmente hay infinidad de novelas, películas y videojuegos que la ubican en diferentes lugares del mundo.

Desde luego Heinrich Schliemann ya buscó en su día la perdida ciudad de Troya de la que se hablaba en los textos griegos de la *Odisea* y de la *Ilíada*. Y oye, interpretando esos textos, que a todas luces eran relatos de ficción, logró dar con la ciudad. Ahora ya sabemos que Troya existió y que probablemente pudo haber una Guerra de Troya entre los griegos micénicos y los troyanos. Quizás la Atlántida solo sea un mito y no haya ninguna ruina por descubrir que coincida con la leyenda, pero soñar, seguiremos soñando.

2. LEMURIA Y KUMARI KANDAM

La Atlántida es solo uno de muchos continentes perdidos de los que han hablado algunas culturas antiguas. Quizás el segundo más importante por el número de teorías o interés popular sea Lemuria. Por el nombre parece que, o bien tenía forma de lémur o que en ella habitaba un lémur gigante en plan King Kong. Lo cierto es que su relación con los lémures tiene importancia en esta historia, pero luego lo comentaré. Vayamos por orden.

Lemuria sería un continente perdido en algún lugar del océano Índico. La teoría de la existencia de esta gran isla surgió en el siglo XIX, pero sí que es cierto que, bastante tiempo antes, algunas culturas de la India creían en un continente desaparecido, y ese era llamado Kumari Kandam, o continente Kumari en tamil.

Esta idea fue popular entre los tamiles de la India. Estos tamiles eran, y son, un grupo étnico que vive al sur de India y en parte de la isla de Sri Lanka. De hecho, el actual estado indio donde vive la mayoría de tamiles se llama Tamil Nadu. Estos son hablantes de la lengua tamil, perteneciente a la familia lingüística de las lenguas drávidas. Las drávidas se hablan mayormente en el sur de la India y también en Sri Lanka. De todas las drávidas, la tamil es la más extendida. Pero bueno, esto no es importante para el tema que nos ocupa ahora.

A lo largo de su historia, los tamiles escribieron muchísimos relatos sobre tierras al sur de la India que acabaron tragadas por el océano, especialmente durante el periodo del reino de Pandya, datado entre el 300 a. C. y el 200 d. C. Luego este reino indio resucitó en el año 600 y gobernó el sur de la India hasta casi el año 1400. De hecho, en la tradición hinduista uno de los mitos más conocidos es la Gran Inundación y la leyenda de Manu, que sería como el Noé indio.

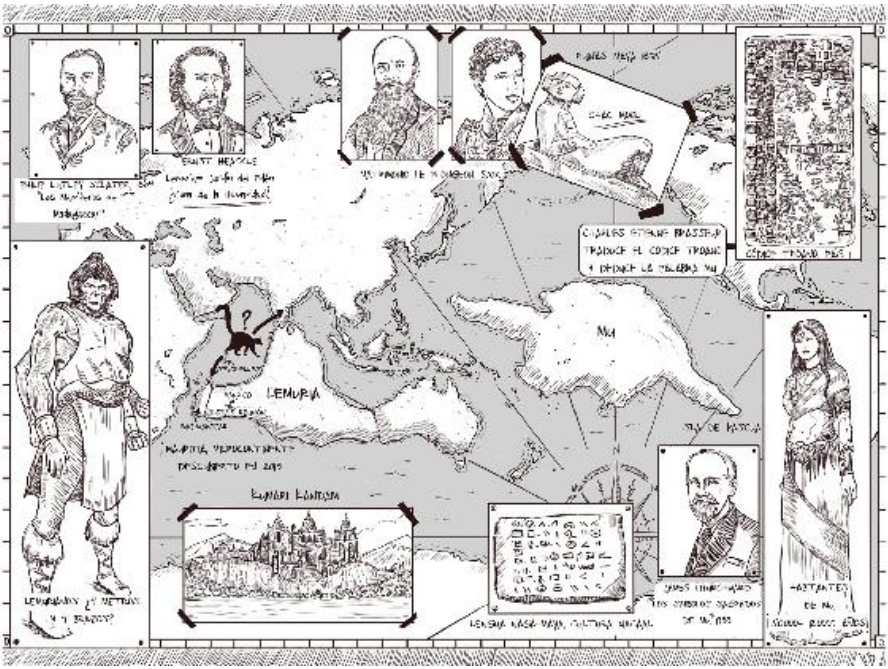
Ahora te preguntarás: «Pero… ¿lo de Lemuria de dónde sale? ¿Qué hay de los lémures gigantes? Exijo lémures gigantes». Lamentablemente en el mito de Lemuria no nos vamos a encontrar con lémures de 500 toneladas luchando contra dragones, porque puestos a inventarnos cosas, ¿por qué no inventarlas a lo grande? Pero no, aquí no es posible.

Fue en el siglo XIX cuando geólogos, naturalistas y paleontólogos europeos y estadounidenses empezaron a encontrar similitudes

geológicas en lugares muy separados entre sí. No solo geológicas. También se dieron cuenta de que restos de animales extintos hace miles de años aparecían curiosamente tanto en el Norte de África como en América del Sur. También se preguntaron por qué había lémures y otros animales similares tanto en la isla de Madagascar, en el sur africano, y en la India. ¿Cómo era eso posible? ¿Aquellos animales habían hecho barquitas para viajar por el mar?

En aquellos años, concretamente en 1859, Charles Darwin publicó *El origen de las especies por medio de la selección natural, o la preservación de las razas favorecidas en la lucha por la vida*, su obra más conocida. En ella decía que todos los seres vivos habían evolucionado durante miles de años desde un antepasado común mediante un proceso que denominó selección natural. Es decir, que las especies más aptas y mejor adaptadas iban sobreviviendo y las que no, se extinguían. Ojo, no las más fuertes, como dicen algunos.

Los científicos de la época vieron con buenos ojos aquella teoría de la evolución de Darwin, y muchos le apoyaron porque realmente tenía sentido y explicaba muchos vacíos científicos. Aun así, Darwin también tuvo sus detractores.


LEMURIA
Mu

De todas formas, durante la segunda mitad del siglo XIX, la comunidad científica británica ya aceptaba el darwinismo y la evolución de las especies, por lo que numerosos zoólogos buscaban rastrear el punto de origen evolutivo de muchos animales. Y claro, el tema de los lémures, rocas y otras cosas en diferentes continentes rompía bastante los esquemas ya adquiridos gracias a Charles Darwin.

Por ejemplo, en 1860 el geólogo inglés William Thomas Blanford encontró tipos de rocas muy similares, primero en el sur de la India y después en el este de África. Ambas rocas databan del periodo Pérmico, eran muy antiguas, y muy similares entre sí. Pero ambos lugares estaban a 4.000 kilómetros de distancia. ¿Cómo era eso posible?

El asunto interesó al zoólogo británico Philip Lutley Sclater, que en 1864 presentó su estudio *Los mamíferos de Madagascar*, publicado en *The Quarterly Journal of Sciencie*. Sclater presentó fósiles de lémures y también de algunos simios, y destacó la presencia de estos animales tanto en Madagascar como en India.

¿A qué conclusión se llegó? Pues a que, en el pasado, tuvo que haber algo en medio, un continente o un paso de tierra, que de alguna forma conectara ambos lugares. Lógicamente todavía no se sabía nada del tema de la deriva continental y el movimiento de las placas tectónicas, faltaba al menos un siglo para la confirmación de esto que, por otro lado, en aquella época sonaba algo descabellado.

Por tanto, como era imposible que estos animales construyeran barquitos, resultaba evidente que tenía que haber algo en el océano Índico que uniera Madagascar y la India. Esa era la única opción para justificar la presencia de lémures en ambos territorios. Así se recurrió a la creación de una hipotética tierra a la que apodaron Lemuria en honor a estos lémures.

Tampoco penséis que esta idea era nueva. Dos décadas antes, el naturalista francés Étienne Geoffroy Saint-Hilaire también se dio cuenta de la semejanza entre las faunas de Madagascar, la India y otros lugares, y dedujo que en algún momento tuvo que haber un puente de tierra conectando ambos territorios que acabó hundido. Lo que pasa es que no le puso nombre.

Científicos y escritores tamiles de aquellos años comenzaron a asociar a esta Lemuria con Kumari Kandam, nombre que sacaron quizás de obras más antiguas como el *Kanda Puranam*, datado en el siglo XV. Uno de los autores indios del siglo XIX que más habló sobre Lemuria fue Devaneya Pavanar. El tipo era un ultranacionalista tamil que decía cosas como que el idioma tamil era el más antiguo del mundo y que de él procedían todas las lenguas de la Tierra. Para él era un idioma divino que hablaban los antiguos habitantes de Lemuria, quienes eran semidioses.

Aquí ya la imaginación empezó a volar, igual que había pasado con la Atlántida, y surgieron historias como que Kumari Kandam fue la cuna de la civilización tamil (y también india) o que las primeras academias literarias tamiles, los sangams, surgieron en aquella tierra mítica.

*

Otros científicos se apoyaron en las tesis de Philip Sclater para explicar sus propias movidas. Un ejemplo es Ernst Heackel, un naturalista alemán que se volvió loco con las teorías de Charles Darwin sobre la evolución. Básicamente, fue él quien popularizó las ideas de este en su país natal. Según decía, el problema de no poder encontrar los eslabones que faltaban en la evolución de los humanos y de algunos animales le hizo pensar que quizás esos eslabones perdidos tendrían que haber estado en uno de los continentes desaparecidos. No encontraban nada porque se habían hundido en el océano. Además, concluyó que esa Lemuria sería la cuna de la humanidad, el Jardín del Edén de donde vendríamos todos los humanos de la Tierra.

Pero las teorías de Ernst Heackel no se quedaron ahí. Si algo le hizo famoso fue una mala interpretación de la teoría de la evolución de Darwin. Estoy hablando del darwinismo social, es decir, la aplicación de esta teoría de la evolución a las comunidades humanas. Esto ya había sido planteado a finales del siglo XIX por el antropólogo y naturalista inglés Herbert Spencer. Ernst Heackel hizo su particular interpretación de estos postulados y acabó dando origen a una interpretación algo radical y racista de lo que Darwin decía. En resumen, decía que la supervivencia del más apto era una ley natural que también regía a las sociedades humanas.

Os podéis imaginar la repercusión que tuvo esto en Alemania y lo que vino después. Sí, vinieron el nazismo y las ideas de mejorar la especie humana a través de esa «selección natural» que, de natural tenía poco. Los genocidios que se marcaron no tenían nada de naturales.

Eso sí, en la clasificación racial que Heackel hizo, los judíos salieron bastante bien parados. Supongo que por esto y por algunas otras cosas, los nazis terminaron por adaptar a su ideario lo que les gustó de sus teorías… mientras que rechazaron muchas otras, como lo relativo a los judíos.

*

Finalmente, durante los años cincuenta del siglo XX se confirmó la teoría de la tectónica de placas, por la cual los continentes se movían con el tiempo. Esto se lo debemos a Alfred Wegener, un meteorólogo y geofísico alemán. Se cuenta que cuando era crío le pareció curioso que

las costas de continentes como África o América del Sur parecieran encajar perfectamente, como un puzle. Y claro, aquello le hizo pensar que quizás en el pasado los continentes habían estado pegados, unidos. Y tras años y años de investigaciones, a mediados del siglo XX, dio en el clavo.

Resultó que, efectivamente, los continentes estuvieron pegados unos a otros millones de años antes, en lo que llamó Pangea, por lo cual tenía sentido que hubiera rocas y animales parecidos en extremos opuestos del mundo.

No era porque hubiese algún puente de tierra o un continente perdido. Ocurría, simplemente, que todos estos continentes estaban pegados sobre las placas tectónicas, mientras que estas placas, a su vez, flotaban sobre un magma en constante movimiento en el fondo de la Tierra. Esos movimientos de magma en el interior de la Tierra es lo que provoca que las placas tectónicas se muevan, que choquen entre ellas y que los continentes cambien de forma. En los bordes de las placas es donde mayormente tienen lugar todos estos fenómenos geológicos que tanto nos aterran, como terremotos o erupciones volcánicas. No siempre ocurren ahí, pero desde luego sí que es en estos bordes donde tienen lugar los fenómenos de mayor intensidad.

Por supuesto, los continentes siguen moviéndose a día de hoy, pero ese ritmo es tan sumamente lento que los humanos no nos damos cuenta. Dicen que, en el futuro, dentro de unos 200 millones de años, Asia y Norteamérica se fundirán en otro megacontinente al que ya denominan como Amasia.

Todo esto de la tectónica de placas y la deriva continental es una realidad. Pero el misticismo en torno al misterio de los continentes perdidos perduró y las teorías más locas, mucho más simplistas que la respuesta oficial, calaron entre mucha gente, especialmente de rollo ocultista. Aquí tendría que introduciros al loco mundo de la Sociedad Teosófica, un movimiento místico creado en 1875 en Nueva York por Helena Petrovna Blavatsky, mejor conocida como Madame Blavatsky, pero eso lo contaré con más en detalle en otro capítulo del libro. Pero bueno, os adelanto que en 1888 esta mujer escribió un libro llamado *La doctrina secreta*, que decía que era una compilación de conocimientos atlantes perdidos, basada en el primer libro escrito por la humanidad, llamado *El libro de Dzyan*. Aquí dijo que la humanidad había pasado por diferentes etapas y razas raíz, siete en concreto, y la tercera de ellas era la lemuriana. En esta etapa nuestros antepasados, los lemurianos, eran unos simios hermafroditas de cuatro metros de altura que convivieron con los dinosaurios.

Las relaciones sexuales de estos lemurianos hermafroditas dieron lugar a la cuarta raza, quienes serían los atlantes, seres ya completamente humanos. La Atlántida no sería más que una región de

Lemuria. Pero cuando esta Atlántida fue destruida quedaron remanentes de estos atlantes entre los nativos de Australia y los de Rapa Nui, mejor conocida como la isla de Pascua. Lógicamente esto no tiene el menor sentido, pero para muchos movimientos *new age* es canela en rama.

La mayor parte de estas teorías fueron desarrolladas por el teósofo inglés William Scott-Elliot, autor de *La historia de la Atlántida y la perdida Lemuria*, publicado póstumamente en 1925 y que combinaba parte de sus anteriores obras. Decía haber recibido conocimiento perdido de la Atlántida y Lemuria a través de clarividencia astral o alguna cosa así.

*

Recapitulando, queda claro que en el océano Índico jamás existió ningún continente perdido… ¿verdad? Pues quizás eso no sea del todo cierto. Lógicamente, no hubo un enorme continente con una raza de simios de cuatro brazos, pero quizás no sea tan descabellada la teoría de un pequeño continente hundido hace millones de años.

En el año 2013 se descubrió un microcontinente prehistórico bajo las islas Reunión y las islas Mauricio, situadas a 800 kilómetros al este de Madagascar. A este pequeño continente se le ha dado el nombre de Mauritia, y tendría forma de arco, que llegaría hasta las islas Seychelles. Según indican las investigaciones, ese pedazo de tierra se desprendió de Madagascar hace unos 60 millones de años, poco después de la extinción de los dinosaurios, y al cabo de otros millones de años acabó hundido bajo el océano.

Pero ojo, esto no es algo fuera de lo común durante los movimientos de las placas tectónicas. A veces, debido a seísmos o actividades volcánicas, pequeños territorios que un día estaban en la superficie, acaban sepultados o hundidos. Y desde luego, este continente era muy pequeño, no era una masa de tierra que conectara la India, África y Australia. Ni de lejos habría explicado el misterio de los lémures de haber sido descubierto siglos antes.

Así como la Atlántida pudo haber existido aunque no de la forma que todos la conocemos, Lemuria es un invento bastante más reciente. Así que si sois investigadores de ciudades perdidas… os recomiendo dejar de buscar porque vais a perder el tiempo.

3. EL CONTINENTE PERDIDO DE MU Y LA ISLA DE HIVA

Si el océano Atlántico tenía su Atlantis y el Índico su Lemuria… ¿qué tiene el Pacífico? Pues como no hay dos sin tres, toma: el continente perdido de Mu.

Ya, ya lo sé, vaya nombre más soso para un continente perdido. No suena tan poderoso como Atlántida, que es esdrújula y eso mola un montón, es superexótico. Tampoco deja entrever una raza de lémures gigantes. Mu suena a lo que hacen las vacas.

Las culpas podéis echárselas a Augustus Le Plongeon, un explorador franco-estadounidense que se dedicó a estudiar la cultura maya a finales del siglo XIX. Al tío se le daba muy bien sacar fotos de las ruinas mayas, eso es innegable, y muchos documentos que poseemos sobre sus templos precolombinos existen gracias a él.

En aquellos años, la maya era una cultura que despertaba gran fascinación. La sigue despertando hoy en día, pero gran parte de sus misterios ya han sido desvelados o refutados. Cuando vimos que el mundo no se acabó en 2012, como auguraban, todo ese misticismo apocalíptico que tanto les había caracterizado se fue un poco por el desagüe. Aun así, sigue siendo una cultura muy interesante, y para Augustus Le Plongeon escondía un secreto que lo cambiaría todo.

Como muchos otros antes, se obsesionó con encontrar vínculos entre los mayas y otras culturas del mundo. Sobra decir que los libros sobre la Atlántida se los había leído todos: el tema le encantaba. De alguna forma, él quería contribuir a aportar pruebas de que al menos parte del mito era real.

El caso es que en 1875 él y su esposa Alice Dixon llegaron a la Península del Yucatán, concretamente a Chichén Itzá. Había que tener cuidado porque las tribus mayas que aún pervivían en la zona estaban a leches con el ejército mexicano y tenían que llevar escolta por si les disparaban o les daban un flechazo. Podía pasar de todo.

Allí hicieron muchísimas fotos, documentaron los templos y palacios que encontraron, hicieron mapas, copiaron inscripciones jeroglíficas, excavaron y limpiaron de maleza más ruinas… Le Plongeon estaba encantado con el lugar. Por ejemplo, fue él quien desenterró la estatua del Chac Mool, que es bastante famosa. Luego se inventó una historia en torno a ella que tenía bastante de fantasía.

Decía que el Chac Mool era la estatua dedicada al príncipe Coh, hijo de la reina Moo. Según Le Plongeon, esta reina Moo huyó tras el

cataclismo que asoló su reino atlante para fundar la civilización del antiguo Egipto. Ahora se piensa que los mayas no adoraban a los chacmools como si fueran príncipes ni reyes, sino que lo más seguro es que fueran un lugar donde se colocaba a gente para sacrificarla y después sacarles el corazón. Quizás el chacmool fuera una representación de algún guerrero o del dios de la lluvia Tlaloc, no se sabe bien.

Según las teorías de Le Plongeon, la cultura maya fue la cuna de la civilización, y el conocimiento antiguo ancestral (fuera lo que fuera eso) pasó desde los mayas al antiguo Egipto a través de la Atlántida, y de ahí a los masones.

Después, entra en esta historia el arqueólogo y sacerdote francés Charles Étienne Brasseur de Bourbourg, que tradujo el *Códice Troano*. Este códice maya lleno de jeroglíficos en aquella época indescifrables era una de las dos partes del famoso *Códice de Madrid*, el más extenso de todos los códices mayas hallados. Usando el alfabeto de Diego de Landa tradujo lo que pudo, pero erróneamente, pues aquel alfabeto traducía cada glifo como una letra, y no como sílabas, y claro, salieron cosas raras. La imaginación de Brasseur hizo el resto. Este francés fue quien tradujo dos de los glifos como «Mu», que, según el texto, se referían a una tierra sumergida por un cataclismo.

Le Plongeon recogió esta traducción y dijo: «Ostras, esto tiene mucho sentido, estoy seguro de que Mu es en realidad la Atlántida. Todo encaja». En fin, que para Le Plongeon, Mu era Atlantis y que era un continente perdido en mitad del Atlántico.

Ya en la década de 1880 se sabía de sobra que la civilización maya comenzó mucho después que el Antiguo Egipto, y que todas las teorías de Le Plongeon no tenían base alguna. Él siguió insistiendo en lo contrario y al final acabó ignorado por sus colegas científicos.

*

Ahora pasemos a James Churchward. Este tipo era un ingeniero de la armada británica que en las primeras décadas del siglo XX estuvo un tiempo en la India como oficial del ejército británico. Allí debió de conocer a un sacerdote hindú que le empezó a contar movidas extrañas sobre tierras tragadas por el océano. Ya conté en el capítulo anterior que los indios sabían mucho de eso, especialmente los tamiles. Al parecer, el sacerdote enseñó a Churchward a leer una antigua lengua muerta que solo hablaban tres personas en toda la India, y que supuestamente se parecía al maya, de ahí que la llamaran Naga-Maya. Esa era la lengua originaria de la humanidad, le dijo. También añadió que las misteriosas inscripciones habían sido escritas tiempo atrás por una hermandad de sacerdotes conocidos como los Naacals que llegaron a aquellas tierras para enseñar a la gente un

montón de conocimientos sin igual.

Con la ayuda del sacerdote, Churchward pudo descifrar unas cuantas tablillas de arcilla dejadas por esta hermandad. Um, eso de leer tablillas escritas en una lengua ancestral que conoces desde hace unos pocos meses nunca acaba bien. Y si no que se lo digan a Zecharia Sitchin. Además, las tablillas esas eran fragmentos, no estaba el texto completo, así que de allí podía salir cualquier cosa… En fin, que una vez traducidas, Churchward concluyó que las tabillas de arcilla hablaban de una civilización más avanzada que prosperó en el pasado, y que habría sido el lugar natal del hombre. Esta misteriosa civilización se originó en el continente perdido de Mu, o Tierra de Kui para los antiguos mayas.

Lo que contaban las tablillas de marras era la creación de la Tierra por una entidad cósmica, una serpiente de siete cabezas de nombre Narayana. Ella creó a los hombres, les dio alma, intelecto y les dejó vivir en el continente de Mu, donde poco a poco fueron desarrollándose y dieron lugar a una cultura muy avanzada, la de los Naacal. Aquí se pone rara la cosa, ¿eh? Pues sigamos, que todavía no habéis visto nada.

Según Churchward, esta cultura Naacal nació hace millones de años, pero floreció, o tuvo su época de mayor esplendor, hace entre 50.000 y 12.000 años en este continente de Mu. El lugar era una enorme llanura más grande que todo el continente de América del Sur, y su subsuelo estaba compuesto de granito, principalmente.

Aquel continente era gigantesco. La mayor parte de él estaba formado por valles y praderas muy fértiles donde podían verse multitud de campos de cultivo. No existían aún las montañas, pero sí que había pequeñas colinas. Además, también podían verse infinidad de plantas y árboles tropicales. Entre la fauna encontramos desde pequeños grillos y colibríes hasta gigantescos mastodontes.

Los naacales nombraron un rey, al que llamaron Ra Mu, y adoraron a su divinidad el sol. Los 64 millones de personas que habitaban Mu vivían en paz y armonía. No existían los conflictos de ningún tipo. Eran seres perfectos, y tenían la piel muy blanca, ojos oscuros y el pelo lacio y negro. Según el relato de Churchward, también existían naacales con otros colores de piel, pero los que mandaban eran los blancos. Para ser una sociedad tan perfecta, los habitantes de Mu eran un poco racistas, creo yo.

En fin, que estos tipos eran los putos amos, y gracias a sus inconcebibles habilidades llenaron el continente de ciudades y lograron levantar colosales estructuras megalíticas, enormes templos y también construyeron barcos con los que explorar el mundo. Por todo el globo los naacales crearon diversas culturas coloniales, como la de los mayax, los antecesores de los mayas.

Churchward llegó a escribir cinco libros sobre el continente perdido de Mu. El primero de ellos, publicado en 1926, se tituló *El continente perdido de Mu, la patria del hombre*. Churchward afirmaba haber encontrado pruebas de la existencia del continente perdido de Mu, apoyándose, cómo no, en las ideas de Le Plongeon. Pero a diferencia de él, Churchward empezó a especular con la idea de que ese continente hundido debía de estar en el océano Pacífico, y no en el Atlántico. Churchward afirmó que Mu se extendió desde Hawái hasta las islas Fiyi y las islas de Pascua.

Hace 12.000 años estos naacales se vieron obligados a abandonar Mu debido a una serie de terremotos y erupciones volcánicas que terminaron por hundir el continente. Los pocos supervivientes se vieron atrapados en islas sin nada. Lo habían perdido todo. Para sobrevivir tuvieron que involucionar hasta convertirse en unos salvajes que luchaban unos contra otros. Este estado primitivo iría revirtiéndose con el tiempo, para volver a abrazar la cultura y la civilización.

Se cuenta que entonces, los naacales supervivientes llegaron a la India por el este y se instalaron en la zona del Decán, que es la meseta del centro-sur indio.

Desde ese lugar, los naacales se expandieron por todo el mundo y se dedicaron a levantar culturas avanzadas como la del Valle del Indo, la egipcia, la asiria, las culturas preincaicas de Perú, la cultura de la isla de Pascua y también algunas culturas pre-mayas. Churchward veía a esta Mu como la respuesta a las similitudes artísticas, religiosas y lingüísticas entre muchísimas civilizaciones diferentes.

El nombre de Naacal ya había sido mencionado antes en la tradición hindú, concretamente en el famoso poema épico del *Ramayana*, atribuido al escritor legendario Valmiki y datado hacia el siglo III a. C. Según el británico, en este texto se decía que estos naacales habían llegado a la India desde Birmania y allí desde el este, es decir, que su patria de origen debía de estar por el océano Pacífico. Y Churchward había leído que, según algunas tribus nativo-americanas, como los Pueblo, los cuatro padres que fundaron su cultura llegaron en barco desde el oeste, desde donde se pone el sol. Es decir, que algo había en el Pacífico. Una civilización madre, según él, que dio origen al resto de culturas y que con el tiempo se fue asilvestrando para, más tarde, volver a culturizarse.

Sacó más «pruebas» de que había algo en el Pacífico estudiando las islas de la Polinesia, concretamente su arte megalítico. En muchas de aquellas islas, donde habían levantado algún tipo de estructura pétrea no había canteras, por lo que tuvo que haber un continente que proporcionara piedra a aquellas gentes. Y por supuesto, esos restos monolíticos habían sido levantados por los remanentes de los naacales

de Mu, y los moais de la isla de Pascua eran sus representaciones.

Para Churchward, el símbolo del sol era algo universal, presente en prácticamente todas las culturas del mundo, y por lo tanto, algo tenía que haber allí. Y llegó a la conclusión de que el rey de Mu era llamado Ra, como el dios solar egipcio, y que las palabras Rapa Nui, con las que los nativos llamaban a la isla de Pascua, significaban Sol. Pero claro, la coincidencia de Ra está un poco pillada por los pelos, ya que realmente, como los egipcios no tenían vocales, tampoco sabemos a ciencia cierta si ellos decían Ra o Re o vete tú a saber qué.

Y luego está el hecho de que… Sí, es cierto que muchas culturas antiguas adoraban al sol, pero ¿cómo no iban a hacerlo? Era una enorme bola de fuego que brillaba todos los días en el cielo, que daba calorcito y que traía un montón de cosas buenas. Desde el punto de vista de la gente del pasado… ¿por qué no adorarlo? Tendría mucho sentido.

Aun así, la cosa es interesante, porque los habitantes de Rapa Nui, es decir, de la isla de Pascua, sí que tenían una leyenda de una isla que se hundió en el océano, una antigua patria mística llamada Hiva. Otras culturas polinésicas tienen leyendas bastante parecidas, por ejemplo, los nativos maoríes también creen en una isla mítica desaparecida, pero en vez de Hiva sería llamada Hawaiki.

Según se piensa, esta mítica Hiva todavía existe, y su nombre es Rapa, una de las islas Australes de la Polinesia Francesa. Posiblemente en tiempos más remotos muchos polinesios vivieron allí, pero alguna clase de cataclismo les hizo coger sus balsas y buscar nuevas islas donde vivir. No es nada raro que en esa zona haya maremotos, actividad volcánica o tsunamis.

Churchward también vio similitudes en la tradición de los pueblos mapuches de Chile y Argentina. Ellos tienen un mito algo similar al del Diluvio Universal. Se trata del mito de Trentren-Vilú y Caicai-Vilú, dos enormes serpientes que luchaban entre sí y que simbolizaban la tierra y el mar respectivamente. Caicai despertó de un sueño profundo tras varios años hibernando, y se dio cuenta de lo desagradecidos que eran los humanos de la tierra con todo lo bueno que les proporcionaba el mar. Por ello empezó a agitar su cola y a inundarlo todo.

Trentren decidió ayudar a los humanos y a los animales, y salvó a los que pudo haciéndoles subir a su lomo hasta zonas más elevadas. Los que no tuvieron tanta suerte se convirtieron en aves, peces y ballenas. Sin embargo, Caicai siguió inundándolo todo, no quería parar. Trentren hizo elevar varias montañas para contrarrestar el agua de su enemigo, y al final Caicai se cansó y la orografía chilena quedó como está ahora. Aunque, eso sí, más tarde Trentren se cabreó por las tonterías que hacían los humanos y provocó terremotos y actividad volcánica. Era la forma que tenían los mapuches de explicar todos

aquellos fenómenos que les aterraban.

Diluvio, castigo divino, salvación de unos pocos elegidos… más similitudes con la Biblia. Eso le gustó a Churchward y enseguida relacionó este mito mapuche con su Atlántida. Pero claro, en ningún momento el mito habla de islas ni de continentes perdidos.

Tras milenios de prosperidad, el continente de Mu se hundió en el océano en una sola noche debido a una serie de terremotos y erupciones volcánicas. Esto ocurrió, según el inglés, hace 13.000 años, unos 1.000 antes que la Atlántida, que no sería más que otra colonia de Mu.

*

Según avanzaba la ciencia, las ideas de Churchward fueron refutadas. Sus traducciones eran de chufla, la mayoría de los relatos que contaba eran testimonios de personas aleatorias, y sus investigaciones contenían enormes errores geológicos y arqueológicos. Normal.

De todas formas, al igual que en el océano Índico hubo un pequeño continente que se hundió bajo las aguas hace millones de años, en el Pacífico también podríamos hablar de un caso similar. Seguramente os suene porque su descubrimiento fue algo bastante reciente. Hablo de Zelandia, un continente que hace ochenta millones de años se separó de Australia y la Antártida. Una serie de terremotos terminaron por hundirlo prácticamente por completo hace unos veintitrés millones de años. No está completamente hundido, y lo que asoma en la superficie es Nueva Zelanda y también Nueva Caledonia.

¿Fue esta Zelandia lo que dio origen al mito de Mu, Hiva o Hawaiki? Pues lo dudo mucho. Si este continente desapareció hace cuarenta millones de años, es imposible que hubiese ningún ser humano para contar la historia y que pasara de generación en generación. Y además, este hundimiento se produciría de forma extremadamente lenta, a lo largo de miles de años, por lo que no tendría sentido. Lo que sí tendría sentido sería el recuerdo colectivo de gentes de la Polinesia de una isla donde vivían sus ancestros, de la que tuvieron que huir por la explosión de un volcán o algo similar. Pero como es imposible de demostrar, estas leyendas quedarán como un mito, quizás para siempre.

4. LA ISLA DE SAN BRANDÁN

Aparte de la Atlántida, el océano Atlántico también ha dado pie a multitud de leyendas relacionadas con islas y tierras misteriosas más allá del mundo conocido. Una de estas islas de leyenda es la de San Brandán, donde se dice que estaba el paraíso en la Tierra.

Para conocer esta leyenda primero tenemos que conocer al tal san Brandán. Vivió hacia el siglo VI, y era un monje de Irlanda que acabó como abad del monasterio de Clonfert, en Galway, en la parte oeste de la isla. Monasterio que, por cierto, él mismo fundó en el año 560 aproximadamente.

En aquella época Irlanda había pasado a ser católica. Siglos antes, hacia el año 600 a. C., Irlanda fue invadida por gentes de cultura celta venidas de la Europa continental, y allí fueron formando gran multitud de reinos diferentes. Se organizaban en clanes de guerreros aristocráticos y ancianos sabios a los que llamaban druidas. La fusión entre las lenguas de los antiguos habitantes de Irlanda y los nuevos celtas dio origen a las lenguas goidélicas o gaélicas.

Durante la época del Imperio romano un grupo de esta gente, los escotos, como los llamaban los romanos, emigraron a la actual Escocia, de ahí el nombre del lugar. Aunque Roma nunca pudo conquistar la isla de Irlanda, o Hibernia, como ellos la llamaban, sí que antes del comienzo de la Edad Media se enviaron evangelizadores cristianos.

El más famoso de todos es sin duda san Patricio, considerado el mayor de los evangelizadores de la isla. Es, de hecho, el santo patrón de Irlanda, y la cruz de san Patricio está incluida dentro de la bandera británica, la Union Jack.

San Patricio habría llevado a cabo su labor hacia el año 430 y fue en esas fechas cuando se fueron levantando monasterios por toda la isla.

Siglo y medio después tenemos a nuestro amigo san Brandán siguiendo la tradición de san Patricio y evangelizando a los gaélicos celtas por toda Irlanda. Se le conoce también como san Brandán el Navegante porque formaría parte de un viaje evangelizador a través del océano que sería el origen de su leyenda.

Parece ser que un día san Brandán recibió la visita de un anciano monje llamado Barinto. Este le contó que tiempo atrás había llegado a

una isla mágica, un paraíso terrenal, y que estaba más allá del océano, al oeste. La historia caló tanto en san Brandán que se propuso averiguar si todo aquello era cierto. Quería ser testigo de aquel mundo que Dios construyó para Adán y Eva. Había que llegar allí a toda costa.

Los siguientes meses, san Brandán los pasó construyendo un *curragh*, una pequeña embarcación tradicional en Irlanda. El barco de Brandán partió de Irlanda en el año 512 o 516. No fue solo, sino que le acompañaron catorce monjes y tres aprendices. Todos juntos se internaron por el océano Atlántico y allí pasarían los siguientes siete años.

En este largo viaje, san Brandán y los suyos encontraron diferentes islas y pasaron por multitud de aventuras. En la primera isla que desembarcaron se encontraron a un perro ladrando. Le siguieron y el can les condujo a una pequeña villa con un castillo, pero todo el lugar estaba completamente abandonado. Los monjes se quedaron a descansar allí durante tres días y siempre encontraron comida preparada para ellos, pero jamás vieron a nadie en el lugar. Todo muy extraño. Bueno, en realidad sí que conocieron a alguien: un diablo etíope.

En otra isla encontraron a un niño que les dio de comer y posteriormente hallaron una isla llena de ovejas.

Más adelante se encontraron el Paradisus Avium, una isla llena de pájaros que cantaban salmos y alabanzas a Dios. Uno de estos pájaros confesó a los monjes que ellos eran antiguos ángeles que se mantuvieron neutrales en el enfrentamiento entre Lucifer y el Arcángel San Miguel. También les contó que para encontrar la isla del Paraíso tendrían que dar más vueltas por aquellas aguas hasta ser lo suficientemente santos y puros como para que Dios les diera el permiso para poder entrar allí.

En otra isla, de nombre Ailbe, conocieron a un grupo de monjes que habían hecho un voto de silencio y que comían panes mágicos que impedían su envejecimiento. Allí habían vivido como eremitas durante más de ochenta años. Más tarde, nuestros aventureros se enfrentaron con una criatura marina que les empezó a atacar, aunque otro monstruo logró cargársela antes y los monjes se la comieron. Comida gratis.

Nuevos monstruos fueron encontrados en otra isla. Esta vez era un grifo mitológico que luchaba contra un grupo de pájaros y acabó palmando.

Sin embargo, el episodio más conocido fue el de la isla Errante. Resulta que estos monjes, un buen día, avistaron una pequeña isla sin ningún tipo de vegetación. Decidieron desembarcar en ella y allí celebraron una misa de Pascua, pero mientras encendían el fuego, de

pronto todo comenzó a moverse. Y no tardaron mucho tiempo en darse cuenta de que la isla no era una isla, sino una ballena recién levantada de la siesta. A esta ballena le pusieron el nombre de Jasconius.

La prueba más terrible fue sin duda la del Paso del Infierno. San Brandán y los suyos tuvieron que navegar entre un montón de monstruos demoniacos que escupían bolas de fuego. Según la historia, uno de los ayudantes de los monjes perdió la vida en el enfrentamiento.

Después de aquello, el barco se internó en un banco de niebla y tuvo que estar tres días bordeando un enorme pilar de cristal en mitad del océano. Quizás fuera un iceberg bastante tocho.

Ya en las cercanías de la isla del Paraíso, fueron recibidos por Pablo el Ermitaño, o Pablo de la Tebaida, quien estaba viviendo una vida monástica en una de las islas. Según la tradición cristiana copta, este Pablo fue un tipo creyente en Dios que vivía en Egipto y que lo dejó todo para irse a meditar al desierto. Debido a sus creencias, fue perseguido por los romanos durante el siglo III.

Finalmente, san Brandán alcanzó su máximo de pureza y la ballena Jasconius le condujo a él y a los otros monjes a la isla que tanto buscaban. Tras atravesar un mar de niebla extremadamente densa, el barco logró alcanzar la isla de San Brandán, es decir, el Paraíso Terrenal. El lugar donde Dios creó a Adán y Eva y de donde posteriormente los expulsó.

El lugar era una isla densamente boscosa y muy montañosa. En ella el sol brillaba siempre en lo alto. Lo que más llamó la atención a san Brandán eran los exóticos frutos que colgaban de sus árboles, y también la sabrosa agua dulce de sus bellos ríos.

Después de esta exitosa aventura, san Brandán cogió su barco y volvió a su casa, Irlanda. Allí fundó un nuevo monasterio, el de Annaghdown, el lugar donde pasaría el resto de sus días.

Su viaje fue recogido en la *Navigatio Sancti Brendani Abbatis*, obra que data del siglo X, pero que nadie sabe quién la escribió. Aun así, este relato es uno de los más famosos de la cultura gaélica medieval. Fue traducido a los diferentes idiomas de la Europa medieval poco después de ser escrito y tuvo muchísimo éxito por las cortes feudales y reales de toda la Europa cristiana. También los trovadores se encargaron de hacerlo llegar a todos los habitantes de aldeas y ciudades. En poco tiempo la historia de san Brandán pasó a formar parte del imaginario popular de las gentes que vivieron en la Edad Media. Luego ya se fue olvidando poco a poco.

Pero fijaos si esta historia tuvo su influencia en la gente de la época que, en los mapas del mundo conocido que los marineros y exploradores hicieron posteriormente, siempre hubo un hueco para

alguna referencia a san Brandán. En muchas ocasiones estos mapas mostraban un dibujito del barco y la ballena-isla, que era la parte más popular del relato. Y esto no solo ocurría en mapas europeos medievales. También el famoso mapa del turco otomano Piri Reis, realizado en 1513, incluía sus referencias.

*

Entonces… ¿qué hay de cierto en la historia de san Brandán? Muchos religiosos de siglos posteriores tomaron aquella historia como el delirio de un viejo perdido en alta mar. Obviamente, desde una visión actual, es evidente que no existen los monstruos marinos que se describen en la *Navigatio Sancti Brendani*, pero no sería raro pensar que dentro de toda esta ficción puede haber partes de realidad. Prácticamente todos los mitos conocidos suelen tener una base de realidad en la que el paso del tiempo ha hecho de las suyas y muchos de sus rasgos han sido exagerados para engrandecer las hazañas de alguien o hacerlas más atractivas con fines políticos o propagandísticos. Esto es así desde que el mundo es mundo.

Uno que creía que esta leyenda era cierta, o al menos parte de ella, era Tim Severin. Este tipo era un historiador inglés al que resulta que se le daba bien manejar barcos. El tipo era tan fanático de los viajes en barco que se propuso recrear los viajes de los grandes marineros de la historia: Sindbad, Jasón y los Argonautas, Ulises… y cómo no, san Brandán.

En 1976 se construyó un barco igual que el que supuestamente había construido san Brandán y, con algunos marineros, decidió recrear el viaje que el monje irlandés había realizado catorce siglos antes.

Se dirigió hacia el norte y se fue encontrando con diversas islas, que obviamente ya conocía todo el mundo en aquellos años, pero intentó percibir similitudes entre ellas y los diferentes episodios en la historia de monje.

Por ejemplo, cuando llegó a las Hébridas, un conjunto de islas situadas en el noroeste de la costa escocesa, de alguna forma le recordó a la isla de las ovejas que aparecía en el relato de san Brandán. Y cuando llegó a las Islas Feroe, situadas más al norte, Tim Severin pensó que la fauna aviar pudo inspirar el episodio de los pájaros que cantaban oraciones.

Tras hacer escala en Islandia, Severin logró llegar a la costa de Norteamérica (concretamente a la isla de Peckford, en Terranova) solo con aquella precaria embarcación y sin apenas equipamiento moderno. Quizás no pudo encontrar pruebas de lo real del mito, pero sí demostró que cruzar el Atlántico con aquel tipo de embarcación era posible en la época.

Si el bueno de san Brandán fue capaz de llegar a América eso le convertiría en el primer europeo en llegar allí. Muchos dicen que aquel paraíso terrenal con frutos exóticos no era otro que alguna isla caribeña.

Si queréis conocer más en detalle este viaje, Tim Severin relató toda esta aventura en su libro *The Brendan Voyage*, publicado en 1978. El tipo también intentó encontrar la tumba de Gengis Kan en Mongolia, pero no tuvo éxito.

Se ve a la legua que muchos pasajes con descripciones algo alegóricas se refieren a cosas reales y no tan fantasiosas. Por ejemplo, en la *Navigatio Sancti Brendani* se habla de una columna de cristal en mitad del océano que san Brandán tuvo que rodear con su barco durante días. Sin duda, el relato parece estar describiendo un iceberg. También se habla de un mar coagulado, que podría hacer referencia a un mar congelado y solidificado por el frío.

También se cuenta cómo infernales fragmentos de roca ardiente caían lanzados por demonios que vivían en una isla salpicada por ríos de fuego. ¿Quizás se refería a una isla volcánica en plena erupción? Pues podría ser. Pero, claro, decir que las montañas echaban fuego debido a unos demonios que había por allí quedaba mucho mejor que decir que aquello era simplemente un fenómeno natural.

También se piensa que el mito de san Brandán pudo haber estado influenciado por leyendas gaélicas anteriores. Antes de la llegada de los cristianos, existía un género literario llamado *Immram*. Se trataba de cuentos y poemas en los que un héroe viajaba por un mar lleno de peligros para llegar al Otro Mundo, Tir na Nog, una isla paradisíaca donde abundaban la comida y la felicidad y donde no envejecías. Según la tradición celta irlandesa, de allí vinieron los Tuatha De Danann, una especie de dioses precristianos que habitaron Irlanda muchísimo tiempo atrás.

También se habla de Mag Mell, que vendría a ser un reino celestial a donde iban a parar los muertos. Su leyenda era muy similar al Valhalla de los nórdicos o a los Campos Elíseos/islas Afortunadas de los griegos. De hecho, la historia de san Brandán también podría haber recibido influencias de los mitos griegos.

Parece que, con el tiempo, los Campos Elíseos acabaron mutando en el mito de las islas Afortunadas o islas de los Bienaventurados, donde iban a parar las almas de los guerreros más virtuosos y puros. Al igual que los reinos de ultratumba irlandeses, estas islas se ubicaban más allá del océano Atlántico. Muchos han identificado este mito con islas como las Azores, las Madeira o las islas Canarias, un archipiélago compuesto de ocho islas pertenecientes a España y situadas en la costa noroeste africana.

De hecho, las islas Canarias en la Antigüedad fueron conocidas

como islas Afortunadas, o *Fortunatae Insulae*. Quizás el nombre se lo puso el naturalista romano Plinio el Viejo a principios del siglo I, pero no es seguro.

*

Y hablando de las Canarias, existe una leyenda que dice que antiguamente allí había nueve islas, y no ocho como ahora, pero que esa novena era invisible. Su nombre era San Borondón. Y si pensáis que por el nombre tiene relación con algo del mito de san Brandán… estáis en lo cierto.

El mito de esta isla que según se cuenta aparece y desaparece tras una espesa capa de niebla parece que habría sido influido por la historia del monje irlandés, especialmente en el relato de la ballena-isla, que también aparecía y desaparecía. Porque bueno, las ballenas tienden a sumergirse y luego a emerger, y eso.

Parece que existen similitudes entre este viaje de san Brandán y otros *Immram* escritos supuestamente tiempo antes, como el del viaje de Bran MacFebal, quien navegando y navegando encontró una isla llena de mujeres; y el de Máel Dúin, un héroe que emprendió un viaje por mar para vengar la muerte de su padre.

Mito o no, actualmente y, gracias a esta historia, san Brandán es considerado santo patrón de los marineros. Parece que Cristóbal Colón creía en aquel mito, y que una de las razones para navegar hacia el oeste desconocido era encontrar aquel paraíso terrenal. Y podríamos decir que lo encontró. En el Caribe.

PARTE 2.
EUROPA

5. HIPERBÓREA Y ÚLTIMA THULE

No todos los continentes perdidos en el tiempo y en los mitos desaparecieron sin dejar rastro. Tenemos el caso de la Hiperbórea, un término genérico que usaban los griegos de la Antigüedad para hablar de las lejanas tierras que estaban muy hacia el norte, regiones inexploradas donde hacía mucho frío y existían grandes peligros.

Hiperbórea significa en lengua griega «más allá de los vientos del norte», y viene del nombre del dios griego del viento del norte, Bóreas. De ahí que al norte se lo denomine a veces boreal, como las auroras boreales que pueden verse en el Polo Norte. Las que se ven en el Polo Sur, es decir, en la Antártida, son llamadas auroras australes. Esto lo digo por si algún día, querido lector, pasas por alguna base antártica. En ese caso no digas que lo que estás viendo es una aurora boreal porque si lo haces es probable que te cojan entre varios y te tiren al mar.

Sigamos con los griegos. Para ellos, esta Hiperbórea empezaría al norte de Tracia. Es decir, que de Rumanía para arriba ya estaríamos en la famosa Hiperbórea, aunque para otros la Hiperbórea sería una tierra tan al norte que era casi imposible alcanzarla. Según cuentan sus leyendas, aquella región era peligrosa porque estaba muy poco explorada y además allí vivía una raza de gigantes con muy malas pulgas.

MADAME BLAVATSKY
1. POLIRANDOS
2. HIPERBÓREOS
3. LEMURIANOS
4. ATLANTES
5. ARIOS
6. HOMO SPIRITALIS (MURIANOS)
7. PARADISIACOS
CULTURA THULE
SIBERIA
HIPERBOREA
MONTES URALES-MONTES RIPEOS
ISEDONES = ESCITAS?
Pico de oro de un pecho, montado 350-350 a.C.
FÓSILES PROTOCERATOPS ORÍGEN ASIÁTICO?
MONTES CÁRPATOS
MASALIA
ESPAÑA
MACEDONIA
GRECIA
PITEAS DE MASALIA (MARSELLA)
ARISTEAS DE PROCONESO SIGLO VII a.C.
ARIMASPOS
ARIMA-ASPA (Jinete a caballo)
ARIMA-SPOU (un ojo)
posible error de traducción
ruta continental siglo VIII a.C.
330 a.C.
posibles rutas alternativas
INDIAS, ERA TIERRA DESCONOCIDA
HERODOTO NO CITA DEL SECRETO DE INDIAS

Para Píndaro, un poeta de la Grecia clásica, la Hiperbórea era un lugar mítico donde todo era ideal, como en una utopía sacada de los textos platónicos. Decía que los hiperbóreos tenían un sistema político perfecto, donde todo era alegría y felicidad, donde la enfermedad brillaba por su ausencia, y donde había mujeres hermosas y a todas horas estaba sonando música bella. En aquel lugar nadie pasaba hambre, pues jamás cesaban las cosechas en sus campos de cultivo. Y tampoco penséis que los hiperbóreos se pasaban horas y horas cultivando y trabajando. Todo lo contrario. Trabajaban poco y tenían muchísimo tiempo libre.

Píndaro afirmaba que la Hiperbórea estaba ubicada más allá del río Istro, que se identifica con el Danubio. Aunque, eso sí, llegar a ella era increíblemente complicado. Podríamos decir que para los simples mortales era imposible. Esa hazaña solo estaba al alcance de dioses como Apolo y semidioses como Perseo (allí fue donde se enfrentó con Medusa) o Heracles (el Hércules griego).

Hablando de Heracles, este tuvo que ir a la Hiperbórea obligado durante uno de sus famosos doce trabajos. El rey Euristeo le encargó capturar viva a la Cierva de Cerinea, una cierva con una cornamenta de oro, tan rápida que era capaz de esquivar cualquier flecha. Durante un año entero Heracles fue tras ella atravesando Grecia, Tracia y después llegó a la tierra de los hiperbóreos, donde consiguió darle caza.

De esta cierva se decía que era una de las cinco que tiraban del carro de la diosa Artemisa, y su relación con la región de la Hiperbórea y su rara cornamenta ha hecho que se especule con la posibilidad de que fuese en realidad un reno. Los renos euroasiáticos viven por las tundras y las taigas tanto de Escandinavia como de Siberia, las zonas más al norte de ambas regiones.

Parece ser que Heracles se quedó prendado de la exuberante vegetación de aquel lugar y, tras entablar contacto con varios hiperbóreos, estos le obsequiaron con algunas semillas que posteriormente el héroe griego plantó en la Élide. Así fue como esta región de Grecia pasó de no tener apenas árboles a estar llena de olivos. Si tratásemos de buscar explicaciones racionales a estos mitos, esta parte no encajaría, porque obviamente, en Siberia no hay olivos ni una vegetación exuberante.

También se habla de un tal Abaris, un sacerdote hiperbóreo que llegó a Grecia en el momento en el que las diferentes ciudades-estado sufrían una epidemia. No se sabe la fecha exacta en que llegó Abaris a territorio griego. Se estima que por el año 570 a. C., pero es muy probable que este tipo jamás existiera. De él se recoge que nunca comía, y que viajó por toda la Hélade para curar a la gente a través de cánticos y oraciones.

*

Según estos relatos mencionados, todo lo relacionado con la Hiperbórea empieza con el dios de los fríos vientos del norte, Bóreas, hijo de Astreo y de Eos, y hermano de los otros dioses de vientos como Céfiro, Euro y Noto. De Bóreas se cuentan muchas historias diferentes.

En una de ellas se dice que un buen día decidió adoptar la forma de un semental y hacer el amor con las yeguas de Erictonio, rey de los dárdanos, y esa relación engendró doce potros. Se decía que estos corceles eran tan veloces como el mismo viento del norte, tanto que prácticamente volaban.

También se cuenta que un día Bóreas raptó a Oritía, una princesa ateniense (hija de Erecteo) que estaba bailando al lado de un río. Y es que Bóreas estaba perdidamente enamorado de ella. La secuestró con una serie de torbellinos de viento y se la llevó a su casa, en los Cárpatos, en la región de Tracia, según algunas fuentes. Con ella tuvo dos hijos, los Boréadas, Zetes y Calais, y también dos hijas, Quíone y Cleopatra. No la Cleopatra famosa, sino otra.

Al parecer estos Boréadas eran tipos enormes, de unos tres metros de altura, que se largaron de casa de sus padres y emprendieron un viaje al norte, hasta instalarse en un lugar al que llamaron la Hiperbórea. Fue allí donde fundaron una monarquía y gobernaron sobre mucha gente. Adoraban al dios Apolo y en torno a él crearon grandes templos en donde tenían lugar rituales mágicos.

Se decía de la Hiperbórea que era un reino de una primavera infinita, donde las personas vivían muchísimos años (eran prácticamente inmortales) y además en gran armonía. Incluso se contaba que el mismísimo dios Apolo visitaba el lugar cada diecinueve años para rejuvenecer con algún potingue mágico.

*

Un contemporáneo del poeta Píndaro fue el famoso historiador y geógrafo griego Heródoto de Halicarnaso. Si hablamos de historia este señor es muy importante, pues se le considera el padre de la historia de Occidente, ya que fue el primero en componer un relato razonado y estructurado de las acciones humanas y los hechos acontecidos, algo similar a lo que conocemos como historia. Eso sí, sus escritos muchas veces hay que cogerlos con pinzas. Aquí no había un código deontológico que obligara a decir la verdad y nada más que la verdad, y actualmente se ponen en tela de juicio muchos de los hechos de los que, según él dice, fue testigo. Además, muchas veces mezclaba la historia con dioses y cosas que una persona de nuestro presente no se creería ni borracho.

Pero ojo, eso no quita valor a la obra de Heródoto. Gracias a él sabemos mucho de lo que pensaban los griegos de esa misteriosa

región conocida como la Hiperbórea. Gran parte de toda la información relacionada con la Hiperbórea la recogió de un poeta y viajero del siglo VII a. C. llamado Aristeas de Proconeso. Este Aristeas contaba en un poema perdido llamado *Arimaspeia*, un viaje de exploración que hizo al norte del mundo conocido. Puede que contara cosas ciertas sobre sus viajes, pero también decía, por ejemplo, que tenía poderes mágicos y que podía salir de su cuerpo en plan viaje astral y ver cosas que otros no podían ni atisbar. Ahí ya se le fue un poco la pinza.

Aristeas nació y creció en Proconeso, que era una pequeña isla en el Mármara, ese pequeñito mar situado entre la desembocadura del mar Negro en el estrecho del Bósforo, siendo Bizancio su ciudad más reconocida, y el Helesponto, que ahora se llama estrecho de los Dardanelos. En resumen, que aquel era un lugar bastante bien situado en cuanto a rutas comerciales se refiere. El tráfico de barcos mercantes era casi constante, y claro, el chaval creció escuchando muchísimos relatos oídos a extranjeros que venían de todas partes del mundo conocido y semiconocido.

Al parecer, en su viaje hacia la Hiperbórea primero se encontró a unos señores llamados los isedones. Para Heródoto los isedones eran personas justas cuyas mujeres poseían igualdad de derechos, aunque también cuenta que practicaban el canibalismo ritual con sus mayores en unas barbacoas épicas. Según lo que contó, estos isedones hacían una especie de funeral donde la familia del difunto comía la carne del fallecido y ponían su cráneo en algún lugar bonito. Solo faltaba hacer vajillas o *merchandising*. Ya puestos.

Se ignora qué gente podrían ser estos isedones, pero algunos afirman que seguramente fueran tribus que habitaban en las estepas kazajas. ¿Escitas quizá? No se sabe, pero sí que es cierto que los jinetes escitas eran tribus nómadas que vivían en campamentos y montaban a caballo por las estepas euroasiáticas y que tenían costumbres que a ojos de los griegos resultaban algo bárbaras. Quizás con bárbaras se refirieran a costumbres poco habituales en la antigua Grecia, como que las mujeres escitas podían montar a caballo y empuñar un arco si la situación lo requería. Sobre el posible gusto antropófago de estas gentes no hay muchos datos. Quizás lo fueran en épocas muy concretas de hambruna, pero parece que no fue algo habitual.

Pero sigamos con la historia de Aristeas. Aún más al norte del territorio de los isedones, vivían otras tribus de gentes con un solo ojo, unos cíclopes a los que se les conocía con el nombre de arimaspos. Esta gente iba siempre a caballo y eran muy buenos jinetes, y su misión en la vida era dar caza a grifos, pero no grifos de abrir la llave de agua, sino animales que eran mitad águilas, mitad leones. Al

parecer, estos grifos eran los protectores de valiosos tesoros que había escondido el dios Apolo tiempo atrás en aquella región. ¿Y qué región podría haber sido esta? Como siempre, no se sabe bien, pero se especula con que estos arimaspos, fueran lo que fueran, podrían haber vivido en los montes Cárpatos (entre Rumanía y Ucrania), o en los montes Urales (los que separan la Rusia europea y la Rusia asiática).

Vale, el relato de los viajes de Aristeas de Proconeso empezó bien. Primero hay caníbales, lo que puede ser creíble, pero ahora aparecen cíclopes y grifos. Yo siempre digo que, detrás de los mitos siempre hay una parte de verdad. Lógicamente los cíclopes y los grifos no existen, pero… ¿pudo haber algo que inspirara a la gente de la época a inventar estos mitos?

Quizás los arimaspos no tuvieran solo un ojo, sino que aquello fuera una confusión en el nombre. Algunos dicen que los arimaspos eran una tribu indoirania, y en su lengua «ariama-aspa» significaría «amor a caballos». En cambio, los griegos lo entendieron como «arima» y «spou», es decir «un ojo» en lengua escita.

Y queda la cuestión de los grifos. Aquí la teoría que más sentido tiene es que, tirando más hacia Asia, se han encontrado muchísimos esqueletos de dinosaurios, especialmente de algunas especies como el protoceratops, que son como el famoso triceratops, pero de menor tamaño. En sus cráneos se ven picos enormes y, claro, seguramente al tipo que investigara aquellos restos aquel ser le pareciera una mezcla de varios que había visto vivos. El mito griego de los grifos seguramente naciera de allí.

Y quizás os preguntéis por qué a los grifos de beber agua se les llama así. Pues por estos animales mitológicos. Resulta que antiguamente, en castellano, a la llave de agua se la llamaba canilla, pero para hacerla más decorativa se empezaron a fabricar canillas, pero con forma de animales guais, y las que más éxito tuvieron fueron las canillas con forma de grifo. De ahí que en España a la llave de agua se le llame grifo.

En fin, que el viaje de Aristeas hacia el extremo norte del continente dio para historias curiosas. Ahora bien. ¿Qué había más allá? ¿Qué había más al norte de estas regiones? Ahora sí que podríamos hablar de la Hiperbórea propiamente dicha. La ubicación de esta Hiperbórea no se conoce, pero en estos relatos griegos se dice que estaba más allá de los montes Ripeos, unas montañas cuya ubicación es un misterio. No obstante, una cosa era segura, estaban nevadas y hacía un frío del carajo. La mayoría de expertos asegura que eran los montes Urales, pero no hay consenso. El caso es que estos montes Ripeos servirían a los hiperbóreos como una barrera natural que les aislaba casi por completo del mundo exterior.

Aparte de las crónicas poetizadas de Aristeas de Proconeso,

Heródoto de Halicarnaso también obtuvo parte de esta valiosa información sobre la Hiperbórea de otros escritores como Hesíodo y Homero. Por ejemplo, para Hesíodo, los hiperbóreos habrían vivido junto a los grandes saltos de Eridán, y se sabe que los antiguos griegos y romanos identificaban como *eridanus* al río Po, un río que recorre casi todo el norte de Italia. Es decir, que más allá de los Alpes ya empezaba el territorio de los hiperbóreos. Aunque también puede ser que estos griegos pensaran que aquel río comenzaba muchísimo más al norte.

Por otro lado, Heródoto cuenta que Homero habló de la Hiperbórea en detalle en una obra que escribió titulada *Los Epígonos*, una secuela de *La Tebaida*, pero lamentablemente está perdida y no podemos saber qué decía. Aunque luego Sófocles hizo una adaptación para teatro, pero con cambios.

Heródoto no sabía si realmente aquella había sido una obra genuina de Homero, porque no sé si lo sabéis, pero la existencia de este escritor ha sido puesta en duda en muchas ocasiones. Pero eso, me temo, es otra historia.

También parece que el historiador y filósofo griego Hecateo de Abdera, contemporáneo de Alejandro Magno y de Ptolomeo I Sóter, redactó una compilación bastante completa de todas las historias que rodeaban a la misteriosa Hiperbórea. Lo hizo durante el siglo IV a. C. Lamentablemente, esta obra, titulada *De los hiperbóreos*, no ha logrado llegar a la actualidad completa y solo tenemos varios fragmentos.

Sabemos que existe porque Diodoro Sículo, otro historiador griego, pero del siglo I a. C., escribió sobre ella y citó algunas de sus partes, pero si no llega a ser por él y algún otro, no tendríamos ni idea de su existencia. El caso es que Hecateo de Abdera dijo que Hiperbórea era una isla situada en algún lugar del océano Atlántico, pero muy al norte, de una extensión similar a Sicilia, y desde la cual se podía ver la luna de cerca.

¿Por qué de pronto ese territorio en el extremo norte se convirtió en una isla? Podría explicarse en el contexto de la época. Fue en el tiempo en el que el Imperio romano había nacido. Grecia había sido absorbida por los romanos, y el emperador Augusto dominaba el cotarro. Parece ser que entonces estaba de moda hablar de narraciones utópicas y situarlas en islas. Que este tipo de narraciones tuviera lugar en islas era más fácil para justificar el aislamiento del resto del continente y su no contaminación con ideas del mundo conocido.

*

Para algunos griegos, la capital de la Hiperbórea sería una ciudad llamada Última Thule, o Thule a secas. Sí, es probable que os suene. Ya he mencionado unas páginas antes a la Sociedad Thule, una

especie de hermandad esotérica nazi.

El primer griego en mencionar el nombre de Thule fue el geógrafo y explorador Piteas de Masalia (oriundo de Masalia, nombre antiguo de Marsella, Francia, que era una colonia griega). Se sabe que en algún momento del siglo IV a. C., por el año 330 a. C. más o menos, este Piteas realizó una expedición en barco a los confines del mundo conocido, y acabó en algún lugar muy al norte.

Según su relato, aquel lugar al norte de todo se encontraba a seis días de viaje desde Britania, y era iluminado por un sol que brillaba las veinticuatro horas del día, algo alucinante para los griegos. Ahora podríamos establecer cierto paralelismo con el círculo polar ártico, donde, dependiendo de la época del año, el sol no se pone durante días o incluso meses.

Piteas dejó constancia de toda su aventura en su libro *Sobre el océano*, pero este también se ha perdido en el tiempo, y lo poco que sabemos de su contenido son referencias y citas en otros libros, y en muchos casos para rebatir los cálculos y datos de Piteas. Le ponían a caer de un burro. Aun así, la leyenda de su misteriosa Thule y los relatos sobre la Hiperbórea acabaron fusionados.

Durante la época clásica y también durante la Edad Media muchos mencionaron Thule en sus escritos, pero más de forma poética y ficcional que como teorías sobre qué era aquel lugar.

De 1539 tenemos la *Carta marina* del escritor y cartógrafo sueco Olaus Magnus, el más antiguo y estético de los mapas sobre los países escandinavos que tenemos en la actualidad. Y es que el mapa es realmente bonito, tiene muchísimos detalles como arbolitos, escudos, animales marinos… El tío tardó más de doce años en acabarlo. Pero lo curioso es que en él también aparece la famosa Thule. Bueno, en el mapa pone Tile, pero es lo mismo. Olaus Magnus colocó la isla de Thule en algún punto del Atlántico entre las islas Orcadas y las Feroe, donde ahora, consultando Google Maps podemos ver que no hay absolutamente nada.

Parece que todas las investigaciones sobre el tema apuntan a que la Thule que descubrió Piteas era la costa de Noruega, y más concretamente que llegó a la isla de Smola, ubicada a varios kilómetros de distancia al oeste de la ciudad noruega de Trondheim. Eso es lo que dice un estudio realizado entre los años 2007 y 2010 por varios científicos de la Universidad Técnica de Berlín. Para otros, Piteas podría haber descubierto las Islas Feroe, Islandia (de hecho, se la llama Thule en algunos documentos medievales) o incluso Groenlandia.

Para otros, como Lennart Meri, que aparte de escritor y director de cine llegó a ser el segundo presidente de la República de Estonia durante casi toda la década de los años noventa, Thule estaría en

Estonia. A ver, ya he dicho que aquí cada uno barre para su casa. El caso es que antes de ser presidente, allá por 1976, ya tuvo la teoría de que lo que encontró Piteas fue la isla de Saaremaa, perteneciente a Estonia, situada en la parte norte del golfo de Riga.

Según dijo Meri, existen similitudes fonológicas entre la palabra Thule y la raíz estonia «tule», que significa «de fuego». Y es que, en el centro de esta isla existe un cráter con el nombre de Kaali, que fue creado por el impacto de un meteorito. Según el folclore estonio, Saaremaa era el lugar donde el Sol se fue a descansar. Quiere decir que el Sol cayó del cielo y se estrelló contra el lugar, generando una similitud con la leyenda de Thule y la Hiperbórea.

Fuera como fuera, parece que allí vivían varias tribus nórdicas y, de hecho, Lennart Meri pudo recoger algo de información que las relacionaría con tribus ya identificadas por la historia como los gautas o los samis.

Más adelante en el tiempo comenzó a identificarse como hiperbóreos a los escandinavos, los habitantes de Escandinavia, especialmente de Noruega y Suecia. Esto fue así debido a algunos elementos ambiguos de los relatos antiguos, como la idea de una tierra perpetuamente soleada más allá del norte, que como ya he dicho, podría hacer referencia al círculo polar ártico.

¿Quiere eso decir que los hiperbóreos eran una versión mitificada de algún pueblo nórdico? Quizás, pero lo dudo mucho. Los griegos ya conocían, y las mencionaron en sus textos, a las gentes de Escandinavia, especialmente por su comercio con ámbar, y para estos griegos aquello no tenía nada de especial.

Quizás sí que los hiperbóreos tuvieran algún rasgo de gentes nórdicas, o también de escitas o sármatas, pero lo más probable es que fueran un mito creado por los propios griegos para criticar algunas costumbres propias que les alejarían de la excelencia. Un poco parecido a lo que podría haber pretendido Platón con su relato de la Atlántida. Y también este mito de los hiperbóreos serviría de modelo aspiracional para la relación con los dioses y la explicación del origen del culto al dios Apolo, a Artemisa y los rituales de Olimpia en la región de Élide.

*

Más adelante se empezó a relacionar a estos hiperbóreos con el origen de los pueblos indoeuropeos. Ya he explicado quiénes eran estos indoeuropeos, pero lo repito. Se supone que durante el siglo XVIII y sobre todo durante el XIX, se empezó a conjeturar sobre un conjunto de pueblos originarios hablantes de una lengua y unas tradiciones comunes conocidos como protoindoeuropeos. Y es cierto que muchísimos estudios de filología comparada han concluido que

idiomas como el castellano, el portugués, el inglés, el francés, el alemán, el persa, el indio y muchísimos más (que van desde Europa a la India) tienen rasgos comunes y que podrían compartir el mismo origen. Es decir, que estas lenguas vendrían de una desconocida e hipotética lengua ancestral llamada protoindoeuropeo, cuyos hablantes, desde más o menos el año 4000 a. C., comenzaron a expandirse por todos estos lugares.

El problema aquí es mezclar lengua y aspectos culturales como dioses y tradiciones con raza y etnias. Antes se pensaba que sí, que los protoindoeuropeos habían sido una raza homogénea de gente rubia, lo que se llamó raza aria (*arya* es «noble» en sánscrito), que contrastaba con la otra gran raza que eran los semitas (árabes y judíos) pero ya es obvio que eso no es así. Lo de indoeuropeo se refiere solo a la lingüística y no a la genética, no tiene nada que ver con eso. Solo hace falta ir a lugares donde se hablan lenguas indoeuropeas para ver que no tiene sentido.

Por si fuera poco, durante el siglo XIX comenzaron a mezclarse con la Hiperbórea ideas ocultistas y esotéricas, y algunos de sus teóricos fueron Madame Blavatsky, René Guénon, Julius Evola y el chileno Miguel Serrano. Según estas teorías la Hiperbórea fue el origen de la humanidad. Además, tenemos que recordar que en aquella época ya se empezó a hablar de la evolución humana y demás, y para esta gente, y especialmente para William F. Warren, primer presidente de la Universidad de Boston, no es que los humanos viniéramos del mono, sino que los humanos íbamos volviéndonos monos a medida que nos alejábamos física y espiritualmente de ese centro de poder místico llamado Hiperbórea.

Para esta gente, el Polo Sur y la Antártida eran como el centro de poder contrario, un poder demoniaco de donde salía el mal y la corrupción del mundo. Y, de hecho, William F. Warren explicaba en su libro *Paraíso encontrado: la cuna de la raza humana en el Polo Norte*, publicado en 1885, que antiguamente los humanos vivíamos en armonía en el Polo Norte, en plan Jardín del Edén, y que la gente allí era muy hermosa y que vivía muchísimos años. Hacía buen tiempo, pero todo cambió, primero con un diluvio, y después una glaciación que trajo un gélido e inaguantable frío.

Estos fenómenos terminaron por «expulsarles» de ese paraíso y tuvieron que irse al sur, buscando zonas con más calorcito. Ese calor provocó una involución que nos convirtió en lo que somos ahora. Por lo tanto, según sus conclusiones, la gente más cerca del polo norte es gente más perfecta, mientras que los asiáticos o mediterráneos seríamos considerados inferiores. Y los africanos ya ni te cuento.

La ya mencionada Madame Blavatsky, una escritora y ocultista ruso-alemana, estaba flipada con la Atlántida, con Lemuria y también con

la Hiperbórea. En 1875 creó en Nueva York una especie de secta ocultista llamada la Sociedad Teosófica, con gran éxito, por cierto. El símbolo de esta secta es muy curioso, se trata de un uroboros (símbolo de una serpiente mordiéndose la cola) en un círculo, rodeando una estrella de David formada por dos triángulos, con una cruz *anj* egipcia en el centro y una esvástica y el símbolo del hinduismo. Es como cuando tienes mucha hambre y te haces un bocadillo con todas las sobras que encuentras en el frigorífico.

Pocos años después viajó a la India y allí estuvo unos cuantos años haciendo de médium para ricachones, estudiando tradiciones antiguas hindúes y contactando con espíritus de gente muerta. La obra más famosa de Blavatsky es *La doctrina secreta*, de 1888, un libro amado por cultos *new age* que básicamente era una mezcolanza de teorías de todo tipo. Bueno, más que teorías, eran revelaciones de una raza superior que entró en contacto con ella desde el más allá para contarle que al norte de la cordillera del Himalaya, en el desierto de Gobi, en China, había florecido una antigua civilización que tuvo que ocultarse bajo tierra, en un reino subterráneo. Pero de eso hablaré en otro capítulo del libro. Algunos ya sabréis de qué estoy hablando.

Para Blavatsky, una entidad divina que ella conocía como Principio Divino creó el mundo a través de rayos cósmicos. Tras eso, creó el planeta Tierra, pero al estar completamente vacía decidió crear a la primera de las siete razas raíces, que era una raza de espíritus sin cuerpo físico que habitaba en un lugar indeterminado llamado la Tierra Sagrada Imperecedera. Suena un poco a *El señor de los anillos*, aunque esta obra es posterior, todo hay que decirlo.

Esta primera raza estaba compuesta enteramente por éter y se reproducía dividiéndose como las amebas. Es decir, asexualmente y por mitosis, o algo parecido. En la Tierra aún no existía nada, solo era una bola completamente congelada.

La segunda raza raíz fue la de los hiperbóreos. Estos serían también espíritus, pero fueron volviéndose menos etéreos y más físicos. Adquirieron un color amarillo dorado y se reproducían por gemación, que viene a ser igual que la mitosis celular, pero sin salir dos seres iguales. Estos hiperbóreos vivieron, cómo no, en la Hiperbórea, que para Blavatsky sería un continente gigantesco situado en el Polo Norte, que ocupaba antiguamente desde el norte de Groenlandia y Canadá hasta la península de Kamchatka, en la parte más oriental de Rusia. Al parecer, en el planeta Tierra seguía haciendo un frío del carajo, pero con el tiempo el clima comenzó a hacerse más tropical.

Como ya conté en el capítulo de Lemuria, estos seres hiperbóreos se convirtieron en los lemurianos y habitaron el continente de Lemuria, situado en el océano Índico. Estos fueron la tercera raza raíz, aunque luego hubo varias «subrazas». En general, eran seres muy altos de

aspecto simiesco. También eran hermafroditas: empezaron poniendo huevos, aunque las últimas «subrazas» lemurianas acabaron reproduciéndose como los humanos actuales.

Esta raza de lemurianos habitó la Tierra hace unos treinta y cinco millones de años y convivió con los dinosaurios. Ahora sabemos que los dinosaurios vivieron muchísimo más tarde, pero en aquella época la datación de las eras geológicas no era tan precisa.

Como recordaréis de páginas atrás, Lemuria fue destruida por los terremotos, y los lemurianos supervivientes acabaron dando origen a los habitantes nativos de Australia, el Congo, partes de la India y de Rapa Nui.

*

La cuarta raza raíz surgió hace 4,5 millones de años, y habitó en la Atlántida. Los atlantes eran descendientes de una de las «subrazas» de los lemurianos, y antes de la destrucción de Lemuria se fueron a vivir a África Occidental. Eran humanos plenamente físicos, como los conocemos hoy día, aunque con poderes psíquicos y tecnología ultraavanzada.

Aunque comenzaron teniendo la piel de color de bronce, terminaron por desarrollar diferentes colores de pieles relacionadas con las siete «subrazas» en las que se dividieron. La primera fue la de los Rmoahal, gigantes a los que se atribuyó la construcción de los grandes monumentos megalíticos de la Prehistoria como el famoso Stonehenge.

Otros fueron los cromañones, otros los toltecas (que para los teósofos eran los antepasados de los nativos americanos), otros los turianos (o pueblos túrquicos), otros los semitas fenicios, otros los acadios y finalmente los mongoles.

Durante mucho tiempo la Atlántida fue gobernada por los toltecas, y gracias a ellos esta civilización atlante llegó a su apogeo. Según Blavatsky esto ocurrió hace más o menos un millón de años. En aquel tiempo la capital de la Atlántida era la Ciudad de las Puertas Doradas, y existían todo tipo de lujos y comodidades. Los atlantes vivían muy, muy bien. Tenían incluso aeronaves, aunque pronto comenzaron a matarse entre ellos en cruentas guerras.

Al igual que en el relato de Platón sobre la Atlántida, se cuenta que estos atlantes se volvieron arrogantes y abusaron de su poder. Al parecer los toltecas comenzaron a dejar de lado a su dios solar para abrazar la magia negra, y después los turianos dieron un golpe de Estado y abusaron aún más de este poder oscuro. Un grupo de magos, los magos blancos, se opusieron a estos turianos corrompidos y comenzaron una guerra llena de magia y criaturas mitad humanas, mitad animales.

Debido a esto, en 9500 a. C., esta gente fue castigada y la Atlántida quedó hundida bajo el océano. Los atlantes supervivientes fueron los que levantaron civilizaciones como la de los amerindios del norte, los mayas y los egipcios.

*

La quinta raza raíz fue la raza aria, la raza del color de la luna, la cual se desperdigó por el mundo. Un grupo de arios acabó en un Sáhara verde y lleno de vegetación, y fundaron la Ciudad del Sol. Otro grupo llegó al desierto de Gobi, entre China y Mongolia, y allí establecieron la Ciudad del Puente, que conectaba mágicamente con una ciudad etérea llamada Shambhala, en la cual gobierna el Señor del Mundo. De Shambhala también hablaré más adelante en este libro.

Las «subrazas» arias dieron lugar a diferentes civilizaciones como la hindú, la árabe, la persa, la celta y la teutónica. Estas cinco eran emigrantes de la Ciudad del Puente, y fueron poco a poco llegando a sus territorios correspondientes hace entre 60.000 y 20.000 años.

Actualmente, los seres humanos estaríamos en esta etapa evolutiva, la de la quinta raza raíz, la aria, aunque todavía quedarían por aparecer dos «subrazas» arias. Esta séptima y última «subraza» aria sería la dominante del mundo, por encima de otras que procedían de lemurianos y otras razas anteriores. Y según Blavatsky, después de la dominación aria todavía quedarían dos estadios más de evolución, las dos últimas razas raíces.

Una aparecerá en Estados Unidos a principios del siglo XXI, la cual tendrá algunos poderes psíquicos y traería sabiduría y una nueva forma de entender el mundo espiritual. Esta se convertiría en la sexta raza raíz, y algunos la denominaron *Homo Spiritalis*.

La sexta raza raíz sería anunciada por la llegada de Buda Maitreya, la figura principal del budismo Mahayana. En su tiempo en la India, Blavatsky se nutrió de muchas ideas budistas que fue incorporando a su pensamiento. En los tiempos de la sexta raza raíz, la humanidad tendría un gobierno mundial dirigido por la reencarnación del mismísimo Julio César. La verdad es que la teosofía siempre logra sorprenderte con unos giros inesperados de guion. Esta raza vivirá miles de años y durante ese tiempo surgirá un nuevo continente en el océano Pacífico, donde todos los humanos vivirán en armonía y cuya forma de vida estaría basada en una espiritualidad colectiva.

El último escalón evolutivo de la humanidad sería la séptima raza raíz, en la cual todo el mundo obtendrá una conexión inefable con el cosmos.

*

Vamos a acabar con la teoría hiperboreana más loca de todas, la de

Robert Charroux, un escritor francés de principios del siglo XX. Ubicaba la Hiperbórea entre Groenlandia e Islandia, y decía que los hiperbóreos serían una raza de alienígenas de piel muy blanca y de gran tamaño que habrían llegado a la Tierra en tiempos muy remotos y habían elegido Escandinavia como hogar porque era lo más parecido que encontraron a su planeta de origen. Aquí ya entramos en temas raciales, porque Charroux decía que la raza blanca nórdica de cabello rubio y de ojos azules era la más pura a ojos de estos alienígenas.

Este tío fue el precursor de todo lo relacionado con la teoría o hipótesis de los antiguos astronautas, es decir, razas alienígenas que nos visitaron en el pasado, en diferentes momentos de la historia, y fueron vitales en el devenir de muchos acontecimientos.

Como veis, todas estas historias antiguas sobre la Hiperbórea, que al final no era más que un cuento antiguo sobre unos dioses que vivían felizmente en el norte, fueron raptadas por gente con ideas bastante nacionalistas y extremistas. Pronto empezaron a mezclarlo primero con el origen de las lenguas y más tarde con razas elegidas, pureza de sangre y descendencia de dioses. Entre ellos estaban los nazis, que cogieron algunas de estas ideas para respaldar su ideario. En siguientes capítulos trataremos más sobre estos temas.

6. LA CIUDAD HUNDIDA DE YS O DE KER-IS

No penséis que la Atlántida, Lemuria, Hiva y Mu son las únicas civilizaciones hundidas en el mar de forma misteriosa. Hay muchas otras. Quizás una de las historias menos conocidas sea la de Ys o Ker-Is, una ciudad legendaria que habría estado en algún lugar de la costa de la Bretaña francesa y que fue engullida por las olas.

Se dice que el mito de esta ciudad tuvo un origen celta. Los celtas fueron un pueblo indoeuropeo que podría proceder de Austria, Hallstatt, por el año 1200 a. C., y cuya cultura se extendió prácticamente por toda Europa. Es cierto que quizás el término celta es un poco cajón de sastre para muchas culturas diferentes pero similares de algún modo. Podríamos decir que los galos fueron celtas que se asentaron en el territorio que los romanos llamaron la Galia, lo que ahora es Francia, y que dentro de este término un tanto artificial había muchísimas tribus diferentes.

También estaban los helvecios, que se asentaron en lo que ahora es Suiza, y los britones o britanos, que habitaron la isla de Albión, es decir, Gran Bretaña. También hubo celtas en la isla de Irlanda, y esos fueron los celtas gaélicos o goidélicos. Y allí vivieron hasta que, durante el siglo I a. C. comenzaron los intentos de Roma de tomar parte del lugar. Y por si fuera poco, durante los siglos IV y VI tuvieron lugar las invasiones de anglos, jutos y sajones, tribus germanas procedentes de Dinamarca y regiones cercanas. Estas tribus tomaron el control de muchas zonas británicas. De ahí que ahora se llame a los ingleses anglosajones.

Estas invasiones provocaron que los romanos que gobernaban allí dieran la orden de retirar a gran cantidad de sus tropas auxiliares, compuestas en su mayoría por britanos. Estos soldados britanos emigraron a Armórica, la península que ahora conocemos como la Bretaña francesa. Fueron estos bretones quienes dieron este nuevo nombre a la región y además llevaron consigo el idioma bretón.

En este contexto se originó el mito de Ker-Is, que en bretón significa «ciudad baja». «Ker» es «ciudad» en idioma bretón, mientras que «Ys» es una palabra que significa «bajo», en un contexto de llano y por debajo del nivel del mar. Algo parecido a lo que ocurre con los Países Bajos. Realmente se piensa que el mito se originó mucho antes, durante el periodo celta, pero es muy complicado de saber.

Desde luego, la mención más antigua de la ciudad de Ys proviene del historiador bretón Pierre Le Baud, quien en el siglo XV publicó

Crónicas e «ystorias» britanas, de 1480. En esta crónica Pierre Le Baud dice que el obispo san Corentin de Quimper (un santo famoso del siglo V) presenció el hundimiento de la famosa ciudad debido a los pecados de los habitantes y, en especial, del rey Gradlon, quien gobernaba la ciudad. Vendría a ser una especie de Sodoma y Gomorra, y es evidente que la historia ya había sido cristianizada para adaptarla a la forma de pensar de la época. Aunque siendo honestos, reconozcamos que también el mito de la Atlántida hablaba de que la ciudad fue hundida por la soberbia de sus reyes. ¿Quién copió a quién? No se sabe.

Por ejemplo, en esta versión de Le Baud no aparece el personaje de Dahut, ya que sería añadido en versiones posteriores, las cuales alcanzaron más popularidad.

Es de estas versiones posteriores y más populares de las que voy a hacer un resumen.

*

Esta historia empieza en algún lugar de la Bretaña Francesa en algún momento entre la decadencia del Imperio romano de Occidente y la llegada de la Edad Media.

La ciudad que gobernaba el rey Gradlon, Ys, era una inmensa villa llena de bellos palacios y jardines, con suntuosos mercados, grandes artistas y murallas que quitaban el hipo. Parte de estas murallas eran un dique de contención para evitar que las aguas entraran en la ciudad. Cuando la mar estaba baja, podían abrir una enorme puerta y sacar barcos y demás. Pero esa puerta solo se podía abrir con una llave que el rey llevaba siempre colgada del cuello.

Resulta que el rey Gradlon tuvo una juventud pagana, y en esos años se enamoró de una reina del norte (Irlanda quizás) llamada Malgven, que se dice que era un hada a la que el cristianismo no le gustaba demasiado. Ambos se casaron y tuvieron una hija llamada Dahut en mitad de un viaje en barco, pero la reina Malgven no sobrevivió al parto.

Para complicar aún más las cosas, resulta que Dahut no era muy normal. ¿Habéis visto la serie *Desencanto*? Pues Dahut era como la princesa Tiabeanie. Le encantaba irse a fiestas *rave* a alcoholizarse y a bailar hasta la madrugada. Y también se cuenta que hacía orgías y torturaba a sus amantes. Si en aquella época hubieran inventado la cocaína estaría metiéndose unas cuantas rayas a todas horas.

Aquí entró san Corentin (o san Guénolé/Winwaleo según la versión) a advertir al rey que como aquello siguiera así, supondría la ruina de la ciudad de Ys y de todos sus habitantes. El rey Gradlon no sabía qué hacer para que su loquísima hija entrara en vereda. Pero mientras tanto, un día llegó un caballero extraño vestido de rojo (¿el diablo tal vez?) y sedujo a Dahut. Para demostrarle su amor le pidió que le

consiguiera la llave del famoso dique de Ys que su padre llevaba siempre al cuello. En fin, creo que a partir de aquí el resto de la historia se torna ciertamente previsible, pero voy a continuarla.

Dahut entró en la habitación de su padre, robó la llave, se la dio al tipo extraño, este abrió el dique y el mar comenzó a inundar toda la ciudad. Cuando el rey se enteró ya era tarde. Cogió su caballo mágico Morbarch y salió zumbando de la ciudad. Por el camino se encontró a su hija y la salvó del desastre. Sin embargo, el agua les alcanzó. Pero claro, como el caballo era mágico empezó a surfear aquella marejada con un estilo de la leche. El problema era que tenía tanto peso a las espaldas que comenzó a hundirse.

No se sabe si Dahut se soltó o si el rey acabó tirándola al mar, pero Dahut cayó al agua y se convirtió en sirena. Poco después, el rey Gradlon estableció una nueva capital, y esa fue Quimper, localidad francesa donde ahora tiene una bonita estatua. Y otro superviviente fue el ya mencionado obispo de la ciudad, san Corentin, quien supuestamente transmitió la historia con la intención de que sirviese de ejemplo moral.

Esta historia viene a ser una metáfora de la transición entre el paganismo, visto como algo malo, y el cristianismo y sus valores, vistos como lo bueno y deseable, con el añadido de que si no cumplías con los mandatos de Dios te llegarían todo tipo de desgracias.

¿Fue la historia de Ys real? O al menos… ¿hubo parte de verdad? ¿Existió una ciudad en Francia que fue tragada por el mar? No es algo completamente imposible. Algunas teorías ubican la ciudad de Ys en la bahía de Douarnenez, un golfo relativamente cercano a la actual ciudad de Quimper. Sin embargo, de momento no se han encontrado ruinas submarinas de nada de eso.

Lo más probable, como ya he dicho, es que fuera una historia inventada con intención moralizante y que cogió elementos de otros mitos ya existentes, como podría ser el de la Atlántida de Platón.

7. LYONESSE, ÁVALON Y EL MITO ARTÚRICO

Ahora no vamos a alejarnos tanto, ya que muy cerquita de donde supuestamente Ys desapareció, también se hundió una tierra misteriosa, la tierra conocida como Lyonesse.

Esta Lyonesse está muy relacionada con el mito del rey Arturo y con la historia de Tristán e Isolda, dos narraciones que se hicieron muy famosas a mediados de la Edad Media.

En esos años mucha gente contaba historias de Lyonesse, una tierra próspera situada en un archipiélago cercano a Cornualles, en Inglaterra. Muchos creen que Lyonesse venían a ser las islas Sorlingas, y allí vivían nobles caballeros y hermosas mujeres, y todo el lugar estaba lleno de castillos y jardines. También tenían unos campos de cultivos fértiles como pocos, huertas rebosantes de verduras, frutas y muchas flores de todos los colores, y por supuesto, gran cantidad de ganado, como vacas que daban leche constante y muy nutritiva. Era un paraíso.

Pues bien, según el mito, Lyonesse era el hogar de Tristán, caballero de la Mesa Redonda en el reino artúrico de Camelot y el protagonista de *Tristán e Isolda*. El autor original de esta historia es desconocido, pero desde luego la historia viene de alguna parte, alguien la tuvo que contar por primera vez.

Se dice que *Tristán e Isolda* está basada en tradiciones celtas de Irlanda que se remontan a tiempos muy antiguos. Poco a poco la historia se fue haciendo popular en algunas cortes y, entonces, muchos trovadores de la Provenza comenzaron a propagarla durante el siglo XII, aunque con algunos cambios que adaptarían su trama al contexto medieval europeo.

Vamos con un breve resumen de la historia. En *Tristán e Isolda* primero conocemos a Tristán, el hijo del rey de Lyonesse y de Blancaflor. Su padre falleció y su madre se llenó tanto de pena que también acabó muriendo. Tristán, huérfano, fue criado por Governal, consejero de su padre. Este le convirtió en un caballero muy diestro con la espada. Al lado de este reino de Lyonesse estaba el reino de Cornualles, en el cual gobernaba el rey Mark, tío de Tristán, quien reinaba desde el castillo de Tintagel.

Por otro lado en Irlanda reinaba el rey Anguish, quien estaba casado

con Isolda, y ambos tenían una hija muy bella: Isolda, la de cabellos rubios. Esta es la Isolda protagonista.

Irlanda era un reino poderoso y tenía a los de Cornualles cogidos de los huevos. Cada cierto tiempo el rey de Irlanda obligaba a Mark a pagarle 300 jóvenes de su reino, pero un año dijo que ya no le iba a pagar nada más. Fue entonces cuando el irlandés propuso solucionar la disputa con un combate a muerte entre sus dos guerreros más fuertes. Por un lado, Anguish presentó a su gigantesco cuñado Morholt. Tristán se animó a participar del lado de Cornualles y logró ganar a Morholt, quien acabó muerto.

Sin embargo, Tristán fue herido con una jabalina envenenada y, como vieron que aquello era incurable, le pusieron en una balsa y le dejaron a la deriva. La suerte hizo que llegase a las costas de Irlanda y acabara con Isolda, la reina, quien logró curarle a través de unas pócimas que hacía ella.

Allí, Tristán también conoció a su hija, pero esta se enfadó al enterarse de que fue él quien mató a su querido tío. La princesa trató de matarle, pero Tristán le explicó que le mató con motivos e Isolda dijo «ah, vale, entonces te perdono». Tras un tiempo en Irlanda, Tristán decidió volver a Cornualles.

Por otro lado, el rey Mark se hizo un Tinder medieval y una paloma le entregó el mechón rubio de una princesa lejana, que resultó ser Isolda (la hija). El rey Mark se enamoró del mechón y de la persona que había tras él y por ello envió a Tristán a Irlanda para que se la trajera, y para convencerla tuvo que cargarse a un dragón.

¿Cuál fue el problema? Que la madre de Isolda había preparado una poción de amor para su hija y el rey, para que se enamoraran perdidamente, pero durante el viaje en barco Isolda confundió la pócima con agua y ambos se la bebieron. Tristán e Isolda acabaron enamorados. Liada total.

Mark e Isolda se casaron, pero pronto empezaron a surgir rumores en la corte de Tintagel sobre las miraditas entre Tristán y la esposa del rey. Un buen día, estando en el jardín de su palacio, el rey Mark empezó a espiar una conversación que tenían los dos tortolitos, pero Isolda se percató de ello y cambió el tema de conversación. Además, el rey puso harina en el suelo cerca de la cama de la princesa para ver si alguien se acercaba a ella, pero Tristán saltó la trampa y no le pillaron. Sin embargo, en una de estas veces no se dio cuenta de que tenía una herida abierta en la pierna y dejó todo pringado de sangre. Así le cazaron y condenaron a ambos a muerte.

Tristán consiguió escapar, y al final Mark decidió no ejecutar a la chica. Sin embargo, lo que tenía en mente era mucho peor. Se la regaló a unos leprosos que pasaban por allí para que la tuvieran de esclava. Afortunadamente, por el camino Isolda fue rescatada por su

amado y acabaron viviendo tres años en una chabola en mitad del bosque.

Después de esos tres años, la pócima dejó de hacer efecto. El amor se acabó y los dos volvieron a la corte arrepentidos y buscando el perdón del rey Mark. Tristán terminó exiliado y viajó hasta la Bretaña francesa, donde entró a trabajar para el rey Hoel de aquella tierra. Por casualidades de la vida, la hija de este rey también se llamaba Isolda, la llamada Isolda la de Blancas Manos o Isolda de Bretaña, y los dos acabaron casándose.

Tristán batalló mucho en Francia y terminó nuevamente herido y envenenado. Solo su ex Isolda podía curarle, y envió a Irlanda a Kahedin, su amigo y cuñado, en un barco velero para que la trajeran. Tristán dijo que cuando volvieran, usaran una bandera blanca para saber que ella iba en ese barco.

Y cuando le avisaron de que el barco venía, Tristán estaba demasiado débil como para mirar por la ventana, y le preguntó a su mujer Isolda de qué color eran las velas. Eran blancas, es decir, que su ex Isolda estaba a bordo, pero la otra Isolda, en un arrebato de celos, le dijo que eran negras, y que su ex pasaba de él. El disgusto fue tal que Tristán se quedó moñeco. Cuando Isolda llegó y vio a su amado muerto, se entristeció tanto que se murió también del disgusto. Y ese es básicamente el final de la historia. Vaya dramón.

*

¿Existieron realmente este Tristán y su querida tierra Lyonesse? Tristán parece que no, y lo de Lyonesse se piensa que pudo haber sido una equivocación. Algunas teorías afirman que Lyonesse podría ser una deformación de otro nombre, Leonois, Lodainn o Lodonesia, lo que actualmente se conoce como Lothian, una región de Escocia, que es donde está la capital, Edimburgo. Por lo tanto, Tristán sería escocés y no de las islas Sorlingas.

La representación escrita más temprana de la historia de Tristán fue obra del poeta normando Béroul, quien vivió durante el siglo XII (entre 1170 y 1190). Se piensa que podría haber otra versión de un poeta francés anónimo, datada una o dos décadas antes, pero es un poco dudoso.

De todas formas, en la versión de Béroul se decía que Tristán era el segundo caballero más valiente del mundo, solo por detrás de Lancelot. Fue un poema que alcanzó bastante fama y también controversia porque rompió con el rollo noble y moralmente irreprochable de los caballeros de la época. Aquí en cierta manera se justificaba el adulterio entre Tristán e Isolda debido a la pócima de amor.

Otra versión fue la del poeta anglonormando Tomás de Bretaña. El

problema que tiene esta versión es que no nos ha llegado completa; apenas el final y poco más. Fue escrita hacia el 1160, cuando supuestamente Tomás vivía en la corte del rey de Inglaterra Enrique II de Plantagenet. Algunos creen que pudo ser un encargo de Leonor de Aquitania. Para quien no lo sepa, Leonor de Aquitania fue primero la esposa del rey de Francia Luis VII. Tras la Segunda Cruzada, se divorció y se casó con el rey de Inglaterra Enrique II. Ese fue el comienzo de la rivalidad entre estos dos reinos que tendría su punto culminante en la guerra de los cien años. Casi nada.

En esta versión de Tomás de Bretaña, por ejemplo, se eliminó la parte de los leprosos porque era un poco turbia (o eso se cree, lo cierto es que de esta versión apenas han quedado ocho fragmentos mayormente incompletos). Y luego se hace hincapié en la moralina de la historia, y en que los celos y el deseo sexual es lo que acaba con el amor.

En fin, estos dos autores fueron principalmente los representantes de la tradición poética de Tristán. A partir de 1240 múltiples autores lo convirtieron en prosa y de ahí surgen muchísimas versiones diferentes, las cuales van aumentando la relación de Tristán con el ciclo artúrico y la búsqueda del Santo Grial.

*

Volvamos a la historia real. O supuestamente real. A mediados del siglo VI, por el año 550 más o menos, coincidiendo con el final del reinado del rey Arturo, y siempre según el mito, llegó un pedazo de tormenta con tsunamis y de todo, y aquella famosa tierra de Lyonesse desapareció sin dejar ni rastro. Qué pena que todas las tierras prósperas se las trague el océano o las arenas, ya es mala suerte.

Se cuenta que un caballero logró escapar de la furia del agua al galope sobre su caballo blanco. Como veis, algo bastante similar al mito de Ys. Este superviviente sería miembro de una familia de nobles llamada Trevelyan o Trevellian, y si miráis su escudo de armas podréis ver un caballo blanco saliendo del agua. Una clara referencia a este mito.

En el siglo XVII, en 1602, el historiador y anticuario inglés Richard Carew afirmó que Lyonesse aún existiría sumergida en algún lugar entre las islas Sorlingas y el extremo del pico de Cornualles, lo que se conoce como Land's End, o Fin de la Tierra.

Pero claro, siglos después llegaron científicos para aguar el mito de Lyonesse. Bueno, aguado estaba porque estaba bajo el mar. Mejor diría que vinieron a desaguarlo, porque decían sobre todo que eso era imposible. Una ciudad no podía desaparecer tragada por el mar así como así, tendría que haber subido el nivel del mar una barbaridad en esa zona y… eso no pasó, desde luego.

De todas formas, en el siglo XVIII, el geólogo y naturalista William Borlase afirmó que por aquella zona había unas piedras que asomaban en la superficie de aquel mar, las llamadas Samson Flat, o las Siete Piedras, y que, en el lecho marino de los alrededores, parecía que se había encontrado una serie de cimientos y estructuras que podrían haber pertenecido a paredes de casas y recintos para rebaños. Se pensó que estos podrían ser indicios de que una parte de las islas Sorlingas estuvo tiempo atrás emergida. ¿Bulo, especulaciones o reino que se hundió en algún corrimiento de tierra?

El arqueólogo británico Osbert Guy Stanhope Crawford investigó aquel lugar en 1927 y describió aquellas piedras como muros. Efectivamente, parece que allí hubo un pequeño pueblo, pero que fue abandonado porque la mitad del tiempo se inundaba y era un lío vivir allí. En algunas zonas costeras de Inglaterra y Gales pasan cosas de estas, no es ninguna novedad.

También se dice que aquella Lyonesse era el lugar donde el rey Arturo levantó el reino de Camelot. Todo lo relacionado con la historia de este famoso rey es bastante intrigante.

*

¿Conocéis la historia del rey Arturo? Bueno, pues yo os la cuento. La historia comienza con el rey Uther Pendragon, que amaba a una mujer, Igraine, esposa de Gorlois, duque de Tintagel. Exacto, es el castillo del rey de Cornualles en *Tristán e Isolda*. El arturiverso ataca de nuevo. Por cierto, Gorlois e Igraine tenían tres hijas: Morgause, Elaine y Morgana. Esta última será importante, pues se haría una maga poderosa y pondría las cosas complicadas a Arturo.

El caso es que, como no había forma legal de quedarse con Igraine para él, Uther decidió contratar los servicios de un druida llamado Merlín, que tenía poderes mágicos. Logró embrujar a la chica para que, cuando Uther entrara a hurtadillas en su habitación, pensara que era su marido. Tras tirarse a Igraine esta quedó embarazada, y de ahí saldría Arturo. Y para complicar el asunto más, Gorlois murió en batalla justo ese día, e Igraine tuvo que casarse con Uther.

Nueve meses después Arturo nació, Merlín lo solicitó a Uther como pago por el uso de la magia y se llevó al bebé para entregárselo al noble sir Héctor. Este noble tenía otro hijo, Kay, quien crecería junto a Arturo, aunque al pobre Arturito le tenían un poco como mozo para todo.

Veinticuatro años después, el rey Uther enfermó y la palmó. Eso provocó un vacío de poder que fue aprovechado por muchos caballeros para intentar hacerse con el trono. Vamos, que Inglaterra se sumió en una guerra civil. Un buen día, Arturo, sir Héctor y Kay fueron a Londres y allí se encontraron con que caballeros de toda

Inglaterra estaban intentando sacar una espada incrustada en una piedra, la famosa Excalibur. Sobre la roca había una inscripción que decía que quien lograra sacar la espada de allí sería rey de Inglaterra.

Donde todos fracasaron, Arturo tuvo éxito y logró sacar la espada Excalibur. Muchos le reconocieron como nuevo rey, pero otros nobles no iban a permitir que un imberbe de veinticuatro años les dirigiese, de modo que Arturo tuvo que liarse a espadazos con estos nobles díscolos. Durante varios años batalló de forma incansable hasta conquistar un montón de territorios y establecer un imperio en las islas Británicas.

Su capital estaría en Camelot, reino supuestamente ubicado en Cornualles o en las islas Sorlingas, y allí Arturo montó un grupo de guerreros valientes conocido como la Orden de los Caballeros de la Mesa Redonda. Otro hecho de gran importancia fue la boda entre el rey Arturo y Ginebra, la hija del rey Leodegrance de Cameliard.

Arturo fue un rey puro y bueno, que además tuvo al mago Merlín de consejero. Su hermanastra Morgana aprendió mucho de magia gracias a Merlín y esto tendría funestas consecuencias, porque Morgana estaba bastante enfadada con Arturo y Ginebra porque la obligaron a casarse con el rey Uriens, y también porque descubrieron que tenía un amante, sir Guiamor, y la expulsaron del reino.

Un día, Arturo estaba paseando por el bosque y un tipo llamado Pellinore (el padre del caballero Percival) le retó a un duelo con espada. Arturo aceptó y se vio en una situación complicada porque el tipo era buen luchador. Para vencerle decidió hacer uso de la magia de la espada y fue así como ganó, pero debido a ello la espada Excalibur se partió en dos. El mago Merlín le dijo que tenían que ir a ver a la Dama del Lago. Este espíritu salido del agua recogió los fragmentos de la espada y dio a Arturo una nueva junto a una vaina mágica que tenía el poder de hacer que el rey no perdiera sangre en combate.

Esta espada del lago fue llamada en muchas versiones también Excalibur. No se sabe si en versiones anteriores tuvo otro nombre distinto, pero es normal que se decidiese ponerle el mismo nombre para reconciliar las dos versiones de cómo Arturo obtuvo la espada.

Durante los doce años de paz que hubo en Inglaterra, sin embargo, en un momento dado, Merlín ordenó a los mejores caballeros (Lancelot, Percival, Gawain, Bors, etc.) ir a buscar el Santo Grial, el cáliz en el que Jesús bebió durante la Última Cena y en el que después su tío José de Arimatea recogió su sangre en la cruz.

Lancelot era sin duda el mejor guerrero del mundo, pero tenía un preocupante conflicto interno, y es que estaba enamorado de Ginebra, y no se sentía digno de encontrar el Grial.

En una de sus aventuras, Lancelot se enteró de que en el castillo de

Corbenic no solo podía estar el Santo Grial, sino que también había una princesa bellísima que necesitaba ser rescatada. Se llamaba Elaine y era la hija del rey Pelles, que no la dejaba salir. Otro nombre para el rey Pelles es el Rey Pescador, o Rey Tullido, pues tenía una herida en la pierna que no le dejaba andar bien. Se supone que este personaje provenía de una estirpe de guardianes del Santo Grial. Lo de pescador podría haber surgido por haber multiplicado panes y peces para dar de comer a su pueblo, como ya había hecho Jesucristo, solo que este usó el poder del Grial.

Lancelot rescató a la princesa de su encierro, y ella se enamoró perdidamente del caballero. Pero él no sentía lo mismo, a él quien le molaba de verdad era Ginebra. Dada la situación, Elaine usó algún tipo de magia o de hechizo para adquirir el aspecto de Ginebra y seducir a Lancelot.

Otra versión dice que fue el padre, Pelles, quien le dio a su hija un anillo mágico para engañar al caballero, porque sabía que de su unión saldría otro caballero poderoso capaz de curarle sus heridas y volver a hacerle un rey poderoso como lo era en el pasado. Y razón no le faltaba a Pelles, pues de esa unión nació Galahad, el famoso caballero que acabaría encontrando el Santo Grial. Se dice que la Dama del Lago Nimue raptó al niño y lo crio, otorgándole cualidades excepcionales. Más tarde sería nombrado caballero por su padre en la Mesa Redonda.

Sir Gawain era hijo de la hermanastra de Arturo, Morgause, y del rey de Lothian Lot. Este fue otro joven y valiente caballero de la Mesa Redonda, y la leyenda más popular en torno a él es la del Caballero Verde. Resulta que un día que iba con Percival se les apareció un monstruoso enemigo bañado completamente de color verde, y con un hacha gigante en sus manos. El señor verde propuso un reto a Gawain, y es que él le iba a dejar que le lanzase un ataque desarmado, pero si por lo que fuera Gawain no lograse matarlo, él haría lo mismo, pero con su hacha. Gawain aceptó y le cortó la cabeza al verde. Sin embargo, sin saberse cómo, la cabeza volvió a crecerle.

El guerrero verde le dio un año a Gawain para que se preparase para un futuro combate. Tras pasar ese año, Gawain fue con Lancelot a la cueva donde se escondía el misterioso guerrero, un lugar en los dominios de un noble llamado Sir Bertilak. Este tipo tenía una hija llamada Lady Anne, y para ayudar a Gawain, la chica le dio un cinturón mágico protector. Gracias a él, la espada del verde no le hizo nada, y la maldición se rompió.

Resulta que el caballero verde era en realidad Sir Bertilak, que estaba prisionero en aquel avatar por culpa del Santo Grial. Así Bertilak pudo morir en paz y se hizo polvo delante de los protagonistas.

Galahad se reunió con Bors y Percival y los tres cruzaron tierras y

tierras hasta el lugar donde decían que estaba oculto el Santo Grial. Resulta que llegaron a la corte del rey Pelles, abuelo de Galahad, en el castillo de Corbinec, y este le permitió ver el Grial. Galahad lo había conseguido, logró encontrar el Grial.

Fue entonces cuando Pelles ordenó a los tres caballeros llevar la famosa copa a Sarras, una isla mítica llena de paganos. Tras un largo viaje en barco, cuando llegaron allí, Galahad, Percival y Bors enseñaron a sus habitantes el Santo Grial, y el poder mágico de aquel objeto hizo que todos se convirtieran rápidamente al cristianismo.

Sarras es otro de esos reinos perdidos que muchos historiadores no saben bien dónde ubicar. Parece que Sarras hacía referencia a algún lugar en Oriente Próximo, entre Jerusalén y Babilonia. Por supuesto, los paganos no serían otros que los musulmanes, y de Sarras vendría el término «sarraceno», aunque parece que ya se usaba de antes. Quizás fuese al revés, que el término sarraceno diese nombre a esta isla mítica de Sarras. Desde luego, aquel término ya aparecía en las obras de Claudio Ptolomeo (famoso astrónomo y geógrafo del siglo II) y de Eusebio de Cesarea (obispo e historiador del cristianismo primitivo). Posiblemente fuese alguna tribu de la región del Hiyaz, en Arabia.

Para concluir esta parte, habría que contar que Galahad acabó teniendo un éxtasis místico donde vio a José de Arimatea y pidió ascender a los cielos. Y eso pasó. Tres ángeles le recogieron y se lo llevaron. Percival murió poco después y Bors pudo volver a Camelot a contar la historia.

*

Pero vamos a continuar con la historia del rey Arturo. Un buen día el mago Merlín desapareció junto a su amada Nimue, la Dama del Lago, quien supuestamente le encerró en una colina hueca. Aprovechando esto y que todos los caballeros estaban dispersos buscando el Grial, Morgana decidió que era el momento de vengarse. Hechizó a Arturo y ambos fornicaron y engendraron un hijo: Mordred. En otras versiones es la misma Morgana quien asesina a Merlín, pues el mago quería impedir que ella abusara de la nigromancia y de la magia negra.

Pasaron los años y Mordred creció. Iba por la corte de Camelot sin que nadie le hiciera mucho caso, pero acabó enterándose de que Lancelot y Ginebra estaban teniendo una aventura. Y Mordred se chivó.

Arturo flipó con la acusación y se dio cuenta de que era cierto, por lo que condenó a la hoguera a su adúltera esposa. Lancelot la salvó *in extremis* y juntos huyeron a Francia, aunque tiempo después se vio obligado a devolver a la mujer.

Pero lejos de quedarse contento, Arturo se puso a perseguir a

Lancelot para darle caza y darle de leches. Cometió un grave error, pues dejó a cargo del reino a Mordred. El chaval se apoderó del trono y encerró a Ginebra. A la vuelta de Arturo, él y sus caballeros se unieron para la batalla final épica y ultraviolenta, la llamada batalla de Camlann, donde Arturo logró dar muerte a su malvado hijo atravesándole con una lanza. Sin embargo, Mordred, antes de morir, fue capaz de herir mortalmente a Arturo.

El rey Arturo, herido de muerte, lanzó su espada Excalibur de nuevo al lago, donde la Dama del Lago la recogió y la hundió en las aguas. Tras eso, unas hadas (o Morgana en otras versiones) recogieron el cuerpo de Arturo y se lo llevaron a una isla llamada Ávalon, un lugar mágico.

*

Ahora os preguntaréis… ¿Qué es eso de Ávalon? Algunos dicen que en la mitología celta era una especie de mundo mágico habitado por nueve hadas donde iban a parar los caballeros nobles y valientes después de morir. Vendría a ser como el Valhalla de la mitología nórdica. Sin embargo, de celta tiene más bien poquito. Parece más bien una invención creada por Geoffrey de Monmouth para su *Historia Regum Britanniae*, de 1136; luego contaré más de esto. Por supuesto, es posible que tomara como base algún mito celta. Por otro lado, muchos estudiosos del tema artúrico piensan que podría tratarse de un lugar real.

Para el escritor medieval Chrétien de Troyes, Ávalon estaba en algún lugar de Cornualles. Por otro lado, el poeta normando Robert Wace decía que estaba en la Bretaña francesa. Y es que actualmente allí existe la Ille de Aval, isla de las manzanas, que podría identificarse como la isla de Ávalon. Otros dicen que Ávalon estaba en realidad en Glastonbury, al sur de Inglaterra, donde en el pasado existía una isla situada en mitad de un gran pantano. En fin, nadie se pone de acuerdo.

Parece ser que la etimología de Ávalon hacía referencia a las manzanas, porque Monmouth decía que aquella palabra venía de «aval», que es manzana en galés. Según la leyenda, en aquella isla o tierra mágica crecían muchas manzanas, incluso algunos dicen que comer de esas manzanas daba la inmortalidad, de ahí que Morgana llevase a Arturo allí para curarle de la muerte. No es la primera vez que en la mitología se habla de manzanas que dan la inmortalidad. Ahí está el Jardín de las Hespérides de la mitología griega, y también las manzanas de Idúnn en los mitos nórdicos, que hacían que los dioses Aesir no envejecieran tanto.

Otra posibilidad es que venga de la palabra «Anmwyn» o «Annuvin», que significa «reino de las hadas», de ahí que se le haya buscado

relación con la mitología celta.

¿Existieron Arturo, el reino de Camelot y Ávalon o es pura ficción? Empecemos por el principio. Durante el siglo I a. C., en la época de Julio César, la República romana empezó a conquistar la isla de Britania, habitada por pueblos celtas, los britanos. De todas formas, la verdadera invasión comenzó en el siglo I, con el Imperio romano.

Hay quienes piensan que el verdadero Arturo fue un oficial romano llamado Lucius Artorius Castus, que vivió entre los siglos II y III en la actual Inglaterra. En 2004 hicieron una película sobre esto, con Clive Owen interpretando el papel de Artorius. Por si la queréis ver.

Después de la caída del Imperio romano de Occidente en el año 476, diversos pueblos germánicos de la zona de Dinamarca y alrededores empezaron a llegar a las costas británicas para hacerse con el control de todo. Esa fue la invasión de anglos, sajones y jutos.

Parece ser que en esos años encontramos la primera referencia al tal Arturo, concretamente en el poema épico galés *Y Gododdin*. Algunos lo datan en el año 638 y otros más tarde. El caso es que Gododdin parece que era un reino britano-celta situado en la actual Escocia, que cayó bajo el poder de los anglos hacia el año 600, tras la batalla de Catraeth (batalla que no sabemos si existió realmente). La referencia de Arturo no es directa. Básicamente se dice que «tal noble era valiente, pero no lo era tanto como Arturo».

Otra fuente artúrica está en la *Historia Brittonum*, o historia de los bretones, escrita en el año 830 por Nennius, un monje galés. Al menos eso es lo que se cree. También se cree que esta obra es en realidad un compendio de diferentes registros históricos que fueron realizando diferentes autores. Aquí se habla de un tal Arturo, que era un duque guerrero britano-romano que luchaba contra los sajones en algunas batallas que parece ser que nunca se libraron. Se dice, por ejemplo que, en la última batalla, la del Monte Badon, Arturo mató con sus propias manos a casi mil enemigos sajones. Vaya *hipercombo* que se hizo el tío. Sin lugar a dudas, suena a exageración total.

*

El mito del rey Arturo tal y como lo conocemos ahora surgió hacia el año 1136, de la mano del clérigo galés Geoffrey de Monmouth, con su *Historia Regum Britanniae*, *Historia de los reyes de Britania*. Monmouth fue el primero en escribir una biografía de Arturo. Se cree que lo único que hizo fue mezclar tanto las leyendas galesas como las latinas, las orales como las escritas, y todo aderezado con toques cristianos. Pero vamos, todos los elementos que hicieron mítico este relato ya están aquí. Menos la espada Excalibur, que todavía se llamaba Caliburna.

Tomando esto como base, durante el siglo XII unos monjes de la

Abadía de Glastonbury dijeron haber encontrado una tumba con una inscripción que identificaba los cuerpos enterrados ahí como Arturo y Ginebra. Sin embargo, se descubrió que todo había sido un fraude para atraer a peregrinos y sacarles dineritos. Qué golosas son las perras.

Pocos años después, en 1155, el poeta normando Robert Wace, remaqueó y tradujo esta *Historia Regum Britanniae* al francés, con el título de *Roman de Brut* de 1155. Wace fue el primero en hablar de la leyenda de la Mesa Redonda y de sus caballeros y el primero en llamar a la espada mágica de Arturo como Escaliborc, palabro que luego evolucionaría a Excalibur, que es el término con el que todos la conocemos hoy día.

Tras Wace llegó un poeta de la Champaña (aunque no se sabe bien de dónde era realmente), Chrétien de Troyes, y lo que hizo este tipo fue convertir esta leyenda antigua en una novela de caballerías, de aventuras, además aderezada con temas cristianos. De ahí que fuera él quien introdujera el personaje de Lancelot y toda la trama de la búsqueda del Santo Grial. Y también dio mucha más personalidad a Ginebra, que pasó de ser la simple esposa del rey Arturo a tener más profundidad psicológica.

Y es que toda la movida adúltera entre Lancelot y Ginebra habría nacido de una novela de Chrétien titulada *Lancelot: el Caballero de la Carreta* (1176-1181). Mientras tanto, la historia del Grial aparecería por su novela *Perceval o el cuento del grial* (c. 1190). Otra de sus obras fue *Yvain, el Caballero del León*, que cuenta las aventuras de uno de los caballeros de la Mesa Redonda, aunque en ella no se menciona la búsqueda del Grial (sí que existe otro Yvain cuya trama tiene que ver con el Grial, pero esa es otra historia).

La historia de este Yvain es bastante loca. Os la resumo brevemente. Resulta que su primo Calogrenant había sido derrotado por un caballero mágico llamado Esclados. Al parecer tenía una piedra mágica que provocaba tormentas en el bosque. Yvain fue para allá y tras una frenética lucha logró acabar con Esclados. Luego se dio cuenta de que dejó una viuda: Laudine. Yvain acabó enamorándose de ella y se casaron.

Tiempo después, ambos vivían la buena vida en una casita, pero un buen día llegó Gawain y convenció a Yvain para que fuese con él de aventuras. Yvain fue entonces a preguntarle a Laudine si podía irse a jugar con sus amigotes.

—Vale, pero en un año vuelves o si no me divorcio —le dijo Laudine.

Yvain se fue con sus amigotes y, como se lo estaba pasando tan bien viviendo aventuras, se olvidó de que tenía mujer. Tardó más de un año en volver, y cuando lo hizo tuvo que pedir perdón a Laudine. Pero

ella ya no le quería e Yvain tuvo que buscar la forma de recuperarla.

¿Y cómo recuperaba un caballero a su amada en la Edad Media? Pues rescatando a un león de una serpiente gigante/dragón. Sí, Ivain le llevó un león a casa a Laudine y esta acabó perdonándole. Hago yo eso y ni yo ni el león entramos en casa.

Casi medio siglo después, entre 1215 y 1230, todas las obras relacionadas con el mito de Arturo se recopilaron en la *Vulgata Artúrica*. Para acabar este repaso por la literatura artúrica medieval, hacia el año 1470, el escritor inglés Thomas Malory, mientras pasaba una temporada preso en Londres, escribió la *Muerte de Arturo*, que sería una transición entre el *roman* francés (o novela caballeresca) a la novela moderna. Es quizás la versión más mítica de esta historia, y la más adaptada a teatro, cine y demás.

Y con la popularización bestial de Arturo y sus aventuras comenzaron a salir versiones y versiones tan diferentes entre sí que ya poco tenían que ver con el mito original. Ávalon, Sarras, Camelot, Tintagel… Puede que esos lugares no hayan existido jamás, pero siempre podremos encontrarlos en el imaginario popular.

8. KÍTEZH, LA ATLÁNTIDA RUSA

Océano Atlántico, cogido. Océano Índico, cogido. Océano Pacífico, cogido. Océano Glaciar Ártico, cogido. Ya no nos quedan más océanos donde colocar más continentes perdidos o ciudades míticas, así que toca cambiar de aires. O de aguas. Porque ahora tenemos que hablar de una supuesta ciudad construida sobre un lago en el territorio de la Rusia europea. Toca hablar de la sagrada ciudad de Kítezh, o Gran Kítezh, la que muchos consideran como la Atlántida rusa.

En el año 2015 mucha gente descubrió esta leyenda no demasiado popular en Occidente gracias al videojuego *Rise of the Tomb Raider*, la segunda parte de la nueva trilogía de Lara Croft.

Algunos afirman que esta ciudad llena de iglesias de bulbos dorados y cruces cristianas estuvo ubicada en el Svetloyar, un lago no muy grande y de forma casi perfectamente ovalada. Tanto el lago como la ciudad misteriosa estarían en lo que durante el siglo XIII fue el Principado de Vladímir-Súzdal, en la actual Rusia. El lugar está cerca de Moscú, hacia el este.

Quizás lo mejor sea primero explicar el contexto histórico de la zona. Desde la Prehistoria hasta el año 850, la parte europea de Rusia (y también gran parte de la Rusia asiática) no había tenido grandes civilizaciones ni imperios. Simplemente seguía habitada por pueblos nómadas de las estepas que vivían en campamentos y que cuidaban del ganado. También había tribus que construyeron poblados, pero nada comparado con las grandes ciudades más occidentales, como Roma, París, Córdoba, Constantinopla o Londres.

¿Qué pasó a partir del año 850? Los vikingos, eso pasó. Estas gentes provenientes de Escandinavia emprendieron una serie de saqueos costeros que hicieron las vidas de muchos europeos un poco más miserables.

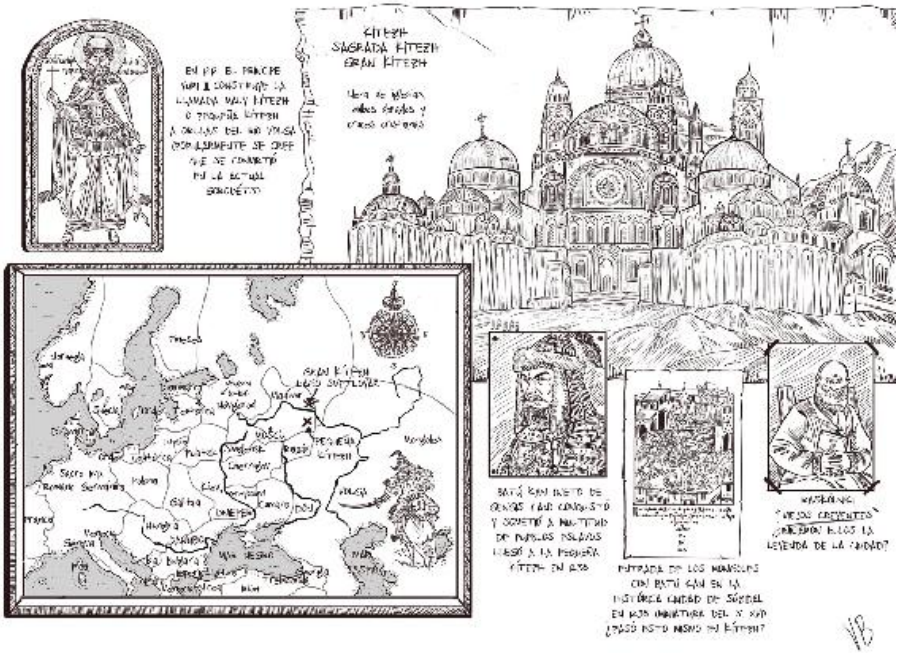
Hubo algunos vikingos que decidieron asentarse en diferentes lugares del sur, donde hacía menos frío y más solecito. Ahí tenemos, por ejemplo, a los normandos, que se asentaron en 911 en el ducado de Normandía con el consentimiento del rey de Francia. Y posteriormente llegaron hasta el sur de Italia, donde crearon el reino de Sicilia. Pero lo que nos interesa ocurrió en el otro extremo de Europa.

Hacia el año 850 un grupo de vikingos llamados varegos empezó a

darse cuenta de que lo suyo era el comercio. El saqueo no estaba mal, pero llevarse bien con la gente extranjera molaba también. Estos tipos comenzaron montando sus puestecitos donde ahora están las repúblicas bálticas, y pronto remontaron los ríos de la zona (como el Volga) hacia el sur, en dirección al mar Negro, donde se decía que había zonas de cultivo cojonudas.

Estos varegos tenían fama de ser muy buenos luchadores, y tribus eslavas con las que se encontraban solían contratarlos para que les protegieran de sus vecinos. Incluso muchos emperadores bizantinos les tuvieron en nómina como guardia de élite, como los antiguos pretorianos de Roma. Esta Guardia Varega duró al menos hasta el año 1259, hasta la batalla de Pelagonia, que supuso el inicio de la reconquista de Grecia por parte de los bizantinos.

En el año 860 un varego llamado Riurik creó el Principado de Nóvgorod, con capital en Nóvgorod, una ciudad que está un poquito al sur de San Petersburgo. Para finales de siglo, estos varegos ya controlaban desde la frontera con Finlandia hasta la ciudad ucraniana de Kiev, al sur, y se conoció a ese principado como la Rus de Kiev.



La pequeña población varega se mezcló con los eslavos locales y esta Rus acabó convirtiéndose en un nexo comercial entre Escandinavia y el Imperio bizantino. El Estado era tan enorme que diferentes príncipes se encargaron de gobernar las provincias.

En el año 988 ocurrió algo importante, y es que el príncipe Vladímir I convirtió la Rus de Kiev al cristianismo ortodoxo. Poco a poco fue haciéndose muy poderosa y su economía creció como la espuma, especialmente durante el reinado de Yaroslav I el Sabio, entre los años 1019 y 1054.

Sin embargo, en el año 1054 las guerras entre los diferentes príncipes de la Rus provocaron su desintegración. Entre los fragmentos resultantes destacan la República de Nóvgorod al noroeste, el Principado de Vladímir-Súzdal al noreste, y luego otros menos importantes como Polatsk, Smolensk, Riazán, Chernigov o la misma Kiev.

Sabiendo esto, la historia que nos ocupa tendría lugar en el Principado de Vladímir-Súzdal. Se cuenta que hacia el año 1212, el gran príncipe de esta región, Yuri II, mandó construir una ciudad a orillas del río Volga llamada Maly Kítezh, o Pequeña Kítezh. Popularmente se cree que esta ciudad se convirtió en la actual Gorodéts.

Y ahora llega la Gran Kítezh. Yuri II (a veces traducido como Jorge II) buscó por la zona otro sitio bueno para montar una nueva ciudad, y lo encontró en la orilla de un pequeño lago, el de Svetloyar. Fue en ese lugar donde comenzó a levantar la Bolshói Kítezh, o Gran Kítezh.

Aquí comienza la leyenda.

La ciudad acogió a miles de habitantes, siendo la mayoría monjas, monjes y curas cristianos, quienes construyeron unas enormes murallas blancas y multitud de iglesias con cúpulas doradas, tan típicas de la zona. De ahí que Kítezh se considerara por muchos como una ciudad sagrada. Podría decirse que la urbe se convirtió en un referente espiritual y religioso para muchos eslavos, una especie de Jerusalén en mitad de un bosque de robles y al lado de un lago.

*

Hacia el año 1200 los pueblos mongoles, unas gentes muy locas y con ansias de conquistarlo todo, emprendieron una serie de campañas desde Asia Central. Su líder era el famoso Gengis Kan, quien tomó partes del norte de China y también algunas regiones del Turquestán. Pocos años después lograron traspasar la barrera natural de los montes Urales, y en 1223, tras la victoria en la batalla del río Kalka, los mongoles derrotaron a rusos y cumanos y tuvieron vía libre para penetrar en Europa del Este.

Hacia 1235, los mongoles, conocidos por los rusos como tártaros, empezaron a invadir Europa del Este, y los principados rusos tuvieron que enfrentarse a esta nueva amenaza. Sin embargo, estos rusos no pudieron hacer nada contra el enemigo y, en el año 1240, prácticamente todos los principados de la antigua Rus de Kiev cayeron en poder de Batú Kan, el nieto de Gengis Kan.

Y aquí nació la leyenda de la ciudad perdida de Kítezh. Según se cuenta, en el año 1238 los mongoles lograron capturar la ciudad de la Pequeña Kítezh. Yuri II logró huir y se dirigió a la Gran Kítezh, esperando encontrar refugio seguro en ella. Batú Kan se empeñó en encontrar aquella ciudad santa de la que tanto se hablaba para convertirla en cenizas y así minar la esperanza de sus enemigos eslavos.

Para ello torturó a soldados prisioneros, que se negaron a revelarle la localización de la ciudad santa al mongol porque sabían que si se iban de la lengua una terrible maldición caería sobre ellos. Sin embargo, una persona decidió traicionar a los suyos y contarle a Batú que la Gran Kítezh estaba al lado del lago Svetloyar, y que le llevaría allí si le perdonaba la vida y no le torturaba.

Batú Kan y su ejército se presentaron ante las enormes murallas de la urbe. Le dijeron que la ciudad estaba llena de santitos que no iban a atacar. Vamos, que iba a ser una conquista sencilla. Sin embargo, cuando empezó el ataque, todos los habitantes comenzaron a orar para que Dios los salvara. Batú se partía la caja, pero entonces, por todos los alrededores empezaron a surgir fuentes de agua como géiseres. Los mongoles se vieron obligados a retroceder.

Sin poder hacer nada, los invasores vieron cómo la ciudad enterita era tragada por el agua del lago, desapareciendo bajo ella. Y tras eso, no quedó nada. Y según la leyenda, aún hoy continuaría escondida, oculta bajo las aguas, esperando volver a aparecer cuando tenga lugar el Juicio Final.

*

La primera referencia escrita sobre el mito de la ciudad de Kítezh está en un libro de autoría anónima titulado *Crónica de Kítezh*. Está datado en el siglo XVIII, y habla de leyendas y mitos populares de la Rusia medieval que en aquellos años parecían ya casi completamente olvidados por la gran mayoría de la gente.

En esta versión de la historia la ciudad desaparece bajo las aguas, pero no con toda su población intacta, sino tras haber sido prácticamente destruida por los mongoles y después de que gran parte de su población fuera masacrada.

Algunos piensan que este libro pudo haber sido escrito por una secta conocida como los Raskólniki, traducido como los «Viejos Creyentes». Estos eran unos cristianos ortodoxos que no aceptaban la reforma de Nikon de 1654, que cambió la liturgia eclesiástica. Todos los que se opusieron fueron brutalmente reprimidos y quemados vivos, y los Raskólniki acabaron por esconderse. Dentro de la ortodoxia cristiana, estos eran los más ortodoxos, y prohibían rasurarse la barba y decían que el alcohol y el tabaco debían ser prohibidos.

Se especula con que estos Viejos Creyentes podrían haber tomado varios mitos paganos de la zona para cristianizarlos, y envolverlos con un halo de moralina religiosa.

En 1874, el escritor Pavel Ivánovich Mélnikov publicó la novela *En los bosques*. Fue la primera parte de una bilogía, completada con *En las colinas*, pero ahora solo nos interesa la primera. La novela exploraba el folclore de las zonas más boscosas y recónditas de Rusia, y gracias a esto la leyenda de la ciudad de Kítezh empezó a ser conocida entre la aristocracia rusa de la época.

Pero cuando la leyenda adquirió más fama entre la gente de a pie fue durante el siglo XX, concretamente en 1907, cuando se creó una ópera titulada *La leyenda de la ciudad invisible de Kítezh y la doncella Fevróniya*. En ella, durante el ataque de los mongoles, una espesa niebla (y no el agua) envolvió a la ciudad para protegerla. Los mongoles, al ver solo el reflejo de la ciudad sobre la superficie del agua del lago, huyeron atemorizados.

*

Ahora bien, ¿existió Kítezh? ¿Alguien ha encontrado algún rastro de esta mítica ciudad? En el año 1968 se llevó a cabo una investigación

arqueológica liderada por Mark Barinov y Tatiana Makarovay, pero lo único que encontraron fueron restos de construcciones del siglo XIX.

En el año 2011, Evgeny Chetvertakov lideró una nueva investigación, pero esta vez centrada en las ruinas de una antigua capilla situada en una colina cercana al lago. Allí encontraron fragmentos de cerámica, cuchillos, yesca y lo que parecen ser restos de cabañas hechas con troncos. Todo apunta a que había un asentamiento que fue abandonado, y posiblemente destruido, por los invasores mongoles. Pero no se trataría de una gran ciudad como dice la leyenda, sino una especie de albergue. Quizás hubiera más edificios. Según cuenta Evgeny Chetvertakov, parte de estos restos podrían haber sido arrastrados debido a deslizamientos de tierra hasta acabar bajo las aguas del lago, y que eso pudo haber dado lugar a la leyenda. La cual podría haber sido creada por los Viejos Creyentes antes mencionados.

De todas formas, actualmente parece que el lago Svetloyar se ha convertido en una especie de lugar de culto y peregrinación para muchos cristianos ortodoxos que creen en el milagro de la ciudad de Kítezh. Dicen que solo una persona de alma pura y con el corazón libre de pecado podrá ver la ciudad a través del agua, en el fondo.

También hay quienes dicen que, si vas al lago Svetloyar en un día con niebla es posible escuchar las campanas de la ciudad fantasma repicando junto al sonido de las oraciones y ruegos de los habitantes de Kítezh. Porque la ciudad y todos sus habitantes todavía están allí, invisibles y espectrales, con ganas de volver a la vida.

9. VINETA O JUMME, LA CIUDAD PERDIDA VIKINGA

Cerca de la supuesta localización de Kítezh, encontraríamos otra ciudad perdida durante la época medieval, pero en vez de en territorio ruso estaría ubicada en lo que actualmente es Polonia.

Estoy hablando de la ciudad perdida de Vineta, escrito también como Wineta. En otras fuentes se la conoce como Jumme.

Al parecer, Vineta era una ciudad legendaria en la costa sur del Báltico, fundada por eslavos. Concretamente se la suele ubicar en la desembocadura del río Oder, que en la actualidad separa los países de Alemania y Polonia. Se dice que durante un tiempo se convirtió en un gran emporio comercial marítimo y, desde aquel puerto, sus habitantes hacían negocios con alemanes y nórdicos, sobre todo. Según algunas descripciones, de aquella urbe destacaba un enorme faro que alumbraba la costa del lugar.

Según la leyenda, la ciudad de Vineta fue hundida bajo las aguas del Mar Báltico por el rechazo de sus habitantes al cristianismo. Este mito viene a ser una versión más moderna de la caída de Sodoma y Gomorra, adaptada a la realidad histórica del momento. Para los que no estéis familiarizados con este mito cristiano, resulta que según se cuenta en el Antiguo Testamento, los habitantes de estas ciudades situadas en las llanuras del valle del río Jordán, cayeron en el vicio, en el pecado y en la blasfemia. Dios le reveló al patriarca Abraham que pronto destruiría la ciudad de Sodoma lanzando sobre ella una lluvia de fuego y meteoritos. El problema es que en la ciudad vivía Lot, su sobrino, y Abraham quiso sacarle de la ciudad antes de que todo saltara en pedazos.

Por ello, Dios envió a dos ángeles a la ciudad. Llegaron a casa de Lot y le pidieron a él y a su familia que se fueran con ellos. Pero aquellos ángeles eran tan sumamente hermosos que los sodomitas, los habitantes de Sodoma, rodearon la casa de Lot para abusar sexualmente de ellos. El término sodomía viene de estos sodomitas.

Al final consiguieron escapar, pero los ángeles advirtieron a Lot, a su esposa y a sus hijas que no miraran atrás, hacia la ciudad que estaba siendo destruida. Sin embargo, cuando ya estaban fuera de peligro, la mujer giró la cabeza y acabó convertida en una estatua de sal.

La historia se puso aún más turbia, porque Lot se fue con sus hijas a vivir a una cueva y no las dejaba salir. Un día las hijas lo emborracharon y mantuvieron relaciones sexuales incestuosas con él, y fruto de aquello nacieron varios hijos, quienes serían los ancestros de los amonitas y los moabitas. Amón y Moab eran dos pequeños reinos situados al este del mar Muerto. Pero creo que me estoy desviando del tema.

*

La primera mención a esta Vineta la encontramos en unos documentos escritos por Ibrahim ibn Yaqub hacia el año 965. Este señor era un comerciante judío del califato omeya de Córdoba. Viajó muchísimo y se recorrió prácticamente toda Europa comerciando con infinidad de productos.

Su viaje más célebre duró una década, entre los años 960 y 970. Visitó Burdeos, en Francia, y de ahí partió a Irlanda. Tras eso visitó al emperador del Sacro Imperio Romano Germánico Otón el Grande y se recorrió toda Alemania. Pasó por ciudades como Utrecht, Maguncia, Praga y Cracovia, en Polonia, que en aquella época estaba habitada por tribus semibárbaras y paganas de los llamadas polanos. De estos polanos viene el nombre de Polonia.

Estos bárbaros serían cristianizados poco a poco por sus vecinos alemanes con las cruzadas bálticas, pero esa es otra historia.

El caso es que Ibrahim ibn Yaqub también visitó supuestamente una ciudad polaca en el norte cuyo nombre transcribió como Weltawa, que podría traducirse como un lugar entre las olas, y que vendría a ser Vineta.

La historia de su viaje la conocemos gracias al *Libro de rutas y de reinos*, que fue escrito por Abu Abdullah al-Bakri hacia el año 1068 en Córdoba, al-Ándalus. Este escritor nunca salió de al-Ándalus, y básicamente lo que hizo fue recopilar todas las anécdotas que pudo de los comerciantes que iba conociendo, y uno de ellos fue Ibrahim ibn Yaqub.

Al parecer, el bueno de Ibrahim dijo de Vineta que era una ciudad costera gigantesca, con doce puertas en sus murallas, y que era más grande que cualquier otra ciudad europea. Probablemente exagerara bastante.

*

En el año 1080 tenemos al sajón Adán de Bremen, uno de los historiadores alemanes más célebres de la Edad Media. Su obra más conocida es la *Gesta Hammaburgensis ecclesiae pontificum*, donde narraba cómo el cristianismo se fue expandiendo por el norte y este de Alemania y por Escandinavia.

Escribió sobre una ciudad llamada Vimne o Uimne, que en copias posteriores del documento acabaría como Jumme. Este emporio comercial estaría situado en algún lugar del estuario del río Oder, y todo apunta a que se refería a la misma ciudad de Vineta, porque en aquel entonces no había tantas poblaciones en la zona.

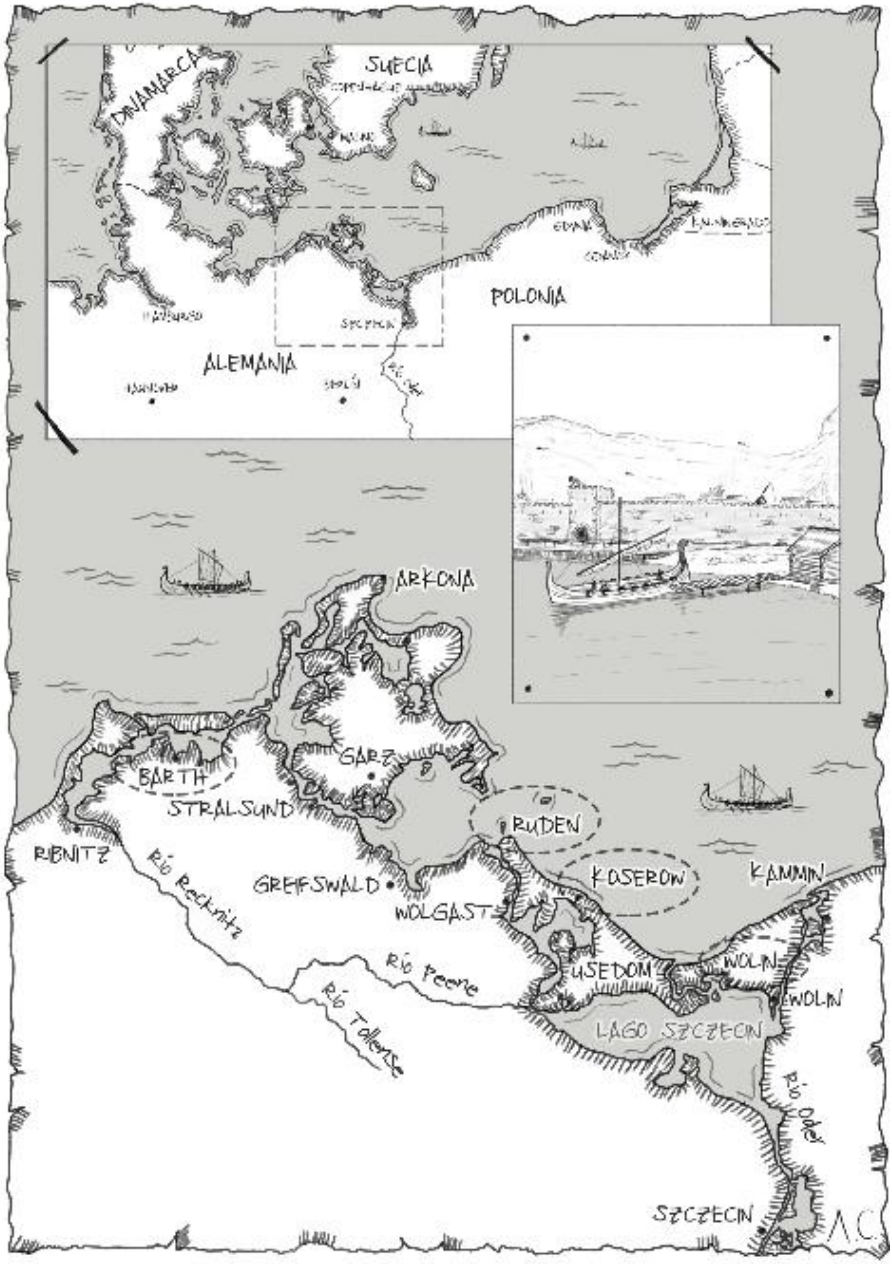
Nadie sabe a ciencia cierta dónde se encontraba la ciudad de Vineta. Realmente no se sabe si existió de verdad o es solo un cuento para aterrar a los paganos, pero muchos investigadores la ubican en la pequeña isla de Wolin, situada en el delta del río Oder. Al parecer, hay constancia de que en ese lugar existía un puesto comercial y una aldea con gran actividad mercantil. Concretamente estaría ubicada en un pueblo llamado Wolin, en la isla de igual nombre. Hay varias localidades pequeñitas en esa isla, pero esta es la situada más al sur. Algunas fuentes afirmaban que sí existió un asentamiento allí. Es el caso de la *Crónica de los duques y príncipes polacos* (1115), escrita por Gallus Anonymus, el Galo Anónimo, quien es considerado el primer historiador polaco.

Basándose en estas fuentes, el historiador alemán Adolf Hofmeister afirmó en 1931 que, sin duda, Vineta estaría en Wolin. Toda su investigación relativa a esta ciudad la recogió en el libro *La batalla por el mar Báltico del siglo* IX *al* XII y unos años antes escribió otro libro titulado *Monumentos a la historia de Pomerania*, región situada entre la frontera del norte de Alemania y el norte de Polonia, donde supuestamente estaba Vineta.

En los años siguientes, arqueólogos polacos y alemanes desenterraron lo que parece ser un gran asentamiento, allí, en Wolin, de ahí que esta sea la teoría más aceptada para la localización de la ciudad de Vineta. El problema vino cuando en 1939 nazis y soviéticos pactaron conquistar Polonia enterita y repartírsela, hecho que desembocó en la Segunda Guerra Mundial.

Pero ojo, porque no es la única ubicación para Vineta. Al lado de la isla de Wolin, al oeste, está la isla de Usedom, y juntas cierran el estuario del río Oder. Pues bien, en la parte más al noroeste de esta isla se encuentra Ruden, cuya única curiosidad es que hay una pista de aterrizaje para avionetas. Sin embargo, más al norte hay una isla muy pequeñita, y se cree que Vineta pudo estar ubicada en ese lugar.

Según analizó el teólogo alemán del siglo XVIII Bernhard Walther Marperger, en el año 1306 hubo una fuerte inundación en la zona y eso hizo que esta isla acabara siendo más pequeña de lo que es actualmente.



En la misma isla de Usedom, pero por la zona más central, está Koserow, un pequeño pueblo a orillas del Báltico. Vineta pudo haber estado ubicada allí según el historiador Wilhelm Ferdinand

Gadebusch. Él descartó la idea tradicional de que Vineta era Wolin, porque si Wolin hubiera sido un gran puerto comercial habría necesitado aguas más profundas para el paso de barcos hasta su puerto, lo cual no pasaba. Y es que Wolin estaba metida más en tierra firme, y sin embargo, Koserow está justo en la costa, por lo que el tránsito de barcos pudo haber sido mucho menos complicado.

Sin embargo, no se han encontrado rastros de asentamientos en esta zona, por lo que muchos historiadores descartan también esta ubicación.

Finalmente, otros ubican la ciudad legendaria en Barth, en Alemania, y no en Polonia. Incluso tienen montados museos y atracciones relacionados con el mito. Eso seguramente enfadó a los polacos. Al igual que ocurre con las otras teorías, tampoco hay pruebas de que la ciudad estuviera allí.

*

Cambiando de tema, también existe otra ciudad llamada Jomsborg o Jom, que podría ser exactamente el mismo cuento que Vineta. De esta ciudad o fortaleza se sabe que fue destruida en 1173, pero no hundida en el mar por Jesucristo o por algún ser mágico, sino por los daneses del rey Valdemar I. Aunque la era de los vikingos ya había acabado hacía un siglo, las formas de los guerreros daneses seguían siendo un poco salvajes. Y, en definitiva, arrasaron la ciudad.

Esto se cuenta en la saga nórdica *Knytlinga*. También se cuenta que este fuerte de Jomsborg habría sido fundado por el rey danés Harald Blatand, mejor conocido como Harald Diente Azul. El nombre del Bluetooth viene de este tipo. Sin embargo, la saga *Jomsvikinga* dice que su fundador fue otro, alguien llamado Palnatoke, un vikingo danés. De este se cuenta que acabó asesinando a Harald Blatand de un flechazo en el año 986 y tomando el control del lugar.

Estos jomsvikingos fundaron una hermandad en torno a la fortaleza de Jomsborg y trabajaron como mercenarios para diversos reyes escandinavos.

De esta ciudad de Jomsborg se cuenta que era la más poblada de Polonia durante el siglo x. Estoy hablando de unos 8.000 habitantes más o menos, que ahora no nos parece mucho, pero para la época no estaba nada mal. Se la describe como una enorme fortaleza junto a la costa, que tenía una enorme torre de piedra y un puerto rodeado por murallas con una capacidad que varía entre 30 y 300 barcos.

El novelista galés y estudioso de la historia nórdica Gwyn Jones decía que esta hermandad era una mera ficción, que no podía existir este tipo de cofradía con tal nivel de organización. Aunque, eso sí, afirmaba que podría haberse tratado de un grupo mixto de vikingos daneses y vendos, que eran tribus que habitaban el norte de Polonia,

la Pomerania, en aquella época.

Se cuenta que en el año 985 fueron contratados por el exiliado rey de Suecia Styrbjorn el Fuerte para intentar recuperar su reino. Todos juntos fueron a atacar a su tío Erico el Victorioso, pero sufrieron una terrible derrota en la batalla de Fyrisvellir.

Hacia el año 1000 también se aliaron con el rey Olaf de Noruega, pero los jomsvikingos acabaron abandonándole en mitad de una batalla naval, supuestamente por estar a favor de la cristianización de Escandinavia. La flota de Olaf fue destruida y el rey se suicidó tirándose al mar. Así y todo, se dice que ese fue el principio del fin para los jomsvikingos, y todos los demás vikingos, ya cristianizados, empezaron a ir a por ellos.

Finalmente, en el año 1043, el rey noruego Magnus I se propuso destruir a estos jomsvikingos de una vez por todas. Envió a todas sus naves a Jomsborg y la saqueó para después reducir la famosa fortaleza a cenizas.

¿Hubo o no hubo fortaleza en aquel lugar? La respuesta sigue siendo un misterio. Y aunque se han encontrado restos de joyas y utensilios vikingos en la zona, no ha sido suficiente para determinar si allí hubo en algún momento tal fortaleza y, mucho menos, una ciudad perdida.

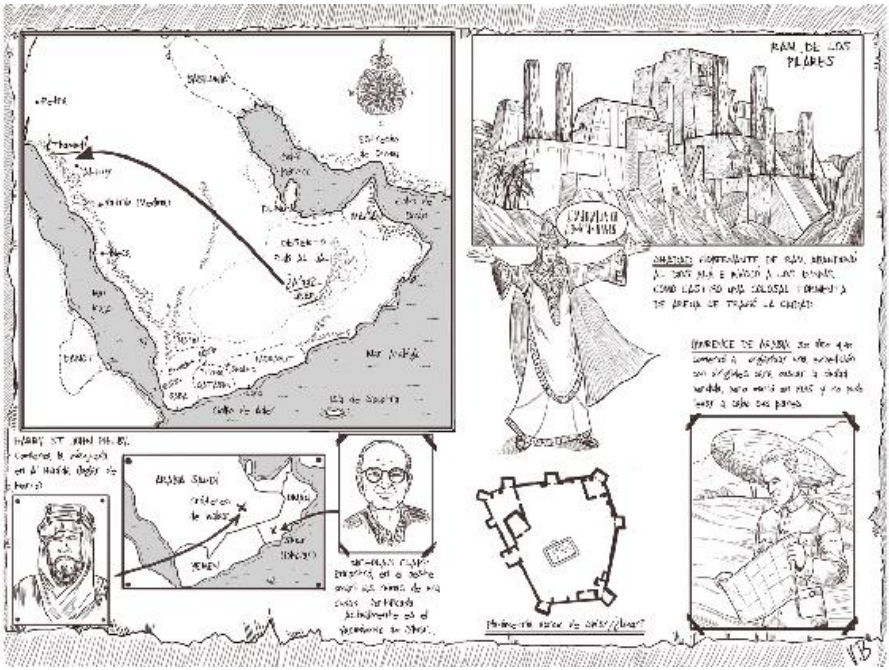
PARTE 3.
ASIA

10. IRAM DE LOS PILARES, LA ATLÁNTIDA DE LAS ARENAS

No todas las civilizaciones y ciudades perdidas fueron tragadas por el océano. Hay algunas que desaparecieron tras una potente tormenta de arena, como es el caso de la ciudad perdida de Ubar, también conocida como Iram de los Pilares. Si, como yo, sois fans de la saga de videojuegos *Uncharted*, seguramente este mito os suene debido a su tercera entrega, en la cual el aventurero Nathan Drake termina descubriendo los secretos que esconde esta Atlántida de las arenas.

Para conocer mejor esta historia tendremos que trasladarnos a la península Arábiga de la era preislámica, entre los años 3000 y 1000 a. C. En esos años, Arabia era un enorme desierto habitado por centenares de tribus nómadas, los beduinos, que se dedicaban a ir de un lado para otro con sus camellos.

En otras partes del mundo ya se estaban desarrollando civilizaciones, como la egipcia, la sumeria o la del valle del Indo, pero en Arabia la cosa era complicada porque tanta arena no ayudaba a la hora de construir civilizaciones potentes. Aun así, había regiones fértiles donde prosperaron algunas culturas agricultoras. Estas estaban situadas en diferentes oasis de Arabia, zonas del actual Yemen (como Hadramut) y otras al este, como las bañadas por la costa del golfo Pérsico, donde están los actuales países de Qatar, Emiratos Árabes Unidos y Omán. El resto era mayormente desierto.



Sería en estas regiones fértiles donde surgirían grandes reinos a partir del año 1000 a. C., como, por ejemplo, el famoso reino de Saba, situado en la actual Yemen, y cuya capital fue llamada Marib. Cerquita de allí surgieron otros pequeños reinos como Qataban, Hadramut y el reino de Ma'in, que más que reino parece que fue una confederación de ciudades-estado. Sin embargo, ¿hubo alguna civilización o reino antes de estos?

Se han hallado restos de pueblos o ciudades anteriores al año 1000 a. C., como los reinos de Dilmún, situado en Qatar y alrededores, y Magan, justo en el cuernito entre Emiratos Árabes Unidos y Omán, la llamada península de Musandam. De hecho, se sabe que estas gentes del reino de Magan tenían tratos comerciales con los sumerios. El problema es que muy poquito ha quedado de estas culturas y los conocimientos que tenemos sobre ellas son bastante escasos.

Sin embargo, gracias a documentos árabes, al Corán y también a relatos dentro de *Las mil y una noches* nos han llegado noticias de una ciudad muy avanzada tecnológicamente y famosa por su arquitectura megalítica particular. Se hablaba de ciclópeas columnas de mármol y piedra, de ahí que a esta ciudad se la suela llamar Iram de los Pilares. La urbe también estaba rodeada por altas fortificaciones de piedra y en su interior contenía bellos jardines y lujosos edificios bañados en oro y plata.

Durante dos mil años, aquella ciudad en mitad del desierto prosperó como gran centro comercial en la región. Sin embargo, hacia el año

1000 a. C. fue tragada por una brutal tormenta del desierto. Según cuenta el Corán, este poderoso reino estaba gobernado por un tipo llamado Shadad, de la tribu de los A'ad, quien abandonó al Dios verdadero Alá y empezó a oprimir a su pueblo y a adorar a ídolos. En otras tradiciones árabes se cuenta que el pecado de Shadad fue invocar a los *djinns*, que son como genios del folclore árabe que te conceden deseos, y que el islam asoció con espíritus y cosas malignas.

El profeta Hud advirtió al soberano que recapacitara y volviera a la senda del bien, pero Shadad no le hizo ningún caso y pasó de él como de la mierda. Fue por ello por lo que Alá les envió una hambruna; pero Shadad siguió en sus trece. Finalmente envió una colosal tormenta de arena y la ciudad desapareció sin dejar rastro.

Lógicamente, en aquella época no existía la religión del islam. Hasta el año 610, que fue cuando Mahoma empezó a predicar su fe en Alá, este dios solo era uno de los muchísimos dioses que tenían los árabes preislámicos. Esto quiere decir que el mito original fue modificado para que la religión pudiera venderte su moralina, como también hizo el cristianismo con Ys.

*

Ahora bien. ¿Qué hay de cierto en esta leyenda? Pues se ha ido descubriendo que sí que pudo haber algunos reinos en la zona. Se habla de dos, el reino de Thamud y el reino de A'ad. Ambos son un completo misterio y, hasta que no tengamos más información y se realicen más descubrimientos, no hay que descartar que nada de esto existiera. La arqueología en esa zona es complicada, así que habrá que tener prudencia y, sobre todo, paciencia.

Ambos reinos habrían estado ubicados en la zona del desierto de Rub al-Jali, situado al norte de Yemen y Omán, una de las regiones más inhóspitas del planeta Tierra. Tanto Thamud como A'ad podrían incluso haber sido el mismo reino, pero relatados en diferentes fuentes.

Sobre el nombre de Thamud (pronunciado zamud) sabemos más bien poco. Parece que en algún lugar de Rub al-Jali vivía la tribu de los zamudíes, pero hacia el siglo VIII a. C. y por razones desconocidas, migraron hasta la región de Hiyaz, al noroeste de Arabia. ¿Quizás por una tormenta de arena que destruyó su civilización? Quién sabe. De todas formas, si fuera así, no se llevaron su avanzada tecnología con ellos, y se convirtieron en una tribu de árabes más, igual que el resto que vivía por la zona. Al parecer esta tribu se extinguió hacia el año 600, que fue la época en la que Mahoma empezó a predicar un poquito más al sur, por Yatrib (Medina) y por la Meca. Eso sí, nos han dejado algunas pinturas rupestres y petroglifos en las laderas del monte Athlab.

Lo irónico es cómo cuenta el islam que desapareció esta gente: de una forma muy parecida a la de sus ancestros. Los zamudíes, quienes ahora vivían en Al-Hijr (actual Mada'in Saleh), cayeron en el politeísmo y la idolatría, y Alá envió al profeta Saleh para poner orden. Los zamudíes tuvieron que pasar una prueba. El profeta les dio el mejor camello que uno podría encontrar en aquellos lares, pero les advirtió que, como alguien lo tocara, la ira de Dios caería sobre ellos. Los zamudíes no hicieron ni caso, se agenciaron el camello, y un potente terremoto destruyó la ciudad.

Según las fuentes islámicas, estos zamudíes serían descendientes de Aram, el hijo de Sem y nieto de Noé. Aram daría nombre a las tribus de arameos, pero algunos lo asocian al mito de Iram por el parecido semántico. Pero, en resumen, se suele considerar a los zamudíes como los descendientes de A'ad, es decir, el reino desaparecido de la leyenda. Según algunas fuentes, el nombre de su capital pudo haber sido Ubar, y puede que Ubar fuese otro término para referirse a la famosa Iram de los Pilares.

A pesar de la leyenda que corría entre los habitantes de Arabia, el interés del mundo occidental por Ubar no llegó hasta la década de los años treinta del siglo XX. Concretamente, en el año 1930, el explorador británico Bertram Thomas trató de convertirse en el primer europeo en cruzar el gran desierto de arena de Rub al-Jali, y se acompañó de unos guías beduinos para que le ayudaran en su peligroso viaje. Estos le dijeron que había que tener cuidado, porque había por la zona una ciudad perdida cuyos habitantes desataron la ira de Alá y fueron tragados por la arena. Thomas trató de encontrar la ciudad, pero no tuvo éxito.

Más tarde le contó la historia al famoso Lawrence de Arabia, que quedó encandilado con el tema. La consideró como una auténtica Atlántida de las arenas. Se dice que Lawrence comenzó a organizar una expedición con dirigibles para buscar la ciudad perdida, pero murió en 1935 y no pudo llevar a cabo sus planes.

Tras ellos, muchos arqueólogos buscaron las ruinas de esta mítica ciudad de pilares. Entre ellos Harry St. John Philby, también durante los años treinta. Este tipo hizo muchísimas cosas aparte de buscar la ciudad perdida, fue espía y también trabajó de consejero para Abdulaziz bin Saúd, primer rey de Arabia Saudí, pero ahora no viene muy al caso.

Philby empezó a buscar la ciudad perdida de Ubar en un lugar llamado Al Hadida, que en árabe significaba «lugar de hierro» y que está ubicado en el desierto de Rub al-Jali. Y es que las tribus beduinas de la zona llamaban así a ese sitio porque, por alguna extraña razón, aparte de algunas ruinas de viviendas, también habían encontrado trozos de hierro enormes. Uno de los beduinos dijo incluso que uno de

los pedazos de hierro que encontraron era del tamaño de un camello.

Aquello era rarísimo, atrajo la atención de Philby, y allá que fue todo emocionado. Lo cierto es que aparte de grandes fragmentos de hierro cercanos a extraños cráteres en el suelo, no encontró mucho más. Philby pensó que acababa de descubrir un enorme volcán escondido en el suelo de Arabia, pero luego resultaría que aquellos fragmentos de hierro habían venido del espacio, en meteoritos, y eso fue lo que provocó los famosos cráteres que encontró. Aquel lugar fue conocido como los cráteres de Wabar, porque él tradujo Ubar como Wabar, pero de la ciudad no hubo noticias. Además, empezó a creerse que quizás Ubar también hubiera desaparecido debido a una lluvia de meteoritos que la destrozó por completo.

*

En 1991, gracias a fotos tomadas vía satélite, una expedición dirigida por Nicholas Clapp encontró, en el oeste omaní, las ruinas de una ciudad fortificada. Fue construida sobre una gran caverna subterránea de piedra caliza, de donde sus habitantes sacaban agua potable, convirtiéndose en un oasis para las rutas comerciales caravaneras que comerciaban con incienso mayormente. Sin embargo, el consumo de agua por parte de esta gente hizo que este depósito natural se agotara. Posteriormente, parte de aquella caverna se derrumbó y más de media ciudad se hundió con ella. Tras eso, el lugar fue abandonado.

Se pensó que podría tratarse de la mítica Ubar, ya que la pequeña ciudadela tenía murallas y al menos ocho torres. Sin embargo, tras investigar el lugar, el arqueólogo estadounidense Juris Zarins le quitó algo de misticismo al asunto. Según sus investigaciones llegó a la conclusión de que Ubar no era una ciudad, como se decía en *Las mil y una noches*, un libro escrito de forma muy tardía, entre los siglos IX y X o así. Las ruinas se conocen ahora como el yacimiento arqueológico de Shisr, en la provincia omaní de Dhofar. Uno de los aventureros que acompañó a Zarins fue Ranulph Fiennes, quien escribió al año siguiente *La Atlántida de las arenas: la búsqueda de la ciudad perdida de Ubar*, y aquello contribuyó a darle más fama al mito.

Ubar, tal y como se daba a entender en los registros más antiguos, podría ser una región (la tierra de los iobaritae que decía el geógrafo alejandrino Claudio Ptolomeo en sus mapas), y la traducción de Iram de los Pilares sería errónea, y habría que decir más bien Iram de las Carpas, o Ubar de las Carpas. Porque estaría llena de carpas de tiendas de comerciantes.

Es decir, que quizás no había nada de una ciudad ultraavanzada con construcciones la leche de grandes, sino un conjunto de ciudades que servían como centro comercial y que, de alguna forma, prosperó como

ya habían hecho otras ciudades antes, y que tuvo la mala suerte de acabar sepultada por una tormenta de arena, un fenómeno bastante común en la zona. Y la exageración hizo el resto.

11. EL REINO DEL PRESTE JUAN

La Edad Media cristiana dio lugar a multitud de leyendas llenas de guerreros, tierras lejanas y fantasía a raudales. Una que no tiene tanta fama en la actualidad pero que es bastante curiosa, es la leyenda del reino del Preste Juan.

Este Preste Juan sería un gobernante y sacerdote de una nación muy lejana de Europa. Una nación rodeada de emiratos musulmanes y de reinos paganos perdida en algún lugar de Oriente. Una nación que habría sido la casa de figuras tan relevantes para el cristianismo como los tres Reyes Magos.

El reino del Preste Juan era una tierra llena de extrañas y exóticas criaturas, con riquezas por doquier y que contenía maravillas mágicas como un espejo a través del cual se podía observar lo que pasaba en todos los lugares de la Tierra. Era un poco como los palantir del mundo de *El señor de los anillos*. Incluso se cuenta que los habitantes de este reino tendrían en su poder el Santo Grial y la Fuente de la Eterna Juventud.

Para conocer esta historia tenemos que remontarnos a mediados de la Edad Media, concretamente a la época en la que la dinastía de los Hohenstaufen regía el Sacro Imperio Romano Germánico, lo que viene a ser Alemania. Solo que esta Alemania controlaba lo que hoy son los Países Bajos, Chequia, Eslovaquia, Austria, grandes partes del este de Francia y todo el norte de Italia. Sin contar, claro, algunas repúblicas medio independientes como Génova y Pisa, y otras totalmente independientes como Venecia.

Y es que la primera mención que tenemos de esta rica tierra mítica la encontramos aquí. Fue en la crónica de un obispo alemán llamado Otón de Frisinga. Este tipo estaba emparentado con el emperador Conrado III y era tío del emperador Federico I Barbarroja. Sí, el mismo que fue a combatir en la Tercera Cruzada a Tierra Santa y de camino se cayó a un río y se ahogó por el peso de su armadura. Un final tristísimo para un gobernante que tuvo mucha importancia. Pero su vida ahora mismo no nos importa demasiado.

Centrémonos en Otón de Frisinga. Otón también participó con su medio hermano en una cruzada, en la Segunda, para ser más precisos, allá por el año 1147 de nuestra era, y estuvo al mando de un regimiento del ejército. Pero eso tampoco nos importa ahora.

Lo importante es saber que Otón estaba muy interesado en la figura de san Agustín de Hipona. San Agustín fue un filósofo y religioso que predicó la fe cristiana en el norte de África durante las décadas anteriores a la caída de la Roma occidental. Una de sus obras más importantes fue *La ciudad de Dios contra los paganos*, o *De civitate Dei contra paganos*, escrita entre los años 412 y 426. En esta obra, san Agustín confronta una ciudad de Dios, que representa al cristianismo (y por tanto la verdadera espiritualidad) con una ciudad pagana, representación del pecado y la decadencia humana.

¿Qué le llevó a escribir esto? Pues resulta que poco antes, en el año 410, ocurrió un hecho que conmocionó a todo el Imperio romano. Y es que el pagano Alarico I, rey de los visigodos, había logrado algo inimaginable: saquear Roma. Que unos bárbaros venidos del norte entrasen en aquella milenaria urbe que había aguantado de todo durante más de 800 años fue un hecho que marcó al pobre san Agustín, y empezó a comerse la cabeza con la idea de qué pasaría si la civilización cristiana se fuese a pique.

Muchos romanos entendían que estos hechos habían sido un castigo divino por haberse convertido al cristianismo un siglo antes. Sé que es algo molesto ir haciendo *flashbacks* al pasado, pero es necesario, lo siento:

Año 313, el emperador Constantino I firma el Edicto de Milán por el que el Imperio romano pasa a tolerar el cristianismo. Año 380, el emperador Teodosio I firma el Edicto de Tesalónica con el que el cristianismo pasa a ser la religión oficial del Imperio romano. Y treinta años después ocurre lo de Alarico. ¿Casualidad? ¡No lo creo!

Bueno, el «no lo creo» lo dijeron los romanos, no yo. Yo no existía en esa época. A ver, tampoco lo dijeron todos los romanos. Pero vamos, que san Agustín estaba preocupado porque esa fuera la corriente dominante y de ahí que escribiera su libro defendiendo al cristianismo frente a la barbarie pagana. Porque también mucha gente desconocía que estos visigodos se habían convertido al cristianismo hacía poco. No eran católicos, sino arrianos, lo que para los católicos era una herejía, pero en el fondo todos creían en el mismo Dios.

Volviendo a la plena Edad Media, Otón de Frisinga escribió *Crónica o historia de las dos ciudades*, o *Chronica sive Historia de duabus civitatibus*, basada en gran medida en ese libro de san Agustín. Es aquí donde se menciona por primera vez la ciudad del Preste Juan, y lo describe como un rey cristiano nestoriano que gobernaba en Oriente, por la India.

Al parecer esta información se la contó un obispo llamado Hugo de Jabala. Jabala era una ciudad siria que en aquel tiempo se conocía por el nombre de Gibellum. Este Hugo había viajado a Europa desde Oriente Próximo como emisario del príncipe Raimundo de Antioquía.

El Principado de Antioquía era uno de los cuatro estados cruzados creados en Oriente Próximo tras la Primera Cruzada.

La misión de Hugo de Jabala fue informar de la caída del condado de Edesa (otro de los cuatro «estados cruzados») a manos del emir de Mosul Imad al-Din Zengi. Esto ocurrió en 1144.

Hugo llegó bastante preocupado a la sede episcopal del papa Eugenio III y le rogó que enviara tropas a Oriente Próximo para echar una mano. Y bueno, en parte, gracias a su aviso, comenzó la Segunda Cruzada. Parece ser que Hugo tenía la esperanza de que los reinos cruzados fueran salvados milagrosamente por este tal Preste Juan y su reino mágico de nestorianos. Porque la esperanza no hay que perderla nunca.

Ahora diréis. ¿Qué es un cristiano nestoriano? Pues yo os lo cuento. El nestorianismo o difisismo era una forma de cristianismo que consideraba que Jesucristo tenía dos naturalezas a la vez, aunque separadas, una divina y una humana. Es decir, que Cristo era una persona normal en su nacimiento, pero en el que Dios se introdujo para residir en él. Por lo tanto, la Virgen María no sería Madre de Dios.

Esta idea fue promovida por Nestorio, un líder cristiano que vivió en la misma época que san Agustín de Hipona. Nestorio fue patriarca en Constantinopla, la capital del Imperio romano de Oriente, lo que luego sería llamado Imperio bizantino, y sus ideas no gustaron nada entre el clero ortodoxo de Constantinopla. Su movimiento fue declarado herejía durante el Concilio de Éfeso del año 431.

Nestorio fue expulsado y sus obras quemadas. Sin embargo, sus seguidores, que no eran pocos, difundieron su doctrina por Oriente Próximo y tuvo muchísimo éxito. Pronto hubo comunidades de cristianos nestorianos en Siria, en Israel, en Irak, en Egipto, en Arabia y en Irán… que en aquella época eran partes del imperio de la Persia sasánida y del pequeño reino de árabes cristianos nestorianos conocido como el reino Lájmida. Porque sí, entre los años 300 y 600 tribus árabes del oeste de Irak y noreste de Arabia Saudí levantaron un reino cuya religión era el cristianismo nestoriano. Al lado, en lo que hoy es Siria, estaba el reino Gasánida, que también era un reino árabe, pero de cristianos monofisitas. Ambos fueron «estados tapones» entre bizantinos y persas hasta la conquista de los musulmanes. Las ideas de Nestorio llegaron incluso hasta la India y también a China y Mongolia.

Los persas, que en su mayoría eran de religión zoroástrica, fueron bastante tolerantes con esta religión, pero cuando a partir del año 630 apareció el islam y los sucesores de Mahoma empezaron a levantar un enorme califato por todo Oriente Próximo y Medio, la cosa se puso complicada para esta gente.

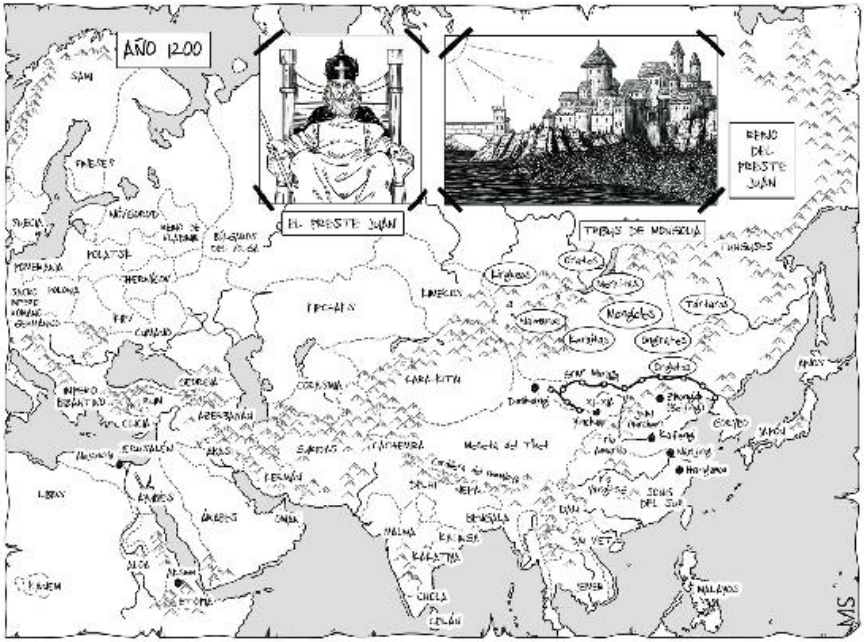
*

Y este es el punto a donde quería yo llegar para contaros la historia del Preste Juan. Imaginaos la situación: la Europa cristiana saliendo de todo el movidote de las invasiones bárbaras mientras en Oriente florecían civilizaciones basadas en una nueva religión: el islam.

Era normal que, para conservar la fe en Cristo, se empezaran a contar historias de enclaves perdidos entre ese mar de musulmanes donde aquel cristianismo nestoriano sobrevivía, donde valientes religiosos se dejaban la vida evangelizando aquellas lejanas tierras, y donde pudo haber surgido un grandioso reino mágico regido por este misterioso Preste Juan.

Hay una teoría que relaciona al Preste Juan con Juan el Apóstol. No se conoce bien qué ocurrió con este apóstol después de los hechos narrados en *Hechos de los Apóstoles* que recoge el Nuevo Testamento de la Biblia. Unos dicen que murió mártir en Palestina hacia el año 60 y otros que se largó a Éfeso a predicar. También se cuenta que estuvo bastantes años exiliado en la isla de Patmos (en el mar Egeo), donde escribió el último libro de la Biblia, *Revelaciones*, o mejor conocido como el *Apocalipsis de San Juan*. Sin embargo, según algunas interpretaciones, este apóstol nunca habría muerto y seguiría vivo durante la Edad Media, gobernando este mítico reino.

El apóstol Tomás también es uno de los candidatos al puesto de Preste Juan. Este apóstol, después de la muerte de su maestro Jesucristo, parece que se marchó lejos a predicar. Fijaos si llegó lejos que estuvo predicando en el Imperio parto y una cosa llevó a la otra y acabó en la India. Parece que estuvo de visita en la corte del rey Gondofares del reino indo-parto, y después puso rumbo al sur de la India, concretamente al reino de Chera, o de Kerala. Allí predicó a saco, pero según su leyenda, fue martirizado en la ciudad de Chennai (o Madrás, Tamil Nadu) en el año 72. Esto se relata en los *Hechos de Tomás* y puede que de ahí surgiera todo lo relativo a la flora y fauna exótica de la que hablaba Otón en sus crónicas.


AÑO 1200
EL PRESTE JUAN
REINO DEL PRESTE JUAN
TRIBUS DE MONGOLIA
Mongoles
Tartaros
Karaitas
Naimanos
Kerait
Uigures
Tanguts
Kitanos
Tibet
Karakitai
Kiptchak
Kiev
Novgorod
Polonia
Hungría
Bulgaros del Volga
Suecia
Noruega
Finlandia
Islandia
Inglaterra
Irlanda
Escocia
Gales
Francia
Alemania
Italia
Sicilia
Cerdeña
Corsica
Baleares
Iberia
Portugal
Navarra
Aragón
Castilla
Leon
Galicia
Cataluña
Mallorca
Ceuta
Marruecos
Argelia
Tunez
Libia
Egipto
Nubia
Etiopia
Jerusalen
Damasco
Bagdad
Persia
Arabia
Yemen
Omán
Mecca
Medina
Mar Negro
Mar Caspio
Mar Rojo
Mar Arabigo
Mar Mediterraneo
Mar Blanco
Mar Amarillo

Nada de esto está demostrado al cien por cien, pero a día de hoy en la India existen regiones enteras que son cristianas. De hecho, el cristianismo es la tercera religión más profesada del país. Podría ser debido a la predicación de Tomás. Y quién sabe si la India albergó algún reino cristiano con cierto nivel de riquezas. El papa Alejandro III desde luego creía en aquellos cuentos, y envió a un emisario a buscar aquel lugar. Jamás volvieron a saber de él.

Pero volvamos a la Edad Media. En Asia Central, hacia el año 1000, por la actual Ulán Bator, vivían los keraitas, una tribu nómada de las estepas, no se sabe si mongola o turca, que se convirtieron al cristianismo nestoriano por esas fechas. Sus vecinos eran tribus nómadas como los naimanos, los tártaros, los kirguizos, los merkitas y los mongoles, que dos siglos después se levantarían dirigidos por Gengis Kan.

El caso es que muchos de los gobernantes keraitas solían usar nombres cristianos, lo que pudo haber dado pie a la leyenda del Preste Juan. Uno de sus líderes más famosos fue Toghrul, también conocido como Wang Khan (pronunciado «jan»), nombre que guarda similitudes con «Juan».

Este Toghrul, líder de los keraitas, es famoso por haber sido hermano de sangre del padre de Gengis Kan, Yesugei, y más tarde padre adoptivo del chaval, cuando todavía se llamaba Temuyín.

Cuando la tribu de los merkitas secuestró a su esposa Borte, el joven Temuyín pidió ayuda a Toghrul, así como a su viejo amigo Jamuka, líder del clan mongol de los jadarat, y juntos lograron derrotar a los secuestradores y recuperar a la chica.

Después, por conflicto de intereses, Jamuka y Temuyín pasaron a llevarse como el culo, más que nada porque los dos querían dominarlo todo, y Temuyín perdió. Tuvo que refugiarse con los yurchen, unas gentes manchúes que en el pasado habían sido nómadas, pero que ahora dominaban todo el norte de China con la dinastía Jin, y se habían vuelto el estado más poderoso del Lejano Oriente. Toghrul se unió a él y ambos fueron reclutados por los Jin para diversas campañas contra los tártaros, de las cuales salieron victoriosos.

Toghrul fue nombrado por los Jin Wang Kan, o Ong Kan, título que, como ya he dicho, pudo haber dado origen al mito del Preste Juan. Por su parte, Temuyín fue nombrado Chaut-quri, que era como «guardián de la frontera», un cargo menor. Pero no se iba a conformar con esa pequeñez.

Supongo que ya conocéis la historia, pero Gengis Kan logró sobreponerse a todas las adversidades, y su labia y su carisma hicieron que muchísimos pueblos de la estepa se le unieran en contra de Jamuka y los naimanos. En 1206, tras vencerles, Temuyín fue nombrado Gengis Kan, gobernador universal.

Estos mongoles se convirtieron en una gran amenaza para todo el maldito mundo conocido. Allá por donde pasaban lo arrasaban todo. Primero fueron a por el Imperio tangut, o Imperio Xi-Xia, que dominaba partes del noroeste de China. El noreste estaba dominado por la dinastía Jin, que fueron los segundos en empezar a recibir leches por parte del kan mongol.

Pero el que nos interesa ahora es el kanato de Kara-Kitai. Eran un grupo de túrquicos tunguses, pero de costumbres chinas y que profesaban diversas religiones: budismo, cristianismo y hasta maniqueísmo. Estos kitanos habían dominado el norte de China con su dinastía Liao desde el año 900, más o menos, hasta 1125, cuando llegaron los ya mencionados yurchen de la dinastía Jin y los echaron de allí.

Los kitán entonces migraron al oeste liderados por Yelü Dashi y establecieron el reino de Kara-Kitai, o Kara-Kitán, o Liao Occidental, al sur del lago Baljash, y plantaron su capital en la rica ciudad de Balasagún.

Durante un siglo estuvieron más o menos bien, hasta que, debido a las luchas con Gengis Kan, el huido kan de los naimanos, Kuchlug, llegó allí en 1211 como refugiado. Parece ser que los naimanos se habían convertido al cristianismo nestoriano al igual que los keraitas.

El anciano kan kitano Yelü Zhilagu lo acogió y le dio una hija suya para que se casase, Hunhu. Kuchlug aprovechó la debilidad del rey para entronizarse él y el reino se sumió en el caos. En el año 1218 llegó Gengis Kan a por él, pues le tenía unas ganas tremendas, y le mandó al otro barrio. Fue así cómo todo el kanato de Kara-Kitai cayó en manos mongolas. Pero ahí tampoco iba a quedar la cosa.

Los mongoles conquistaron después el Imperio jorezmita de Corasmia, que dominaba la Transoxiana, el Jorasán y Persia. El rey corasmio Jalal Al-Din huyó al Cáucaso y allí se dedicó a asediar y a tratar de conquistar el reino de Georgia, liderado por Jorge IV. Era un reino cristiano ortodoxo que dominó gran parte del Cáucaso durante cinco siglos, hasta el final de la Edad Media. Los georgianos lo pasaron realmente mal, pues los musulmanes les estaban destrozando todas las ciudades. Sin embargo, pronto llegaron los mongoles y les salvaron. Pero una vez abatida la amenaza de los corasmios, los mongoles empezaron a asediar ciudades georgianas y a saquear todo lo que pudieron y más.

Destruyeron la capital del reino de Georgia, Tiflis, y mataron al rey Jorge IV. Su hija, Rusudán de Georgia, heredó el trono. De ella se dice que popularizó la asociación del Preste Juan con los mongoles, pues llegó a decir que aquellos mongoles eran los descendientes de Juan. Y en teoría, si identificamos a Toghrul como el Preste Juan, no iba desencaminada la reina georgiana. Eran familia, de eso no había duda.

Y es que la reina Rusudán, ante el peligro de los musulmanes corasmios, comenzó a enviar cartas pidiendo ayuda a muchos reinos cristianos de Europa. Y en alguna de estas cartas, concretamente en una dirigida al papa, parece ser que afirmó que los mongoles que (en un principio) venían a ayudarles, portaban estandartes con una cruz. Es decir, un símbolo cristiano.

*

Algunos dicen que es posible que exista una relación entre el término «kan», cuya pronunciación original es «jan», y el Preste «Juan». «Kan» era como se designaba a los monarcas mongoles, y sabiendo que algunos fueron cristianos nestorianos es posible que esto fuese una pieza crucial en el origen del mito.

Algunos emperadores bizantinos afirmaron haber recibido cartas de este famoso Preste Juan, y muchos aventureros de la época se marcaron como objetivo encontrar aquel misterioso reino lleno de felicidad y de riquezas. Aun así, la mayoría de investigadores piensa que mucha de esta correspondencia era falsa.

¿Por qué razón los emperadores bizantinos se inventarían haber recibido estas cartas? Por lo mismo de siempre: alentar las cruzadas y dar esperanzas al mundo cristiano. De hecho, el obispo de Acre, Jacques de Vitry, en esas mismas fechas, ante el fracaso de la Quinta Cruzada en 1221, empezó a contar historias fabulosas en Roma. Decía que un tal rey David de la India, quien era descendiente del Preste Juan, estaba movilizando a sus ejércitos y que iban a venir pronto a echar una mano. Dijo incluso que ya había tomado Persia y que dentro de poco se plantaría en Jerusalén para liberarla del control sarraceno.

Lo cierto es que Jacques de Vitry no estaba del todo equivocado, solo que no había ningún Preste Juan. Aquel que estaba conquistando todo el oriente musulmán era Gengis Kan. El enemigo de mi enemigo es mi amigo, dicen.

*

En el siglo XV comenzaron los viajes de exploración de los portugueses, quienes se dedicaron a bordear África para llegar a Oriente, ya que las rutas terrestres cada vez eran más inseguras. Allá por donde pasaban, estos portugueses fueron creando pequeñas colonias comerciales en las costas. Un reino con el que entraron en contacto fue el de Etiopía.

El reino de Etiopía, anteriormente conocido como reino de Aksum o de Abisinia, llevaba siendo cristiano desde aproximadamente el año 325. Fue por esa fecha cuando el monje sirio Frumencio, perteneciente a la Iglesia copta de Alejandría (Egipto), logró convertir al rey Ezana

de Aksum y fundar la Iglesia cristiana etíope. Es decir, que este cristianismo etíope es parte del cristianismo copto, y era fiel al credo monofisita, que también fue considerado herejía por los ortodoxos, al igual que el nestorianismo.

Cuando los portugueses llegaron a aquellas tierras, el reino era regido por la dinastía Salomónica, monarcas que pensaban que descendían del rey de Israel Salomón y de la reina de Saba, a través de un hijo que ambos tuvieron en secreto, Menelik I. El *negus negusti*, o rey de reyes, que mejor conocieron los portugueses fue Zara Yaqob, también llamado Constantino de Etiopía, celoso guardián de la ortodoxia cristiana etíope.

No penséis tampoco que este reino estuvo aislado por completo hasta aquella fecha. Se sabe que en 1306 el emperador etíope Wedem Arad envió treinta embajadores a Castilla, Aragón y Roma.

Incluso el mismo Zara Yaqob envió en 1441 varios delegados al Concilio de Florencia (celebrado entre 1431 y 1449) y hasta tuvo relación con el papado de Roma. De hecho, muchos religiosos de la época llamaban a este monarca etíope Preste Juan, pero claro, los etíopes no tenían ni idea de a qué demonios se estaba refiriendo esta gente. Ellos no conocían la leyenda.

En 1487, dos enviados portugueses, Pero da Covilha y Afonso de Paiva, fueron expresamente a Etiopía a recopilar información del mito. Lo cierto es que actualmente se piensa que Etiopía no tuvo ninguna relación con el origen de este reino del Preste Juan. Simplemente Etiopía se puso a huevo para adaptar y proyectar sobre ella una antigua leyenda que necesitaba ser explicada. Pero nada más.

Con el paso de los años, y tras la instauración de la *pax mongólica*, esta leyenda empezó a ser más olvidada. Uno de los últimos intentos de encontrarla fue el de Guillermo de Rubruquis, un misionero franciscano de Países Bajos, que viajó en el año 1254 a Karakórum, que fue la capital del Imperio mongol de Ogodei Kan, el hijo y sucesor de Gengis. La ciudad que construyeron los mongoles era una auténtica pasada. El kan tenía un enorme palacio de estilo oriental, y al lado levantaron diferentes barrios en donde alojaron a artesanos y arquitectos de todos los credos y lugares: cristianos, musulmanes, budistas…

Puede que Guillermo de Rubruquis no encontrase la ciudad perdida del Preste Juan, pero desde luego, se encontró otra ciudad de maravilla. Que le quiten lo bailao.

12. SHAMBHALA Y SHANGRI-LA, EL REFUGIO ESPIRITUAL DEL HIMALAYA

Ahora nos toca viajar a la cordillera del Himalaya. Allí, en la tradición budista tibetana encontramos la leyenda de un reino místico, fuente de una sabiduría ancestral, que estaba escondido entre las montañas. Hablo de Shambhala, cuya capital era la ciudad de Kalapa.

Lo cierto es que esa región, la meseta del Tíbet y la cordillera del Himalaya, ha estado siempre envuelta en mitos y leyendas procedentes de civilizaciones vecinas. Los chinos taoístas adoraban aquel lugar, conocido como las montañas Kunlun, lo consideraban mágico. Los rusos también emplazaban por esa zona un reino mítico de paz y armonía al que llamaban reino de Opona o Belovodye, o Tierra de las Aguas Blancas. Y los hindúes, más de lo mismo: por ejemplo, pensaban que el monte Kailash era una especie de Olimpo donde residía el dios de la destrucción Shiva, y también donde iban a parar los muertos.

Shambhala significa en tibetano «fuente de la felicidad», y en eso podría resumirse la idea o concepción de este reino. Era una utopía de sabios que habían alcanzado una conexión con el cosmos superior a la del resto de los mortales y donde no había hambre, dolor ni guerras.

*

Para desentrañar esta historia quizás sea bueno conocer un poco su contexto. Porque es que si a una persona normal, que no sabe absolutamente nada de la historia antigua de la India o del budismo, le empiezas a contar toda la mitología surgida en torno a Buda, a los lamaístas y a Shambhala, va a alucinar. Va a pensar que todo es verdad, que esta gente sabía cosas supersabias y que estaban ultraavanzados, cuando lo cierto es que la realidad es muchísimo más compleja.

Debemos empezar en el año 2500 a. C., cuando floreció la cultura del valle del Indo, cuyas gentes construyeron ciudades a orillas del río Indo, obviamente. Las más famosas fueron Harappa y Mohenjo-Daro, ubicadas en el territorio de la actual Pakistán. Se suele asociar estas ciudades al misterio por tener elementos bastante avanzados, pero recordemos que en el mismo tiempo los egipcios ya estaban levantando las pirámides de Giza. Bueno, quizás no es el mejor ejemplo porque hay gente que piensa que las hicieron los extraterrestres.

Hacia el año 1500 a. C. llegaron gentes procedentes del actual Irán que hablaban lenguas indoeuropeas. Estos fueron llamados arios. Pues bien, durante los siguientes siglos estos arios pasaron a dominar gran parte del norte de lo que hoy es la India, desplazando a muchas gentes autóctonas hacia el sur. Estos últimos fueron llamados drávidas o pueblos dravídicos, quienes eran más oscuros de piel y de menor estatura. Por ejemplo, el tamil o el telegu son lenguas drávidas, como ya conté en el capítulo dedicado a Lemuria.

Los arios del norte dieron lugar al periodo védico (c. 1500-600 a. C.), que fue el germen de la actual India. Por todo el norte indio se crearon diversos janapadas, o reinos, y su lengua fue llamada sánscrito. Y ahora pasemos a su religión. El hinduismo fue una mezcla entre creencias indoiranias y drávidas. Brahma fue el dios supremo, junto a Shiva y a Visnú, y luego cada fenómeno de la naturaleza fue otro dios diferente. Indra (lluvia y tormentas), Varuna (cielo-océano), Agni (fuego), Suria y Chandra (sol y luna), Ganesha (el de cabeza de elefante), *etc.*

Todos los principios religiosos del hinduismo fueron recogidos en cuatro libros, los Vedas, compuestos por el *Rig Veda*, el *Yajur Veda*, el *Sama Veda* y el *Atharva Veda*. Y también estarían los *Upanishads*. Si los Vedas eran el colegio, podríamos considerar a los *Upanishads* la universidad. Eran unos textos filosóficos que buscaban llevar al creyente a un plano superior de espiritualidad. Aquí surgen los primeros gurús, o maestros espirituales, la figura que te enseñaba a comprender todo aquello.

A partir del año 600 a. C. comenzó el periodo brahmánico (600-187 a. C.), que es una época de dominación absoluta en los janapedas de los brahmánes (o sacerdotes hinduistas). La religión védica evolucionó a esta religión brahmánica y, más adelante, esta evolucionaría hasta el hinduismo que conocemos actualmente.

De esta época es famoso el reino de Magadha, situado en el noreste de la India, cuya capital fue la ciudad de Pataliputra.

Se dice que en lo que hoy es Nepal existía un reino llamado Sakia, cuya capital era Kapilavastu. Un príncipe de este reino era Siddhartha Gautama. A los veintinueve años decidió abandonar su cómoda vida palaciega (a su mujer e hijo inclusive) para recorrer la India meditando y buscando la paz. Su intención era eliminar el dolor eliminando primero el deseo, la raíz de todos los males.

Tras años y años meditando logró alcanzar un estado de iluminación y paz mental denominado Nirvana. Fue así como Gautama se convirtió en Buda y creó el budismo. Según Buda, llegando a este estado de iluminación espiritual se rompía el Samsara, o ciclo de reencarnaciones, y ya serías uno con el cosmos por siempre. Tras la muerte de Buda, sus seguidores crearon los primeros concilios y

difundieron las enseñanzas de su maestro.

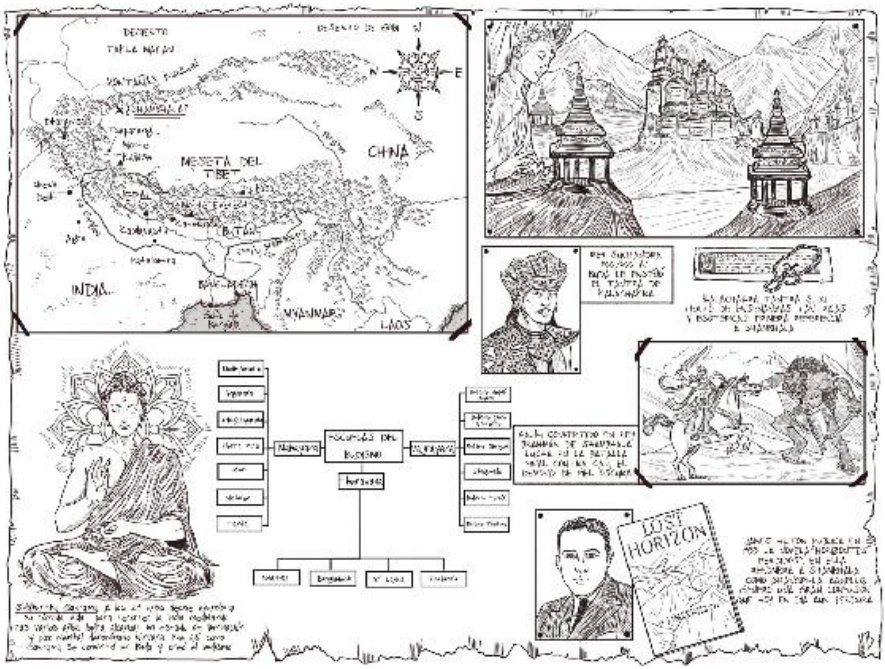
Siguiendo con la historia, el reino de Magadha pasó a ser gobernado por el clan Nanda en 345 a. C., y tiempo después, en el 326 a. C. se enfrentó al mismísimo Alejandro Magno. El rey macedonio había logrado conquistar toda Persia y llegar a la India en poquísimo tiempo, lo que pasa es que luego sus soldados le pidieron vacaciones, alegando que no podían más, y terminaron por irse. Pero tras su muerte sus generales, los diádocos, heredaron el territorio. Seleuco se encargó de dirigir el Imperio seléucida durante mucho tiempo, y daría muchos problemas a los reinos indios.

El reino que sustituyó a Nanda fue el imperio Maurya, fundado por Chandragupta Maurya. El nieto de este fue uno de los reyes más conocidos de la India, Ashoka el Grande. El tipo conquistó muchísimo y su reino abarcó prácticamente la totalidad del subcontinente indio. Solo le quedaron partes del sur. El problema fue que, después de haber despedazado a muchísima gente, empezó a tener remordimientos, y esa culpa le hizo abrazar el budismo. Así fue como el budismo se convirtió en la religión oficial de un reino que ocupaba casi toda la India. Aunque en los siguientes siglos iría perdiendo mucho fuelle.

Las primeras referencias a este reino de Shambhala nos las encontramos en el *Mahabharata*, una de las dos principales epopeyas de la India Antigua, que parece que fue escrita en torno al siglo III a. C., durante la época de Ashoka el Grande. En este *Mahabharata* se narran los conflictos entre dos tribus emparentadas y cómo todo acaba en una gigantesca y épica guerra llamada al Guerra de Kurukshetra. La otra epopeya famosa es el *Ramayana*, pero ahora no viene al caso. En relación a Shambhala, que es lo que nos interesa, el *Mahabharata* solo dice que fue el lugar de nacimiento de Kalki o Karki, la última encarnación del dios Visnú, pero muy de pasada todo.

*

En 185 a. C. comenzó el periodo preclásico de la India, y con él llegó la dinastía Shunga al poder tras destronar a los Maurya. Los Shunga eran muy «shungos», y lucharon para destruir el budismo e imponer el hinduismo, la religión tradicional de aquella gente. Luego la cosa se fue relajando. En los años siguientes llegaron nuevos pueblos a la India. Se dice que los tocarios levantaron el Imperio Kushán en la parte noroeste de la India, y entre ellos es famoso el rey Kanishka I, quien fue un devoto budista.



La escuela de budismo más antigua era la theravada, que decía que la iluminación solo estaba reservada para unos pocos y que no había que hacer proselitismo. Sin embargo, hacia el año 150 a. C., este rey Kanishka I decidió que era el momento de hacer una reforma. Durante el concilio budista de Jalandapura, en Cachemira, se creó el budismo mahayana. Esta nueva visión del budismo decía que cualquiera podía alcanzar la iluminación, y había que empezar a expandir esta fe por todo el mundo.

Aquí nació la figura del Bodhisatva, o predicador. Estos Bodhisatva serían gente que había alcanzado esa iluminación, pero que se negaba a unirse con el cosmos todavía para poder ayudar a otros a alcanzarla. También con el budismo mahayana se empezaron a dedicar estatuas a Buda.

En el año 320 nació el reino Gupta, y con él comenzó el periodo clásico indio (340-650 d.C.). Los guptas dominaron todo el norte de la India y fue durante estos años cuando despegó la cultura india: arte, filosofía, arquitectura, ciencia… De hecho, ahí tenemos a Aryabhata, un matemático y astrónomo indio que dicen que fue quien creó el sistema decimal que en el futuro adoptaría el mundo occidental a través de los árabes.

Durante este reino de Gupta surgieron los primeros *Puraná*, libros que podríamos denominar históricos, pues recopilaban la historia de grandes reyes, guerras, tradiciones… pero también mitología y religión.

*

Mientras en China o en Japón el budismo lo petaba, los indios querían volver a sus raíces. El hinduismo fue imponiéndose sobre el budismo, y en ocasiones hasta se persiguió a los budistas y se los expulsó de muchos lugares. Este fue el comienzo de un retroceso del budismo hacia zonas del norte. Un lugar donde se asentaron grupos budistas fue en Nepal y en el Tíbet, en la cordillera del Himalaya.

Fue entonces, entre los años 400 y 500, cuando los habitantes de estos recónditos lugares dejaron de lado sus creencias animistas y abrazaron el budismo, pero ellos lo desarrollarían de formas diferentes. Así se creó el budismo lamaísta. Algunos también lo llaman budismo tántrico o vajrayana. El objetivo de este budismo es alcanzar la iluminación, igual que los otros dos, pero tiene un rollo más esotérico.

Este budismo tibetano, separado de otros tipos de budismo, surgió de la mano de maestros budistas indios como Padmasambhava, hacia el año 750 d.C. Parece que este Padmasambhava visitó la corte de los reyes del Tíbet. Fue de hecho el rey Trisong Detsen, que gobernó a partir del año 755, quien estableció el budismo lamaísta como la religión oficial del Tíbet.

Más adelante, en el año 1391, surgiría la figura del Dalái Lama, siendo el primero un tipo llamado Gendun Drup. El Dalái Lama sería el líder espiritual de los budistas lamaístas o tibetanos, y además era considerado como la reencarnación de Avalokiteshvara, un Bodhisatva famoso patrono del Tíbet. Durante los siguientes siglos el Tíbet acogió a diferentes reinos con diferentes sistemas de gobierno, pero todos unidos por la figura de este Dalái Lama. Sin embargo, eso cambiaría a mediados del siglo XX.

Resulta que, en 1950, la China comunista de Mao Zedong conquistó el Tíbet y expulsó a muchos lamaístas, incluido al Dalái Lama, quien ahora vive al norte de la India, exiliado.

Pero quedémonos en el siglo XI, hacia el año 1000 más o menos, porque es cuando aparece un texto llamado *Kalachakra Tantra.* Según el mismo texto, un rey de Shambhala llamado Suchandra pidió ayuda a Buda para que le enseñase a alcanzar el Nirvana sin tener que renunciar a los placeres mundanos de los que disfrutaba. Este *Kalachakra Tantra* es una de las muchas enseñanzas tántricas y sobre todo esotéricas del budismo tibetano, es decir, el budismo que profesan los monjes del Tíbet y de Nepal, y es probablemente el origen del misterio en torno a la mítica ciudad de Shambhala.

Se narra, por ejemplo, que Shambhala era un reino rico y muy peculiar. Tenía forma circular. Era como una flor de loto, con ocho pétalos, o regiones, separadas entre sí por anillos concéntricos. En la parte central se levantaba la capital: Kalapa. En ella podía verse el

palacio de Kingos, creado con joyas y piedras preciosas. Su tecnología era muy avanzada, y sus habitantes usaban túneles subterráneos para viajar a diferentes lugares del planeta.

También se habla de la historia de sus reyes. El más conocido sería el ya mencionado rey Suchandra, que vivió por la misma época de Buda, entre el año 800 y el año 600 a. C. Buda le enseñó el tantra de Kalachakra, y eso fue lo que convirtió a los habitantes del reino de Shambhala en unos iluminaos de la vida.

Se dice que esta gente alcanzó tal nivel de iluminación, que llegó a un punto en el que el reino entero desapareció del plano físico para migrar a otra dimensión. Es por ello por lo que la única forma de acceder a este reino sagrado es a través de una mente cristalina, un corazón puro o movidas espirituales e introspectivas al alcance de muy pocos.

Además, se habla de una profecía que dice que Shambhala estaría gobernada por treinta y dos reyes que reinarían cien años cada uno, y cuando el último rey acabase su reinado el mundo entraría en una crisis violenta y materialista que conduciría a una gran guerra. Supuestamente esta gran guerra santa final, la Guerra de Shambhala, sería un conflicto entre budistas y musulmanes (o infieles en general), donde el último rey de Shambhala, llamado Rudra Cakrin, derrotaría a los enemigos de Buda para siempre.

En esta guerra final contra las fuerzas del mal tiene importancia el dios hindú Kalki. Este era la décima y última encarnación del dios Visnú, aunque dependiendo de la versión de la historia, esto cambia. En el texto del *Bhagavata Puraná* se dice que Kalki, convertido en rey brahmán de Shambhala, llegaría al final de los tiempos montado sobre un caballo y con una espada. Así lideraría un ejército y vencería al demonio Kali, un ser de piel oscura que no tiene nada que ver con la diosa Kali, consorte de Shiva.

Tras la victoria de Kalki (o de Rudra Cakrin) y de los budistas se afirmaba que llegaría una edad de oro para el budismo y para todo el planeta, donde Shambhala lo sería todo. Sería la ciudad fuerte del budismo tibetano, la fortaleza inconquistable, el refugio de paz, amor y espiritualidad, y toda la humanidad podría beneficiarse de aquello gracias a los conocimientos preservados en ella.

No sé si habéis leído el libro de *Revelaciones* de la Biblia, conocido popularmente como *Apocalipsis*, pero tiene alguna que otra similitud. Lo que pasa es que este relato budista es bastante más violento, porque se entiende que los malvados son los extranjeros no creyentes, y el objetivo final de Kalki es restaurar el sistema de las castas y reimponer su orden jerárquico. Bastante chungo todo.

No se sabe bien el origen de esta historia, pero algunos suponen que esta guerra sería no contra demonios reales, sino contra infieles. Puede

que se estuvieran refiriendo a griegos, seléucidas, chinos o probablemente a musulmanes, que en la época en la que parece que estas historias fueron escritas, eran una auténtica amenaza para hinduistas y budistas. Y es que fue en el año 1200 cuando el Sultanato gúrida, dirigido por Muhammad de Gur, penetró con fuerza en el norte de la India conquistando y destruyendo todo a su paso. Poco después, uno de sus gobernadores, Qutb-ud-din-Aibak, se independizó y creó el sultanato de Delhi, de origen turco y de religión musulmana.

Más adelante, en el año 1526, el Imperio mogol, una dinastía turco-mongola que profesaba el islam, gobernó prácticamente la totalidad de la India. Su gobernante más famoso fue Akbar, quien mandó desde la ciudad de Agra. Alrededor del año 1560 este emperador envió una expedición al norte con el objetivo de buscar el origen del río Ganges, ya que consideraba que su agua tenía propiedades que podían convertirte en inmortal. La expedición se adentró en el Himalaya, y a la vuelta sus miembros contaron historias al monarca sobre templos, monasterios y monjes de una religión muy curiosa que no conocían, y también le hablaron del mito de Shambhala.

*

Todas estas leyendas pasaron muy desapercibidas en Occidente durante siglos y siglos. Era normal. Todo lo hinduista-budista la verdad es que es un cacao de proporciones épicas. Un interesado en todo esto fue Antonio de Andrade, un sacerdote y misionero jesuita de origen portugués. Se formó como sacerdote en la ciudad de Goa, la capital de la India portuguesa, y a partir del año 1600 realizó varias expediciones por la cordillera del Himalaya. Parece que Antonio de Andrade se convirtió en el primer europeo en cruzar el Himalaya y llegar hasta el Tíbet, concretamente al pequeño reino tibetano de Guge, estableciendo allí la primera misión católica del lugar, ubicada en Tsaparang, que era la capital.

Hay quien dice que lo que llevó a Antonio de Andrade a aquel lugar tan remoto fue la búsqueda de una ciudad perdida, pero no Shambhala, sino el reino del Preste Juan, del que ya he hablado en este libro. Parece que escuchó rumores entre gentes musulmanas del Imperio mogol sobre un reino perdido en las montañas del norte, con una religión parecida al cristianismo, que adoraba a un salvador y cosas así.

Sin embargo, lo que Antonio de Andrade se encontró allí poco tenía que ver con costumbres cristianas y con las costumbres que asociamos actualmente a los tibetanos. Asesinaban a campesinos elegidos al azar en una ceremonia anual y adornaban sus ropas con huesos humanos. También se dice que en algún momento de su historia los habitantes de los antiguos reinos tibetanos llegaron incluso a practicar el

canibalismo. O más bien necrocanibalismo, aunque parece ser que limitado solo a contextos ritualistas.

Poco después, en 1627, otro misionero portugués, un jesuita llamado Estevao Cacella, empezó varias misiones evangelizadoras en la zona. Pronto comenzó a escuchar las leyendas que hablaban sobre la célebre ciudad oculta llamada Xembala. De ella le contaron que era muy complicado llegar, pero que andar su camino era una experiencia rejuvenecedora, y que era raro ver a gente enferma en la zona.

Estevao Cacella pensó que Shambhala, o Xembala como él lo transcribió, era realmente otro nombre para llamar a una parte de China, la cual era denominaba comúnmente en esa época como Catay. Más tarde ya se dio cuenta de su error.

Eso sí, más que pensar en una ciudad perdida se especuló con la idea de que Shambhala sería una especie de combinación de dos ciudades reales, aunque mitificadas. Por un lado, tendríamos Xanadú, o Shangdu en chino, la capital veraniega de Kublai Kan, gran kan del Imperio mongol y primer emperador chino de la dinastía Yuan. Es famosa principalmente por las descripciones que dio de ella Marco Polo durante sus viajes.

La otra sería Cambaliq, o Cambaluc, o Khan Baligh, otro de los muchos nombres que tuvo Pekín, que era la capital invernal del ya mencionado Kublai Kan. Lo dicho, que según los portugueses que visitaron el Tíbet, Bután y Nepal en estos años, Shambhala sería la combinación de Shangdu y de Cambaluc, y se estarían refiriendo a China y las dos capitales mongolas.

*

Otro europeo con ganas de indagar en los misterios tibetanos fue Sandor Korosi Csoma, un erudito húngaro que en 1823 se encerró en un monasterio de Zanskar (en Cachemira) para estudiar las creencias tibetanas. Con los años, Csoma logró convertirse en el fundador de la tibetología. Se ganó tan buena reputación que el propio Dalái Lama de aquellos años le invitó a la capital tibetana, Lhasa, siendo Csoma el primer europeo invitado a aquella ciudad. Lamentablemente, falleció antes de llegar hasta allí. Escribió alguna cosa sobre Shambhala, pero realmente nada nuevo.

En el siglo XX también encontramos a gente interesada en este nuevo gran misterio de la historia y de la arqueología, y cómo no, ahí tenemos a la famosa madame Helena Blavatsky y a su Sociedad Teosófica dándolo todo. Decía que durante sus viajes a Asia Central estuvo en contacto con los líderes espirituales (mahatma) de un culto llamado la Gran Hermandad Blanca, o Fraternidad de Maestros Espirituales. Ella pensaba que esta gente eran los protectores de Shambhala, y le relataron toda la historia relacionada con la mítica

ciudad, parece ser que a través de telepatía.

Según Blavatsky, Shambhala era el hogar del gobierno secreto del mundo, donde se ocultaba un grupo de sabios iluminados cuyo objetivo en la vida era guiar a la humanidad por el camino de la espiritualidad.

Un miembro de la Sociedad Teosófica, Alice A. Bailey, afirmó que Shambhala no era en realidad algo físico, sino espiritual y extradimensional. Era el lugar donde moraba la verdadera deidad gobernante de la Tierra, Sanat Kumara. Según los textos de esta Hermandad Blanca, Sanat Kumara fue un dios que vino de Venus acompañado por los Señores de la Llama, que llegaron en bolas de fuego y aterrizaron en el Himalaya para fundar Shambhala.

Lo sé, suena a auténtica locura todo, pero hubo gente que pensó que aquello podía tener algo de sentido. Así, durante la década de 1920 se planearon varias expediciones para buscar aquella ciudad de Shambhala.

Los primeros fueron Nikolái Roerich, pintor y escritor ruso, y su esposa Helena. En 1923 llegaron a la India para formar parte de una expedición con el objetivo de investigar migraciones de pueblos antiguos y buscar una posible fuente única de las culturas eslavas e indias. Durante los siguientes cinco años estuvieron allí dándolo todo, escalando y viajando por aquellas heladas cumbres en globos aerostáticos. Se descubrieron monumentos que nunca antes ningún arqueólogo había visto, manuscritos importantísimos, se describieron costumbres locales de muchos pueblos que apenas habían recibido visitas de forasteros y se hizo un montón de cosas más. Pero de Shambhala cero noticias.

Eso sí, Nikolái Roerich quedó tan encandilado con el Himalaya que se quedó a vivir allí, y se dedicó durante mucho tiempo a pintar todos los días aquellos bellos paisajes. Podríamos decir que Roerich encontró su Shambhala particular. También pasó otro tiempo en Nueva York y en Washington, haciéndose amigo del presidente de Estados Unidos Franklin Delano Roosevelt y también de su vicepresidente Henry A. Wallace, pero eso es otra historia.

Y hablando de Nueva York, se cuenta que Roerich enseñó a unos guías del Himalaya fotos de la ciudad de los rascacielos y estos dijeron sorprendidos: «Esa es Shambhala». Como para fiarte de los guías. Pero claro, los pobres no tienen culpa de nada. Ciudades como Nueva York había muy poquitas en aquellos años.

Quizás uno de los cuadros más misteriosos y famosos de Roerich sea *Burning of Darkness*, conocido popularmente como el de la piedra Chintamani, donde se ve a varios monjes llevar esta famosa joya por un pasaje helado con la constelación de Orión en el cielo, al fondo. En el budismo, especialmente en el tibetano, esta piedra Chintamani tenía

el poder de conceder deseos, y se decía que era propiedad de Avalokiteshvara, uno de los bodhisatvas (o avatares o reencarnaciones) de Buda.

Según las creencias de esta gente, la piedra Chintamani es una de las cuatro reliquias que cayeron del cielo en cofres, y que fueron las que dieron origen a la religión budista tibetana en el lugar. En el videojuego *Uncharted 2,* esta piedra es de vital importancia para encontrar la ciudad perdida de Shambhala y salvar el mundo.

Los siguientes en aventurarse en el Himalaya fueron el criptógrafo soviético Gleb Bokii, quien también era uno de los jefes de la policía secreta de la URSS, y su amigo escritor Alexander Barchenko. Al parecer buscaban combinar técnicas espirituales budistas y secretos mágicos para convertir a los seres humanos en comunistas perfectos. Vamos, que querían una forma rapidita de lavar el cerebro a la gente. Se habla mucho de todo el esoterismo nazi y demás, pero los soviéticos también tenían una pedrada de *cuidao* en la cabeza.

*

Finalmente, tenemos el caso de la periodista y exploradora budista de origen francés Alexandra David-Néel. Esta mujer es famosa porque pasó catorce años en el Tíbet e incluso logró que le dejaran visitar la capital del país, Lhasa. Eso ocurrió en 1924, una época en la que estaba prohibido que los extranjeros entraran en el lugar. En una de sus exploraciones, la mujer afirmó haber visto a un guardián de Shambhala, un ser impasible de mirada fría que comenzó a levitar y enseguida desapareció.

También se conoce a Alexandra David-Néel por haberse creado un ser tulpa, una especie de fantasma budista-amigo imaginario-esclavo espectral o algo así, y lo pasó fatal porque se le volvió en su contra y tuvo que destruirlo con el poder de su mente.

Estudiando el tema, Alexandra David-Néel vio parecidos lingüísticos y etimológicos entre Shambhala y la ciudad afgana de Balj, que siglos atrás había formado parte del reino de Bactria. Los bactrianos eran unas tribus que durante los siglos III y I a. C. tuvieron movida con los griegos del Imperio seléucida en lo que ahora es Afganistán. Y también había un templo dedicado a una deidad solar que era llamado Shams-i-Balkh, y como se parecía a Shambhala, pues salieron teorías que conectaban ambos lugares, pero los resultados fueron cero.

Y no solo la leyenda motivó a ocultistas y gente raruna, también escritores de prestigio soñaron con esta ciudad fantástica y la añadieron a las tramas de sus novelas. El mejor ejemplo de esto es la novela de 1933 *Lost Horizon*, *Horizontes Perdidos*, del escritor británico James Hilton, la cual tuvo su adaptación cinematográfica pocos años después de la mano del director Frank Capra.

Aquí sale Shambhala, solo que no se llama Shambhala sino Shangri-La, que es un término inventado, y claro, debido a esto ahora mucha gente piensa que Shangri-La también es real y parte de la leyenda. Pero no. Aquella novela generó mucha confusión con los términos y perdura hasta la actualidad. En resumen, Shangri-La solo es el lugar ficticio de la novela de James Hilton y nada más, por muy basada en Shambhala que esté.

James Hilton cuenta en esta novela, *Horizontes perdidos*, la historia de un grupo de personas que coge un avión desde Afganistán por una revuelta contra el Raj británico, pero algo raro ocurre y acaban aterrizando en mitad de la nada, sobre una pequeña meseta nevada en las montañas del Himalaya. Es entonces cuando se les aparece un grupo de monjes lamaístas sin saber muy bien de dónde salen. Estos ayudan a los supervivientes del accidente y los llevan a su monasterio secreto en las montañas, donde les muestran el valle de Shangri-La, verde y soleado, completamente rodeado por altas montañas, totalmente oculto al mundo exterior.

Shangri-La era un valle místico y armonioso oculto entre diversas cordilleras muy altas y extremadamente inaccesibles. Era una utopía donde la gente vivía una vida sencilla y feliz de cuasi inmortalidad. Era como el Jardín del Edén, el Paraíso Perdido, pero que seguía existiendo en algún lugar remoto del planeta.

Aquel paraíso estaba habitado por gentes de todas las partes del mundo, y eran gobernados por un gran lama que anteriormente había sido un monje capuchino. Su nombre era Francois Perrault y había llegado a Shangri-La en 1734, hacía doscientos años (para el tiempo en el que se ambienta la novela).

Según le cuenta al protagonista, en aquella ciudad se dedicaban a proteger los tesoros que la humanidad había perdido debido a su conducta violenta y destructiva. Shangri-La era el refugio donde el pasado era protegido para poder mostrárselo a quienes quisieran acceder a aquellos paraísos perdidos del conocimiento y la sabiduría. Y es que el escritor tenía bastante reciente la Primera Guerra Mundial y toda la destrucción que causó. Y eso que todavía quedaba otra gran guerra aún peor que la primera.

*

Y tras sacar a colación la Segunda Guerra Mundial, creo que es el momento de volver a hablar de nazis. Ya he comentado en capítulos anteriores las expediciones de las SS al Tíbet durante los años treinta del siglo XX. Fueron dirigidas por el naturalista alemán Ernst Schafer y tomó parte en ellas mucha gente obsesionada con los estudios sobre la raza aria y los orígenes místicos de la humanidad.

Tanto las SS como la Ahnenerbe o el Instituto de Antropología

Racial, fueron al Tíbet, entre otros muchos sitios, buscando pruebas de parentesco entre los arios y los tibetanos. Algunos dicen que las intenciones de los nazis eran encontrar antepasados arios puros y obtener su sangre o sus poderes y con ello mejorar la raza y dominar el mundo. Sé que suena a planes del típico villano de película de Hollywood, pero es que los nazis eran un poco así.

Se ve que durante estos viajes les gustó mucho el símbolo de la esvástica, que en la India y el Tíbet es representativo de paz, y los nazis lo usaron para decorar su bandera. Y sobre las investigaciones de Ernst Schafer no hay mucho que contar. Se tuvieron que volver antes de tiempo debido a las malas condiciones climatológicas y a que era 1938, y la guerra estaba a puntito de estallar.

*

Otras historias que se cuentan de Shambhala tienen que ver con el Yeti, el famoso hombre de las nieves. Según algunos, los avistamientos de este ser peludo no serían otra cosa que los de algún habitante de la mítica ciudad budista dejándose ver.

En fin, ¿qué dicen los budistas tibetanos de todo esto? Pues podemos preguntarle al Dalái Lama. Como ya dije, el Dalái Lama es el líder espiritual de los budistas tibetanos. Todos los Dalái Lama son considerados como las encarnaciones de Avalokitesvara, y según las creencias locales, cuando muere, su espíritu tarda en torno a cincuenta días en encontrar un nuevo cuerpo. Es labor del Panchen Lama, el segundo al mando, buscar a niños por la región con «señales especiales», separar al elegido de su familia y llevárselo para educarle en la tradición budista tibetana.

El actual Dalái Lama es Tenzin Gyatso, nacido en 1935 y entronizado en 1940. Gobernaba tranquilamente el Tíbet en su palacio de Potala en la ciudad de Lhasa, hasta que en 1950 llegó la China comunista y conquistó el territorio. Debido a esto, Tenzin y otros budistas se tuvieron que exiliar, y actualmente este gobierno en el exilio reside en el norte de la India, en una ciudad llamada Dharamsala.

Según Tenzin Gyatso, Shambhala no se puede encontrar físicamente, pues es más bien un mundo espiritual que solo puede descubrirse mediante una conexión kármica. Solo aquellos puros de espíritu podrán acceder a Shambhala. En definitiva, parece que Shambhala ni existe ni existió nunca. Simplemente fue un ideal, una meta que alcanzar por muchos budistas. Un estado de consciencia elevado. Así que los que queráis buscarla ya sabéis lo que tenéis que hacer. Toca meditar.

13. AGARTHA Y EL MITO DE LA TIERRA HUECA

Ahora toca hablar de Agartha, una tierra perdida, pero no sobre la superficie terrestre o bajo el mar, sino en el interior de la tierra, bajo ella.

En el colegio a todos nos han enseñado que bajo la superficie de nuestro querido planeta, lo que se suele denominar corteza terrestre, hay otras capas compuestas por diferentes materiales. En primer lugar, estaría el manto y debajo el núcleo externo seguido del núcleo interno. Y es cierto que el conocimiento que tenemos de ellas, especialmente del núcleo, es más bien teórico, pues nadie ha podido bajar con un taladro gigante hasta tanta profundidad. Todo lo conocemos a través de estudios de ondas sísmicas, y gracias a ellas podemos intuir qué tipos de materiales existen allí abajo. Viene a ser lo mismo que hacemos con los planetas lejanos, que sabemos de qué material están compuestos por su espectro de radiación electromagnética.

Sin embargo, para un grupo determinado de personas, esto no sería así. Y aquí empezamos a hablar de la teoría de la Tierra Hueca y de Agartha. Esta teoría de la Tierra Hueca está muy extendida entre los conspiranoicos, y lo más divertido de ello es que choca frontalmente contra el dogma terraplanista, por lo que es habitual ver a terraplanistas y terrahuequistas discutir encarnizadamente en las redes sociales. Es un *show* divertidísimo. Los terraplanistas dicen que la Tierra es como una enorme pizza flotando en el espacio, y los de la Tierra Hueca dicen que todo lo que sería el manto y el núcleo de nuestro planeta estaría completamente hueco, no habría nada. Bueno, nada, no, habría cosas. ¿Qué cosas? Aquí empieza la fiesta.

Para empezar, flotando en el centro de esta Tierra Hueca, habría un minisol que proporcionaría calor y sustento a civilizaciones que han vivido allí en secreto durante milenios. Esto cambia según a quién le preguntes. Unos te dirán que allí hay dinosaurios, otros que allí están los supervivientes de la Atlántida, otros que está una de las tribus perdidas de Israel, y otros te dirán que aquel es el lugar donde se refugiaron los nazis para, el día menos pensado, volver a salir y establecer el Cuarto Reich a lomos de velocirraptores armados con láseres. Y no solo tendrían animales extintos a su disposición. También ovnis. Los ovnis no serían otra cosa que sus avanzadas máquinas de vigilancia, que son capaces de construir gracias a su magnífica y avanzada tecnología.

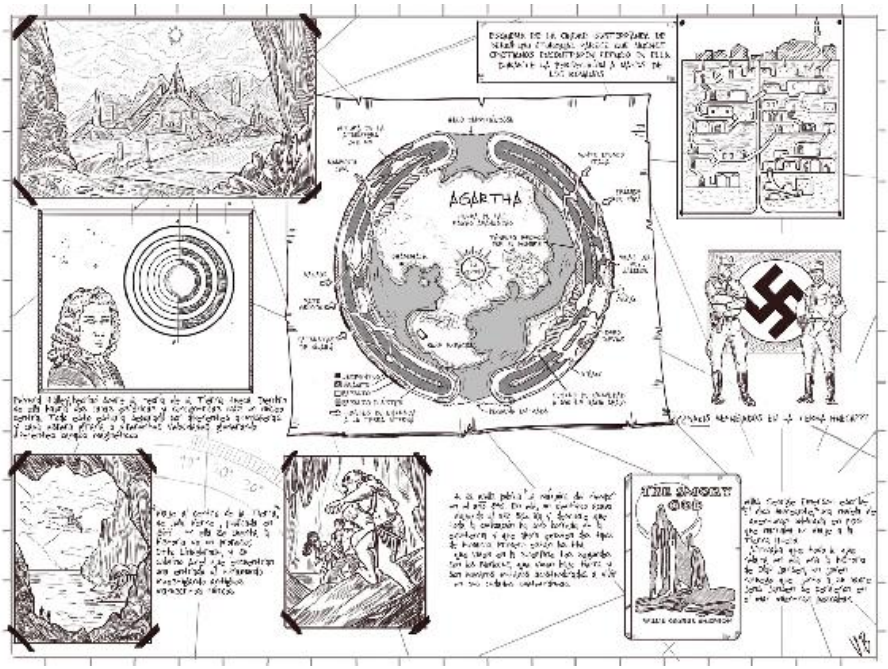
Quizás he empezado un poco fuerte. Voy a ir explicando paso por

paso de dónde vienen estas creencias, porque aquí, como en todas las anteriores, se mezclan muchas teorías científicas con mitos y también con historias de ficción.

¿Cuándo comenzó la gente a pensar que el interior de la Tierra podría estar habitado? Algunos se agarran a la Biblia. En el Nuevo Testamento tenemos algunas referencias a esto. Por ejemplo, en la *Carta a los Filipenses* el apóstol Pablo de Tarso dice «para que en el nombre de Jesús se doble toda la rodilla de los que están en los cielos y en la tierra, y debajo de la tierra».

El apóstol Juan también dijo algo parecido en el *Apocalipsis*: «Y ninguno, ni en el cielo, ni en la tierra, ni debajo de la tierra, podía abrir el libro, ni aún mirarlo».

¿Qué está pasando aquí? ¿Conocían los apóstoles esta terrible conspiración de gentes que vivían en una Tierra Hueca? Lo dudo mucho. Podría ser que con «debajo de la tierra» se refirieran a la muerte, sería una metáfora de la sepultura. O también podría estar relacionado con las primeras comunidades cristianas de Asia Menor, algunas de las cuales se escondían de la persecución de los romanos escondiéndose en cuevas, catacumbas o túneles en los que celebraban misa.



De hecho, en el centro de lo que ahora es Turquía existe una auténtica ciudad subterránea increíble llamada Derinkuyu, donde parece que muchos cristianos encontraron refugio. Ya el historiador Jenofonte, siglos antes de que apareciera el cristianismo, escribió sobre las gentes de estas zonas y su modo de vida subterráneo.

En aquellos años Anatolia estaba venga a ser invadida primero por frigios, lidios y persas, y luego por griegos y romanos. Era una región muy disputada, y parece ser que sus habitantes se hartaron de todo y prefirieron vivir como ermitaños. Las rocas de aquel lugar eran volcánicas y fáciles de excavar, y gracias a ello empezaron a dar forma a una ciudad subterránea de varios niveles, entre dieciocho y veinte. Era como un rascacielos, pero hacia abajo. El primer parking de la historia. Esta gente de Derinkuyu tenía de todo: establos, cocinas, túneles de ventilación, bodegas, almacenes para alimentos, salas para el culto a sus dioses, dormitorios y hasta cisternas de agua que sacaban de pozos subterráneos.

Se calcula que podrían haber vivido allí unas diez mil personas. Una cifra impresionante. Pero aquello debía de ser algo terrible, porque sus residentes se verían obligados a estar con antorchas prendidas todo el día, ya que si no te quedabas a oscuras. Pero el fuego consume oxígeno, y estando tan abajo… Probablemente Derinkuyu no era el mejor lugar para alguien con tendencia al agobio y a la claustrofobia.

Pero dejando a un lado esto, el tema de la Tierra Hueca entró en el ámbito académico y científico hacia el año 1678, cuando el sacerdote

jesuita y científico alemán Athanasius Kircher publicó *Mundus Subterraneus, quo universae denique naturae divitiae*. En esta obra creó el concepto de Geocosmos. Decía que la Tierra funcionaba igual que un ser vivo, cuyos huesos y piel eran el manto y las cordilleras y que su núcleo interior estaba formado de fuego. También decía que existían por todo el planeta cavidades que eran como venas, por donde discurría agua, aire y fuego en un ciclo sin fin.

Tras él, dos décadas después, llegó Edmund Halley, famoso por haber calculado la órbita del cometa Halley. Este científico también teorizó sobre la teoría de la Tierra Hueca. Halley pensaba que la Tierra tendría una capa de 800 kilómetros de espesor y que sería como un caparazón hueco. Dentro de ella habría dos capas esféricas y concéntricas más un núcleo justo en el centro. Todo esto estaría separado por diferentes atmósferas y cada esfera giraría a diferentes velocidades, generando distintos campos magnéticos. Halley aventuró que esta energía magnética daría, de alguna forma, luz al lugar, y que posiblemente aquellas diferentes esferas estuvieran habitadas.

Con esto Halley quería explicar por qué algunas veces las brújulas se volvían locas en localizaciones concretas. Y también buscó en esto la causa de las auroras boreales y las auroras australes. Para Halley, estos fenómenos serían los reflejos en la atmósfera de este sol oculto, cuyos rayos solares salían a la superficie a través de algunos agujeros. Sin embargo, Halley nunca pudo probar nada de esto.

*

Ahora pasemos al siglo XIX. Por alguna razón extraña, la gente en esta época empezó a pensar que eso de la Tierra Hueca podía tener algo de sentido. Pero no solo hubo gente que creía que el planeta era como un queso de Gruyere y que tenía miles de galerías y cuevas en su interior que lo atravesaban enterito. También se pensaba que allí debajo vivía otra gente. Una segunda humanidad que había permanecido oculta durante miles de años.

Ahí tenemos a un soldado estadounidense llamado John Cleves Symmes Jr., quien conjeturó que la Tierra no sería más que una burbuja hueca por dentro y que la única forma de entrar en la cavidad interior era a través de gigantescas aberturas situadas en los dos polos. Por ello, John Cleves Symmes se propuso ir a uno de ellos para investigar.

Esta teoría de que en los polos había dos grandes aberturas para llegar a esta Tierra Hueca luego se hizo muy popular. Fijaos: la repercusión que tuvo Symmes fue tal que, en 1822, se debatió en el Congreso de Estados Unidos que se le dieran unos barcos a este hombre para organizar una expedición y así salir de dudas. No salió adelante la cosa, todo hay que decirlo. Aun así, por su insistencia

sobre el tema, Symmes es considerado el primer gran defensor de la teoría de la Tierra Hueca.

Sin embargo, el pobre Symmes pasó el resto de su vida intentando encontrar la forma de llegar hasta esta enigmática entrada en el Polo Norte, pero murió sin descubrir nada.

Uno de los que apoyó un montón a Symmes fue Jeremiah Reynolds, un editor de periódicos, profesor y explorador estadounidense. Reynolds creía en todas las teorías de Symmes, y también quiso encontrar aquella entrada para demostrar que ambos tenían razón. En los años treinta del siglo XIX logró financiar gracias a capital privado una expedición a la Antártida, pero al final no pudo llevarse a cabo.

Influido por todas estas ideas, el escritor estadounidense Edgar Allan Poe contó en *La narración de Arthur Gordon Pym*, de 1833, cómo los protagonistas de esa novela tuvieron un encontronazo con seres extraños que vivían bajo la superficie de la Tierra. Y no fue el único que escribió sobre estos temas.

El asunto de la Tierra Hueca como tal llegó al gran público con la novela del escritor francés Julio Verne titulada *Viaje al centro de la Tierra*, que fue publicada en 1864. Como comenté al principio del libro, esta fue una de mis novelas favoritas de crío. En ella se cuenta la historia de un profesor de mineralogía, Otto Lindebrock, y su sobrino Axel, quienes encuentran una entrada al inframundo investigando antiguos manuscritos rúnicos.

La entrada a este centro de la Tierra se encuentra en un volcán en Islandia, y allí dentro viven muchas aventuras. Se encuentran con un ecosistema vivo muy complejo, con setas gigantes, vastos océanos tempestuosos, frondosos bosques tropicales, animales que se creían extintos, como dinosaurios, y tribus humanas primitivas. Al final del libro los protagonistas consiguen escapar por un volcán y acaban apareciendo en Italia. Con esto se daba a entender, por supuesto, que todo el centro de la Tierra estaba conectado por túneles y cuevas.

No podía faltar la novela de H. G. Wells titulada *La máquina del tiempo*, publicada en el año 1895. En ella, un científico acaba viajando al año 802.701 y descubre que toda la civilización ha sido borrada y que ahora existen dos tipos de humanos. Primero están los Eloi, una especie de *hippies* que viven en la superficie. Los segundos son los Morlocks, que viven bajo tierra y son humanos mutados acostumbrados a vivir en sus ciudades subterráneas.

Ya en el siglo XX encontramos *En el corazón de la Tierra*, una novela escrita por Edgar Rice Burroughs en 1914. Este tipo es famoso por ser el creador de Tarzán y por su serie marciana de John Carter, cuya adaptación cinematográfica de 2012 no tuvo mucho éxito, lamentablemente.

Edgar Rice Burroughs también escribió otras novelas, entre ellas

una serie de siete que giran en torno a la tierra de Pellucidar. Esta Pellucidar vendría a ser algo parecido a la Tierra Hueca. Estas historias son un poco una locura, porque en ellas hay humanos y dinosaurios, pero dinosaurios inteligentes que vuelan y que esclavizan a estos humanos.

El escritor estadounidense Howard Philips Lovecraft, cómo no, también es otro de los que escribieron sobre razas de monstruos que vivían en el interior de la Tierra.

Y también Willis George Emerson, con su *El dios humeante, un viaje al mundo interior*. Se trata de una novela de aventuras publicada en 1908 que narraba un viaje a una Tierra Hueca, aunque su autor afirmaba que todo lo que relató en ella era verdad. Según contaba Emerson, él no se había inventado nada y en realidad estaba contando la verdadera historia de Olaf Jansen, un joven noruego que, junto a su padre Jens Jansen, se fue de pesca en un barquito.

Padre e hijo zarparon el 3 de abril de 1829, y tras varios días en alta mar, les sorprendió una tormenta en la que casi acabaron muriendo. Esta tormenta les condujo a través de una abertura en el Polo Norte al interior de la Tierra.

Al volver la calma pudieron ver de nuevo el sol, pero no era el sol que ellos conocían. Era diferente. Ese sol extraño era el Dios Humeante, un sol interior que iluminaba aquel mundo intraterreno.

Los dos noruegos pasaron días a la deriva hasta que encontraron una tierra misteriosa. La bordearon y pronto se internaron por un ancho río. Allí se toparon con un barco muy raro y muy grande, con muchas partes de oro y lo que parecían motores. De él salieron seis personas muy altas (de casi 4 metros de altura), barbudas y vestidas elegantemente, con túnicas como de seda. Hablaban un idioma extraño, parecido al sánscrito. No pudieron hacerse entender, pero al menos parecían ser amables.

Les remolcaron hasta una lujosa ciudad llamada Jehú, y vieron a más gigantes que vivían allí. El lugar estaba lleno de casas enormes y campos de cultivo. Lo que más sorprendió a los forasteros fue que en la decoración había oro por todas partes. Allí, padre e hijo vivieron durante un año entero, y poco a poco fueron aprendiendo el idioma de aquella gente.

Los habitantes de aquel lugar les contaron que ambos habían llegado a un mundo oculto en el interior de la Tierra, iluminado por el Dios Humeante, un enorme sol central que los gigantes adoraban. Una de las ciudades de aquel lugar era Edén, de la cual se contaba que había sido en el pasado el auténtico Jardín del Edén de la humanidad, y que ahora era la capital de aquel mundo.

La de veces que se repite esta idea del Edén con las ciudades perdidas. Quizás la causa sea ese afán de la humanidad en general de

buscar el hogar ideal, su paraíso perdido, causado por un sentimiento brutal de desarraigo.

Al final de su estancia, los dos noruegos viajaron en una especie de tren eléctrico hasta la ciudad de Edén, que era donde reinaba el rey de aquel mundo, un gran sumo sacerdote. Habían sido convocados por el monarca para que les preguntasen durante días enteros por cómo era el mundo exterior. Una vez ante el rey del lugar, este les preguntó si querían quedarse o volver a su hogar. Para Olaf y su padre ya era hora de regresar a casa. Los intraterrenos les llenaron su barco de provisiones y les guiaron hasta la salida de la Tierra Hueca. Tras otro peligroso viaje en barco, los dos fueron capaces de volver a salir a la superficie del planeta a través del Polo Sur.

Sin embargo, después de chocar con un iceberg, el bote se hundió y el padre perdió la vida. Olaf Jensen logró sobrevivir, pero cuando relató su historia le tomaron por loco y lo encerraron en un psiquiátrico durante más de veinte años. Cuando salió en 1862, Olaf guardó el secreto de lo que había vivido. Se mudó a California y allí conoció al escritor Willis George Emerson, a quien contó su trágico viaje por aquel mundo interior.

*

Y en este punto de la historia llegamos a la ya conocida Helena Blavatsky. Ya conté que a esta mujer le interesaba muchísimo la cultura hindú, los mitos de ciudades perdidas, el espiritismo, la Atlántida, Shambhala y todo eso.

Pues bien, fue ella quien creó el mito de Agartha tal y como lo conocemos hoy día. Ella se lo inventó mezclando diferentes leyendas ya existentes, como es el caso de las teorías sobre la Tierra Hueca.

Blavatsky dijo que Agartha era un reino subterráneo avanzado, donde no existían el mal ni el crimen, que fue construido hace quince millones de años bajo el desierto de Gobi. Su capital era Shambhala. Allí reinarían los Señores de la Llama, semidioses alienígenas provenientes del planeta Venus. Cada cierto tiempo saldrían de su guarida para visitarnos y supervisar nuestra evolución. Según Blavatsky, ellos son quienes mueven los hilos que rigen el mundo.

Ella decía que este conocimiento le había sido entregado por monjes budistas e hinduistas de forma telepática, pero en realidad, ninguna de las dos religiones habla de nada parecido. En la mitología hinduista no se habla nunca de una arcadia feliz subterránea ni de nada por el estilo. Sí que está el tema de los patalas o narakas, que son como el infierno, pero eso creo que está en prácticamente todas las culturas del mundo. Para los hinduistas, budistas y otras religiones de la zona allí reinaba el dios Iama, y dependiendo de si habías sido un tipo majo o un gilipollas te metían a un patala o a otro. Allí se castigaba a la gente

con martirios en plan meterles en agua hirviendo, nadar en charcos de malaria, andar sobre el filo de un sable, ser picoteados por buitres a lo Prometeo, o hacerles ir al gimnasio. Para mí, el último sería el peor tormento de todos.

Años después, el también mencionado Nikolái Roerich dijo haber entrado en contacto con los agartianos durante sus viajes por Asia, y hablaron de la vida, de la muerte y de la piedra Chintamani.

Parece que los nazis de la Sociedad Thule también intentaron organizar alguna expedición a los polos, pero sin éxito. Aun así, se cuenta que un almirante de la flota de submarinos nazis llegó a decir en algún discurso que se había construido una fortaleza en la parte más invisible del mundo. Muchos especulan que los nazis montaron una base secreta en la Antártida y que fue allí donde huyó Hitler al final de la Segunda Guerra Mundial. Otros dicen que esa base conducía al reino de Agartha.

De esos años también se cuenta la historia de Richard Evelyn Byrd, un aviador famoso por haber sobrevolado tanto el Polo Norte como la Antártida. Con su avión exploró grandes zonas del continente antártico y justo después de la Segunda Guerra Mundial organizó, ya como contraalmirante, la Operación Highjump. Esta tuvo lugar en la Antártida, junto con el ejército de Estados Unidos, y su objetivo era probar equipos militares en aquellos climas tan extremos.

La operación fue tan grande que pronto surgieron teorías conspirativas que decían que fue organizada para buscar la base secreta de Hitler y destruir a los nazis de una vez por todas. También se dice que Byrd sobrevoló el agujero de la Tierra Hueca situado en la Antártida, pero el gobierno de Estados Unidos le dijo que había que mantener aquello en secreto. Pruebas de esto no hay ninguna.

El último intento de encontrar pruebas de esta Tierra Hueca tuvo lugar en el año 2006. Rodney Cluff, autor de *World Top Secret: Our Earth is Hollow!* empezó a organizar una expedición para encontrar la entrada de los polos, pero una serie de catastróficas desdichas lo echaron todo por tierra (hueca).

El que iba a liderar la expedición, Steve Currey, se enteró justo antes del viaje de que tenía varios tumores cerebrales y murió poco después. Tras eso, el nuevo líder, Brooks Agnew, tuvo que salirse del proyecto después de que uno de los principales accionistas de su compañía retirase todo su dinero debido a sus descabelladas teorías sobre esta Tierra Hueca. Finalmente, un importante miembro de la expedición murió en un accidente aéreo, y eso ya colmó la paciencia de Cluff, que empezó a pensar que alguien quería evitar que se descubriera la entrada a Agartha.

Actualmente, desde el mundo de la conspiranoia mundial se afirma que la forma más sencilla de entrar en esa Tierra Hueca sería a través

de los polos, como ya se dijo en su día. Para ello existirían unas enormes aberturas redondeadas tanto en el Polo Norte como en la Antártida. Sin embargo, la NASA y Google Earth, así como todos los gobiernos del mundo, conspiran para ocultar esto con la complicidad de los intraterrenos. ¿Por qué los gobiernos de todo el mundo querrían ocultar esto? ¿Qué sentido tendría esconder algo así? No se sabe.

También se argumenta que la aparición de cadáveres de mamuts en Siberia en buen estado de conservación no se debería a que el hielo ha evitado su descomposición durante miles de años. No, por supuesto que no. Esos mamuts, para estos conspiranoicos, habrían salido de Agartha para darse un paseíto y acabaron muertos recientemente antes de ser encontrados.

En definitiva, bajo tierra puede haber innumerables cuevas, grutas o cavidades, pero continentes enteros con civilizaciones y un sol girando en su interior ya dice la ciencia que es completamente imposible. Desafía todas las leyes de la física conocida. Desde la propia concepción de cómo se forman los planetas la teoría deja ya de tener sentido. En el caso de la Tierra plana… ¿qué sentido tendría que todos los cuerpos celestes fueran esferas pero la Tierra fuera una pizza? Ninguna.

Aquí pasa lo mismo. Sabemos que todos los planetas y estrellas se han formado gracias a la gravedad. Rocas, polvo estelar y otros materiales del espacio acaban agrupándose gravitacionalmente y orbitando en torno a ellos mismos hasta ir compactándose en una enorme masa que se va agrandando más y más con el paso de millones de años. Si la Tierra solo fuera una cáscara vacía, la gravedad ya la habría destruido hace mucho tiempo, como si fuera una nuez. Así que no, no existe Agartha ni los nazis regresarán con *laser-raptors* para conquistarnos.

14. PANCAYA, EL LUGAR DE ORIGEN DE LOS DIOSES GRIEGOS

Alrededor del año 323 a. C. los grecomacedonios dominaban Grecia, Asia Menor, Egipto y toda Persia. Eso fue posible gracias a las campañas de Alejandro Magno, pero a su muerte todo su gran imperio quedó dividido entre sus generales, quienes se fueron matando unos a otros en las conocidas Guerras de los Diádocos.

Hacia el año 300 a. C. hubo un escritor y filósofo griego que alcanzó cierta fama, y ese fue Evémero de Mesina. Al tipo lo que más le gustaba hacer en la vida era viajar por el mundo. Trabó mucha amistad con el rey de Macedonia Casandro, y bajo sus órdenes emprendió una serie de viajes de corte diplomático. Lo cierto es que aquellos viajes le llevaron a tierras lejanas como Arabia y al océano Índico.

Resulta que, en algún punto de este océano, yendo en un barco, un día Evémero divisó una isla a la que llamó Pancaya. Según Evémero, Pancaya era una isla paradisíaca al oeste del océano Índico, muy cerquita de la península Arábiga. Parece que no solo la avistó, sino que también se apeó para investigar más sobre ella.

Evémero decía que la población de aquella isla, los panqueanos, estaba compuesta por tres tribus de diferentes etnias, que eran muy ricas. La comida en aquel lugar abundaba. Además, la forma de gobierno de Pancaya estaba inspirada en el racionalismo griego. No había rey, sino tres castas: sacerdotes, granjeros y soldados. Existían ciudades y aldeas, y la capital era una ciudad llamada Panara.

Sus gentes incluso adoraban a Zeus, cuyo templo, construido en mármol blanco a las afueras de Panara, estaba al pie de una altísima montaña. Evémero dijo haber encontrado una lápida en este tiempo con una inscripción que recordaba a un legendario rey humano que posteriormente fue divinizado, y ese no fue otro que Zeus. Incluso se decía en esa lápida que Urano y Cronos también fueron reyes humanos célebres en aquella isla.

Pero repito, muchos historiadores y escritores de la época tendían a fliparse demasiado a la hora de narrar temas históricos. Mezclaban sus relatos con dioses y con hechos asombrosos para sorprender al lector. Y este Evémero estaba obsesionado con el ateísmo o agnosticismo; con la idea de que los dioses fueron reyes humanos, y decir que había encontrado sus tumbas en un lugar perdido de la mano de Dios (o dioses) daría algo de respaldo a sus ideas. Puede que su idea fuera

criticar ese afán de algunos reyes helenísticos de creerse dioses en la Tierra. De aquí salió el evemerismo, que es básicamente explicar sucesos divinos, paganos y mitos fantásticos a través de hechos reales, como si fueran recuerdos colectivos de un pasado lejano.

A su vuelta a Alejandría, en el Egipto dominado por la dinastía de los Ptolomeos, Evémero escribió el relato de sus viajes en una obra titulada *Hiera Anagraphe*, título traducido como *Inscripción sagrada*. Esta obra era supuestamente una trilogía, pero se perdió en el tiempo y solo nos han llegado fragmentos gracias a citas en otros libros.

*

El poeta romano Virgilio, famoso por escribir *La Eneida*, también habló de esta Pancaya, y la apodó como la tierra rica de arenas en sus *Geórgicas*. Estas *Geórgicas* eran una serie de obras dedicadas a hablar de las labores agrícolas de Roma en tiempos de Julio César y del emperador Augusto, es decir, a finales del siglo I antes de Cristo. Decía de Pancaya que era un lugar donde había muchos mercados de especias y sobre todo de incienso, y que estaba en algún lugar de la *Arabia Felix*, es decir, por el sur de la península Arábiga.

Y mucho más tarde, hasta el escritor español Miguel de Cervantes mencionó a Pancaya en su famosísima novela *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*.

Desde luego, la historia de Pancaya no alberga ningún mito misterioso donde se mezclen máquinas mortales y alienígenas. Simplemente la leyenda se basa en que un filósofo vio un lugar chachi del mundo, le puso un nombre, habló de él a su vuelta y nadie supo identificarlo correctamente, y así se quedó durante siglos.

Actualmente hay historiadores que piensan que Pancaya fue un invento de Evémero, una isla ficticia que imaginó para hacerse el guay entre sus colegas y criticar a los reyes que iban de dioses en la Tierra. Sin embargo, otros investigadores apuestan por que el relato de Evémero es completamente cierto y Pancaya, aunque con otro nombre, fuera un lugar real.

Se han barajado varios lugares como candidatos para ser la Pancaya del mito. Algunos hablan de Bahréin, esa pequeña isla situada en el golfo Pérsico, al lado de la península que ahora es el país de Qatar. Y no sería de extrañar, pues en Bahréin habitó una cultura antigua bastante famosa por su comercio, conocida como la cultura Dilmún. Y es que la tradición sumero-babilónica ya hablaba del Dilmún como un antiguo paraíso en la Tierra.

De hecho, se suele asociar el mito de Dilmún con el Jardín del Edén. Se especula con que este mito judeocristiano pudo haber estado inspirado en inmigrantes venidos de Dilmún después de que este pequeño paraíso costero empezara a desertizarse hace miles de años, a

finales del Paleolítico, igual que el resto de Arabia. Al llegar a Sumeria o a Babilonia habrían recordado y transmitido a hijos y amigos la idea de aquel paraíso perdido del que procedían, y puede que, tras el destierro a Babilonia, los judíos exiliados escucharan aquella historia, les gustara, y sirviera para dar forma al mito.

En aquel tiempo, los judíos exiliados en Babilonia empezaron a poner por escrito la Torá, o el *Pentateuco*, los primeros cinco libros del Antiguo Testamento. Puede ser que durante este medio siglo que permanecieron cautivos en la ciudad mesopotámica, escucharan esas antiguas historias y mitos y los incorporaran a sus sagrados escritos con ciertas modificaciones y adaptaciones.

De hecho, se sabe que el mito de la Torre de Babel fue inspirado por el gran zigurat (o pirámide escalonada) de la ciudad de Babilonia. Para los judíos cautivos que vieron aquella obra magna de la arquitectura debió de ser como un intento de los babilonios de alcanzar y retar a Yahvé, de ponerse a su altura, algo loquísimo a ojos de estos señores.

Y también parece que los judíos copiaron el mito de origen del rey Sargón de Akkad para añadirlo al origen de Moisés. Ambos personajes llegaron a un palacio real en una canasta dejada en el río y se convirtieron en grandes líderes. Y como estas existen multitud de similitudes. No estoy diciendo que esto sea una conspiración de los *anunnaki*, simplemente que las diferentes culturas y religiones se copiaban historias unas a otras. No es tan raro. Algunas versiones se hicieron más famosas que otras y ya está.

Es como cuando te dicen: «¿Que van a hacer un *remake* de *Scarface: el precio del poder*? ¡Sacrilegio!», y luego esa persona se entera de que la *Scarface* de los ochenta ya era un *remake* de los años treinta. Pues con los mitos y la religión pasa un poco igual.

*

Una última teoría afirma que Pancaya podría ser una isla desértica situada entre Somalia y Yemen; Socatra. Se caracteriza por unos árboles llamados drago, o *Dracaena Cinnabari*, que tienen una peculiar forma semiesférica en su copa. Son muy similares a los que hay por la zona de Yemen, y pueden alcanzar una altura de hasta diez metros.

Los indios ya conocían esta isla en la Antigüedad, y la llamaron Dvipa Sukhadhara, o isla de la felicidad. Podría encajar con aquella prosperidad de la que hablaba Evémero, aunque no hay constancia de que en aquella época hubiera una población griega allí y menos que montaran un templo al dios Zeus.

Sí que se sabe que hacia el año 80 a. C. los alejandrinos descubrieron la isla y montaron algunos puestos de tránsito para mercaderes y viajantes, convirtiéndose en la principal escala de barcos

hacia la India. Y otra curiosidad que se cuenta es que, en el año 52 el apóstol Tomás llegó al lugar y convirtió a la población en cristiana. Después de eso, habría partido hacia la India para llevar la palabra de su maestro Jesús a aquellas tierras, pero no tuvo el mismo éxito que en Socotra.

Según se cuenta, el apóstol Tomás fue asesinado por varios indios cabreados en Chennai, una ciudad al este del reino de Satavahana, que en aquellos años era el que dominaba la mayor parte de la India. Sin embargo, de Pancaya, poco más se sabe.

15. BIRINGAN, LA CIUDAD FANTASMA DE FILIPINAS

Las gentes de las islas Filipinas también tienen una leyenda concerniente a una misteriosa ciudad que aparece y desaparece y donde moran temibles espíritus de naturaleza incierta. Estoy hablando de Biringan.

Se piensa que Biringan existió en algún lugar de la isla de Samar, situada en el centro-este y que es la tercera isla más grande de todas las Filipinas. Y más concretamente, dentro de esta isla de Samar, se piensa que Biringan estuvo en un punto indefinido dentro de un triángulo conformado por tres aldeas pequeñas: Pagsanghan y Tarangnan en la costa, y Gandara más hacia la selva. Otras historias la ubican un poco más al norte, entre los pueblos de Catarman y Calbayog, un territorio de espesos bosques tropicales unidos por una pequeña carretera de tierra.

No se sabe la antigüedad del mito, pero no parece muy lejano en el tiempo. Biringan sería más bien una historia de miedo local, una leyenda urbana de creación reciente más que un mito antiguo y ancestral.

Según el folclore de las gentes que habitan la isla de Samar, Biringan sería una ciudad invisible donde reinan seres sobrenaturales de todo tipo. Los locales los denominan los *engkantos*, o seres encantados, entidades sobrenaturales muy antiguas que habitan la legendaria ciudad.

Se habla de dos tipos de *engkantos*. Los buenos, que serían los que habitan Biringan, y serían llamados *biringanon*. Y los malos, los *dalaketnon*, serían quienes salían de la ciudad para adentrarse en la selva y en las poblaciones locales. Algunos los describen como si fueran elfos, seres altos con orejas puntiagudas y muy bellos.

Las tribus waray, que son las que habitan principalmente la isla de Samar, dicen que estos seres malévolos suelen esconderse en el sistema de cuevas Langun Gobingob, situado en el Parque Natural de la isla de Samar, al este de San Jorge. Son casi 3.000 hectáreas de pasajes subterráneos.

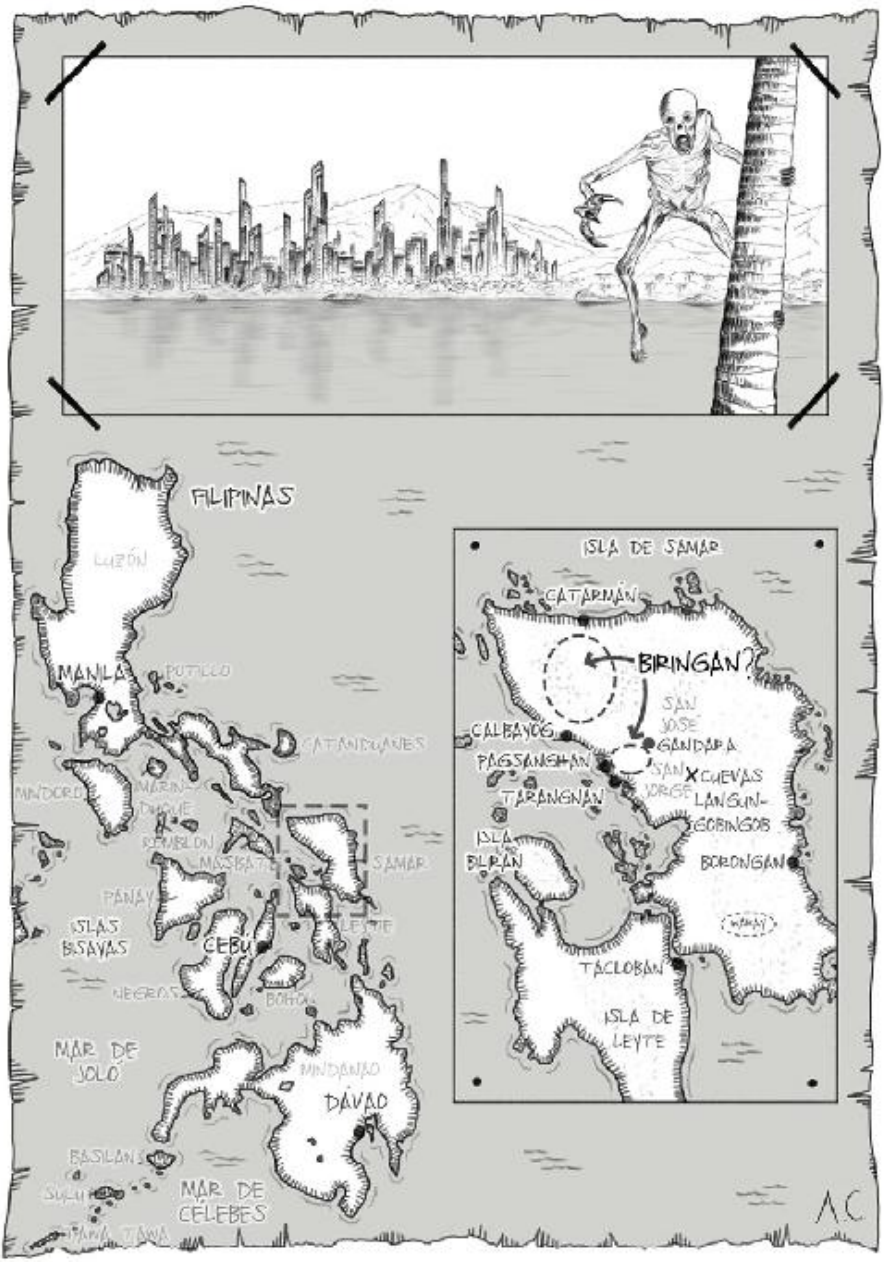
Resulta que estos monstruos malvados contarían con la habilidad de cambiar de forma y que incluso pueden hacerse pasar por humanos. Sin embargo, se puede saber rápidamente si uno de estos *engkantos* se

está haciendo pasar por humano gracias al filtrum, o surco nasolabial, que es esa cavidad que todos tenemos entre la nariz y los labios superiores. Ellos no tienen este surco.

Algunos de estos encantados malignos suelen adoptar formas atractivas para los humanos y, cual sirenas, se dedican a atraerles y a jugar con sus mentes para llevarlos a la ciudad y mantener relaciones sexuales. De todo esto saldría una descendencia mitad humana y mitad demoníaca. Algunos incluso parece que tienen el poder de controlar tu mente a distancia. Imaginaos la escena: tú vas conduciendo tan tranquilamente por una carretera en mitad de la selva y, de pronto, dejas de sentir los brazos y empiezas a notar que una fuerza extraña te invade y te obliga a tomar una ruta que no quieres. En realidad te estás dirigiendo a donde están estos *engkantos*, y te están manipulando para así atraparte mejor.

*

Es famosa la leyenda de una de estas criaturas que se hacía pasar por una mujer muy atractiva y que se dedicaba a secuestrar hombres para llevarlos a Biringan. Al parecer, debido a un programa de radio local, se conoció la historia de una chica llamada Carolina, que años antes había engatusado a compañeros suyos de clase en Manila, la capital de Filipinas, para que fueran con ella de viaje a su ciudad natal.



Acompañaron a Carolina tres amigos y ninguno fue visto de nuevo. La historia finaliza con uno de estos chavales desaparecidos enviando una carta a sus padres en la que decía que no se preocuparan, que ahora estaba en Biringan, que era superfeliz y que aquella ciudad era

lo más bello que había visto nunca.

Otra historia que se cuenta es la de Potenciana Bordallo, una chica de trece años que estaba tendiendo la ropa junto a su casa y de pronto fue asaltada por dos hombres jóvenes. La agarraron y se la llevaron a la selva. Tras eso vio una ciudad brillante y los hombres la condujeron hasta ella. Allí le ofrecieron dos platos de arroz, uno blanco y otro negro. Tenía que elegir uno, como si aquello fuera Matrix, pero con arrocillo.

Al parecer eso es parte del mito de Biringan: elegir el plato de arroz negro equivale a no volver nunca a tu mundo. Pero Potenciana no comió ninguno y rogó a aquellos hombres que la devolvieran a su casa. Y al final, tras mucho insistir, la volvieron a dejar donde la habían raptado.

¿Fue este relato una historia real? Quizás a la pobre chica la secuestraron unos hombres y después la soltaron, y tras eso contara la historia de Biringan. Es imposible de saber. Igual la tal Potenciana ni siquiera exista y forma parte del mito.

Los locales hablan de miles de casos de amigos o familiares que se adentraron demasiado en la selva y jamás regresaron. Algunos creen que Biringan es un portal mágico e invisible a otro mundo, un mundo sobrenatural habitado por criaturas mágicas.

Entre los relatos de Biringan encontramos testigos que han visto de todo. Por ejemplo, en los años setenta del siglo XX, algunos marinos de la isla de Cebú, que está al lado de Samar, declararon haber visto una ciudad costera de altísimos edificios rebosante de luz en plena noche. Como si fueran los rascacielos de una gran ciudad como Nueva York o algo así. Dicen que solo puede verse de noche y en épocas muy concretas del año.

Pero claro, ver la ciudad de Biringan es un mal augurio, porque eso significa que, de alguna forma, estas criaturas malignas te han marcado. Es como si te permitieran entrar en su mundo para investigarte. Y algunas personas que han entrado en la ciudad se la han encontrado completamente vacía y, al volver al mundo real afirmaron haber estado allí solo unos minutos cuando en realidad habían pasado días o semanas.

Se cuenta que, a finales de la década de 1980, una compañía minera japonesa investigó la zona con imágenes por satélite y parece que se vieron algunas zonas extrañamente resplandecientes. Los investigadores pensaron que habrían encontrado depósitos de oro y de uranio en una zona del centro de Samar conocida como San Jorge, así que allá que fueron para establecer una mina y lo que hiciera falta.

¿Cuál fue el problema? Que los trabajadores empezaron a ver fantasmas, otros fueron supuestamente poseídos por demonios y algunos accidentes laborales terminaron por poner punto y final a

aquel proyecto.

Otras criaturas misteriosas del folclore de las tribus Waray serían bastante similares a los *dalaketnon*. Por ejemplo, los *malakat*, también seres antropomórficos de aspecto atractivo, pero caníbales. Eran además seres más peludos y con sus largas y afiladas uñas darían caza a cualquier tipo descuidado que fuese caminando solo por la selva, y lo harían pedazos.

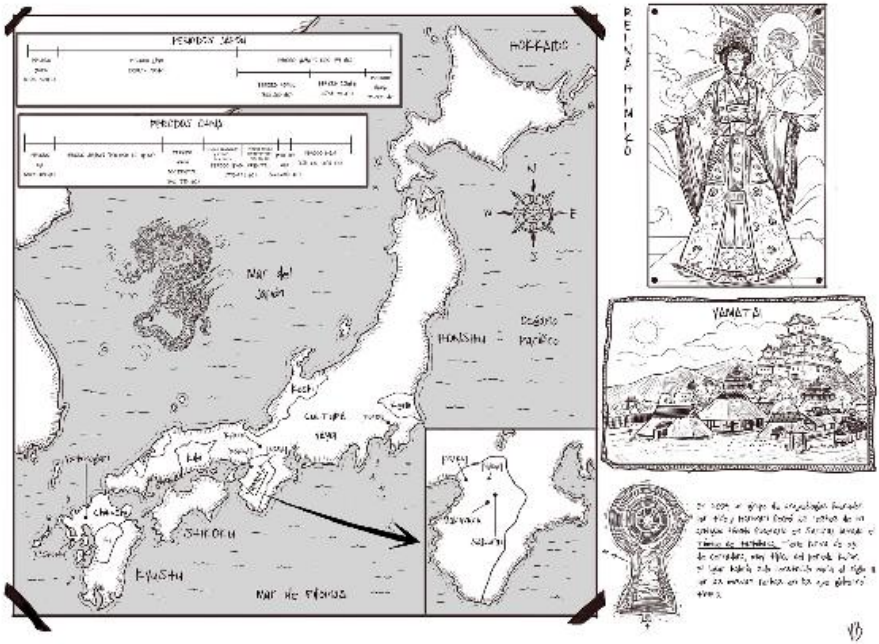
Otra criatura igual era el *kahoynon*. Seres humanoides atractivos, pero que vivirían en los bosques y podían hacerse invisibles. En cambio, el *sigbin* era un monstruito que iba a cuatro patas y tenía una larga cola con forma de látigo. Era una especie de chupacabras, que con sus colmillos succionaba la sangre de sus víctimas.

16. YAMATAI, EL REINO PERDIDO DE JAPÓN

Japón también tiene sus ciudades perdidas. O en este caso, más bien, su reino. Hablo del reino de Yamatai, gobernado por la legendaria reina Himiko. Quizás el nombre os suene, ya que el argumento del *remake* de *Tomb Raider* de 2013 giraba en torno a este mito. En este videojuego se contaba que el reino de Yamatai estaba ubicado en una isla perdida que era inaccesible debido a una especie de magia oscura con la que la famosa reina habría estado jugando en el pasado.

Luego, en 2018, hubo una adaptación de este videojuego a la gran pantalla, con Alicia Vikander haciendo de Lara Croft. Al igual que en el juego, cambiaban cosas de la leyenda, metían un virus zombi de por medio y en general el guion resultó bastante flojete.

Pero adentrémonos en la leyenda. Para conocer a esta reina Himiko y todo el mito relacionado con Yamatai primero tengo que explicaros un poco de la historia de Japón. Comencemos desde el principio de todo. Los arqueólogos dicen que el archipiélago japonés comenzó a ser habitado por los *Homo sapiens* hace 35.000 años. Realmente se piensa que los primeros sapiens llegaron hace 100.000, pero en grupos muy, muy reducidos; hasta hace 35.000 años llegaron en masa grupos de cazadores-recolectores. El caso es que esta llegada a Japón pudo ser posible gracias a puentes de hielo que unían el continente asiático con el archipiélago.



Sin embargo, miles de años después llegó el final de la Glaciación de Wurm, lo que provocó un deshielo brutal y la subida del nivel del mar. Con esto, el archipiélago japonés dejó de estar conectado con lo que hoy es Corea y sus habitantes quedaron aislados.

Estas gentes se expandieron por diferentes zonas de la mitad sur de la isla de Honshu, que es la isla grande, la principal, y también por dos islas al sur, la de Shikoku y la de Kyushu.

Hacia el año 10000 a. C. comenzaría el periodo Jomon (pronunciado Yomón), que se diferencia del periodo anterior por la aparición de la cerámica llamada Jomón, o «cerámica con marcas de cuerdas», porque básicamente estas vasijas tenían muescas de ese estilo. Por lo demás, seguían con actividades de subsistencia como la caza, la pesca y la recolección de frutos y hortalizas.

Con el paso de los siglos, estos primeros japoneses empezaron a cultivar arroz, a dedicarse a la ganadería y a fabricar objetos de hierro. Ahí se pasó al periodo Yayoi. Comenzó más o menos hacia el año 500 a. C. y se alargó hasta el año 300 de nuestra era, cuando comenzó el periodo Yamato y su subdivisión Kofun. Para ponerlo en perspectiva, Japón salió de su prehistoria al mismo tiempo que en Europa el enorme Imperio romano comenzaba a languidecer.

Aquí hay que saber que los integrantes de esta cultura Yayoi eran diferentes físicamente a las gentes de cultura Jomon, por lo que se ha llegado a pensar que estos yayoi pudieron haber sido inmigrantes provenientes de Asia, que dieron el salto al archipiélago japonés y tomaron el control del territorio. Los japoneses de hoy día vendrían de

estos yayoi.

También se dice que los jomones, asustados, huyeron en tropel al norte de la isla de Honshu y a la isla de Hokkaido, y que se convertirían en los *ainus* (o *emishi*), que es una etnia que aún existe en Japón y que durante mucho tiempo estuvo bastante marginada. De hecho, la propia isla de Hokkaido no sería tomada en serio por los japoneses hasta prácticamente la Restauración Meiji, ocurrida en la segunda mitad del siglo XIX.

Pues bien, con estos yayoi comenzaron las primeras formas de gobierno. Se habla de diferentes cacicazgos dirigidos por pequeños señores locales que gobernaban pequeños estados.

Aquí ya se empieza a hablar del primer emperador de Japón, Jinmu, hijo de la mismísima Amaterasu, diosa del sol. Su reinado habría empezado durante el siglo VII a. C. y, tras duras batallas, habría logrado unir a diversas tribus locales para dar comienzo a un linaje de gobernantes que no se habría interrumpido en 2.600 años, hasta la actualidad.

Todo esto es mito. La leyenda del primer emperador Jinmu se recoge en el *Kojiki* y en el *Nihon Shoki*, las crónicas históricas japonesas más antiguas que existen, datadas del siglo VIII. Como veis, son relativamente tardías y además mezclan hechos reales con mucha fantasía. De hecho, en los ochocientos años siguientes a Jinmu se habla de solo catorce emperadores. ¡Catorce emperadores de reinados ininterrumpidos en casi un milenio! Las cuentas no me cuadran. Ni tampoco las fechas, si damos por hecho que el periodo de los yayoi comenzó al menos cien años después de la llegada de Jinmu al poder.

En fin, llegamos al siglo III d. C., al final del periodo Yayoi, y aquí viene lo que nos interesa ahora, pues uno de estos señoríos habría sido Yamatai, o Yamatai-Koku (que traducido del japonés viene a ser «país de Yamatai»).

Himiko, cuyo nombre significaría «hija o niña del sol», habría sido una reina-sacerdote de rollo chamánico. Poco se sabe de su vida. Si existió, puede ser que reinara entre los años 190 y 248. Por lo que relatan las crónicas chinas, Himiko no estaba casada y fue elegida emperatriz por su propia gente tras casi cien años de guerras entre los diferentes señoríos de Japón.

Habría usado conjuros y magia para lograr que treinta de los clanes que luchaban entre sí la alzaran como su reina. Como veis, no todas las tribus yayoi le rendían culto. Según las crónicas chinas, Himiko rara vez salía de su palacete y tenía un séquito compuesto por mil doncellas.

Otra cosa que se cuenta sobre esta leyenda es que Himiko realizaba sacrificios con animales e incluso humanos. Estos sacrificios eran algo habitual en las diferentes tribus que poblaban el Japón antiguo, y su

función era la de satisfacer y adorar a un determinado *kami* (o diosecillo). Cada clan tenía el suyo propio. Himiko parece que adoraba a un *kami* relacionado con el sol, un *kami* que cobró una importancia creciente con el paso de los años. Con estos sacrificios, Himiko buscaba ganarse el favor de esta deidad sintoísta y darle el poder de conocer el futuro y ganar batallas a sus vecinos.

Tras la muerte de Himiko en el año 248 se nombró rey a un hombre, pero muchos en Yamatai protestaron y se negaron a obedecerle, provocando una guerra civil. Al final, el consejo de sabios de Yamatai tuvo que llegar a poner orden, y alzaron como reina a una niña de trece años llamada Iyo, quien era sobrina de Himiko.

La única prueba de la existencia de este País de Yamatai no se encuentra en ningún texto japonés (puesto que los yayoi no sabían escribir). Ni siquiera se menciona en el *Kojiki* ni el *Nihon Shoki*, sino que la única mención solo está en una crónica de origen chino, las *Crónicas de Wei,* escritas hacia el año 280.

*

Vale, detengámonos un momento aquí. Mientras en Japón las gentes yayoi eran un grupo de campesinos con pequeños estaditos muy fragmentados, China ya era un reino bastante pepino que había pasado muchos periodos de mierda y muchos periodos de progreso.

Para conocer la historia de China habría que empezar por la dinastía Xia, que es semilegendaria, y que habría comenzado por el siglo XXI a. C. a orillas del río Amarillo. Hacia el año 1700 a. C. comenzó la dinastía Shang. Esta es importante porque fue durante esta época cuando aquellos primeros chinos comenzaron con la escritura, y por lo tanto fue cuando China abandonó la Prehistoria y entró en la Historia.

Entre los años 1050 y 256 a. C. reinó la dinastía Zhou, pronunciado más o menos como «chou». Fue el primer gran estado organizado, y en él florecieron las artes plásticas, las literarias, las técnicas ornamentales y la filosofía. Ahí tenemos a Confucio dándolo todo.

Pero dentro de la dinastía Zhou, concretamente en su segunda mitad, el estado chino empezó a experimentar un declive y una fragmentación de la leche. En el año 722 a. C. comenzó el periodo de las Primaveras y los Otoños, lleno de batallas entre diferentes pequeños estados, y que tuvo su punto álgido a partir del año 475 a. C. con el inicio del Periodo de los reinos combatientes.

Este periodo lleno de guerras internas entre los chinos terminó en el año 221 a. C. con un reino ganador: el reino de Qin, pronunciado como «chin». De ahí dicen que vendría el nombre de China. Qin Shi Huang se coronó como emperador de toda China y con él nació el primer estado chino firmemente unificado y centralizado. Se

estandarizaron pesos y medidas y también la escritura. Se construyeron palacios, tumbas como la de los soldados de terracota y también comenzó la mayor obra de los chinos, la Gran Muralla. Aunque en su versión *low cost*, con barro apisonado y nada más. La mayor parte de lo que hoy podemos ver de esta muralla en realidad son renovaciones bastante posteriores. Y también se sabe que antes de Qin ya existían algunos tramos de muralla construidos, pero este se encargó de unificarlo todo.

Tras la muerte de Qin Shi Huang, la dinastía Qin no duró mucho más, y la dinastía Han, que se oponía al poder despótico del emperador, le arrebató el poder en el año 206 a. C.

Durante los casi 400 años en los que los Han estuvieron al mando de China, esta prosperó como nunca. Se inauguró la Ruta de la Seda y se entró en contacto con diferentes culturas hasta entonces desconocidas. Se cree que incluso llegaron a tener relaciones comerciales con los romanos. Y fue en esta época cuando entró el budismo en China de la mano de los habitantes de la India.

Pero no todo fue perfecto, muchos campesinos y otras gentes comenzaron rebeliones por todo el imperio. Una de estas fue la de los Turbantes Amarillos, que hacia el año 184 provocó daños irreparables a la dinastía de los Han, quienes caerían en el año 220.

A partir de esa fecha la cosa se puso complicada, y China acabó dividida en tres reinos: Cao Wei en el norte, Shu Han al suroeste, y Wu Oriental al sureste. Al menos hasta que en el año 265 la dinastía de los Jin derribó a los Cao Wei y fundaron la dinastía Jin Occidental.

Fue en esta época cuando el escritor Chen Shou escribió los *Registros de los tres reinos*, que cuenta la historia de estos tres reinos en los que se dividió China. Uno de estos textos se llama las *Crónicas de Wei*, y este es importante para hablar del reino de Yamatai.

En estas *Crónicas de Wei*, o *Wei Zhi*, se habla de Japón, solo que en aquella época lo llamaban País de Wa. Al parecer Wa significaba en chino «enano, bajito», y podría tener algo que ver con cómo veían estos chinos a los habitantes del Japón. Como unos retacos. En estas crónicas se cuenta que aquella nación de Wa estaba gobernada a finales del siglo III por una mujer llamada Himeko o Himiko. De ella se cuenta que asumió el liderazgo espiritual de Wa tras una cruenta guerra civil entre diferentes cacicazgos. Su hermano menor se dedicaba a las relaciones diplomáticas, lo que incluía contactos con la corte china del reino de Cao Wei, que en aquel entonces era gobernado por Cao Rui.

Al parecer los chinos le preguntaron a este hermano de dónde venía su clan, qué orígenes tenían sus gentes, y respondió que sus antepasados provenían curiosamente de China. Y no solo eso. También que estaban emparentados con el rey Taibo, o Wu Taibo, un

legendario rey de Wu, uno de los estados en los que estaba fragmentada China durante la época de los Zhou orientales. Precisamente el reino de Wu era el más cercano a Japón, pues estaba en la costa, en la desembocadura del río Yangtsé, y ocupaba el territorio donde ahora está la ciudad de Shanghái.

Eso era al menos lo que creían estos tipos de Yamatai, quizás para ir de guais ante los chinos. Había que dárselas de chulo y causar buena impresión, que esta gente era muy crack. Y claro, si llegabas ahí y decías que ambos pueblos podrían de alguna forma estar emparentados… bueno, ya sabéis, te invitaban a más cenas familiares y cosas así. Quizás este hermano de Himiko pensase que habría que aparentar ser descendiente de chinos para, como se suele decir, estar «en la pomada».

El problema aquí es que, aparte de este texto de *Wei Zhi*, no se sabe nada más de Yamatai y de la emperatriz Himiko. ¿En serio llegó a conquistar todo Japón? No parece probable. Pero sí es cierto que, durante aquella época, hasta el año 250 o así, hubo guerras entre los diferentes señoríos locales japoneses para hacerse con la hegemonía tanto del sur de Honshu como de la isla de Kyushu. Puede ser que un estado lograse cierta superioridad sobre el resto, o al menos sobre varios de estos señoríos.

Tenemos varios ejemplos de tribus que se unieron y conquistaron grandes extensiones de tierra formando pequeñas jefaturas. Es el caso de Kenu, Koshi, Kibi, Izumo, Hi, Chikusi y una muy importante: Yamato. No Yamatai, sino Yamato. Enseguida os hablaré más de él.

*

En 2009, un grupo de arqueólogos liderados por Hideji Harunari fechó los restos de un antiguo túmulo funerario en Sakurai, en la prefectura de Nara, llamado túmulo de Hashihaka. Tiene forma de ojo de cerradura, y es muy típico del periodo Kofun. Resulta que gracias a la datación por radiocarbono se averiguó que el lugar había sido construido hacia el siglo III, por las mismas fechas en las que supuestamente gobernó Himiko. De ahí que algunas personas vean ese lugar como la tumba donde descansa esta emperatriz sacerdotisa.

Pero entonces… ¿Existió el País de Yamatai? Pues quizás sí, pero a día de hoy el asunto sigue siendo tema de investigación. Esto de la localización de Yamatai parece que es el tema más debatido entre los historiadores japoneses en los últimos doscientos años.

Hay varios sitios que podrían ser candidatos para haber albergado este legendario lugar. Uno estaría en el norte de la isla de Kyushu, en un sitio arqueológico llamado Yoshinogari, en la prefectura de Saga.

Otro son unas ruinas halladas en Makimuku, en la prefectura de Nara, en la isla de Honshu. En este yacimiento se han hallado hoyos

en los que supuestamente se colocaron los pilotes sobre los que se alzaba un palacio de madera bastante grande. También el túmulo de Hashihaka que antes mencioné, se encuentra en las cercanías, con lo que la teoría de Makimuku va ganando fuerza con el tiempo. En los años noventa del siglo XX se propuso la isla de Okinawa, pero parece poco probable. Demasiado lejano.

Hay algunos historiadores que ven a esta reina Himiko como la emperatriz consorte Jingu, esposa del emperador Chuai, y que rigió Japón a la muerte de su marido en el año 201. Aunque técnicamente hubo ocho años de interregno antes de que Jingu ascendiera al trono imperial, ¿podría tener este interregno alguna relación con la guerra que nos cuentan las crónicas chinas antes de la llegada al trono de Himiko?

Esta emperatriz consorte Jingu sí que se nombra en el *Kojiki* y, aunque no está en la lista oficial de emperadores de Japón por su cargo de «consorte», sí que parece que gobernó *de facto* una parte importante del Japón antiguo. Además, en el *Kojiki* se da importancia al lado más chamánico de Jingu, y se narra que fue poseída por un oráculo. Este oráculo, a través del cuerpo de la reina, comunicó que si navegaban hacia el oeste encontrarían una tierra rica en tesoros. Lo que pasa es que su marido, el emperador Chuai, no hizo ni caso y el oráculo lo mató. ¡Qué malo era el servicio chamánico en aquellos años! Pero bueno, así fue como Jingu llegó al poder.

Una vez al mando de su reino, el mito cuenta que organizó una expedición marítima para intentar llegar a aquellos tesoros. Desembarcó, supuestamente, en Corea, concretamente en el país de Shiragi, que nosotros conocemos como reino de Silla, uno de los tres reinos en los que se dividió Corea. De todas formas, estos hechos son puestos en duda por los historiadores.

Lógicamente, la historia real nos indica que, de haber existido esta reina, solo habría gobernado una región pequeña de Japón: algunas zonas del sur de la región de Kansai. También se dice que vivió más de cien años, hasta 269, siendo la última gobernante del periodo Yayoi.

Lo curioso es que después de este periodo Yayoi comienza uno nuevo, el periodo Yamato, llamado así porque la corte imperial se instaló en la provincia de Nara, que en aquella época era conocida como la provincia de Yamato. A pesar de que los nombres Yamato y Yamatai son muy similares, parece que no guardan relación, aunque continúa estudiándose. Quizás Yamatai fuese una especie de Protoyamato.

*

Aquí ya se empieza a tener registros de los primeros emperadores de Japón históricos, es decir, de los que hay prueba de su existencia,

siendo el primero el emperador Ojin, cuyo reinado comenzó en el año 270. Parece que este Ojin fue hijo de la emperatriz consorte Jingu y que estuvo tres años en la panza de su madre, mientras Jingu conquistaba Corea. Este periodo de gestación tan largo le hizo ascender divinamente para convertirse en el dios de la guerra nipona: Hachiman.

Lo cierto es que las gentes de Yamato sí que consiguieron centralizar el poder y gobernar sobre gran parte del sur de Japón. Ese sería el principal elemento que marcaría el cambio de periodo. Eso, y las tumbas con forma de ojo de cerradura o la introducción por parte de China del budismo y otros elementos culturales suyos. A partir de aquí los japoneses comenzarían muchas aventuras, pero sin ciudades perdidas.

PARTE 4.
ÁFRICA

17. ZERZURA, LA CIUDAD OCULTA DE EGIPTO

Entre finales del siglo XII y mediados del siglo XIII, Egipto fue gobernado por la dinastía musulmana de los ayubíes, siendo su figura más famosa Saladino. Ya sabéis, el conquistador de Jerusalén en el año 1187, hecho que fue el detonante de la Tercera Cruzada a Tierra Santa. Si no habéis visto la película *El reino de los cielos*, de Ridley Scott, os la recomiendo.

De esta época son algunos personajes rodeados de misterio, como los fundadores de los templarios o los miembros de la secta de los asesinos, los nizaríes o *hashshashin*. Pero no, no voy a hablar de esos temas. De lo que quiero hablar es de Zerzura. Resulta que por estos años se empezó a hablar de una ciudad mítica situada en un bello oasis en algún lugar al oeste del río Nilo, en el desierto que separaba Egipto de Libia.

En estos escritos se describía a Zerzura como una ciudad blanca como una paloma, y algunos la denominaban el oasis de las pequeñas aves.

Entre esos escritos destaca el *Kitab al Kanuz*, o *Libro de las perlas ocultas*, un manuscrito árabe que estaba lleno de fábulas que hablaban de más de cuatrocientos lugares de Egipto donde había tesoros escondidos. Pero no tesoros cualesquiera, sino tesoros antiquísimos, protegidos por toda suerte de trampas mortales, espíritus y demonios con muy mala leche. Vamos, que Indiana Jones o Lara Croft hubieran flipado si lo tuvieran en sus manos. Lamentablemente se perdió en el tiempo y ya nadie lo tiene, a no ser que exista una copia secreta guardada en algún cajón, pero no creo.

Pero ¿qué decía este *Kitab al Kanuz* sobre Zerzura? Pues que era una ciudad perdida en algún lugar del desierto del Sáhara, que estaba llena de tesoros y en la que gobernaban un rey y una reina durmientes. Además, la ciudad estaba protegida por guardianes gigantes negros, sus antiguos conquistadores, y se decía de ellos que te mataban sin miramientos si osabas acercarte demasiado a sus dominios.

Hay una teoría que dice que estos guardianes negros gigantes podrían hacer referencia a la tribu de los tebu, o toubou, que eran guerreros nómadas que habitaban en los desiertos de Chad, Níger y

Libia. Al parecer, en la Antigüedad estos tebu se dedicaban a atacar oasis pertenecientes a bereberes y árabes, y quizás de ahí venga la idea de que fueron ellos quienes tomaron el control del rico oasis.

En el año 1481, los escribas de un gobernador de Bengasi, ciudad del norte de Libia, lugar que formaba parte del sultanato mameluco de Egipto, recogieron una historia interesante.

Resulta que un comerciante camellero llamado Hamid Keila había llegado a Bengasi desnutrido y sediento, casi muerto el pobre, y contó que había estado en un rico y lujoso oasis llamado Zerzura, situado a unos tres días de camino hacia el oeste del oasis de Dakhla.

Semanas antes, Hamid Keila iba tan feliz con sus camellos por el desierto junto a una enorme caravana de comerciantes cuando les pilló una tormenta de arena. Aquella terrible tormenta arrasó su campamento y mató a todos menos a Keila, que fue listo y se refugió bajo uno de sus camellos muertos. Como Luke en *El imperio contraataca*. Bueno, realmente Han le mete en las tripas del bicho, pero el concepto es muy parecido.

Cuando pasó la tormenta, el pobre Keila estaba confundidísimo y ya no sabía por dónde tenía que ir. Estaba más perdido que un pulpo en un garaje. Y encima no tenía comida ni agua. Tras dar vueltas por el desierto unos días, aparecieron unos extraños hombres de gran estatura y de cabellos rubios. No parecían árabes, sino escandinavos. Y además no llevaban las cimitarras, esas espadas arabescas caracterizadas por su filo curvo. No, sus armas eran rectas, como las espadas europeas.

El caso es que esa gente tan rara le recogió y le llevó a través de un valle entre montañas hasta la ciudad de Zerzura. Lo primero que vio de aquella ciudad fue una muralla y en ella una enorme puerta de madera con una talla con forma de pájaro en su punto más alto.

Tras atravesar la entrada, Keila contempló la bella ciudad, compuesta por edificios completamente blancos y lujosos, multitud de palmeras y manantiales de agua clarísima. Y todos sus habitantes eran como los tipos que le habían llevado a ella, rubitos, altos. No entendía un carajo de lo que hablaban, pero eran majísimos.

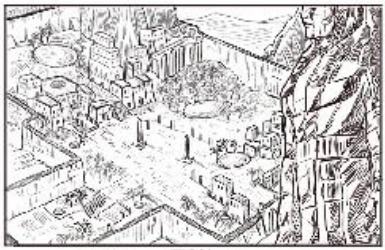
¿Quizás aquel comerciante árabe alucinó mientras buscaba a su pobre camello? No se sabe, pero desde luego, nadie más vio ese oasis, y mucho menos a escandinavos custodiándolo.

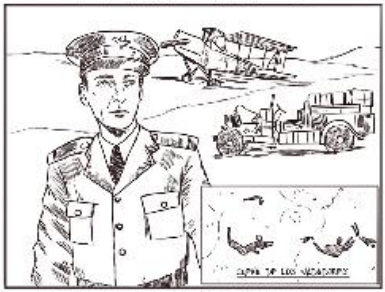
Pero la historia no acaba ahí. Resulta que el bueno de Keila acabó teniendo que contar su fantástica historia delante del gobernador o emir de Bengasi. Cuando le preguntó «si era tan guay, ¿qué haces aquí?, ¿por qué te piraste de ese paraíso?», Keila empezó a titubear. Dijo que se escapó y dio mil excusas y ya el emir empezó a sospechar algo. Hizo que registraran sus pertenencias y encontraron un anillo de oro con un rubí engastado. El emir dedujo que se lo había robado a

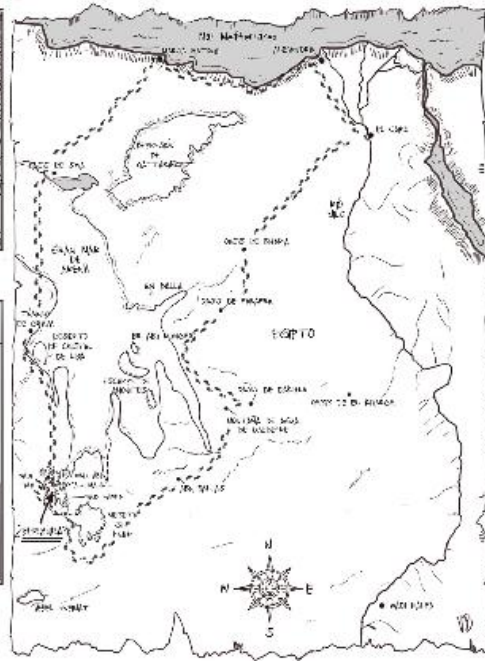
aquella simpática gente de Zerzura e hizo que sus guardias se llevaran a Keila al desierto para cortarle las manos, que era lo que se solía hacer con los que sisaban cosas que no eran suyas.

Por supuesto, los hombres del emir de Bengasi trataron de encontrar la ciudad oculta, pero no hubo suerte. Se dice que ese anillo pudo haber sido europeo, y aquellos tipos con los que se encontró el camellero árabe fueron cruzados que se perdieron en el desierto y establecieron una base secreta. O puede que todo fuera un cuento inventado.

*







Durante la primera mitad del siglo XIX, concretamente en 1835, el inglés John Gardner Wilkinson, por algunos considerado el padre de la egiptología, escribió *Topografía de Tebas y una vista general de Egipto*. Aquí Wilkinson mencionó la leyenda de Zerzura y la historia del camellero.

Avancemos hasta principios del siglo XX. Tras varias décadas de ocupación británica, Egipto se convirtió en un reino autónomo en 1922, gobernado por Fuad I, aunque los británicos siguieron por allí bastante tiempo más. Muchos investigadores británicos pronto quedaron ensimismados con los misterios que aguardaban en el país de las pirámides, y empezaron a investigar en profundidad toda su historia. Incluyendo, cómo no, el mito de Zerzura.

En 1909, el explorador William Joseph Harding King siguió una ruta hacia el suroeste desde el oasis de Dakhla, esperando encontrar aquella ciudad. No encontró nada. Y lo mismo ocurrió seis años después con una expedición en automóvil organizada por el geólogo John Ball, director del Departamento de Estudios de Egipto.

Y llegamos a finales de la década de los años veinte y toca hablar del húngaro Lászlo Almásy. Almásy era un muy buen conductor de coches y mejor piloto de aviación. Se cuenta que se sacó su licencia de piloto a los diecisiete años. Pilotó un avión de combate durante la Primera Guerra Mundial en el bando del Imperio austrohúngaro, pero en 1918 fue derribado. Sobrevivió, pero no pudo volver a pilotar en una temporada, no solo por las heridas, sino porque Austria-Hungría

perdió la guerra y su imperio se descompuso, restringiendo muchos vuelos en los tratados de paz.

Tras estos hechos, el tipo intentó ayudar (en vano) al emperador Carlos I de Austria y IV de Hungría, el último dirigente del Imperio austrohúngaro, a recuperar su trono. No tuvo éxito, pero parece que obtuvo el título de conde. Tras eso, Lászlo Almásy estudió mecánica y se convirtió en piloto de rallyes. También, hacia 1926, acabó conduciendo para safaris en el norte de África. Fue durante este trabajo cuando el hombre quedó maravillado con el desierto y se interesó por Zerzura. Se propuso encontrarla fuera como fuera.

Se compró un avión para hacer algunos reconocimientos aéreos, pero una tormenta de arena lo dejó casi destrozado. El pobre Almásy se quedó sin fondos y estuvo a punto de dejar todo aquello y largarse, pero entonces llegó Sir Robert Clayton, un británico ricachón, a financiarle nuevas búsquedas.

Gracias a esta inyección de dinero, Almásy pudo realizar más reconocimientos aéreos. Sobrevolando la meseta de Gilf Kebir logró divisar algunas zonas verdes, por lo que parecía que allí podría haber algunos oasis ocultos inexplorados. Intentaron ir en vehículos, pero se quedaron sin gasolina antes de llegar. Aquella era una región bastante alejada de la civilización.

Todo parecía nuevamente perdido para el pobre Almásy, pero tranquilos, que llegó una nueva financiación para salvarlo todo. En 1933, Almásy consiguió varios vehículos y pudo por fin alcanzar aquellos misteriosos valles verdes dentro de la meseta. Estos tres valles fueron llamados Wadi Talh, o valle de la Acacia; Wadi Hamra, o valle Rojo, y Wadi Abd al-Melik, llamado así en honor a un guía egipcio que los llevó hasta allí. Almásy estaba seguro de que había encontrado Zerzura, sin embargo, nunca se halló ningún tipo de ruinas en la zona.

Lo que sí descubrió fueron unas poquitas cabañas abandonadas hacía relativamente poco tiempo y que parecía que eran de la tribu tubu, unas gentes nómadas que vivían más al sur. Todo apunta a que conocían aquel lugar y lo usaban regularmente como punto de descanso para sus largos viajes por el desierto. Además de eso, este aventurero conductor también descubrió las pinturas rupestres neolíticas de la cueva de los Nadadores, al sur de Egipto, en la ya mencionada meseta de Gilf Kebir. Se estima que tienen una antigüedad de 10.000 años.

Aparte de Almásy, también habría que mencionar al explorador británico Ralph Alger Bagnold. Quizás no fuera un piloto de diez como el anteriormente citado, pero Bagnold y su equipo fueron de los primeros en usar vehículos motorizados modificados para surcar las dunas del desierto.

Hizo varias expediciones, pero no encontró la mítica ciudad. Aun

así, Bagnold dejó constancia de sus aventuras en su libro *Las arenas de Libia: un viaje por un mundo muerto*, que fue publicado en el año 1935.

*

A pesar de los fracasos, no penséis que los miembros de estas expediciones se frustraron y se lo tomaron a mal. Resulta que varios de ellos se hicieron muy amigos, y a su vuelta montaron un club llamado el Club de Zerzura en un bar de Wadi Halfa, que es una ciudad situada justo entre la frontera de Egipto y Sudán. Muchos estuvieron destinados un par de años allí e incluso sirvieron como oficiales en el ejército británico durante la Segunda Guerra Mundial, concretamente en las campañas norteafricanas.

Lászlo Almásy, por el contrario, luchó en el bando alemán junto a los italianos en el Africa Korps de Rommel, ya que el tío controlaba mucho de la geografía y la orografía de la zona. Así que los nazis le ficharon.

En resumen, que Almásy y Bagnold pasaron de ser compañeros de aventuras por el desierto a enemigos acérrimos durante la guerra. Como curiosidad, Ralph Fiennes interpreta a Almásy en la película *El paciente inglés* (1996), aunque la mayor parte de la película es pura ficción. Quizás la historia de Zerzura también.

18. LA CIUDAD PERDIDA DEL KALAHARI

Ahora toca viajar al sur de África. El desierto del Kalahari es un vasto territorio árido situado al sur del continente africano, entre Namibia, Botsuana y Sudáfrica. Y cómo no, no puede haber territorio inhóspito sin su ciudad perdida. Esta no tiene ningún nombre guay, simplemente se la conoce como la ciudad perdida del Kalahari.

El mito comenzó a finales del siglo XIX, en el contexto del reparto colonial de África entre diferentes países europeos. Todo se inició a partir del año 1600, cuando exploradores portugueses empezaron a fundar colonias en localidades costeras del África subsahariana, especialmente por toda su costa oeste. A esta gente poco le interesaba lo que hubiera en el África continental, lo único que querían era crear puertos de escala para sus barcos mercantes y así abrir una ruta comercial con la India que no pasara por Asia, donde la cosa se había puesto muy fea debido al conflicto entre Europa y el Imperio otomano, que dominaba Oriente Próximo, Oriente Medio, Egipto e incluso los Balcanes.

En ese siglo también se le unieron exploradores de los Países Bajos, los neerlandeses, quienes crearon tanto la Compañía Neerlandesa de las Indias Orientales como la de las Indias Occidentales. Esta última creó diferentes enclaves africanos como Elmina, en Ghana; Luanda, en Angola; o la isla de Gorea, en Senegal, que está junto a la actual capital de ese país: Dakar.

En el año 1652 los neerlandeses, liderados por Jan van Riebeck, llegaron a Sudáfrica y fundaron la Ciudad del Cabo. Allí tuvieron movidas tanto con portugueses como con tribus locales, especialmente con los khoikhois. El caso es que los neerlandeses levantaron en aquella región varias aldeas y amplios campos de cultivo, y se les unieron alemanes, hugonotes franceses que huían del rey Luis XIV y muchas más gentes, esperando empezar una nueva vida en libertad. Los que no vivían en libertad eran los nativos que habían capturado y que pasaron a ser esclavos. Aunque también es cierto que muchas de estas tribus sudafricanas a su vez tenían esclavos de otras etnias africanas.

Ya en el siglo XVIII, el poderoso imperio de Gran Bretaña comenzó a reclamar su parte del pastel. Entraron en guerra con los neerlandeses

hasta que en el año 1806 los británicos tomaron el control de Sudáfrica. Muchos granjeros neerlandeses-alemanes, llamados afrikáners o boers, que vieron cómo los ingleses les quitaban sus tierras, comenzaron la Guerra de los Boers, pero eso es otra historia.

Y, por cierto, el idioma afrikáans no tiene nada que ver con las lenguas africanas. Es básicamente neerlandés, la lengua que hablaban los primeros colonos europeos de Sudáfrica. Sin embargo, el afrikáans se diferencia del neerlandés en que, con el paso del tiempo, fue asimilando palabras de otras lenguas tanto de tribus de la zona (como los zulúes o joisan) como de lenguas de otros colonizadores (como inglés, portugués o alemán).

En el año 1885 gran parte de África estaba inexplorada por los europeos. Incluso muchas tribus autóctonas evitaban algunas zonas, y el desierto del Kalahari, o al menos parte del mismo, era una de ellas. Según los relatos de muchas tribus y de algunos exploradores, en el desierto del Kalahari habría escondida una ciudad en ruinas.

*

Pero para conocer esta historia de ciudades perdidas tenemos que hablar primero de un señor llamado William Leonard Hunt, quien luego tomaría el seudónimo de Guillermo Antonio Farini o el Gran Farini. Este tipo era un canadiense que trabajaba como promotor de espectáculos, y además era funambulista e inventor.

Nació en el estado de Nueva York, pero cerca de las cataratas del Niágara, y siendo un chaval, sus padres se trasladaron a Ontario, Canadá. El chico era un rebelde de cuidado, y le encantaba liarla bien. Montar *shows* le flipaba, y un día llegó un circo y Hunt quedó fascinado por aquello.

Se hizo equilibrista y acróbata y lo que más le gustó fue caminar sobre abismos haciendo equilibrio sobre una delgada cuerda. Sí, se hizo funambulista, y tuvo mucho éxito. Su mayor hito fue cruzar las cataratas del Niágara sobre una cuerda… y no caerse. Aunque eso sí, dos años después de aquello, en 1862, llegaría un momento trágico a su vida.

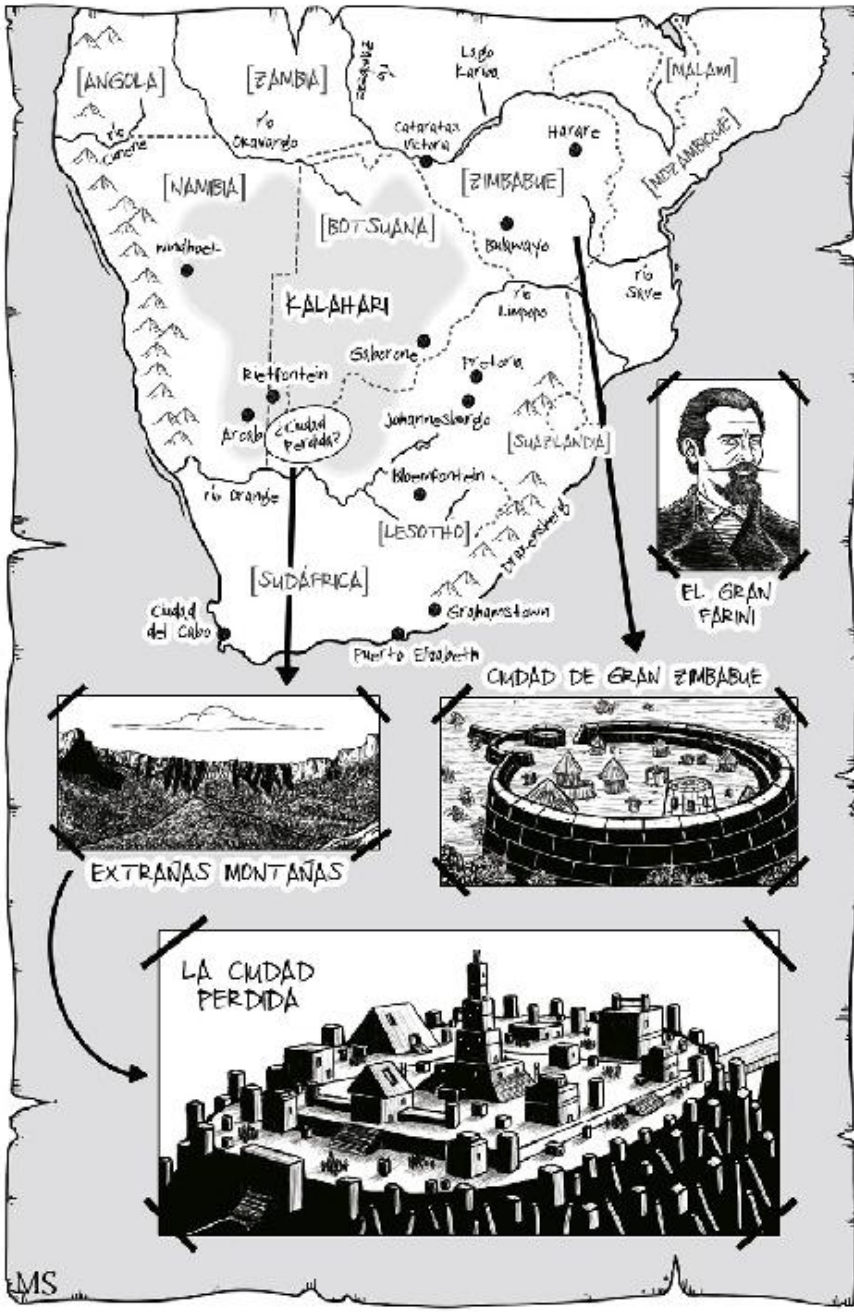
Decidió actuar en un espectáculo circense en una plaza de toros de La Habana, Cuba, pero él no cruzaría la cuerda solo, sino que lo haría con su esposa a la espalda y a una altura de unos 20 metros. Mientras el peligroso *show* tenía lugar, la mujer levantó una mano para saludar a los espectadores y eso hizo que Hunt perdiera el equilibrio. La muchacha cayó al vacío y terminó muriendo en el hospital.

A pesar del varapalo, Hunt siguió con sus espectáculos, e incluso se dice que inventó el precedente de lo que después se convertiría en el cañón del hombre bala. Realizó nuevos *shows* por todo el mundo, y fue ahí donde le cogió el gustillo a la exploración. En Birmania, por

ejemplo, encontró una niña con una enfermedad que la hacía hiperpeluda. Como no podía ser de otra manera… *¡p'al circo!*

Después de su viaje por Birmania decidió que su próximo destino iba a ser Sudáfrica. William Leonard Hunt se propuso ser el primer hombre blanco en cruzar el desierto del Kalahari a pie. Y lo consiguió, aunque dicen que el famoso explorador británico David Livingstone lo hizo antes, pero no se ha demostrado.

Cuando Hunt volvió a casa, publicó un libro donde contó todas las movidas que vio. Su diario de viajes se tituló *A través del desierto del Kalahari*, y fue publicado en 1886. Y como fue acompañado por su hija Lulu Farini, esta se dedicó a sacar fotos y a hacer dibujos de todo lo que pudo.



¿Cuál era el problema? ¿Cómo comenzó la leyenda de la ciudad perdida? Pues que en su relato contó que había visto ruinas de edificios muy extraños.

Según sus descripciones, se trataba de una gigantesca pared de roca,

como si aquello fuera la Gran Muralla China, y con una longitud de casi dos kilómetros, construida toda sobre una pequeña colina alargada. Según Hunt, la roca estaba muy desgastada, pero todavía podían verse las estrías verticales que conformaban los límites de esos enormes bloques de piedra esculpidos que formaban parte de la estructura. Incluso creyó ver lo que parecía ser cemento entre aquellas estrías o cavidades.

Lo cierto es que su descripción de aquella ciudad ruinosa era bastante ambigua, y Hunt no sabía si aquello era una ciudad, un templo o una necrópolis.

¿Y qué pasó con aquella civilización que construyó esa estructura? No se sabe, pero Hunt dice que todo pudo ser barrido de la existencia por un terremoto.

A partir de este relato comenzó la leyenda en torno a esta misteriosa ciudad perdida, pero no tuvo demasiado interés en la época y quedó en el olvido hasta los años veinte del siglo XX. En la Universidad de Rhodes, en la ciudad sudafricana de Grahamstown, un profesor y geólogo llamado Ernest Schwarz decidió desempolvar esta interesante historia y tratar de darle sentido.

Desde que este Schwarz diera nueva vida a la leyenda de una ciudad perdida en el Kalahari, muchos exploradores se propusieron encontrarla. Durante los años treinta hubo al menos veinticinco expediciones que inspeccionaron la zona con vehículos e incluso con aviones. Sin embargo, incluso por aire, ninguno de estos exploradores halló ni rastro de ninguna señal de ruinas en aquel gigantesco desierto.

En el año 1959 lo intentó la etnóloga y antropóloga sudafricana Jacqueline Roumeguere-Eberhardt, pero tampoco tuvo éxito. Lo reintentó en 2004, hizo un documental, y dos años después murió.

*

Esas ruinas que describió William Leonard Hunt nunca fueron encontradas, pero… ¿pudo existir en algún lugar de África del Sur una civilización antigua? Pues resulta que sí que existió una civilización potente: el Gran Zimbabue. Aunque claro, entre el Kalahari y las ruinas de esta civilización hay mil kilómetros de distancia.

Zimbabue significa «casa de piedra», y es que estas tribus construyeron la mayor estructura de piedra de todo el África subsahariana (conocida como el Gran Recinto), y eso en el siglo XI, mucho antes de que los europeos supieran que existía el sur de África.

En resumidas cuentas, la zona sur de África antes del siglo X fue habitada por las tribus joisán. Sin embargo, pronto llegaron los pueblos bantúes y tomaron el control de varios territorios. Un grupo de estos bantúes, los shona, parece que fueron los creadores del Gran

Zimbabue.

Las ruinas del Gran Zimbabue se localizan al sudeste del actual país de Zimbabue, a unos 40 kilómetros de la ciudad de Masvingo, y a más de 1.000 metros de altitud, donde la famosa y temida mosca tse-tsé no molesta tanto. Se trata de un gran recinto que forma una especie de círculo, con murallas muy robustas construidas en piedra. Su estado de conservación es relativamente bueno, aunque en el interior no queda nada. También, al lado, estarían las ruinas de una enorme torre cónica que podría haber alcanzado los 20 metros de altura, aunque ahora solo queda en pie la mitad.

A su alrededor hay anillos amurallados de piedra muy similares, formando recintos cerrados, pero su conservación ya deja mucho que desear. Parece que dentro de cada recinto había edificios individuales tanto de piedra como de madera.

Los portugueses que colonizaron el lugar escribieron que los nativos llamaban a aquellas ruinas «symbaoe», que vendría a significar «palacio». Alrededor de estas construcciones de piedra se extendía una ciudad llena de cabañas ya más cutroncias, ocupando cerca de diez kilómetros cuadrados, y que daban cobijo a más de 20.000 habitantes.

Unos objetos famosos que los investigadores encontraron en las ruinas son las estatuillas de ocho pájaros sobre altos monolitos, que actualmente son el símbolo nacional del país y que podéis encontrar tanto en la bandera como en el escudo de Zimbabue.

El caso es que la ciudad fue abandonada antes de la llegada de los europeos por razones desconocidas. Guerras entre otras tribus, falta de comida, agotamiento del oro con el que comerciaban… No se sabe.

Se piensa que sus gentes emigraron al norte y allí fundarían el reino de Monomotapa, o simplemente de Mutapa, en torno al año 1430. Este pequeño reino en el centro de la actual Zimbabue prosperó mucho gracias al comercio con oro, y así continuaría hasta la llegada de los portugueses en el siglo XVII.

*

Pero volviendo al tema principal que nos ocupa, la ciudad perdida del Kalahari, tenemos que hablar de otra teoría que podría explicar lo abstracto de las descripciones de Hunt. Fue A. John Clement quien, en 1964, montó una nueva expedición al Kalahari con la intención de seguir paso por paso el recorrido que había realizado Hunt. Clement concluyó que la historia de Hunt no tenía demasiado sentido, que esas ruinas ahí, en mitad del desierto, no pintaban nada.

Según Clement, Hunt empezó a andar por el desierto y se despistó, o vete a saber qué le pasó, y acabó en la frontera de Namibia y Sudáfrica. Entre las localidades de Aroab (Namibia) y de Rietfontein (Sudáfrica).

Y es que resulta que siguiendo una ruta particular se puede llegar a una formación de rocas monumentales de casi doscientos millones de años de antigüedad, que podrían ser la auténtica ciudad perdida del Kalahari. La cosa es que esta formación compuesta sobre todo de dolerita es completamente natural, pero sí es verdad que podría parecer alguna clase de estructura hecha por la mano del hombre. Especialmente si estás recorriendo un desierto, te falta el agua y tu mente empieza a desvariar.

Esa formación rocosa se podría describir como un anfiteatro ovalado construido en lo alto de una montaña; como una ciudadela de las que estamos acostumbrados a ver en la historia medieval de Oriente Próximo. Muchas de estas rocas tienen un aspecto de bloques rectangulares formando paredes verticales. En inglés se conoce al lugar como Eggshell Hills, y en afrikáans sería llamado Eierdop Koppies. Son bastante parecidas a otra formación montañosa situada al este de Sudáfrica, las montañas de Drakensberg, o montañas del dragón.

De la ciudad perdida del Kalahari no se ha vuelto a saber nada. Su historia queda así, con un solo testigo afirmando haberla visto y muchos testimonios de que en aquel lugar no hay nada excepto una cordillera montañosa que podría asemejarse a murallas ciclópeas.

19. LIBERTALIA, EL GRAN REFUGIO DE LOS PIRATAS

Durante la edad de oro de la piratería (entre 1650 y 1726 aproximadamente), comenzó a hacerse conocida la leyenda de la colonia de Libertalia o Libertatia. Era una colonia supuestamente establecida en el norte de Madagascar por el capitán pirata Misson. Según cuenta la leyenda, Libertalia se regía con igualdad de derechos entre todos sus habitantes, piratas mayormente, independientemente de su raza, nacionalidad y religión. No existía Estado, por lo que podríamos considerar a Libertalia como una anarquía donde el dinero de los botines se guardaba conjuntamente y se repartía de forma igualitaria.

Del capitán Misson no se conoce el nombre. Unos dicen que se llamaba François, otros James, otros Olivier y otros dicen que Bartolomé. Tampoco se sabe cuándo nació, pero se calcula que en torno a 1670 y en la Provenza, una región situada en el sur de Francia. Todo son incógnitas sobre él, si es que existió, porque se pone muy en duda.

Cuando era un chaval, Misson decidió enrolarse a bordo de un barco, el buque de guerra *Victoire*, cuyo capitán era un tal Fourbin. Podríamos decir que Misson empezó como un vulgar becario de marinero y poco a poco fue ascendiendo.

En algún momento de sus viajes, el *Victoire* acabó fondeado en Nápoles y Misson y más gente del barco hicieron una visita a la gran ciudad de Roma. Allí nuestro protagonista pudo ser testigo de la corrupción de la Iglesia, y digamos que perdió la fe. Bueno, Misson seguía creyendo en Dios, pero todo lo que había a su alrededor se le derrumbó. Sin embargo, en aquel viaje también conoció a un fraile dominico llamado Caraccioli. Y no en una iglesia ni en un monasterio, como seguramente penséis, sino en una taberna. Caraccioli, digamos que no era un monje al uso.

Ambos se hicieron colegas muy rápido y se influyeron mutuamente. Caraccioli se dejó tentar por las historias marinas de Misson, que logró que se enrolara a bordo del *Victoire*, mientras que Caraccioli embutió a Misson de ideas un tanto revolucionarias, que durante los viajes del buque empezaron a calar entre la tripulación.

Estas ideas eran básicamente odio hacia cualquier forma de

construcción social estatal, véase monarquías, imperios o la esclavitud. Eso del trabajo de asalariado no iba con ellos, y justificaban sus abordajes y robos como una especie de guerra de autoconservación.

Una obra que inspiró el pensamiento de Caraccioli fue *Utopía*, de Tomás Moro, que fue escrita hacia 1516. Ese pensador inglés nacido un siglo antes relató en esta obra cómo se organizaría una sociedad ideal, basada en ideales filosófico-políticos tanto del mundo clásico (Grecia y Roma) como del cristianismo. Esta sociedad estaba asentada en una isla llamada Utopía, de ahí que este término ahora dé nombre a cualquier gobierno que busque una sociedad perfecta y justa, en armonía. Algo que se antoja ciertamente irrealizable. De ahí que la segunda acepción del término «utopía» sea un plan muy bonito pero de imposible éxito si se pusiera en práctica.

El tiempo pasó hasta que un buen día, durante un viaje por las Antillas, avistaron un barco enemigo. Era el *Winchester*, un buque de guerra inglés que pretendía cañonearlos sin compasión. Afortunadamente, la tripulación del *Victoire* pudo hacer honor a su nombre y salieron victoriosos, aunque con múltiples bajas, entre las que se encontraba el capitán del barco, Fourbin.

Fue entonces cuando Caraccioli propuso a Misson para que se presentara como posible capitán. Gran parte de la tripulación le apoyó y así Misson se convirtió en el capitán del *Victoire*.

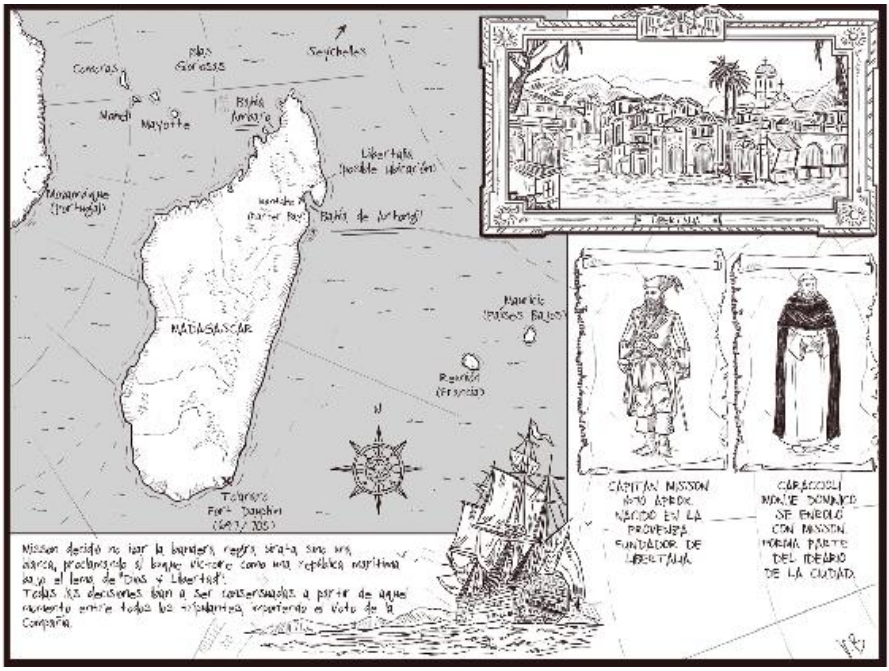
Ahora la idea era volver a izar la bandera negra pirata, la famosa Jolly Roger, que es la que tiene la calavera con dos huesitos cruzados. Es la típica que usan los piratas para indicar a otras naves que son piratas. Y os preguntaréis… ¿por qué advertir que son piratas desde el inicio? Bueno, eso son cosas de piratas, pero se dice que aquellos barcos piratas con reputación de malotes podían hacer que un barco se rindiera sin oponer resistencia y sin tener que disparar cañones y hundirlo, con lo que se perderían preciados bienes de los que estos piratas vivían. Cuanto más intacto estuviese el barco a la hora de un abordaje, mejor que mejor.

El caso es que Misson decidió no izar esta bandera negra, sino una blanca, proclamando al buque *Victoire* como una república marítima bajo el lema de «Dios y libertad». Todas las decisiones iban a ser consensuadas a partir de aquel momento entre todos los tripulantes.

Misson y el resto de su tripulación se dedicaron a capturar barcos. Normal, eran piratas, pero a diferencia de muchos de estos, Misson y su tripulación decidieron dispensar un trato bastante humano a aquellos que capturaran. Como mucho los ataban, o si se resistían les daban un guantazo en la cara, pero procuraban no cargarse a nadie, ni saquear completamente las naves para que esta gente pudiera volver bien a su casa.

Y, por supuesto, evitaban quemar los barcos capturados con sus tripulantes dentro. Eso estaba muy feo y era algo que algunos de los piratas más sanguinarios hacían, especialmente para evitar dejar testigos de sus tropelías. Aunque, como ya digo, a otros les gustaba que se hablara de ellos para así labrarse una reputación de cabronazos de los mares.

Aparte de todo esto, parece que Misson y Caraccioli prohibieron a bordo la blasfemia y el alcohol, ya que mucho ron en los estómagos de los marineros era sinónimo de broncas, peleas y problemas en el barco.



Se cuenta que una vez tomaron un barco holandés que transportaba esclavos, y Misson decidió liberarlos. Y no solo eso, obligó a los holandeses a desnudarse para darles las ropas a estos esclavos. La liberación de esclavos comenzó a hacerse la actividad principal de Misson y su tripulación. Muchos de estos esclavos pasaron a engrosar la lista de tripulantes del *Victoire*, buque que llegó a tener más de doscientos marineros. Luego se pasaron por Cartagena de Indias y allí vendieron toda la mercancía robada que pudieron. Acto seguido, pusieron rumbo a Cuba, donde se habían enterado de que estaba el *San José*, un navío con una gran cantidad de riquezas que sisar.

Pasaron los años y el *Victoire* llegó a las costas de Madagascar. En ese tiempo gran parte del África subsahariana todavía estaba prácticamente virgen de presencia europea. Los primeros que habían empezado a crear colonias fueron los portugueses, con la isla de Fernando Poo y la de Santo Tomé y Príncipe en el golfo de Guinea, Angola en la costa oeste, y Mozambique en la costa este.

Los Países Bajos se habían instalado en Ciudad del Cabo, en lo que hoy es Sudáfrica, y también en la isla Mauricio, al lado de Madagascar. Francia había levantado una colonia en una islita justo al lado de Mauricio, la isla de Reunión. Por su parte, el antiguo sultanato de Kilwa, fundado por musulmanes tiempo atrás en la costa de Tanzania, pasó a ser controlado por Omán bajo el nombre de Sultanato de Zanzíbar. Después pasó a manos de España y más adelante se lo quedó Portugal.

¿Y qué demonios había en Madagascar? Pues, europeos, ninguno. Solo árboles raros y tribus llamadas malgaches. Estos malgaches eran una curiosa mezcla entre africanos y gentes venidas del Sudeste Asiático, de la isla de Java, Indonesia o por ahí. El cómo llegaron hasta allí mil años antes todavía se debate.

Al capitán Misson le gustó aquel lugar. Los nativos no parecían peligrosos, las tierras para el cultivo parecían provechosas, había fuentes de agua potable… Era un buen sitio para asentarse, para fundar una base de operaciones guay, un hogar al que volver después de las correrías por el océano, que de la infinitud azul también se cansa uno.

*

Parece que fue en la costa norte de la isla de Madagascar donde Misson fundó la famosa Libertalia. Algunos dicen que el lugar donde estuvo esta legendaria colonia fue en la bahía de Antongil, en el noreste de la isla, pero no hay ninguna prueba de ello.

También se dice que instaló la colonia allí a petición de los propios nativos de la zona, que constituían una pequeña monarquía tribal y que estaban en guerra con otra tribu que habitaba una de las islas Comoras, concretamente la isla de Mohilla, Mohéli o Mwali.

Esta relación entre piratas y nativos de Madagascar se tradujo en que Misson terminó casándose con una nativa, suponemos que de clase alta. Otros de sus tripulantes le siguieron y también empezaron a casarse con nativas.

Como comenté al principio, esta Libertalia se basaba en el igualitarismo de todos sus habitantes. Había un fondo común y se abolió el dinero. Todas las propiedades pasaron a ser comunitarias. Mientras unos colonos seguían con actividades de piratería, otros se quedaban en tierra para convertirse en granjeros y agricultores.

Pronto la población empezó a crecer, ya que muchos piratas y prisioneros de diferentes países (franceses, ingleses, holandeses, portugueses) decidían unirse a ellos. Por esta razón se creó un idioma que aunaba muchos de los elementos de todas estas lenguas, una especie de lengua parecida al esperanto. Las nacionalidades de cada uno acabaron suprimidas y todos pasaron a ser considerados *liberi*, es decir, gentes libres. De ahí que el nombre de la colonia fuera Libertalia.

Un pirata famoso que se les unió fue Thomas Tew. Este tío era de Nueva Inglaterra, lo que viene a ser el noreste de Estados Unidos, pero cuando todavía era una colonia que pertenecía a Gran Bretaña. Con su navío *Amity* vivió muchas aventuras en la costa de Arabia, y volviendo a casa se topó con Libertalia. Thomas Tew y Misson congeniaron bien y este le encargó capturar barcos de negreros holandeses e ingleses.

Se cuenta la historia de que Misson y Tew lograron capturar en el golfo de Adén, situado entre el Cuerno de África y Arabia, un barco con mil peregrinos indios musulmanes que iban a La Meca. Siguiendo las normas de Libertalia, se quedaron con el barco y a la gente la soltaron en tierra. A todos menos a cien mujeres jóvenes, de entre doce y dieciocho años, que Tew y muchos de sus tripulantes insistieron en llevarse a Libertalia para, según ellos, crecer y multiplicarse. Misson se opuso, pero al final aceptó.

Otro pirata famoso que habría visitado Libertalia fue William Kidd. Al parecer, Kidd se vio obligado a realizar una parada en la colonia para hacer unas reparaciones en sus naves. Se cuenta que más o menos la mitad de sus tripulantes fliparon con la ciudad y decidieron quedarse a vivir allí.

No hubo un Estado como tal en Libertalia, pero se dice que dentro de la igualdad colectiva hubo cierto ordenamiento. Por ejemplo, Misson fue nombrado lord protector. Al parecer este cargo iba a ser elegido cada tres años de manera democrática, y su función era la de ser una especie de poder supremo que recompensara a los virtuosos y que castigara a aquellos que hacían las cosas mal en Libertalia. Por su parte, Caraccioli fue nombrado secretario de Estado, y Thomas Tew acabó liderando la flota de la colonia como almirante.

¿Y cómo acabó esta utopía? Pues se dice que después de un cuarto de siglo de su fundación, Libertalia fue atacada por cinco navíos portugueses. Aunque los hombres de Misson salieron victoriosos, su flota quedó seriamente mermada. Esto fue aprovechado por los nativos malgaches para asaltar la colonia, arrasar todo y reducirla a cenizas. Caraccioli murió durante la revuelta mientras que Misson habría logrado huir en un barco, aunque cuenta su leyenda que un huracán le hizo naufragar y nada más se supo.

Thomas Tew pudo sobrevivir al ataque y llegó a Newport, en Rhode Island, en 1694. Algunos dicen que fue él quien entregó manuscritos de Libertalia a la prensa y comenzó a difundir sus aventuras para que la historia de la colonia fuera conocida. También se dice que uno de los libertarios supervivientes logró llegar a Francia, a la ciudad de La Rochelle. Allí acabó muerto en una pelea de bar y la prensa se hizo con manuscritos que llevaba encima que hablaban de Libertalia.

*

¿Existió de verdad esta utopía de Libertalia? Pues todo apunta a que fue una invención, pero sí que es cierto que en Madagascar algunos piratas fundaron comunidades, pueblos o pequeños puestos comerciales. Por ejemplo, Abraham Samuel, también conocido como Tolinar Rex, fue un pirata que naufragó camino a Nueva York y dirigió un pequeño estado al sur de Madagascar tras autoproclamarse

rey del lugar. El sitio fue llamado Fort Dauphin, actual Tolanaro, y allí estuvo de 1697 a 1705, que fue el año en el que la palmó.

Adam Baldridge era un pirata inglés que, en 1690, fue acusado de asesinato en Jamaica. Adam tuvo que salir por patas y acabó fundando una base de operaciones al este de Madagascar, en la isla de Santa María. Construyó un fuerte y acabó sometiendo a las tribus locales. Thomas Tew también se pasó en alguna ocasión a visitarle, y según cuentan, Adam tuvo que huir de nuevo a las Trece Colonias debido a una rebelión de las tribus cercanas.

Finalmente, el pirata James Plaintain, con el enorme botín que tenía, llegó a Ranter Bay, actual Rantabe, situada en la ya mencionada bahía de Antongil. Empezó a organizar a los nativos bajo su mando y se coronó rey del lugar sin ninguna legitimidad más que la de sus huevos morenos.

La cosa es que de estos asentamientos hay bastante documentación, pero de Libertalia no hay nada. Sobre los relatos de esta mítica colonia solo tenemos una fuente.

Libertalia fue descrita en un libro titulado *Historia general de los robos y asesinatos de los más famosos piratas, volumen 2*, obra de 1728 que, junto a su primer volumen, constituye una de las más célebres fuentes sobre historias de piratería y biografías de piratas famosos. Sin embargo, se sabe que varias de las historias que se relatan en este segundo volumen son falsas. Una de ellas la historia de Misson.

El autor de este libro fue el capitán Charles Johnson, pero todo apunta a que ese nombre es inventado. No existen registros de que existiera un capitán con ese nombre. Hay quien dice que posiblemente el autor fuera un capitán pirata retirado, de ahí la necesidad del anonimato, mientras que otros opinan que el tal Charles Johnson era en realidad Daniel Defoe.

Por si alguien no sabe quién es este Daniel Defoe, probablemente os suene más una de sus novelas: *Robinson Crusoe*. Este escritor inglés era un auténtico *crack* escribiendo obras de ficción, aunque también se dedicó a la prensa escrita. Pero eso sí, su relación con el libro de los piratas no está para nada demostrada. ¿Qué motivación podría tener? ¿Algún tipo de propaganda política? No se sabe.

Esta teoría fue obra del biógrafo estadounidense John Robert Moore. En 1934 escribió una biografía de Daniel Defoe y soltó que él creía que el misterioso Charles Johnson era el pseudónimo de este escritor. Sin embargo, con el tiempo han ido saliendo más candidatos, como el editor y periodista británico Nathaniel Mist, del *Mist's Weekly Journal*.

En fin, Madagascar es una gigantesca isla con mucha selva y muchos lugares aún ocultos para la mayoría de los mortales. Quién sabe si el día menos pensado se encontrarán los restos de esta ciudad

pirata. Desde luego, si queréis conocer mejor esta historia y pasar un rato divertido, os recomiendo el videojuego de *Uncharted 4*, cuya trama principal va de encontrar esta ciudad.

PARTE 5.
AMÉRICA DEL SUR

20. VILCABAMBA LA GRANDE Y LA RESISTENCIA INCA

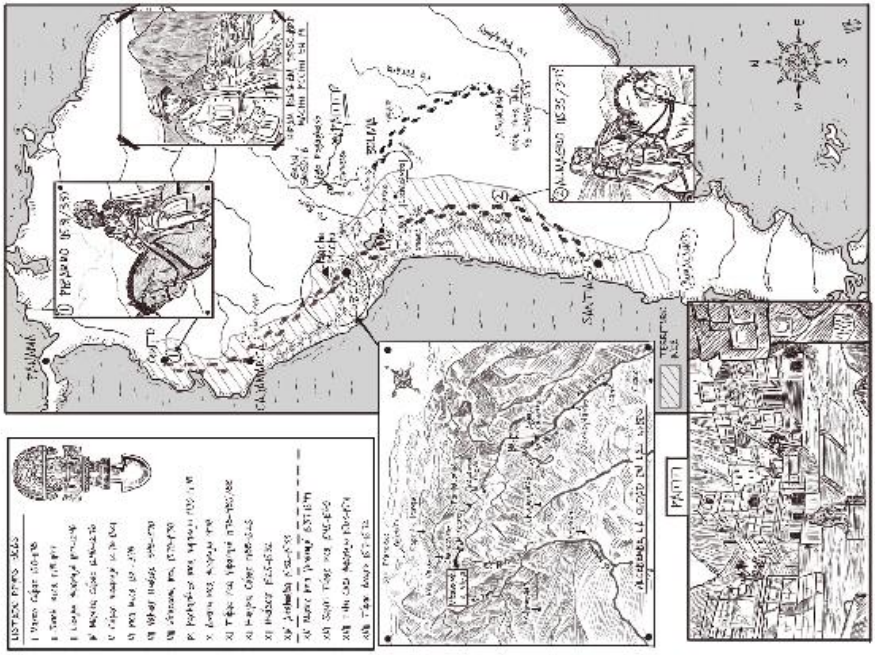
En el año 1492 Cristóbal Colón cogió un barco y se adentró en el océano Atlántico para buscar una nueva ruta que conectara con la India. Sin embargo, se dio de bruces con un continente nuevo. Bueno, para Colón eso era la India, pero no, era América.

Poco después del descubrimiento de América, comenzó la colonización de algunas zonas del continente por la corona de Castilla. La isla de La Española (lo que hoy son Haití y República Dominicana) fue la primera en ser tomada por la corona, seguida de las islas Bahamas. Sin embargo, no era muy golosona para los españoles, pues había pocas materias primas.

Luego fue el turno de la isla de Cuba y, en 1520 Hernán Cortés logró sojuzgar a los aztecas aliándose con tribus locales que estaban sometidas a estos. A ese territorio ahora llamado México se le llamó Virreinato de Nueva España, y se extendió hasta Panamá.

A partir de 1530, Francisco Pizarro llegó a América del Sur, concretamente a la zona de Ecuador y Perú, donde tenía conocimiento de que existía un gigantesco y rico reino conocido como el Tahuantinsuyu, o Imperio incaico.

Este imperio inca se había originado apenas un siglo antes en Cuzco, en el actual Perú, cuando diferentes tribus del sur peruano se aliaron en torno a un líder, Pachacútec. El motivo de esta unión de tribus fue una alianza contra un enemigo común: los chancas. Estos eran otra confederación de tribus que había por la zona. La historia viene a ser como la de Roma contra Cartago, dos potencias rivales que chocaron en sus intentos de expansión. Podríamos decir que Roma fue el Imperio inca, que fue el que se llevó el trofeo de ganador en la contienda.



Pero antes de eso, ya había incas, que serían los incas del reino o curacazgo de Cuzco. Su historia empezaría en torno al año 1200 con Manco Cápac, un rey legendario que pudo haber venido del sur para instalar la cultura incaica en lo que ahora es la ciudad de Cuzco.

Su origen no se conoce muy bien, pero, como digo, puede ser que proviniesen del sur del lago Titicaca, y que fueran emigrantes de la cultura Tiahuanaco, que en esas fechas había sido invadida y destruida por otros emigrantes procedentes del sur, del norte de Argentina y Chile.

En fin, que Manco Cápac y su pequeño grupo de incas llegaron a la zona de Cuzco, se pusieron a darse de leches con la gente que allí vivía y, viendo que era un lugar cojonudo para prosperar en la vida, decidieron asentarse. Se construyeron unas chabolitas, empezaron a arar campos de cultivo y domesticaron a los animales de la zona. Entre ellos podemos encontrar camélidos como las vicuñas o las llamas, y unas ratillas parecidas a hamsters llamadas cuyes. Y luego patos y pavos.

El jefe de estos incas fue llamado Sapa Inca, lo que significa «hijo del sol» en quechua (la lengua que ellos hablaban). Y es que los incas eran unos adoradores del sol muy devotos, y su dios principal era Inti, es decir, el sol.

A partir de 1438, y con el paso de los jefes incas, el Tahuantinsuyu se expandió con gran rapidez por toda la costa del Pacífico sudamericano, hasta poseer partes del norte de Chile, de la Amazonia, de Ecuador y del sur de Colombia. Sin embargo, el gran declive de

este imperio comenzó en 1529, cuando dos hermanastros se empezaron a dar de leches por el poder. Algo que ocurre demasiadas veces en la historia y cuyas consecuencias suelen ser siempre nefastas.

Pues eso. En 1529 empezó la guerra civil incaica entre Huáscar, quien en aquel momento era el inca, y Atahualpa, quien había sido nombrado gobernador en el norte del imperio, en Quito, capital de lo que hoy es Ecuador. Huáscar fue derrotado en la batalla de Cotabamba y el ejército de su hermanastro Atahualpa entró en Cuzco en 1532. Atahualpa seguía en el norte cuando recibió las buenas noticias.

El problema fue que su éxito fue interrumpido por la llegada de Francisco Pizarro. Él y sus tropas concertaron una reunión con Atahualpa en Cajamarca (norte de Perú) y este acabó siendo capturado por los españoles.

Al parecer Pizarro y los suyos se habían aliado con Huáscar, y cuando Atahualpa se enteró en su celda, ordenó en secreto a uno de los suyos que lo asesinara. Huáscar acabó siendo alcanzado por los partidarios del inca y fue asesinado. Hay diferentes versiones de este hecho. Unos dicen que Huáscar fue despeñado, otros que lo arrojaron al río Andamarca y en la versión del Inca Garcilaso de la Vega se dice que fue despedazado.

Pero ojo, porque Atahualpa no acabó mejor. Francisco Pizarro no se fiaba ni un pelo de él y acabó ejecutándolo en 1533.

Al igual que hizo Hernán Cortés durante la conquista del Imperio azteca, Pizarro se alió con tribus que anteriormente los incas habían sometido con violencia y que buscaban venganza e independencia. Estos eran los cañaris, que vivían al sur del actual Ecuador; los chachapoyas, que vivían en la Amazonia peruana; y finalmente la Confederación Huanca, que vivía en el centro peruano. Así, españoles y locales comenzaron a marchar todos juntos al sur, hacia Cuzco, la capital incaica, con intención de capturarla. Ya sabéis, el enemigo de mi enemigo es mi amigo. Gracias a estos apoyos y tras varias duras batallas, Cuzco cayó bajo dominio español poco tiempo después.

Con esto acabó el Imperio incaico, dando paso a la gobernación de Nueva Castilla, aunque ese nombre apenas duró y se quedó como Virreinato del Perú.

*

Pero, aunque el imperio cayó, todavía existieron durante los años siguientes focos de resistencia incaicos. Estos incas rebeldes eran conocidos como los incas de Vilcabamba. Se llaman así porque se supone que vivían en una ciudad llamada Vilcabamba que estaba oculta en algún lugar de la selva. Un lugar recóndito y lleno de valles y montañas situado más al norte, donde empezaba la cordillera de los

Andes.

Su historia es la siguiente. Para no desestabilizar por completo el Imperio inca y lograr cierta legitimidad como nuevo gobernante, Pizarro y sus tropas nombraron nuevo inca a Manco Inca en 1534. Iba a ser como un gobernante títere, alguien a quien poder controlar con facilidad y con quien mantener a las tribus y a la población tranquilas. Sin embargo, la fidelidad de Manco Inca se deshizo debido a la actitud intolerante de Pizarro con los cultos locales. Ante sus protestas, los españoles lo encerraron en su palacio.

Manco Inca le dijo al hermano de Francisco, Hernando Pizarro, que si le dejaban libre unas horas iría a por cositas bonitas de oro y se las daría. La treta coló y Manco Inca escapó. También parece que el hermano de Pizarro muy listo no era el pobre. Fue engañado miserablemente. Esa ambición por el oro le estaba cegando un poquito.

En fin, Manco Inca huyó de Cuzco y logró llegar hasta Yucay siguiendo el río Urubamba hacia el norte. En ese pueblo organizó un ejército con la intención de comenzar una rebelión contra los conquistadores y las tribus nativas que les estaban ayudando a derribar su régimen.

El tipo logró cercar toda Cuzco durante un año, y poner en graves aprietos a los españoles. Sin embargo, estos pudieron resistir hasta que llegaron refuerzos.

Viéndose superado en número, Manco Inca se vio obligado a retirarse con sus tropas, y todos huyeron a un refugio natural situado en la sierra de Vilcabamba, entre los ríos Urubamba, Vilcanota y Apurímac. Allí, él y sus 30.000 guerreros empezaron a construir una base segura desde la que realizar incursiones a territorio del virreinato. A aquel lugar se le llamó Vilcabamba la Grande o Hatun Vilcabamba.

Ahora también se la puede llamar Vilcabamba la Vieja, porque construyeron *a posteriori* otro pueblo llamado Vilcabamba, pero la Nueva, y claro, eso genera confusión. La confusión también viene de que no se sabe dónde estuvo ubicada exactamente esta Vilcabamba la Grande, porque la región es muy amplia y llena de ríos, montañas y densos bosques.

Mientras Manco Inca se hacía fuerte en Vilcabamba, en el Virreinato del Perú estalló una guerra civil entre Francisco Pizarro y Diego de Almagro. Manco Inca vio una oportunidad cojonuda para causar estragos y decidió aliarse con algunos españoles partidarios de Almagro. Pudo dar con un pequeño grupo de almagristas fugitivos y les dejó entrar en Vilcabamba. El problema fue que los almagristas traicionaron al inca y se lo cargaron en 1544 o 1545.

Su hijo Sayri Túpac, de diez años de edad, fue nombrado nuevo inca

y continuó con la rebelión. Sin embargo, este no quería luchar y trató de llegar a acuerdos con los españoles. Los incas rebeldes decidieron echarle para poner en el trono inca a su hermano Titu Cusi Yupanqui. Hubo luchas durante varios años, y su guerra de guerrillas tuvo gran éxito. Pero al final, Titu Cusi permitió la entrada de algunos españoles en Vilcabamba, especialmente de misioneros.

En 1570, Titu murió por enfermedad (probablemente pulmonía) y le sucedió su hermano Túpac Amaru I, quien se convertiría en el último Sapa Inca de la historia. Su nombre en quechua significaba «serpiente de fuego o resplandeciente», y retornó a las hostilidades abiertas contra los españoles. Pero el muchacho no duraría mucho.

El virrey del Perú, Francisco Álvarez de Toledo, estaba bastante hartito de estos tipos que se dedicaban a corretear por la selva y asesinar a sus hombres. Francisco tenía bastante mano izquierda y decidió tratar de solucionar la situación de forma pacífica, y envió una delegación a Vilcabamba. Sin embargo, Túpac Amaru I pasó del tema y continuó la lucha.

Se produjo un segundo intento de contacto, y el virrey envió esta vez a un tipo llamado Tilano de Anaya con correo para el Sapa Inca, pero mientras cruzaba el puente de Chuquichaca se lo cargaron a flechazos. Eso ya fue la gota que colmó el vaso, y las tropas del virrey fueron a por Vilcabamba con todo lo que tenían. Y eso ocurrió, y Vilcabamba la Grande acabó ardiendo hasta sus cimientos.

La última resistencia incaica fue destruida y Túpac Amaru I acabó siendo capturado en la selva. En 1572 fue decapitado en Cuzco y con esto se dio por finiquitada la conquista de Perú.

Y esto quiere decir que antiguamente, los españoles conocían la ubicación de Vilcabamba, pero que en algún momento se perdió de los registros. Supongo que, porque como había sido completamente destruida y estaba perdida en el culo de los Andes, ya daba igual. Ya no era un lugar de interés para nadie.

*

Aparte de esto existe la leyenda del Inkarri, cuyo origen está relacionado con Túpac Amaru I y su decapitación. Según este mito, el Inkarri, o Inca Rey, fue martirizado y decapitado por los españarri, o servidores del rey de España, y enterraron su cabeza en Cuzco mientras desperdigaban su cuerpo por los cuatro sectores del Tahuantinsuyu. Esa cabeza se iría poco a poco regenerando, y una vez se regenerase del todo, el Inkarri volvería de entre los muertos para restaurar el Imperio inca. No se sabe exactamente cuándo se originó esta leyenda, pero parece que fue muy tardía, cuando los habitantes de Perú ya habían sido fuertemente cristianizados. A mí me recuerda un poco a la película de *La momia*, esta de Brendan Fraser.

Volviendo al tema que nos ocupa, después de la muerte de Túpac Amaru I, la ciudad de Vilcabamba parece que fue devorada por la selva. De la noche a la mañana se había esfumado. ¿A qué se debió esto? Probablemente al hecho de ser un asentamiento construido en las montañas en mitad de la nada y con un acceso complicado. Había que cruzar puentes entre montañas y ríos. Y si encima la ciudad fue arrasada por completo es normal que no despertara absolutamente ningún interés entre los españoles y sus descendientes. Puede ser que, en esos siglos, la historia de la rebelión de los últimos incas se fuera olvidando lentamente mientras la vegetación ocultaba más y más los restos de Vilcabamba.

En ese mismo año, 1572, los españoles fundaron una población en la zona llamada San Francisco de la Victoria de Vilcabamba, cuyo nombre conmemoraba la victoria sobre el último inca. Actualmente al pueblo se le llama simplemente Vilcabamba, y es la capital del distrito de Vilcabamba, que está dentro de la provincia peruana de La Convención. También se la suele llamar Vilcabamba la Nueva para no confundirla con Vilcabamba la Grande o Vilcabamba la Vieja, que sería la ciudad desaparecida.

Sin embargo, llegó el siglo XIX, y con él se empezó a investigar mucho más la historia del lugar. Aquí diferentes exploradores afirmaron haber descubierto la verdadera Vilcabamba.

*

Empecemos por 1834. El prefecto de Cuzco José María Tejada estaba interesado en las leyendas relacionadas con Vilcabamba, y visitó las ruinas de Choquequirao. Estas ruinas incaicas situadas en una montaña fueron descubiertas por el explorador español Juan Arias Díaz Topete en el año 1710, casi un siglo antes, pero hasta 1834 no se empezó a realizar una investigación seria. En un primer momento se dijo que podrían ser las ruinas de Vilcabamba, pero no se llegó a conclusiones rotundas.

El nombre de Hiram Bingham os sonará. Este explorador estadounidense nacido en Hawái, fue famoso por redescubrir en 1908 las ruinas perdidas de la ciudad inca de Machu Picchu mientras buscaba la ciudad perdida de Vilcabamba.

Podríamos decir que este hecho supuso la resolución de un gran misterio, pero lo cierto es que no es así. Machu Picchu no era Vilcabamba, y a Machu Picchu nadie la buscaba, por lo tanto, encontrar esa ciudad tampoco impactó como si acabaran de hallar El Dorado o la Atlántida. Pero oye, eran las ruinas de una ciudad relativamente grande construida en la ladera de una montaña y bastante escondida para el mundo. Además que sus ruinas son de las más bonitas que existen, ahí rodeadas de montañas y niebla.

Aunque Bingham se apuntó un tanto muy bueno, parece ser que el verdadero descubridor de Machu Picchu fue un muchacho peruano, Agustín Lizárraga. Lo encontró en 1902 y habló de aquellas ruinas entre la gente de su poblado. Poco después trató de volver a ellas, pero debido a la lluvia se resbaló y cayó al río Urubamba. La fuerte corriente se lo llevó, desapareció y nunca más se supo de él.

Como digo, Hiram Bingham aseguró por activa y por pasiva que Machu Picchu no podía ser otra cosa que la famosa Vilcabamba la Grande, la ciudad de la resistencia incaica que las crónicas españolas mencionaban en repetidas ocasiones. Se flipó con su teoría y no daba el brazo a torcer. Y durante mucho tiempo gran parte de los investigadores le dieron la razón, pero pronto saldrían más candidatas porque, según las crónicas y las descripciones antiguas, Vilcabamba no podía estar tan al oeste.

En 1911, Hiram Bingham descubrió también por la zona unas ruinas en un lugar llamado Espíritu Pampa, pero tampoco las investigó mucho. Se quedó con que la magnífica Machu Picchu era Vilcabamba y se llevó a Estados Unidos todas las piezas arqueológicas que pudo. Esto de Espíritu Pampa ahora será importante.

*

El siguiente explorador y arqueólogo famoso es Gene Savoy, a quien se atribuye haber encontrado hasta cuarenta ciudades de diferentes culturas precolombinas, sobre todo en el área de Perú.

En 1964, Savoy identificó la ciudad de Vilcabamba en las ruinas de Espíritu Pampa, las descubiertas por Bingham. Víctor Anglés y Edmundo Guillén también exploraron las ruinas de Espíritu Pampa y llegaron a la misma conclusión: aquello era Vilcabamba la Grande.

El problema del complejo arqueológico de Espíritu Pampa es que no terminaba de coincidir con las descripciones de las crónicas de la época. En ellas se decía que la ciudad de los incas era sumamente inaccesible, especialmente para caballos y otros medios de transporte. Por el contrario, Espíritu Pampa estaba construida sobre una colina más bien baja y con un acceso sencillo.

Por otro lado, posteriores investigaciones vieron que la mayoría de las ruinas no tenían un estilo totalmente incaico, parecían anteriores. Y era cierto. En 2011 se encontró una tumba perteneciente a la cultura Huari, o Wari, cultura que tuvo su apogeo en la zona entre los años 600 y 1200.

Sí que es verdad que los incas pudieron haberse asentado allí con Manco Inca y sus guerrilleros, sobre los restos de la ciudad wari, pero se empezó a poner en duda que fuera justo la ciudad de Vilcabamba la Grande.

Los grandes avances para resolver este misterio empezaron a tener

lugar a partir de 1987. Resulta que en ese año se descubrió *Suma y narración de los Incas*, la crónica de Juan Díez de Betanzos, que se había extraviado en el Archivo de Juan March de Palma de Mallorca entre cientos y cientos de páginas de otros asuntos.

Este Juan Díez de Betanzos no era un cualquiera. Era el cronista español que acompañó a Francisco Pizarro y a Diego de Almagro durante la conquista de Perú. Se dice que fue el primer español en aprender quechua, y quien empezó a elaborar un diccionario rudimentario. A Betanzos la cultura inca le interesaba muchísimo y hasta llegó a casarse con la princesa inca Cuxirimay Ocllo, la exesposa de Atahualpa y exconcubina de Francisco Pizarro, con quien ya tenía dos hijos: Francisco y Juan Pizarro.

La crónica de Betanzos fue encontrada, como ya he dicho, en 1987 por la historiadora Carmen Martín Rubio, y en el texto se contaba toda la genealogía inca y un montón de cosas interesantes sobre esta cultura. Pero también se hablaba de algunas negociaciones de paz con el reino de Vilcabamba liderado por Sayri Túpac, negociaciones que Juan Díez de Betanzos vivió de primera mano. Aunque eso sí, al parecer, Betanzos nunca llegó a pisar Vilcabamba, pero estuvo bastante cerca.

Y aquí llegarían las expediciones de Santiago del Valle, un periodista e historiador gallego. Este documento le llevó a realizar más de doce expediciones a Perú para buscar la famosa ciudad perdida. La cosa no fue nada fácil, pues se enfrentó a una orografía muy complicada, la falta de financiación, la burocracia, animales salvajes y luego el peligro que suponían los guerrilleros de Sendero Luminoso y otros grupos con los que era mejor no juntarse.

En 2005 llegó a unas ruinas en una zona conocida como Lugargrande, donde hallaron restos de unas trescientas viviendas, una zona agrícola y una estructura defensiva. De momento todo se ajusta a cómo debería haber sido la Vilcabamba de las crónicas españolas.

¿Son esas ruinas la verdadera Vilcabamba? Pues todo apunta a que sí, pero estar seguro cien por cien de algo así es tremendamente complicado. De momento el misterio sobre la localización de Vilcabamba queda en un «resuelto a medias», y ojalá pronto se pueda confirmar y zanjar la leyenda de la última ciudad inca.

21. PAITITI, EL REINO OCULTO DE LOS INCAS

Seguimos en el antiguo Perú. Resulta que una antigua leyenda cuenta que existe una ciudad perdida. Sí, otra, pero su historia no tiene nada que ver con Vilcabamba. Estoy hablando de Paititi, de la cual se empezó a hablar en el siglo XVI a través de textos y escritos de algunos autores castellanos durante los años posteriores a la conquista. Estos decían que había una antigua ciudad oculta en algún lugar del sur de la Amazonia, entre los actuales Perú, Brasil y Bolivia.

Se trataría de una ciudad oculta entre las montañas y la selva amazónica que vivía de la agricultura y de donde se extraían grandes cantidades de oro y plata. Al parecer fue encontrada por un general inca y fue allí donde se refugió tras la conquista española. Y acabó adorando a un árbol viejo. Por supuesto, de esa Paititi nunca más se supo.

Veamos el origen de toda esta leyenda. Todo comenzaría con Pachacútec. De él conté antes que había sido el Sapa Inca, o rey inca, que había empezado hacia el año 1438 una gran expansión. Gracias a esto, el pequeño Curacazgo de Cuzco se convirtió en el Tahuantinsuyo, o Imperio inca.

Empezaron absorbiendo el territorio de los chancas, una tribu vecina, y siguieron con los soras y los rucanas, cuya pequeña resistencia poco pudo hacer contra el ejército de 40.000 guerreros de Pachacútec (esta cifra de guerreros no está clara, sería más una aproximación). Gracias a ello, el Imperio inca pasó a dominar una parte importante de los alrededores de Cuzco.

La siguiente expedición fue al sur, donde estaban los collas, que formaban parte de los reinos aimaras que vivían al sur del lago Titicaca. Otros aimaras a los que arrasaron fueron los cuyos.

En los años siguientes las nuevas expediciones de conquista se harían hacia el norte, hacia lo que ellos llamaban el Chinchaysuyo. Allí se fue arrasando a la nación huanca y a tribus confederadas de huaylas, piscopampas, huaris y conchucos. Finalmente, el general inca Cápac Yupanqui tuvo que enfrentarse a los cajamarca, quienes tenían una capital en la ciudad de Cajamarca, que está situada en el norte de Perú.

Estos cajamarca se aliaron con un poderoso reino llamado Chimor,

que se había asentado en la costa del norte peruano y sur de Ecuador. La derrota de los cajamarca fue casi total y su capital pasó al Imperio de los incas. Aunque eso sí, todavía quedaron varios focos rebeldes que duraron un par de añitos.

*

En 1460, Pachacútec tenía aproximadamente sesenta años, y su hijo Túpac Yupanqui alrededor de dieciocho, aunque las fechas no se conocen del todo bien. Independientemente de ello, Yupanqui fue el encargado de llevar a cabo nuevas conquistas en el norte. Se marcó como objetivo capturar Chan Chan, la capital del reino chimú, es decir, los que habían ayudado a los cajamarca. Túpac Yupanqui logró derrotarles desviando el curso del río que suministraba agua a la ciudad.

Los siguientes en caer fueron los chachapoyas. Estos guerreros de glorioso nombre de meme vivían en las selvas amazónicas del norte de Perú. Finalmente, Túpac Yupanqui conquistó partes de Ecuador al derrotar a tribus como los chonos, los huancavilcas y los paches. Obviamente, en esos años Perú y Ecuador no existían, pero lo digo así para que os ubiquéis mejor.

Y, ya que estamos en este punto de la historia, podríamos hablar de una expedición marítima que hizo Túpac Yupanqui a unas misteriosas islas llamadas Ahuachumbi y Ninachumbi. Según le contaron los pueblos de Manta, que eran unas gentes que vivían de la pesca y habían desarrollado balsas de madera capaces de navegar en alta mar, aquellas islas lejanas estaban llenas de riquezas.

Pues ni corto ni perezoso, Túpac Yupanqui decidió investigar y enviar una flota con más de 20.000 hombres. Parece que llegaron a algún sitio. ¿Cuál? No se sabe. Algunos piensan que Túpac Yupanqui encontró las islas Galápagos o la isla de Pascua, no se sabe bien. Otros dicen que pudo haber llegado a otras islas más occidentales de la Polinesia. Desde luego, en una crónica de Pedro Sarmiento de Gamboa se comentaba que Túpac descubrió que había grandes cantidades de oro en aquellas misteriosas islas y que a su regreso llegó con multitud de esclavos negros.

De hecho, en 1567, Sarmiento de Gamboa se propuso descubrir aquellas islas llenas de oro y pidió al gobernador general del Virreinato del Perú, Lope García de Castro, que se organizara una expedición. Al final enviaron dos barcos, uno capitaneado por Sarmiento, y con todo el tinglado dirigido por Álvaro de Mendaña. El problema fue que este debió de pasar de las indicaciones de Sarmiento y decidió seguir otro camino. Y llegaron a unas islas, las islas Salomón, un archipiélago situado al este de Papúa Nueva Guinea y bastante cerquita de Australia. Exploraron, tomaron contacto con

tribus indígenas, pero de oro… Allí no parecía haber nada interesante. Al final volvieron todos a El Callao, en Perú, y los exploradores acabaron recriminándose unos a otros el fracaso de la expedición.

*

De vuelta a la historia de los incas, Túpac Yupanqui volvió a Cuzco siendo aclamado por su pueblo como el puto amo del Tahuantinsuyu. Su padre, Pachacútec, ya un anciano que no podía con sus hernias, estaba muy orgulloso de él, pero no era el heredero del trono. Ese papel estaba reservado para Amaru Yupanqui, el primogénito, pero se cuenta que gobernó tan mal que enseguida Túpac Yupanqui lo echó y se hizo con el control del imperio. Parece que esto ocurrió hacia el año 1471, aunque esa fecha puede bailar hasta 1478.

Como veis, el Imperio inca se expandió principalmente hacia el norte y hacia el sur, zonas que más o menos eran accesibles. Obviamente hacia el oeste no se podía expandir más porque estaba el océano Pacífico, y hacia el este estaba primero la cordillera de los Andes y después la profunda y densa selva amazónica. De esta selva sí que se conquistaron algunas partes, sobre todo de la capa más externa de la maraña de árboles, pero los incas tampoco parecían querer perder mucho el tiempo en la zona. Poco de provecho iban a sacar de ahí.

En este lugar existía una tribu, la de los musus, también llamados mojeños, moxos o mojos. Estaban asentados en una región de Bolivia conocida como Los Llanos Orientales o la Gran Grigotá, a unos 300 kilómetros al este de Cochabamba. Se trataba de una zona llena de llanuras y mesetas de baja altura, con mucha vegetación selvática y periodos de lluvias muy intensas en donde todo se empantanaba, combinados con otros periodos de sequías bastante serias. Aun así, aquel parecía un buen lugar para cultivar, de ahí que los incas decidieran conquistarlo.

Túpac Yupanqui ya había conquistado todo el norte del Imperio inca antes si quiera de ser rey inca. Cuando accedió al trono comenzó nuevas campañas, esta vez contra el Antisuyo, que era el nombre que los incas daban al este, a la zona selvática. En total, en su vida, Túpac Yupanqui conquistó casi 900.000 kilómetros de territorio desde lo que hoy es el norte de Ecuador hasta el centro de Chile. Casi nada.

Su hijo Huayna Cápac no conquistó mucho, pero al menos consolidó las conquistas de su padre acabando con algunas revueltas. Y este es básicamente el contexto histórico que necesitamos conocer para comprender mejor el mito de Paititi.

*

El primer cronista en mencionar Paititi fue Cristóbal Vaca de Castro.

Era licenciado en Leyes, y fue enviado a América para poner orden en Perú y ejercer de juez. Resulta que, tras el asesinato de Francisco Pizarro en 1541 a manos de los almagristas, Diego de Almagro el Mozo, hijo del rival de Pizarro, se autoproclamó gobernador. Aquello provocó una serie de revueltas entre los partidarios de Pizarro y los de Almagro.

Cristóbal Vaca de Castro llegó allí y, tras la batalla de Chupas, de 1542, venció a Almagro el Mozo y pudo por fin pacificar Perú. Fue entonces cuando ejerció, durante dos años, el cargo de gobernador del Virreinato del Perú.

En 1542 escribió un texto titulado *Discurso sobre la descendencia y gobierno de los incas*, también conocido posteriormente como *Relación de los quipucamayos*. En él se narraron las conquistas de Pachacútec sobre los chunchos, que era el nombre genérico con el que los incas se referían a cualquier tribu incivilizada que hubiera en la zona más selvática de los Andes. Según este relato, los ya mencionados musus o mojos habrían sido conquistados.

Un historiador que habló de Paititi fue el hispano-peruano Garcilaso de la Vega (nada que ver con el poeta toledano). En realidad se llamaba Gómez Suárez de Figueroa, pero fue apodado Inca Garcilaso de la Vega. El caso es que este señor escribió un libro titulado *Comentarios reales de los incas*. En este libro se nos informa de que el territorio de los musus no fue conocido hasta la llegada del Sapa Inca Túpac Yupanqui, hijo y sucesor de Pachacútec. Y que además no fue conquistado debido a la lejanía con Cuzco y el Imperio inca en general.

Puede ser que Túpac Yupanqui decidiera que no valía la pena ponerse a repartir leches contra aquellos tipos y menos por unas tierras que se inundaban cada cierto tiempo, pero lo que sí hizo fue establecer relaciones diplomáticas. Estos musus admiraban a los incas, les parecían una civilización poderosa y superior, y acordaron que irían adaptándose a sus costumbres. Sus rituales chamánicos ancestrales terminaron incluyendo y asimilando la adoración al gran dios solar Inti.

Un cronista que también habló sobre Paititi fue Diego Felipe de Alcaya, quien fue durante mucho tiempo sacerdote en Perú. Al parecer su padre, Martín Sánchez de Alcaya, fue por diferentes pueblos andinos recogiendo testimonios de sus habitantes. Luego su hijo agrupó todos en un texto llamado *Relación cierta*. Aquí hallamos información interesante, aunque parece que también llena de inexactitudes. Según algunos relatos, el hijo de Túpac Yupanqui, Huayna Cápac, ordenó a varios parientes suyos que conquistaran el este. Prometió que todo aquello que conquistaran sería suyo, y gobernarían sobre todo aquel territorio.

Los nombres de estos parientes fueron Manco Inca, Guacane y Condori. El que nos interesa es Manco Inca (del que ya dije que fue el primer gobernante de Vilcabamba), quien junto a su hijo Guaynaapoc y a un ejército de 8.000 guerreros, conquistó un territorio situado entre los ríos Guapay y Mamore.

En ese lugar, parece que Manco Inca y los suyos se encontraron con una llanura entre montañas con árboles frutales y ríos cristalinos que era como un paraíso terrenal. Pero ojo, no era un lugar deshabitado. Allí vieron a cientos de personas con prendas de algodón labrar la tierra. Eran gente que vivía en pequeñas casas de madera y piedra y que habían construido caminos por todo el lugar.

Manco Inca había descubierto Paititi y se proclamó rey del lugar. De allí los incas extrajeron grandes cantidades de oro, plata y perlas. Manco Inca era un tipo listo, y aunque sabía que tenía que informar de aquel descubrimiento a su padre, el emperador inca, decidió no contarle todos los detalles. Envió a su hijo Guaynaapoc a Cuzco y este contó a Huayna Cápac que la campaña de conquista había sido exitosa, pero que lo único que habían encontrado era un cerro de plomo, omitiendo deliberadamente toda mención al oro y la plata. De hecho, se cree que Paititi significaría eso, lugar de plomo.

Pero, atentos al giro de los acontecimientos. Resultó que cuando Guaynaapoc se plantó en la capital incaica, la situación era de todo menos pacífica. Huayna Cápac la había palmado y ahora sus dos hijos, Huáscar y Atahualpa, se peleaban por el poder. Y encima venían los castellanos a conquistarlo todo.

Mientras unos incas se refugiaban en Vilcabamba, supuestamente dirigidos por Manco Inca, su hijo Guaynaapoc empezó a convencer a los acongojados cuzqueños para que le siguieran hasta un refugio seguro en la selva. A aquel lugar lo llamó Mococalpa, pero era Paititi. Se dice que en torno a 20.000 incas le habrían seguido hasta aquella misteriosa ciudad.

Estos exiliados se habrían integrado con los locales que ya vivían allí y todos juntos sobrevivieron a la caída del Imperio incaico. Se cuenta también que, además de su adoración al sol Inti, Guaynaapoc creó un culto extraño a un árbol cuyo tronco tenía ciertos rasgos humanos.

*

¿Existió este reino de Paititi o es una leyenda? Y en caso de ser real… ¿dónde pudo haber estado ubicado?

Según las referencias geográficas del texto de Diego Felipe de Alcaya, Paititi pudo haber estado ubicado en algún lugar de la selva amazónica brasileña. Concretamente en lo que hoy en día es el estado brasileño de Rondonia, que limita con Bolivia.

Desde aquellos años de la conquista se cuentan más de cincuenta expediciones para encontrar esta ciudad perdida. Veamos algunas de las más importantes.

En 1538 tuvo lugar la expedición de Pedro de Candía. Este artillero griego estaba bajo las órdenes de Francisco Pizarro cuando los castellanos llegaron a Perú. Durante la conquista tuvo una concubina incaica que le habló de una tierra muy rica atravesando los Andes, al este de la capital cuzqueña. A Pedro se le abrieron mucho los ojos, de la emoción, claro, y con el permiso de Pizarro comenzó a marchar con algunos militares y exploradores hacia allí.

Todo empezó bien, pero cuanto más se acercaban a la selva más problemas surgían. Lluvias, tormentas, insectos tocapelotas, espesura de vegetación, enfermedades… y como guinda del pastel fueron atacados por nativos rabiosos. Así que se tuvieron que volver sin haber encontrado nada.

Hernando Pizarro, desde Cuzco, sospechaba que algunos hombres de Pedro de Candía eran parte de los almagristas, el bando opositor que luchaba por el poder contra los hermanos Pizarro. Por esta razón Hernando lideró un grupo para ir en su busca. Los encontró volviéndose a Cuzco hechos una ruina, y Hernando se cargó a los sospechosos sin mediar palabra.

Otro conquistador castellano, Ñuflo de Chaves, realizó dos expediciones, una en 1553 y otra en 1558. En aquellos años partes del territorio que hoy es Paraguay ya habían sido conquistadas, destacando la que sería su capital, Asunción. Ñuflo se dedicó a darse unos viajecitos exploratorios por el río Paraná y en un punto inespecífico se encontró con algunos indígenas conocidos como los xarayes, y le contaron que aún más al norte había una tierra rica llena de objetos brillantes. Tenía que ser Paititi, no había otra. Ñuflo llegó hasta la región de los mojos (o moxos), pero de Paititi no hubo noticias.

Durante los siguientes años hubo más expediciones y ninguna halló la legendaria ciudad.

En 1588 se organizó una gran expedición liderada por Juan Álvarez Maldonado.

Entre 1600 y 1623 fue el turno de Juan Recio de León. Este tipo exploró la zona entre los ríos Tuichi y Beni, y estableció contacto con una tribu llamada anama. Allí le contaron que a cuatro días de viaje existía una enorme laguna regida por un tipo conocido como el Gran Paititi, y que en ella se podían encontrar grandes tesoros, especialmente perlas y conchas de nácar. Algunos piensan que esta tribu podría haber estado refiriéndose al lago Rogaguado, situado al norte de Bolivia.

Unas décadas después, el sacerdote misionero jesuita Agustín Zapata

llegó a la zona. Fue en el año 1693, cuando estuvo evangelizando a una tribu cercana a los mojos conocida como la tribu de los cayubabas. Se dice que vivían en un pueblo relativamente grande, y contaban con un templo de madera en el que hacían rituales y sacrificios de animales a sus dioses. Lo interesante es que el jefe de estos cayubabas se llamaba Paititi. Podría ser simple casualidad o que fuese un nombre recurrente entre estas tribus. Quizás era alguna clase de nombre-título usado de forma hereditaria.

*

Después el mito de Paititi entró en una especie de letargo hasta que resurgió en el siglo XX, con las exploraciones del aventurero inglés Percy Harrison Fawcett, quien exploró las fuentes del río Heath en 1910 y la región brasileña de Mato Grosso en 1925. De este Percy Fawcett hablaré más dentro de un par de capítulos, porque fue él quien buscó otra ciudad perdida, Z. Una historia muy intrigante.

Entre 1957 y 1997 destacan las más de quince expediciones del médico y explorador peruano Carlos Neuenschwander Landa. Estaba obsesionado con el mito de Paititi, y aunque no la encontró nunca, sí que halló bastantes cosas curiosas. Desde una calzada de piedra inca en la cordillera de Paucartambo, pasando por una fortaleza en ruinas en Hualla, en el municipio de Calca, hasta los famosos Petroglifos de Pusharo. En realidad, Carlos Neuenschwander Landa no fue su descubridor, sino que se sabe que algunas personas ya se toparon con ellos tiempo atrás, pero fue él quien los estudió a fondo.

De estos grabados situados en mitad de la selva amazónica peruana, en el Parque Nacional de Manú, se pensó que podrían haber sido algún tipo de mapa que llevaba a la ciudad perdida de Paititi. Pero no era así. Al menos que se sepa. La mayoría de los grabados son representaciones de caras, animales, motivos geométricos y símbolos abstractos, y la horquilla de fechas en las que pudieron ser tallados oscila entre el año 2000 a. C. y 1532.

Durante los años setenta del siglo XX hubo muchas más expediciones, algunas de ellas con finales trágicos. Varios exploradores desaparecieron misteriosamente mientras recorrían aquella zona. Ellos eran Robert Nichols, Serge Debru y George Puel.

Otro porrón de expediciones para buscar Paititi fueron lideradas por Gregory Deyermenjian desde 1984 y hasta al menos 2011. Este psicólogo y explorador estadounidense también tenía una obsesión con Paititi. Durante muchos años de búsqueda exploró y documentó muchísimas ruinas, tanto incaicas como preincaicas, como las de la Ciudadela de Miraflores.

Más allá de esto, no se ha encontrado ni rastro de la ciudad perdida de Paititi. Lo cierto es que la selva amazónica es gigantesca y todavía

hay lugares donde el ser humano ni siquiera ha llegado. Bueno, quizás algunas tribus perdidas y sin contacto con la civilización sí, pero ya me entendéis. Y es que tal vez esta historia de Paititi solo fuese un cuento de algunos incas para desviar la atención de los conquistadores.

Sin embargo, también se piensa que esta Paititi tendría un significado más mitológico para la propia cultura incaica. Podría ser que, para algunos incas, ese nombre representase el Más Allá. Una especie de paraíso terrenal para algunos o algo más parecido a un reino celestial. Un cielo de felicidad donde irían a parar las almas de los muertos.

Por cierto, para acabar, cabe destacar la reimaginación de Paititi y su leyenda en el videojuego *Shadow of the Tomb Raider*, de 2018. En él, la intrépida aventurera Lara Croft deberá encontrar la ciudad de Paititi para evitar el apocalipsis.

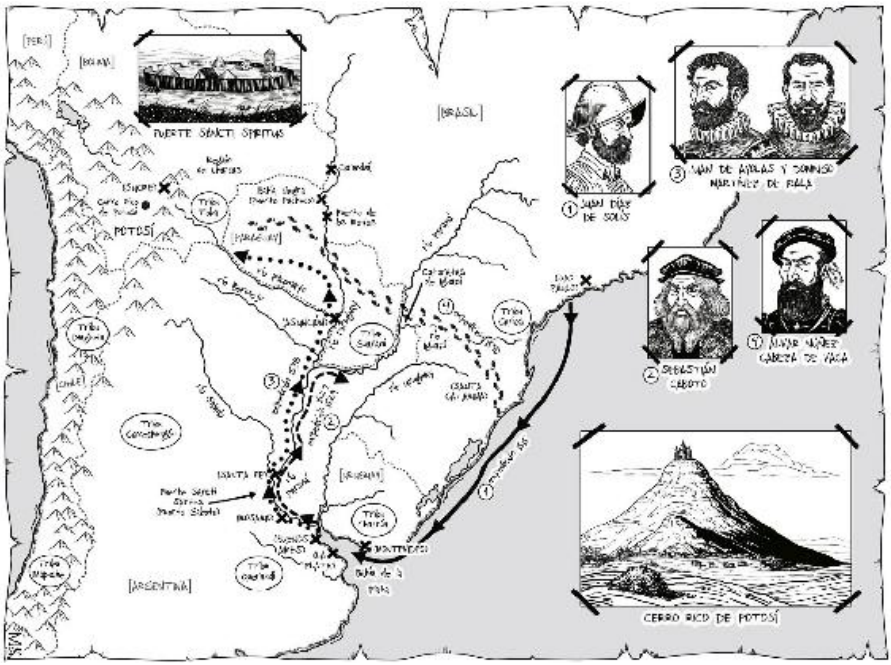
22. LA SIERRA DE LA PLATA Y EL MISTERIO DEL REY BLANCO

Ahora viajemos a una región situada entre Paraguay y Argentina, para conocer un nuevo lugar mítico y legendario. Esta vez no se trata de una ciudad, sino que es una montaña, la Sierra de la Plata. Esta es una montaña que se decía que estaba llena de plata por dentro y donde reinaba un tal rey Blanco.

La historia comienza en 1516. En ese año, una expedición liderada por Juan Díaz de Solís llegó a las costas de Uruguay y Argentina. No se sabe si Juan era portugués o español, pero independientemente de eso, este tío es famoso por haber sido el primer europeo en llegar al Río de la Plata. Bueno, en realidad se piensa que antes llegó Américo Vespucio (el navegante que dio nombre a América), pero no se sabe bien.

El caso es que Juan Díaz de Solís se presentó allí con tres carabelas y unos setenta marineros, gracias a una expedición financiada por la corona española. Todo parecía ir guay, estaban descubriendo nuevas tierras, pero de pronto la cosa se puso fea.

En algún lugar del estuario del Río de la Plata, Juan Díaz de Solís y sus muchachos vieron a un grupo de indígenas observándoles en la costa. Juan decidió desembarcar junto a dos tripulantes más para ver qué se contaban los indios aquellos. Y contar lo que se dice contar, no contaron mucho. Solo agarraron a los exploradores, les colgaron de un palo, asaron sus cuerpos y finalmente se los comieron ante la mirada atónita del resto de marineros desde sus barcos.



¿Qué tribu era? No se sabe bien. Unos dicen que charrúas, que vivían en la costa sur uruguaya. Sin embargo, sabemos que estos no eran caníbales. Sí parece que eran antropófagos los miembros de una tribu de los guaraníes conocida como los chandules. Probablemente fueran ellos los que se comieron al pobre Juanito.

Desde luego, los marineros aquellos no estaban como para preguntarles el nombre. Se largaron de allí a toda leche y volvieron a Castilla. Bueno, en realidad llegaron dos de las tres carabelas, pues una se hundió por el camino, en algún lugar por la costa de Santa Catarina, al sur de Brasil. Supongo que los otros dos barcos dieron por muertos a aquellos marineros, pero en realidad no estaban muertos. Aunque naufragaron, sobrevivieron, y uno de ellos fue un marinero portugués llamado Alejo García, o Aleixo García, que ahora será importante.

Estos náufragos varados en la costa brasileña fueron encontrados por indígenas carios, de lengua tupi-guaraní. Parece ser que estos no tenían por costumbre comerse a otra gente y Alejo trabó amistad con ellos. Así, europeos y aborígenes convivieron de forma pacífica durante al menos cinco años.

En algún momento, estos carios contaron la historia de una montaña lejos de allí, al oeste, que estaba llena de riquezas inimaginables, especialmente de plata. Al parecer, el lugar era gobernado por un señor conocido como el Rey Blanco, cuyo trono había sido construido enteramente con plata. También debían de tener un enorme templo dedicado al sol, por lo que muchos relacionan el

mito con el Imperio inca. El caso es que a este lugar Alejo y los suyos lo apodaron la Sierra de la Plata.

Alejo García decidió liderar al resto de la tripulación para intentar llegar hasta aquella montaña. Tuvieron la ayuda de algunos indígenas carios, que se aventuraron con ellos, y todos juntos atravesaron partes de la selva de Brasil y Paraguay hasta llegar a la zona del Altiplano de Bolivia, a lo que podría ser la región de Potosí, la parte más al suroeste del país.

¿Qué encontraron? No se sabe, pero volvieron con una buena cantidad de metales preciosos. Eso no quiere decir que hubiera literalmente una montaña llena de plata, pero todo apuntaba a que había un yacimiento de plata rico, rico, para explotar. Parece que los incas del Imperio inca o Tahuantinsuyu rondaban por allí, y fueron ellos quienes les entregaron a los exploradores aquellas piezas de plata después de una pequeña guerra contra ellos. Si esto fuera cierto, convertiría a Alejo García en el primer europeo en haber entrado en contacto con los incas, poquitos años antes que Francisco Pizarro.

Tanto el viaje de ida hasta aquel lugar como el viaje de regreso fueron muy duros. De hecho, Alejo García acabó siendo asesinado por las tribus salvajes del lugar, quienes les tendieron una trampa mientras cruzaban una densa jungla.

Estas tribus enemigas de los guaraníes eran los pámpidos o también podrían haber sido los payaguaes, quienes atacaban sin compasión a cualquiera que osara entrar en su territorio. Los supervivientes fueron bastante pocos, pero como digo, lograron regresar a la costa de Brasil con plata y contaron la historia. Otra versión dice que de los europeos no sobrevivió ninguno y fueron los indios quienes contaron la historia a los nuevos exploradores que se acercaron por la zona.

A modo de curiosidad, digamos que el nombre de Argentina viene de esta época. *Argentum* en latín significa «plata», justamente lo que estos exploradores buscaban. Se sabe que Juan Díaz de Solís, antes de convertirse en la increíble brocheta humana, llamó al estuario del Río de la Plata Mar Dulce, debido a que sus aguas tenían muy baja salinidad. En 1526 los portugueses llamaron a la región Rio da Prata por los rumores acerca de que había muchísima plata en el lugar, lo cual no era cierto, pero ya se darían cuenta mucho después.

*

Pasó un tiempo y llegamos a 1526. Ese año, el cartógrafo veneciano Sebastián Caboto (o Gaboto) partió desde un puerto castellano con la misión de encontrar una ruta a las codiciadas islas Molucas, en Indonesia, también conocidas como las islas de las Especias. Su plan era llegar a ellas atravesando el estrecho de Magallanes, que es el que está situado en el sur más sur de Argentina y Chile, entre lo que es la

Argentina continental y la isla Grande de Tierra del Fuego.

Esa era su misión, pero pronto la cambiaría por un objetivo mucho más goloso. Resulta que cuando llegó a la costa brasileña de Santa Catarina se topó con las tribus de guaraníes majos, los carios, y entre ellos parece que había algunos supervivientes del naufragio, que ya se habían quedado a vivir allí debido a la imposibilidad de volver a sus casas. Bueno, pues estos le contaron a Caboto lo de que existía una tierra llena de metales preciosos en el interior, más allá de la selva, y que la mejor forma de llegar a ella era a través de un estuario más al sur que daba a un río bastante navegable. Esto era el estuario del Río de la Plata y luego el río Paraná, que ascendía hacia el norte, hacia Paraguay.

Los supervivientes de la expedición de Alejo García le enseñaron los trofeos que lograron traerse de allí y a Caboto se le iluminaron los ojos. Si la cosa salía bien y él y los suyos encontraban aquella Sierra de la Plata serían ricos y famosos y ese tipo de cosas. El riesgo valía la pena, así que montaron una expedición hacia la montaña de plata aquella.

La expedición de Caboto ascendió el río Paraná y, un poco al norte de la actual ciudad de Rosario, levantó el fuerte Sancti Spiritu, el cual fue el primer asentamiento europeo de aquella cuenca. En el futuro se convertiría en la ciudad de Puerto Gaboto. Aquí también estaba presente un conquistador que luego será importante: Francisco César. En 1528 este Francisco César buscó tesoros yendo hacia el sur, hacia la Pampa Argentina, pero eso lo dejo para el capítulo de la Ciudad de los Césares.

Hacia 1529 llegaron al lugar donde confluían el río Paraná y su afluente, el río Paraguay. Había que remontar este último río, pero la corriente era demasiado fuerte, por lo que tuvieron que continuar a pie. Sin embargo, fueron emboscados por una tribu, y parece ser que aquella tribu había hecho un pacto con otro miembro de la expedición de Caboto, Francisco del Puerto, porque quería más botín del que el veneciano le había prometido.

Juan Sebastián Caboto acabó huyendo con los hombres que le quedaban. Volvió al barco en el río Paraná y poco después se cruzó por casualidad con otro marinero que estaba navegando río arriba con un barco. Ese era Diego García de Moguer, quien también iba a las Molucas y que también se había desviado de su itinerario por el canto de sirenas que suponía la leyenda de la montaña de plata.

En Sancti Spiritu ambos capitanes (Caboto y Diego García) hicieron un pacto, y mandaron a Francisco César a explorar la región con catorce hombres. Se cree que llegaron hasta la zona de Charcas, al sur de Bolivia, pero no se sabe bien. Después de tres meses, Francisco César volvió y contó que la mitad de sus hombres habían muerto, pero

que había escuchado rumores de una ciudad llena de riquezas en las proximidades del área explorada.

Los dos capitanes decidieron mandar otra expedición, pero fue entonces cuando un grupo de indígenas de la zona rodeó el fuerte de Sancti Spiritu y lo arrasó por completo. Ambos capitanes se largaron de allí para no volver más. En 1530 Caboto regresó a la corona de Castilla y fue condenado a pasar una temporada en el Norte de África, aunque luego el rey Carlos I le perdonó. Años después trabajó para el rey Enrique VIII de Inglaterra.

*

En 1534 entró en juego el militar Pedro de Mendoza. El rey Carlos I le autorizó a conquistar y poblar lo que viene a ser la zona del Río de la Plata, así que partió de España con 14 barcos llenos de colonos y soldados. En total unas 1.200 personas, la expedición más numerosa enviada a América hasta aquel momento.

En 1536 Pedro fundó un asentamiento portuario llamado Real de Nuestra Señora Santa María del Buen Ayre, en honor a la Virgen de Bonaria, o Virgen de la Candelaria, una especie de patrona de los navegantes. Este lugar se convertiría más adelante en Buenos Aires.

Mendoza y los suyos tuvieron conflictos con las tribus locales, los querandíes principalmente, pero lograron contenerlas. Uno de los hombres de Pedro de Mendoza era Juan de Ayolas, quien había levantado un fuerte llamado Corpus Christi cerca de las ruinas de Sancti Spiritu, y que durante alguna exploración había escuchado más historias sobre la Sierra de la Plata. Al oír esto, Pedro de Mendoza decidió montarse una expedición a ver qué encontraban.

Pedro de Mendoza, Juan de Ayolas y otros 400 hombres partieron desde Buenos Aires y remontaron el río Paraná, pero más de la mitad murió de camino debido al hambre y a diferentes enfermedades. De hecho, el propio Pedro de Mendoza murió poco después de sífilis. Eso fue en 1537.

Durante el tiempo en el que estos tipos no dieron señales de vida, Juan de Salazar Espinosa partió desde Buenos Aires para ver si los encontraba. Y tras atravesar los ríos Paraná y Paraguay llegó al territorio de Paraguay y allí fundó el fuerte de Nuestra Señora de la Asunción, lo que hoy en día es Asunción, la capital paraguaya.

Pero tranquilos, que nuestro amigo Juan de Ayolas sobrevivió a la aventura. Bastante destrozado, eso sí, pero ahora estaría a cargo de todo. A pesar de haber pasado las de Caín peleando con tribus, mosquitos, enfermedades, comida horrible y demás, Ayolas no se iba a rendir, porque sabía que esa montaña de plata le estaba esperando cerca, en algún lado, que tenía que estar ahí por cojones. Solo había que explorar un poco más. En el fondo, estos exploradores tenían un

sentimiento parecido al de la ludopatía: creían que si abandonaban ahora todo el esfuerzo que habían hecho habría sido en vano.

Pues eso, Juan de Ayolas se hizo amigo de un tipo llamado Domingo Martínez de Irala y empezaron a planificar nuevas expediciones para buscar la Sierra de la Plata. Ambos ascendieron por el río Paraná en el año 1538, y después continuaron por el río Paraguay hasta llegar al asentamiento de Asunción.

Domingo Martínez de Irala se quedó a cargo del Fuerte de Nuestra Señora de la Candelaria, un pequeño puesto defensivo situado un poco más al norte, a orillas de río Paraguay. Mientras tanto, Ayolas cogió a varios hombres y se internó en la selva en dirección oeste.

Parece que, durante su aventura, Juan de Ayolas encontró un yacimiento de plata, pero el camino de vuelta fue tan tortuoso que, para cuando Ayolas volvió, Irala ya se había vuelto río abajo, a Asunción. Y es que no habían pasado ni días ni semanas, sino meses. Estas expediciones duraban muchísimo tiempo. Ayolas intentó llegar hasta Asunción, pero un grupo de nativos del Paraguay acabó dándole caza y le mataron a él y a la mayoría de sus hombres.

Domingo Martínez de Irala se enteró de todo esto cuando los pocos supervivientes llegaron a su fuerte, y decidió convertirse en el nuevo líder del contingente, y Asunción sería su cuartel general. Viajó a Buenos Aires a pedir a los colonos que se mudaran allí y consiguió que algunos le siguieran.

*

Ese mismo año, 1538, llegó a Asunción Álvar Nuñez Cabeza de Vaca. De este tío hablaré más y mejor en el capítulo sobre la ciudad perdida de Cíbola, hechos que ocurrieron antes de los que ahora os estoy narrando. En resumen, que naufragó en la costa de lo que hoy conocemos como Estados Unidos y él y sus compañeros sobrevivieron años y atravesaron gran parte de los estados del sur, así como México, hasta lograr volver a casa. Eso ocurrió en 1536.

Dos años después, Álvar Nuñez Cabeza de Vaca había sido designado por el rey Carlos I como segundo adelantado, o gobernador interino, del Río de la Plata. En 1540 zarpó de Cádiz, en España, y al año siguiente arribó a la isla de Santa Catarina, en Brasil, prácticamente al lado de donde años atrás se quedaron varados Alejo García y los suyos.

Desde allí emprendió un viaje por tierra que duró cinco meses, en el que atravesó los estados brasileños de Santa Catarina y Paraná. Cruzando la frontera entre Brasil, Argentina y Paraguay descubrió las famosas Cataratas del Iguazú. Finalmente, en 1542, logró llegar a Asunción del Paraguay, donde instalaría la sede de la gobernación del Río de la Plata.

Nada más llegar tuvo bronca con Domingo Martínez de Irala, quien se creía el jefe de allí. Él y los suyos rechazaron la autoridad de Cabeza de Vaca y le dijeron que se diese el piro. Parece ser que la mayor discrepancia entre ambos hombres era que Cabeza de Vaca tenía planes para gobernar aquel lugar, y en ellos no estaban incluidas nuevas expediciones para buscar la Sierra de la Plata.

El gobierno de Álvar Núñez Cabeza de Vaca acabó en 1544, cuando una sublevación contra él le tomó como prisionero. Le acusaron de abusar de su poder y más cosas. Después de eso, lo metieron en un barco de vuelta a Europa.

Domingo Martínez de Irala siguió con sus expediciones y en una de ellas se aventuró de nuevo hacia el norte siguiendo el río Paraguay. Se cuenta que llegó hasta la región del Pantanal de Mato-Grossense, un lugar en Brasil lleno de lagos. Allí fundó la ciudad de Puerto de los Reyes.

El hombre todavía tenía en la cabeza la leyenda de Sierra de la Plata, y quería encontrarla a toda costa. Por ello organizó una nueva expedición, pero esta vez iría al sur en vez del norte. Buscó la mítica montaña en la región argentina del Gran Chaco. Luego parece que ascendió hacia la zona del Altiplano boliviano. Allí entraron en contacto con tribus macasís, que para sorpresa de todos les hablaron en castellano. Estos les explicaron que era mejor que se largaran porque ahora aquel territorio era parte del Virreinato del Perú, y por tanto era jurisdicción del gobernador de allí, Pedro de la Gasca.

Domingo Martínez de Irala quería explorar la región a cualquier coste, y envió una embajada a entrevistarse con este tal Pedro de la Gasca, para pedirle provisiones. Esta embajada estuvo comandada por Ñuflo de Chaves. Pero ¿qué pasó? Pues que el listillo de Ñuflo aprovechó y con una picaresca desmedida pidió a Gasca que le nombrara gobernador de Asunción, porque decía que el Irala era un *chalao* y un incompetente.

Para colmo, Irala comenzó a tener problemas con tribus locales. Por lo tanto, viendo que no iban a conseguir nada, él y sus hombres tuvieron que replegarse y volver a Asunción.

No penséis que Irala se rindió. Organizó muchas otras expediciones, tanto en busca de Sierra de la Plata, como de Paititi, como de El Dorado, pero ninguna tuvo éxito y muchísimas personas murieron por el camino. Acabó siendo nombrado gobernador de la gobernación del Río de la Plata y del Paraguay por el rey de España, en vista de que allí parecía no haber mucha riqueza y con la condición de que dejase de hacer el tonto un rato. Irala murió en 1556 habiendo descubierto muchos nuevos territorios, pero ninguno legendario.

*

En definitiva, ninguna expedición por el Río de la Plata logró encontrar las grandes riquezas que los náufragos de la aventura de Juan Díaz de Solís habían prometido. Sin embargo, todo cambió en 1545, cuando un tipo llamado Diego Huallpa descubrió vetas de plata en un lugar llamado Cerro Rico de Potosí, en Bolivia. Es muy probable que aquel lugar fuera la auténtica Sierra de la Plata de la leyenda.

Diego Huallpa intentó explotar aquella plata por su cuenta y riesgo, pero fue pillado pronto por otro indígena, Huanca, quien era el mayordomo de uno de los capitanes castellanos durante la conquista, Juan de Villarroel. Huanca informó a su jefe y este informó al capitán Diego de Centeno. Fue así como los castellanos se apoderaron de Cerro Rico y empezaron a abrir minas para extraer el precioso metal. Al norte fundaron la Villa Imperial de Potosí, que acogió a los trabajadores y que luego se convertiría en una ciudad de gran relevancia en Bolivia.

Según la leyenda, el rey Huayna Cápac, quien podría haber sido aquel Rey Blanco del que hablaban los guaraníes, ya conocía Cerro Rico, o Sumac Orcko, que era como lo llamaban. Al parecer Huayna trató de explotar los recursos que contenía aquella montaña, pero una voz de ultratumba le ordenó que no lo hiciera, ya que aquella plata tenía otros dueños. De ahí que Huayna decidiera no perturbar aquel lugar por si las voces en su cabeza tenían razón. Y así acaba la historia de un mito que parece haber sido resuelto. Al menos parcialmente.

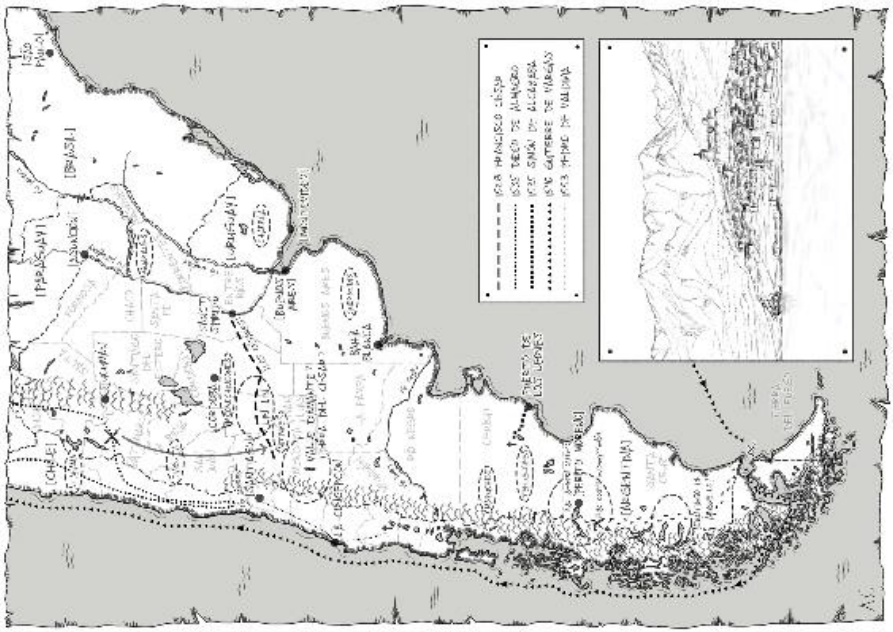
23. LA CIUDAD DE LOS CÉSARES O TRAPALANDA

Ya mencioné esta ciudad perdida en el capítulo anterior, pero ahora vamos a conocerla en detalle. La Ciudad de los Césares, también llamada Lin, Elelín, Trapalanda, la Ciudad Encantada de Patagonia o la Ciudad Errante, sigue la misma línea que cualquier otra ciudad perdida en América durante la conquista. Se trata de una supuesta ciudad oculta famosa entre los indígenas por sus grandes riquezas, solo que esta estaba ubicada en el Cono Sur de América, en alguna zona montañosa entre Argentina y Chile. Esta zona situada más al sur de la región de Buenos Aires es conocida como la Patagonia.

El asunto de la Ciudad de los Césares es algo complicado porque no se trata de una única leyenda. Algunos dicen que son cuatro leyendas que escritores posteriores unificaron en una sola.

El primero en hablar de esta legendaria ciudad fue Francisco César, de quien se sabe que era portugués, pero trabajaba para la corona castellana. Se había instalado en el Fuerte de Sancti Spiritu, situado a 60 kilómetros al norte de Rosario, a orillas del río Carcarañá. El fuerte había sido fundado un año antes, como vimos, por el veneciano Sebastián Caboto, quien era el líder del lugar.

Fue este quien dio permiso a César para que cogiera a unos pocos hombres y tratara de buscar la ciudad perdida de Sierra de la Plata, que la cosa en el fuerte estaba jodida y un poco de oro y plata les animaría bastante.



Y allá que fue Francisco César, pero en vez de buscar hacia el norte del río Paraná, decidió buscar hacia el sur. No se sabe bien qué encontró este señor. Según un cronista llamado Ruy Díaz de Guzmán, que relató los hechos más de medio siglo después a través de un tipo que afirmó que conocía a Francisco César, la historia debió de ser una aventura de la leche. Bastante poco creíble, todo sea dicho.

Según cuenta Ruy, Francisco César logró llegar hasta la cordillera de los Andes y conoció a los incas poco antes de que llegara Francisco Pizarro. Allí, el rey inca les habría obsequiado con miles de regalos de piedras preciosas y oro y habría apodado a estos expedicionarios como los Césares, pasando aquella expedición a llamarse la Conquista de los Césares. Supongo que en relación al apellido de Francisco.

Poco después, en septiembre de 1529, ocurrió la destrucción del fuerte de Sancti Spiritu por tribus indígenas, por lo que tanto Sebastián Caboto, el que mandaba en aquel lugar, como Francisco César, tuvieron que volverse a España. Mientras que Caboto no volvió a pisar suelo americano, Francisco César estuvo en Venezuela y Colombia, desde donde se adentró en el Darién panameño, una densa jungla de la que no saldría vivo.

*

Dos años después comenzó la conquista de Perú por Francisco Pizarro y Diego de Almagro. Ya lo he contado en otros capítulos de este libro. Arrestaron a Atahualpa, que era el rey inca, y luego

conquistaron Cuzco para poner reyes incas títeres, uno de los cuales acabó rebelándose contra ellos, convirtiéndose en el líder de los incas de Vilcabamba.

Los conquistadores españoles empezaron a tener desavenencias entre ellos y a protagonizar broncas serias sobre el reparto del lugar. Los incas les contaron que más al sur, en lo que hoy llamaríamos Chile, había muchísimas riquezas. Pizarro, entonces, convertido en el máximo dirigente de Perú, decidió apaciguar la ira de Diego de Almagro diciéndole que fuera al sur a conquistar ese territorio rico y que todo lo que encontrase iba a ser suyo. Y también acordaron que, en el caso de que el inca estuviera mintiendo para quitarse a los españoles de encima, Almagro podría volver a Cuzco y los dos se repartirían Perú.

Al no tener nada que perder, Diego de Almagro se aventuró al sur y empezó la conquista de Chile. Según un conquistador español que llegó mucho después al lugar, Blas Ponce, Diego de Almagro alcanzó la zona de Catamarca, al noroeste de Argentina, y contó que Almagro se enfrentó en esa zona a los mitimaes, tribus que anteriormente habían sido esclavizadas por los incas. Al parecer los incas tenían la mala costumbre de conquistar tribus y deportar a parte de sus gentes a otros lugares lejanos para desarraigarles. En general se llama a esta gente mitimaes, y se dice que un cuarto de la población del Tahuantinsuyu fueron mitimaes.

Lo importante es saber que estas tribus estaban muy influenciadas por la cultura incaica, y después de la matanza de Diego de Almagro, los pocos que quedaron vivos migraron al sur bordeando la cordillera de los Andes. Según el mito, estos supervivientes mitimaes se habrían refugiado en un valle llamado Diamante, cuya ubicación no se conoce. El caso es que allí se escondieron de los conquistadores, fundando una ciudad rica y próspera. Había oro, plata, y vasos decorados con piedras preciosas. Al parecer, a esa nueva tierra a la que huyeron los mitimaes se la llamó la Tierra del César.

*

Una tercera historia sobre la Ciudad de los Césares comenzó por un rumor que decía que los miembros de una expedición liderada por Simón de la Alcazaba habían acabado perdidos por la Patagonia y allí habían fundado una ciudad llena de riquezas. Este hecho ocurrió en 1535, después de que Simón de la Alcazaba fuera asesinado en un motín. Las disputas entre los diferentes tripulantes hicieron que algunos marineros abandonaran los barcos y se internaran tierra adentro. Esos tipos que se perdieron en la selva serían los fundadores de la Ciudad de los Césares.

Existe otra versión que dice que estos tipos perdidos por la

Patagonia eran en realidad náufragos de la expedición financiada por el obispo de Plasencia Gutierre de Vargas Carvajal. Se dice que, en enero de 1540, esta flota compuesta por cuatro barcos, estaba atravesando el estrecho de Magallanes cuando fueron sorprendidos por una fuerte tormenta. Una de las naves se destrozó contra las rocas, dos lograron salir ilesas y una cuarta desapareció y nunca más se volvió a saber de ella. La importante es la primera, de la cual sobrevivieron el capitán Fray Francisco de la Rivera y 150 tripulantes.

La leyenda dice que montaron una colonia en algún lugar, lo cual no sería complicado, pues aquel barco tenía todo lo necesario para ello. Había mujeres, había armas, había alimento, semillas y también ganado. Al parecer un tal Santiago de Argüello se convirtió en el líder y guio a estos colonos náufragos hasta una buena tierra con un enorme lago. Allí pactó con las tribus locales y lograron asentarse.

Se piensa que el lugar donde se asentaron pudo haber sido el lago Cochrane o lago Pueyrredón, ubicado entre Argentina y Chile, en la Patagonia. Otro lago candidato puede ser el situado un poco más al norte, llamado lago General Carrera, o lago Buenos Aires.

*

En esas fechas la mayor parte del Cono Sur estaba aún por explorar, y aquí entra en escena Pedro de Valdivia, quien ya había sido soldado bajo las órdenes de Francisco Pizarro y que ahora lideraba un contingente para conquistar Chile. En 1541 fundó Santiago de Nueva Extremadura, la cual se convertiría en la capital. Diez años después fundaría más al sur Concepción. Y así muchas otras, hasta que fue nombrado gobernador del reino de Chile.

Aquí comenzó la conocida Guerra de Arauco, donde los conquistadores se enfrentaron a la feroz resistencia de los pueblos mapuches (también conocidos como araucanos) liderados por Lautaro. Fue una guerra que duró más de doscientos años, y en la cual Pedro de Valdivia acabó muerto. Parece ser que devorado por estos mapuches.

Lo que nos interesa viene ahora. Resulta que según viajaron más al sur, los conquistadores empezaron a escuchar rumores de que todavía más al sur existía una colonia de náufragos españoles. Estos rumores fueron escuchados por Jerónimo de Alderete y Mercado, quien más tarde sería nombrado gobernador de Chile, aunque murió sin haber asumido el cargo. Bueno, pues antes de palmarla, algunos indígenas le informaron de que la próspera y rica colonia de españoles estaba en una región llamada Lin por unos y Trapalanda por otros.

En esos años, el capitán Diego de Rojas fue encomendado para buscar la ciudad perdida de los Césares en la región de Tucumán, al noroeste argentino. Estuvo un tiempo viajando por la región y

luchando contra los nativos del lugar, pero lo único que halló fue la muerte al recibir un flechazo con veneno.

Mientras tanto, Jerónimo de Alderete le contó a Pedro de Valdivia todo lo que sabía sobre esos rumores, y este ordenó a Francisco de Villagra que montase una expedición para encontrarles. Al parecer Francisco llegó hasta el río Limay, que está un poco más al sur de la Pampa, y no encontró nada, solo más rumores.

Sin embargo, poco después, en 1563, la historia dio un giro inesperado cuando dos náufragos se presentaron en Concepción y relataron que quienes tenían una colonia llena de riqueza eran unos incas huidos y que estaban escondidos por la Patagonia.

Aquí ya todas las leyendas empezaron a mezclarse unas con otras. Y no solo eso. Se levantó también un afán por la fantasía y la inventiva bastante brutal. Se empezó a extender la idea de que aquella ciudad tenía grandes murallas adornadas con joyas y una torre altísima coronada por una enorme cruz cristiana. Se llegó a decir que todos sus utensilios, mobiliario y armas, eran de oro, e incluso que los españoles que allí vivían tenían el don de la inmortalidad.

Podríamos hablar de algunas expediciones más, por ejemplo la del teniente del gobernador de Cuyo, Juan Jufré, quien, en 1562, buscó la Ciudad de los Césares en la Provincia argentina de San Luis.

En 1573 hay que hablar de Jerónimo Luis de Cabrera, quien fue gobernador de Tucumán de 1571 a 1574. Este tipo es famoso por haber fundado la ciudad de Córdoba, en el estado argentino del mismo nombre. Bueno, en aquellos tiempos esos estados no existían y se conocían aquellas tierras como los dominios de los comechingones, que era la tribu más poderosa del lugar. Jerónimo Luis de Cabrera sabía que en aquellas tierras, muchos antes que él, habían buscado infructuosamente la Ciudad de los Césares. Él también quería probar fortuna.

Además, también se propuso expandir aquel territorio y buscar una salida al Atlántico. Él y sus hombres llegaron hasta el río Paraná y trataron de refundar el abandonado Fuerte Sancti Spiritu. Lo renombró como San Luis de Paraná. Luego ascendió por el río Paraná, donde se enfrentó a la tribu de los timbúes para proteger a otro español: Juan de Garay. De la Ciudad de los Césares no encontró ni rastro.

A su vuelta a Tucumán en 1574, cedió el gobierno de la ciudad a un familiar suyo: Gonzalo de Abreu y Figueroa. Este fue un militar que organizó una expedición en 1579 para buscar la ciudad perdida. Él y su tropa viajaron hacia el sur hasta llegar a la Pampa, pero los resultados de la búsqueda fueron nulos.

En 1604, el gobernador de Río de la Plata y del Paraguay, Hernando Arias de Saavedra, salió con una expedición desde la ciudad de Buenos

Aires en dirección sur, hacia Río Negro. Fue un fracaso absoluto, y él y algunos de sus hombres fueron capturados por los nativos tehuelches. Por fortuna para él, logró salir de allí con vida.

*

La última gran expedición buscando esta ciudad perdida tuvo lugar en 1672, cuando el jesuita italiano Nicolás Mascardi se aventuró por la Patagonia para averiguar la localización de una lujosa ciudad de calles empedradas con esmeraldas, casas bañadas en oro y decoradas con objetos de plata. Pero acabó igual que Diego de Rojas y otros muchos: asesinado por nativos con mala leche.

Todo apunta a que jamás existió tal colonia, y que seguramente, al igual que en las anteriores ciudades perdidas, el rumor pudo haber sido una treta de los desesperados gobernantes incas para distraer la atención de los conquistadores y ganar algo de tiempo. O quizás fuese al contrario. Es decir, que aquellos rumores hubieran sido difundidos por los altos mandos españoles durante la conquista para motivar expediciones a rincones inexplorados del continente.

24. EL MITO DE EL DORADO

Sin lugar a dudas, el mito de El Dorado es la leyenda sobre ciudades perdidas más conocida de toda América. Durante la conquista, los españoles comenzaron a escuchar rumores sobre ciudades enteras construidas con oro, y muchos de estos grupos de conquistadores organizaron expediciones para conseguir encontrarlas y hacerse con sus riquezas.

Para conocer el origen de la leyenda nos tenemos que remontar al año 1500 aproximadamente, a la época de la conquista española de América. Resulta que algunos exploradores se enteraron de que, en algún lugar de lo que hoy conocemos como Colombia, existían unas tribus llamadas muiscas.

Estas tribus habitaban en lo que es el centro del país, en el Altiplano Cundiboyacense, una región más o menos plana situada en plena cordillera de los Andes. La zona está un poquito más al norte de donde se encuentra la actual capital de Colombia, la ciudad de Bogotá. Estuvo habitada desde el año 12500 hasta el 200 a. C. por la cultura Abriense. Estas gentes fueron una cultura prehistórica nómada que destacaba por haber creado herramientas de piedra y por haber dejado algunos petroglifos por la zona.

Tras eso, llegaron las tribus muiscas y se apoderaron del territorio. Los muiscas se integraron con los pobladores que ya había en la zona y se empezaron a organizar en asentamientos fijos en toda la cordillera oriental de Colombia. No se sabe bien de dónde migraron estas gentes, pero se piensa que pudo ser de Centroamérica, debido a que su lengua pertenece a la familia lingüística chibcha, que es común en aquel lugar.

La principal actividad de estos muiscas era la agricultura. El producto básico de sus cultivos era el maíz, pero también tenían batata, yuca, frijoles, ají, algodón, quinua y coca. En el futuro esa planta de coca traería muchas desgracias a las gentes de Colombia. Pero en este libro no voy a hablar de narcotráfico, las FARC ni nada de eso.

Entre los muiscas la poligamia era algo común. Y puede que las orgías también. Es normal extrañarse con las estatuas de penes que levantaron por todo su territorio. Claro, las tribus enemigas que veían aquellos penes líticos flipaban y entendían que aquello significaba «eh,

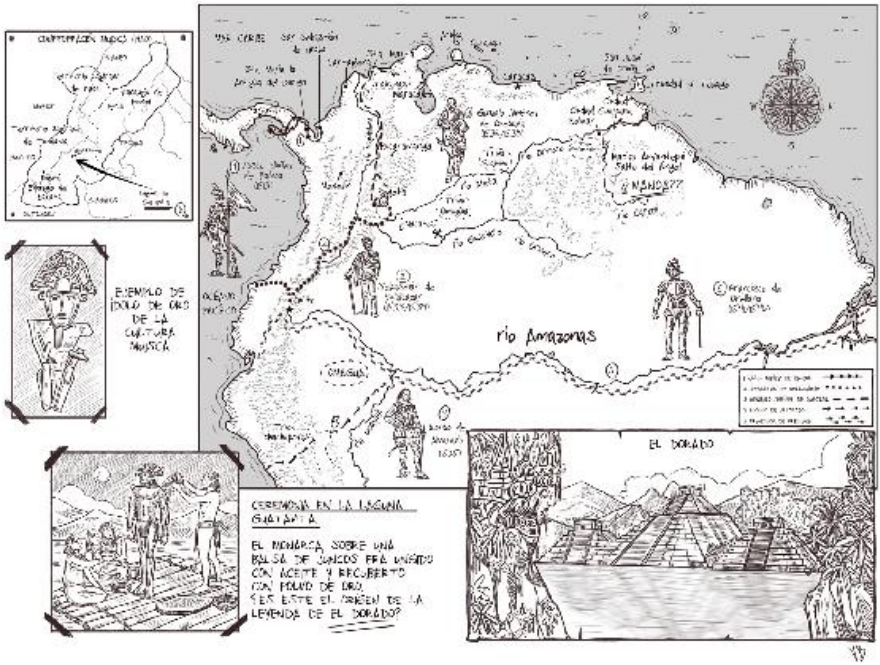
este es nuestro territorio, date el piro o igual acabas sin nabo». Aterrador, desde luego.

Las mujeres se dedicaban principalmente a elaborar ropas de algodón, algo que se les daba especialmente bien. Como contaba el fraile dominico Alonso de Zamora, natural de Bogotá, la virginidad para la mujer muisca era una auténtica desgracia. En esta sociedad había mucha libertad sexual antes del matrimonio, y casarse con una mujer virgen era visto como quedarse con las sobras, con algo que nadie más en la tribu quería.

Los habitantes de los poblados muisca se dedicaban a la caza, a la talla de madera y piedra y muchas más actividades, entre las que podríamos destacar la extracción de minerales. Tuvieron acceso a minas de sal, de carbón, de esmeraldas y, lo que nos interesa ahora, de oro. Mucho oro. Con el tiempo, este material fue el número uno en orfebrería muisca. Todo apunta que esto fue el origen de la leyenda de El Dorado.

*

Para poder entender bien este asunto tenemos que remontarnos un poco más atrás en el tiempo, a 1450. Fue por esos años cuando se creo la Confederación Muisca. Resulta que diferentes cacicazgos muiscas decidieron unirse para formar una entidad más grande con la intención de hacer piña y poder comerciar tranquilos a la par que defenderse de enemigos externos, como la tribu de los panches.



Los territorios que se unieron fueron el Zipazgo de Bacatá (Bogotá), el Zacazgo de Hunza (Tunja), el territorio sagrado de Iraca y el territorio sagrado de Tundama.

Esta confederación estaría regida por dos reyes: el Zipa gobernaría sobre el Zipazgo (al sur), y el Zaque gobernaría sobre el Zacazgo (al norte). Luego en cada uno de estos reinos había clanes (*zybyn*), cuyo líder de clan era llamado *zibyntyba*. Estos clanes se dividían en pueblos y aldeas (*uta*) y cada uno de estos a su vez tenía una especie de alcalde o jefe de aldea llamado *utatiba*. Por otro lado, en los territorios sagrados de Iraca y Tundaba mandaban sacerdotes.

Los muiscas gobernaban por herencia de sangre, y aquí empieza nuestra leyenda, y es que estos gobernantes muiscas tenían una ceremonia sagrada un tanto particular, en la que se usaban grandes cantidades de oro en polvo. Esta ceremonia sagrada tenía lugar en la laguna de Guatavita, situada en el municipio de Sesquilé, a 70 kilómetros al nordeste de Bogotá. Se trata de un pequeño lugar escondido entre las montañas de la cordillera de los Andes. Era allí donde el heredero del trono de los muiscas, el Psihipqua, se convertía en Zipa.

El nuevo rey tenía que ir a la laguna de Guatavita donde, en la orilla, le esperaba una pequeña balsa construida con juncos. Entre varias personas le desnudaban completamente y untaban todo su cuerpo en aceite para después espolvorear sobre él polvo de oro, con lo que el tío pasaba a parecerse a un premio Oscar más que a un

monarca.

Tras esto, el tipo se ponía de pie sobre la barca junto a un montón de ofrendas, como esmeraldas, perfumes y tunjos, que eran unas estatuillas de oro que representaban a los dioses muiscas. Después también subían cuatro nobles importantes con sendas ofrendas, y un grupo empujaba la balsa al lago mientras otro tocaba instrumentos musicales y danzaba. Una fiesta de la leche, vamos.

Cuando el rey llegaba al centro de la laguna, empezaba a tirar al fondo del lago todos aquellos objetos de valor. Nobles, sacerdotes y guerreros muiscas presenciaban todo el espectáculo desde la orilla con antorchas en sus manos. Una vez acabado el lanzamiento de ofrendas, el rey se tiraba al agua para quitarse todo el polvo de oro, ya que eso también iba para los dioses.

¿Por qué se hacía ese ritual en aquella laguna? Pues porque según la mitología de los muiscas, en el lago Guatavita vivía una especie de serpiente o dragoncito que veneraban como un dios. Otra leyenda que se cuenta es la de que un cacique muisca acusó a su esposa de adulterio, y la mujer y su hijo se lanzaron a la laguna para desaparecer bajo sus aguas. Y el mito cuenta que ambos siguen viviendo allí abajo, en un templo de oro.

Sin embargo, aquel no era el dios principal muisca. Según su mito de creación, al principio solo existía la Madre Abuela, llamada Bague. Bague creó los dioses y el mundo entero.

El dios muisca más conocido es Bochica (o Chimizapagua o Sadigua), un señor que llegó desde el este y que dicen que era blanco y de ojos azules, y con una barba larguísima. Digamos que este dios es del tipo civilizador, ya que enseñó a estas tribus cómo hilar algodón y tejer ropajes, además de otorgarles leyes y preceptos morales para una vida buena en comunidad. Y tras eso, siguió su camino y desapareció.

*

Ahora pasemos al año 1508. Aquí conocemos a un conquistador español nacido en Jerez de los Caballeros, Badajoz, llamado Vasco Núñez de Balboa. Este tipo había llegado a América en una expedición que arribó a la isla de La Española (República Dominicana) en 1501. La ciudad capital de La Española, Santo Domingo, fue el primer asentamiento europeo en el Nuevo Mundo. Allí Vasco Núñez de Balboa compró una pequeña finca y se puso a criar cerdos y hortalizas, pero varios huracanes agotaron su paciencia y decidió que había llegado el momento de cambiar de aires.

En 1508, el rey Fernando el Católico quería conquistar lo que por aquel entonces era llamado Tierra Firme, un término genérico para referirse a la costa del continente americano que había sido avistada, pero de la que poco se conocía.

Vasco Núñez de Balboa quería ir con aquella expedición y huir de La Española, pero tenía deudas. Por ello decidió meterse en uno de los barcos expedicionarios y esconderse en un barril junto a su perro Leoncico. Ese barco era capitaneado por Martín Fernández de Enciso. El plan parecía perfecto, pero Balboa fue descubierto y Enciso casi lo tira por la borda: lo habría hecho de no ser porque muchos marineros le conocían y le hablaron bien de él.

El barco arribó a las costas de la actual Colombia. Allí un tipo llamado Alonso de Ojeda se había erigido como gobernador de Nueva Andalucía, y había fundado el poblado de San Sebastián de Urabá. El problema era que no paraba de ser asediado por tribus salvajes del lugar. El pobre Alonso de Ojeda había sido herido en una pierna por una flecha venenosa, y mientras languidecía, había dejado al mando a un desconocido Francisco Pizarro, que todavía no era más que un soldado con buenas dotes para el combate.

Martín Fernández de Enciso era quien iba a relevar en el cargo de gobernador al herido Ojeda, pero su barco naufragó en la costa y sus credenciales se perdieron. Cuando llegaron a San Sebastián de Urabá el poblado era una ruina y los soldados españoles estaban acongojados. Aun así, Enciso quería que se reconquistara todo, mientras Balboa opinaba que lo mejor era ir más hacia lo que hoy es Panamá, a la región del Darién concretamente, que es la frontera entre Colombia y Panamá. Ese lugar parecía ser más pacífico y fértil.

Y eso pasó, y allí, en 1510, se fundó el primer poblado permanente del continente americano: Santa María de la Antigua del Darién, y fue la capital de la gobernación de Castilla de Oro durante los diez siguientes años. Martín Fernández de Enciso se convirtió en gobernador de aquel lugar, pero debía de ser bastante déspota, por lo que Núñez de Balboa se ganó las simpatías de los colonos y logró echar a Enciso para ponerse él al mando de todo.

Fue en este momento cuando Vasco Núñez de Balboa comenzó a organizar expediciones para conquistar nuevos territorios y encontrar oro. Luchó contra muchas tribus y también hizo amistades con muchas otras. La tribu más importante en ese momento era la de Comagre, cuyo líder era el cacique Ponca. Los españoles fueron recibidos por los comagre de forma muy pacífica y les dieron muchos regalos. Entre ellos objetos de oro.

Muchos de los soldados españoles se pelearon por este oro y los comagre fliparon. Eran objetos bonitos, sí, pero no entendían por qué se peleaban por ellos. El hijo del cacique Ponca, Panquiaco, les habló de una tierra no muy lejana donde aquel oro abundaba. Se trataba de un reino tribal situado al sur de allí, que usaba todo tipo de artilugios de oro. Lo cierto es que de momento no se sabe si se refería a los muiscas o a los incas. Panquiaco se refirió a aquel lugar como

Tumanamá.

En 1513 Vasco Núñez de Balboa se puso en marcha para encontrar aquel lugar. Salió desde Santa María del Darién y recorrió todo Panamá hasta que se topó con un gigantesco océano que hasta aquel momento ningún europeo había visto nunca: el océano Pacífico. Fue llamado así por Fernando de Magallanes diez años después, porque lo vieron muy tranquilo, aunque Balboa lo llamó Mar del Sur.

Balboa no encontró ninguna ciudad de oro, pero sí que encontró piezas de este preciado material en las aldeas que saqueó por el camino. Además, ya en el Pacífico, navegó hasta una pequeña isla cercana, la isla del Rey, la más importante del archipiélago de las Perlas. Ese nombre obedece a que allí se producían ingentes cantidades de perlas. Todo parecía ir genial para Balboa, pero empezaron los problemas burocráticos con el rey de España y acabó siendo condenado a muerte en 1519.

*

Justo ese año se fundó la ciudad de Panamá. Desde allí, Pascual de Andagoya emprendió un viaje al sur en el que encontró a un grupo de indígenas que les contaron que unos tipos estaban atacándoles todavía más al sur. Ese lugar del que venían era llamado Birú, que más tarde se convertiría en Perú. Este fue el primer testimonio conocido del Imperio inca, y por lo que decían aquellas pobres tribus acongojadas, era un lugar lleno de oro. Fue entonces, a partir de 1524, cuando Francisco Pizarro, Diego de Almagro y Hernando de Luque se aventuraron a la exploración de aquellas tierras. Cuatro años después comenzó la conquista del Imperio inca, pero ahora esto no es lo que nos interesa.

De lo que tengo que hablar ahora es de la conquista de Colombia, que comenzó al mismo tiempo. Ya vimos que en la costa se fundó el asentamiento de San Sebastián de Urabá por parte de Alonso de Ojeda, pero acabó siendo abandonado.

Otro conquistador afincado en Santo Domingo, llamado Rodrigo de Bastidas, fundó en 1525 Santa Marta, que fue la primera ciudad fija de los españoles en territorio colombiano, aunque bueno, desde ese momento el territorio sería conocido como Nueva Granada. Santa Marta estaba asentada en el norte de Colombia, justo en territorio de una tribu muy belicosa llamada Tairona, y dieron muchísimos problemas a los primeros colonos.

Durante la conquista de las tribus del lugar, los españoles fliparon con todo el oro que había en los poblados. Estas tribus sabían que la ambición de los españoles por este oro era clave para quitárselos de encima un rato, y todas empezaron a contarles que más al sur había más oro. Pero claro, lo decían más que nada para que les dejaran en

paz.

En este punto surgieron cientos y cientos de historias fantásticas contadas por estas tribus sobre ciudades construidas en oro y mil mierdas más. Los españoles supusieron que todas esas leyendas versaban sobre una ciudad concreta a la que denominaron El Dorado. Y sin duda, la iban a buscar costara lo que costara. Y aquí no solo comenzó esta mítica leyenda; sino que también comenzó una carrera sin cuartel entre diferentes exploradores por ver quién era el afortunado que se llevaba el premio gordo.

El primer El Dorado estuvo en el Valle de los Taironas. Como ya dije, los taironas eran unas tribus bastante belicosas que se dedicaban a esclavizar a las tribus de su alrededor. Lógicamente era comprensible que muchas tribus vecinas que les tenían miedo lanzaran a los españoles contra ellos, diciéndoles que aquellos taironas poseían grandes cantidades de oro. Era un plan perfecto para que este pueblo guerrero les dejara de tocar las narices a ellos y fueran a destrozar a sus enemigos.

En los años siguientes, desde Santa Marta salieron nuevas expediciones. Pedro de Heredia, en 1532, fundó la ciudad de Cartagena de Indias en la costa caribeña de Colombia. Tras eso se internó hacia el sur y por allí estuvo hasta 1538.

El siguiente explorador fue Gonzalo Jiménez de Quesada, quien tenía unas ganas locas de buscar aquellas ciudades de oro de leyenda. Junto a cerca de 500 soldados, remontó el río Magdalena hacia el sur, con la intención de llegar al territorio que luego sería conocido como Perú. Durante su trayecto fue conociendo algunas tribus que comerciaban con sal, y le contaron que río arriba existía un reino poderoso que tenía grandes riquezas, que incluían sal y también oro.

Así, en el año 1537, Gonzalo Jiménez de Quesada y los suyos llegaron a la sabana de Bogotá, el lugar donde vivían las tribus de la Confederación Muisca. De los 500 soldados que habían partido desde Santa Marta, ahora solo quedaban 166, pues los demás habían muerto debido a las inclemencias de la flora y la fauna y las enfermedades. Ser explorador de América era duro de narices.

El caso es que allí, en territorio muisca, encontraron muchas figuras de oro, esmeraldas y otras piedras preciosas. Los muiscas les hablaron de su ritual en la laguna de Guatavita, donde revestían a su nuevo rey en polvo de oro, aunque parece ser que aquel ritual se había dejado de hacer poco tiempo antes, no se sabe bien por qué. Los españoles lo llamaron el ritual de El Dorado. Se supone que estos hechos, que son ciertos, acabaron mezclados con el tema legendario de ciudades doradas, y también con los rumores, chismorreos y cosas por el estilo que surgieron en torno a ello. Es decir, que al final todo se exageró hasta consolidarse el mito de El Dorado como un ente abstracto.

La situación con los muiscas se volvió algo tensa, pero aun así Quesada decidió fundar la aldea de Bogotá en ese lugar. El Zipa Zaquesazipa no terminaba de fiarse demasiado de aquellas gentes tan extrañas y ordenó que les lanzaran flechas y que quemaran aquel poblado.

Después de meses de combates, los españoles consiguieron la rendición de los muiscas, y Quesada ya pudo fundar en paz Santa Fé de Bogotá, que sería la capital del Nuevo reino de Granada. Este reino fue llamado así porque Quesada vio el lugar y dijo que aquella sabana colombiana se parecía a la Granada de España. Algunos dicen que Granada era su hogar, otros dicen que él era natural de Córdoba. No se sabe.

El caso es que, gracias a esta conquista, Quesada tuvo acceso a los tesoros muiscas, que incluían figuras de oro y esmeraldas, pero aquella victoria fue ciertamente agridulce, porque Quesada se esperaba algo espectacular, y aquello estaba bien… pero si lo comparabas con las riquezas que estaba obteniendo al mismo tiempo Francisco Pizarro en Cajamarca… pues dejaba que desear. Él sí que se estaba forrando. ¿Encontró Pizarro el auténtico El Dorado en Cuzco? Quién sabe. Desde luego, Pizarro tuvo más éxito que cualquier otro conquistador de América del Sur.

*

Otro conquistador importante en esta historia fue Sebastián de Belalcázar, quien había conquistado Quito, Ecuador, en 1534 con la ayuda de Diego de Almagro y de Francisco Pizarro. Mientras estos dos últimos iban a proseguir la conquista de Perú contra el Imperio inca, Sebastián de Belalcázar tenía otros planes, como buscar ciudades de oro más al este.

Tribus de la zona ecuatoriana le relataron que más al noreste, en una zona llamada Cundinamarca, había una tribu que había sido destrozada por otra, los chibchas. Y que estos chibchas, o muiscas, tenían un ritual donde bañaban a sus gobernantes en oro. Y claro, al conquistador se le encendieron los ojos. Había que encontrar aquel lugar. Y seguramente diréis… ¿pero esto no se sabía ya? Y yo diré: no. Estos hechos estaban ocurriendo al mismo tiempo que los que ya he contado de Jiménez de Quesada, y recordemos que en esos tiempos no existían teléfonos móviles para saber qué pasaba en otros puntos del continente.

En fin, continuemos con la historia de Belalcázar. Este tipo encabezó una expedición y llegó en 1539 a la sabana de Bogotá. Allí se encontró con Gonzalo Jiménez de Quesada y con otro explorador que buscaba la ciudad de oro: Nicolás de Federmán.

Nicolás de Federmán era un explorador alemán que había sido

contratado por los Welser, una familia de banqueros del Sacro Imperio Romano Germánico (concretamente eran de Augsburgo), para explorar las tierras del Nuevo Mundo. Al parecer, los miembros de esta familia alemana se habían convertido en los arrendatarios de la provincia de Venezuela. De todas formas, como esta gente nunca tuvo ningún interés en la zona más allá de lo económico, no dedicaron muchos esfuerzos en fundar ciudades ni nada parecido.

Durante sus viajes, estos exploradores conocieron más en profundidad el mito de los muiscas, la laguna sagrada y sus gobernantes, pero como dije, aquel ritual no se celebraba desde hacía mucho tiempo y el lago era demasiado profundo como para ver si había objetos valiosos en el fondo. El hermano de Gonzalo Jiménez de Quesada, Hernán Pérez de Quesada, desaguó parte de la laguna sagrada en busca de oro, y encontró algo de ese metal, pero no demasiado. Y posteriores intentos de drenar el agua del lago tampoco dieron lugar a una gran recompensa. En fin, que ninguno de los tres logró dar con la mítica ciudad y sus valiosos tesoros.

Otro explorador alemán que llegó poco después fue Ambrosio Alfinger, que surcó el río Magdalena y llegó hasta Bucaramanga. Allí los indígenas le hablaron de un lugar con mucho oro conocido como Xerira. Probablemente se referían a la meseta de Jerira o Jerida (o meseta de Los Santos), situada en territorio muisca. No se sabe bien el lugar indicado, pero Alfinger desde luego acabó lleno de flechas después de una emboscada de indígenas con mala leche.

En los mismos años otro conquistador, Diego de Ordás, comenzó a explorar el río Orinoco, en el este de la actual Venezuela. Al llegar a la altura del río Meta, unos nativos, probablemente goahibo, le contaron que más arriba, en unas montañas que podrían ser los Andes Orientales, encontraría minas petadas de oro.

Sin embargo, le advirtieron de que aquel lugar era regido por un poderoso rey tuerto que montaba en pequeños animales que Diego de Ordás identificó como llamas, u ovejas del Perú. Se piensa que podría tratarse del Imperio inca que todavía nadie había descubierto, aunque también podría referirse a los muiscas, ya que se sabe que en algún momento de su historia hubo un cacique o rey al que le faltaba un ojo. Este era llamado Tomagata, o Cacique Rabón, y aparte de ser tuerto también tenía cuatro orejas y una cola larga. No queda claro qué tipo de cola, si trasera o delantera.

*

En fin, con la conquista de Colombia y de la Confederación Muisca debería haber quedado el misterio de El Dorado resuelto. Pero no. La leyenda mutó y la gente empezó a especular sobre otras ciudades doradas en algún lugar de la Amazonia, concretamente en una región

conocida como Omagua, situada entre las actuales fronteras de Brasil, Colombia, Perú y Venezuela. Y es que, tras la decepción de la laguna de Guatavita, la esperanza no se perdió (algunos nunca la pierden) y nuevos aventureros ávidos de riquezas empezarían a buscar esta ciudad de leyenda.

La primera expedición que se aventuró a explorar aquella densa selva tropical fue la del capitán Alonso de Alvarado, sobrino de Pedro de Alvarado y que había ayudado a Francisco Pizarro en la conquista de Ecuador. Fue este Alonso de Alvarado quien conquistó a los chachapoyas, una tribu que se escondía en aquella selva. En esa zona los indígenas le contaron que, a quince días de distancia hacia el este, tras pasar una montaña, encontraría una ciudad situada en una llanura con un lago gobernada por un inca llamado Ancallas o Ancoallo. Alvarado y los suyos murieron antes de encontrar nada.

En 1541, Francisco de Orellana comenzó desde Ecuador una expedición que le llevó a sortear los Andes y adentrarse por la espesa selva hasta descubrir el río Amazonas. Lo navegó de oeste a este buscando riquezas, pues se había enterado de que en algún lugar de aquella jungla existía un gran rey de nombre Aomagua que había fundado un reino oculto del mundo en el que atesoraba ingentes cantidades de oro y plata.

Francisco de Orellana navegó desde el oeste del Amazonas hasta su desembocadura, y contó que se enfrentó a tribus de mujeres que atacaron sus barcas desde la orilla, arrojándole a él y a los suyos todo tipo de objetos. Aquello le recordó al mito griego de las amazonas, de ahí que el lugar fuera llamado así. Pero aparte de fiebres chungas que lo llevaron a la tumba en 1546, tampoco encontró nada, y menos ciudades de oro.

Como ya dije, partes de Venezuela habían caído en manos de banqueros alemanes. El teniente general de la ciudad de Coro, Philipp von Hutten, o Felipe de Utre, organizó una expedición a la Amazonia en 1541. Philipp estaba buscando El Dorado y su plan era buscarlo en un lugar llamado Los Llanos, pero unos nativos le dijeron que lo mejor era tomar la ruta del río Guaviare (o Guayuare), hacia una ciudad llamada Macatoa, ya que allí cerca existía un reino rico y próspero. Aquel lugar estaba en territorio de los omeguas o ditaguas, que eran muy ricos, pero también muy belicosos.

Y por lo que contó Philipp, él y su grupo encontraron a unos indígenas en canoa. Tras charlar con ellos, parece ser que les llevaron hasta la ciudad de Macatoa, que era más bien una aldea austera pero de tamaño considerable. Fue allí donde los expedicionarios pudieron pasar varios días de descanso. Comieron, durmieron y se entretuvieron, y días después se prepararon para volver a adentrarse en la jungla y buscar la ciudad de oro a la que llamaban Omegua o El

Dorado.

Según contaron él y sus hombres al volver a la civilización, encontraron la famosa ciudad. ¿Qué? ¿En serio? Bueno, eso dijeron, pero no hay ninguna prueba de ello. Philipp von Hutten describió aquella ciudad que encontró como bella, diferente a cualquier otra de aquel continente. Tenía calles rectas y empedradas, plazas amplias, casas bajas y juntas y arremolinadas en torno a una construcción mucho más grande que sobresalía sobre todas las demás.

Al parecer, aquel era un templo en cuyo interior había ídolos de oro a los que los omeguas adoraban. Los exploradores solo pudieron ver la ciudad desde lejos, pues fueron atacados por la tribu de los omeguas y Philipp acabó herido. Se retiraron, pero pensando en volver, aunque nunca lo hicieron. Desde luego Philipp creyó haber llegado a las puertas de El Dorado.

*

Nuevos rumores llegaron al Perú conquistado por los españoles en los años siguientes. Al parecer, un grupo de 12.000 indígenas había emigrado desde la desembocadura del Amazonas hasta las tierras de los chachapoyas, hito que les había llevado diez años y que causó la muerte de gran parte de ellos. El caso es que, durante su travesía, en lo que era la región de Omagua (no confundir con la tribu omegua), habían encontrado tribus que poseían grandes riquezas. En 1560 estos rumores llegaron al virrey del Perú, Andrés Hurtado de Mendoza, y este organizó una expedición para ir a buscar ese supuesto Dorado perdido por el Amazonas.

La expedición, compuesta por 400 soldados, estuvo al mando de Pedro de Ursúa. El viaje empezó bien, pero conforme avanzaban y veían que en aquel lugar solo había selva y más selva, los ánimos hicieron que los soldados cosieran a puñaladas a Ursúa. Un tipo llamado Lope de Aguirre parece que fue el conspirador detrás de este suceso. Otro soldado, Fernando de Guzmán, se alzó como líder y continuó la expedición, pero debido a sus ambiciones, los exploradores acabaron matándose entre ellos y todo se fue a hacer puñetas.

Tras esto, como no podía ser de otra manera, hubo más expediciones, pero ninguna de ellas encontró nada. Podríamos destacar las de Pedro Malaver de Silva y la de Diego Hernández de Serpa, que no tuvieron un final agradable ni para ellos ni para sus tropas. Hambre, enfermedades y flechazos. De oro, nanai.

25. LA CIUDAD DE MANOA

En el capítulo anterior hemos conocido la historia del mito de El Dorado. La leyenda de la Ciudad de Manoa viene a ser lo mismo. De hecho, se la considera una evolución de este. Ahora lo que cambia es la localización, pues en vez de ubicarse en algún lugar de la Amazonia profunda, ahora la ciudad de oro con una enorme laguna se encontraba en el territorio de las Guayanas (que incluye la Guayana venezolana).

Todo comienza en 1584 con una expedición liderada por el conquistador español Antonio de Berrío, quien era gobernador de Puerto Rico. Como todo el mundo en aquellos años, él buscaba El Dorado en la Amazonia profunda. Sin resultados, volvió a intentarlo en 1587, pero nada. En 1590 tuvo lugar una tercera expedición, pero Antonio de Berrío se tuvo que volver a casa debido a la muerte de su mujer.

Durante estos viajes le contaron historias de un nativo que había sido esclavizado por los manoas, la tribu que controlaba Manoa, y que aquel lugar era increíble. El cacique tenía un enorme palacio lleno de riquezas y con bellos jardines, situado a orillas de un enorme lago llamado Parime. De un río cercano sacaban ingentes cantidades de oro con el que hacían láminas, y todos sus habitantes llevaban objetos hechos con este material.

Antonio de Berrío no iba a cesar en su búsqueda, y menos tras obtener una nueva pista que parecía tener bastante futuro. Se trataba de un diario que ubicaba la ciudad de Manoa en algún lugar por el río Orinoco, en el territorio de las Guayanas. Su dueño parece ser que era un tipo llamado Iones Martínez, uno de los artificieros de la expedición de Diego de Ordaz por el río Orinoco tiempo atrás.

*

Según contaba en el diario, Iones Martínez iba en un pequeño barco por el Orinoco. Por una infracción que él había cometido, comenzó un incendio en un polvorín, y como castigo fue abandonado por los suyos sobre una canoa en el río. Su destino era la muerte, pero tuvo la suerte de que un grupo de aborígenes lo encontrara y le condujera a la gran ciudad de Manoa, una ciudad enorme donde abundaba el oro, y cuyo rey era llamado el cacique dorado.

Según Iones, aquellas gentes tenían por costumbre dar fiestas donde todos se emborrachaban hasta límites nunca antes vistos por ninguna tribu en América, y se despelotaban y se untaban con bálsamos (curcai) y oro en polvo, que soplaban a través de cañas. Esta gente permanecía borracha y cubierta de oro durante días, mientras bebían, bailaban y hacían de todo. Una historia bastante parecida a la tradición de los muiscas, desde luego. De hecho, hasta las ropas de esta gente eran de oro, incluyendo espadas, armaduras y escudos, y los niños incluso jugaban con pelotas de oro. Se harían un daño en los pies de la leche, pero oye, eso es lo que contaba ese tipo.

En esa ciudad, Manoa, Iones permaneció siete meses. Después de ese tiempo decidió emprender un viaje a casa con un pequeño cargamento de objetos de oro que el cacique de la ciudad le había regalado. El problema fue que lo perdió casi todo cuando fue atacado por los indígenas orenoqueponi, quienes eran los enemigos de los manoa.

Iones Martínez llegó hasta la isla de Puerto Rico con intención de volver a España, pero murió antes de poder embarcar. El poco oro que le quedaba lo donó a una iglesia local y allí escribió su historia en el famoso diario, que terminó en la Cancillería de San Juan de Puerto Rico hasta que llegó a manos de Antonio de Berrío, quien como dije era el gobernador de Puerto Rico.

*

En el año 1592, Antonio de Berrío fundó la ciudad de San José de Oruña en la isla de Trinidad, frente a la costa venezolana, y desde allí planearía una nueva expedición. Sin embargo, llegaron problemas de la mano de un corsario inglés llamado Walter Raleigh. Este tío estaba abordando barcos por la zona del mar Caribe cuando en uno de estos barcos que había interceptado encontró cartas de Berrío diciendo que había encontrado El Dorado.

Walter Raleigh fue cagando leches a Trinidad y asaltó la ciudad de San José de Oruña para hacerle prisionero. Así fue como Antonio de Berrío emprendió una cuarta expedición, solo que esta vez a la fuerza. Las cinco naves de los corsarios ingleses remontaron el río Orinoco hasta el río Caroní, pero las fuertes corrientes de aquel lugar impidieron cualquier avance. Intentaron pedir ayuda a las tribus guayanesas de la zona, lideradas por un cacique llamado Wanuretona, pero este les amenazó diciendo que Manoa estaba protegida por ellos y por muchas otras tribus, así que mejor que se dieran media vuelta. Finalmente, Walter Raleigh decidió hacer caso a los nativos, y dio media vuelta para posteriormente liberar a Berrío.

Aunque eso sí, a su vuelta a Inglaterra, Walter Raleigh publicó un libro titulado *El descubrimiento del vasto, rico y hermoso imperio de las*

Guayanas con un relato de la poderosa y dorada ciudad de Manoa que los españoles llaman El Dorado. Un título que no sabemos bien cómo pudo caber en la portada, ese es el auténtico misterio y no la ciudad perdida de oro.

Básicamente el corsario inglés se dedicó a venirse muy arriba con el tema de la leyenda y se inventó un montón de cosas. ¿Por qué hizo esto? ¿Por fama? Pues puede ser. Y supongo que Raleigh también tenía la idea de que, si decía que efectivamente existía una ciudad llena de oro, otros corsarios británicos se animaran a ir a aquel territorio a explorar y rapiñar. Describió la famosa ciudad perdida situada en la orilla de un enorme lago (luego llamado lago Parima) y rodeada por llanuras y montañas. Él mismo dirigió una nueva expedición en 1616, pero fue un desastre.

Pero volvamos con la historia de Antonio de Berrío. En 1595 volvió a la cuenca del Orinoco y fundó el puerto fortificado de Santo Tomás de Guayana, que hoy en día se llama Ciudad Bolívar, y está situada en el centro de Venezuela. Allí se quedó el hombre esperando la llegada desde Bogotá de su hijo Fernando de Berrío, quien le había prometido llevar refuerzos. Sin embargo, el chaval se encontró con su padre moribundo y la ciudad de Santo Tomás prácticamente abandonada.

Su padre falleció poco después, y Fernando de Berrío tomó las riendas de aquella gobernación. También hizo algunas expediciones en las que no encontró El Dorado, pero encontró otra cosa bastante bonita: el Salto del Ángel, considerada la cascada de agua más alta del mundo. Está situada en el Parque Nacional Canaima, en el sureste de Venezuela, y tiene su origen en la Montaña del Diablo, o Auyantepui, una gigantesca meseta que ha dado lugar a un sinfín de leyendas y que ha inspirado multitud de obras de ficción. Allí se ubicaba el Mundo Perdido en la novela de Arthur Conan Doyle y allí era donde tenían que llegar los personajes de la película de Pixar *Up*.

Multitud de expediciones se sucedieron sin resultado alguno. Con el paso del tiempo todo parecía indicar que la famosa Laguna de Parima de la leyenda, es decir, Manoa, se trataba en realidad de un valle llamado Rupununi que se inundaba periódicamente debido a las crecidas estacionales de la cuenca fluvial de los ríos Branco y Parime. Esta teoría pudo ser confirmada por los geógrafos y exploradores Alexander von Humboldt y Aimé Bonpland a principios del siglo XIX. Pero desde luego, allí no hubo jamás una ciudad de oro.

26. LA CIUDAD PERDIDA DE Z

La ciudad perdida de Z viene a ser la historia de El Dorado pero en Brasil, concretamente la ubican en el estado de Mato Grosso, en la Amazonia suroeste, cuyo nombre en portugués viene a significar «selva espesa», porque en general eso es lo que encontrarás si vas allí. Si eres un fan de las selvas tropicales peligrosas, genial, pero si no lo eres, te recomiendo viajar a alguna ciudad más costera, que te lo pasarás mejor.

No es de las ciudades perdidas más conocidas, pero últimamente ha dado que hablar, no por algún descubrimiento nuevo, sino porque hace tres años, en 2017, se estrenó una película sobre su búsqueda, *La ciudad perdida de Z*. El actor Charlie Hunnam interpretó al explorador británico Percy Fawcett, en torno al cual gira toda esta historia.

Por ello, creo que lo mejor es empezar contándoos su vida para que sepamos cómo acabó en la selva buscando una civilización oculta. Percival Harrison Fawcett nació en 1867 en Torquay, en el Reino Unido. Tenía un hermano mayor llamado Edward, y parece ser que los dos eran desde críos unos aficionados de la leche a la aventura. Su historia era muy del estilo de Lara Croft, ya que aquella afición vino de su padre, quien había servido durante muchos años en la India británica y además era miembro de la Royal Geographical Society. Vamos, que estaba curtido en el tema de exploraciones.

A la edad de veinte años Percy Fawcett se alistó en la Real Academia Militar Británica como cadete y acabó sirviendo en Hong Kong, en Malta y en Trincomalee, en la isla de Ceilán (Sri Lanka). Fue allí donde conoció a su esposa, Nina Agnes Paterson. Ambos se casaron en 1901 y tuvieron tres hijos: Jack, Brian y Joan.

Después de eso trabajó para la Royal Geographical Society, al igual que su padre, y estuvo en el servicio secreto británico en el norte de África. Se cuenta que en esos años Fawcett trabó amistad con el escritor Arthur Conan Doyle, y los viajes del muchacho parece que le inspiraron para su gran obra *El mundo perdido*.

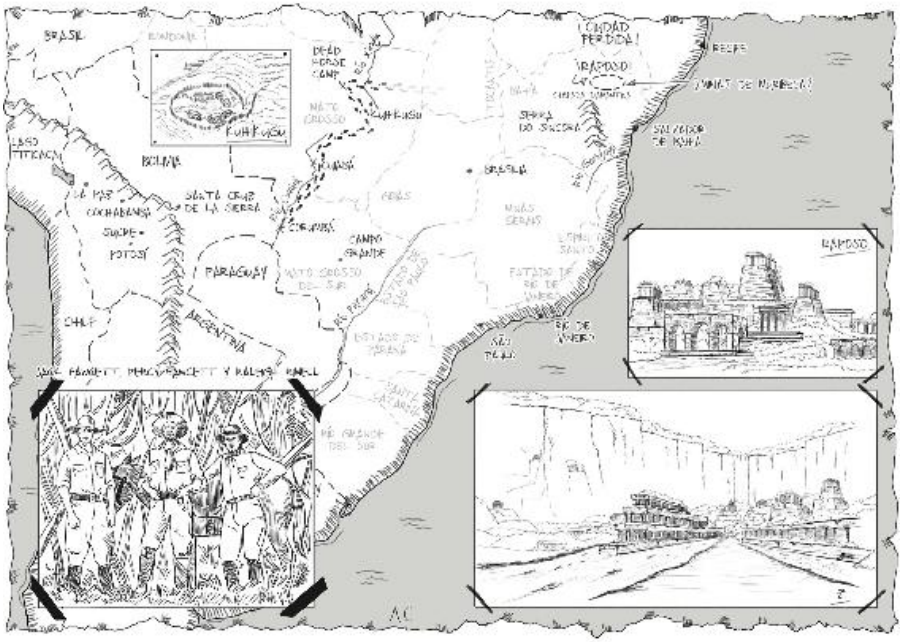
En 1906, Fawcett fue enviado por la Royal Geographical Society a Sudamérica. Su misión era la de cartografiar un área selvática situada entre Perú, Brasil y Bolivia, concretamente en el ya mencionado estado de Mato Grosso, porque parece ser que entre estos países había una disputa por ver quién se quedaba con parte de ese territorio.

Vamos, que la misión era simplemente dibujar unas fronteritas. Pero ojo, que de simple no tenía nada.

Desde La Paz, en Bolivia, emprendió la expedición y se internó en aquella espesa selva. A su vuelta contó que se había enfrentado a una gigantesca anaconda de al menos 20 metros de longitud y que había visto animales que todavía eran desconocidos para la comunidad científica de la época, como arañas gigantes y gato-perros. Faltaba el hombre-oso-cerdo de South Park para completar el pack criptozoológico. Y claro, mucha gente se lo tomó a pitorreo y se rio de él.

A Fawcett esta actitud de la comunidad científica no le hizo ni pizca de gracia, y en los años siguientes realizó hasta siete expediciones más por el lugar. La última tuvo lugar en 1925 y en ella desapareció misteriosamente y nunca más se supo de él, pero enseguida llegaremos a eso.

En 1914 estalló la Primera Guerra Mundial y Fawcett, de casi cincuenta años de edad, regresó a Europa para servir en el ejército británico como oficial de reserva en la Artillería Real. Acabó como jefe de una brigada de artillería en Flandes. Cuatro años después la guerra concluyó y Fawcett pudo continuar con sus exploraciones en Brasil.



Aquí tenemos que hablar de un documento antiguo llamado *Manuscrito 512*. Resulta que en el año 1839 el naturalista brasileño Manuel Ferreira Lagos estaba trabajando en la Biblioteca Nacional de Brasil cuando se topó con un documento antiguo y algo deteriorado. Era un texto de diez páginas escrito en portugués durante algún momento del siglo XVIII, en la época del Brasil colonial. En él se hablaba de que en la selva de Mato Grosso se escondía una antigua ciudad en ruinas que parecía haber estado habitada por una civilización bastante avanzada. De hecho, el título que encabeza ese documento es *Relación histórica de una oculta y gran población, antiquísima, sin moradores, que se descubrió en el año de 1753*.

¿Quién escribió este misterioso documento? No se sabe, el documento es anónimo. ¿Qué se cuenta en él? Pues las aventuras y desventuras de diez cazadores de fortuna, lo que en Brasil se conoce como bandeirantes. Estos se perdieron durante casi una década en la selva del estado de Bahía, en el este brasileño, mientras buscaban otro lugar legendario, las minas perdidas de Muribeca. Según el mito, estas minas estaban llenísimas de oro y plata y son conocidas como El Dorado brasileño.

*

Hagamos un resumen rápido de esta historia. En 1509 o 1510, durante la conquista de lo que hoy es Brasil, un portugués llamado Diogo Álvares Correia naufragó frente a la costa de la bahía de Todos

los Santos (donde hoy se encuentra la ciudad de Salvador de Bahía). Su tripulación fue asesinada por los indígenas tupinambas, pero Diogo Álvares logró sobrevivir gracias a su mosquete, que asustó a los nativos. Debido a ello, estos le apodaron Caramuru, o hijo del trueno.

Pues bien, durante años Caramuru convivió con aquellos tupinambas y hasta se casó con la hija del jefe de la tribu. Aquella chavala se llamaba Paraguaçu, aunque luego se bautizaría y pasaría a llamarse Catarina. Caramuru acabó entrando en contacto con otros europeos y se convirtió en traductor y diplomático. Y también sus hijos acabaron enrollados con europeos y le dieron nietitos. Uno de ellos fue Belchior Dias Moreira.

Tiempo después, en 1574, el gobernador general de Brasil, Luis de Brito de Almeida, envió varias expediciones para buscar minas de oro y plata y sierras de esmeraldas. Tras muchos fracasos, Gabriel Soares de Sousa, primo de Belchior Dias Moreira, logró dar con una mina llena de riquezas en la Chapada Diamantina, una zona con muchas mesetas situada en el estado de Bahía. Posteriormente Belchior ubicó el lugar en los mapas y dio a conocer el descubrimiento. Parece que el apodo indígena de Belchior Dias Moreira era Muribeca, aunque otros dicen que era el de su hijo, Roberio Dias. Esto último es lo más probable.

Motivado por el éxito de la expedición, se cuenta que Muribeca (fuera quien fuera de los dos) viajó a España para revelarle al rey Felipe II la localización de aquel lugar a cambio de obtener el título de marqués. Todo parecía ir bien, pero cuando Muribeca se enteró de que el rey iba a tangarle, decidió dejar de hacer de guía y acabó arrestado. Lo único que se sabe con certeza es que el tipo fue a prisión, pero los motivos de su viaje y los motivos de su arresto no quedaron demasiado claros.

Después de eso no se sabe qué pasó con él, pero seguramente acabase muriendo en la cárcel. Tras eso, otras muchas expediciones partieron de las ciudades brasileñas más importantes en busca de las famosas minas de Muribeca, pero nadie las encontró nunca.

Una de estas expediciones, realizada entre 1743 y 1753, sería la de los tipos que escribieron el *Manuscrito 512*. Según el relato, estos bandeirantes estaban tranquilamente explorando la selva brasileña de Bahía cuando les entró algo de gazuza y se pusieron a perseguir a un venado para intentar cazarlo. Siguiendo el rastro del animal, los exploradores se toparon con un camino empedrado escondido por la maleza. Todos se pusieron a seguir la ruta de piedras. Desde lo alto de una montaña pudieron contemplar las ruinas de una extraña ciudad y decidieron bajar a explorarla. La única forma de entrar en ella era a través de una avenida empedrada y adornada con una enorme construcción compuesta por tres arcos, siendo el del medio mayor,

algo que les recordó mucho a los típicos arcos del triunfo romanos.

Las casas, también de piedra, parecían haber sido abandonadas hacía mucho tiempo, y la maleza había devorado gran parte del lugar. En una de las calles había una plaza con una enorme columna de piedra negra en el centro y con una estatua humana en su cima, algo que también les recordó a la antigua Roma, concretamente a la Columna de Trajano, sobre la cual este emperador grabó imágenes de su victoria durante la campaña contra los dacios, unas gentes que vivían en lo que hoy es Rumanía.

También describieron un palacio y un templo, cuyas fachadas contenían algunos relieves bastante deteriorados por el paso del tiempo. En ellos se podían leer inscripciones que ninguno de los integrantes de la expedición supo identificar. Cerca de allí encontraron una casa de campo con algunas riquezas, y también una catarata y, al lado, unas minas abandonadas donde parece ser que los antiguos pobladores de la ciudad habrían extraído plata y otros minerales.

Sin embargo, poco después los exploradores sufrieron el ataque de algunos nativos de la zona y tuvieron que dar media vuelta. A su regreso escribieron ese documento contando su experiencia. Bueno, supuestamente, porque como ya he dicho, no se sabe quién lo escribió exactamente. Pero independientemente de ello, si el tema de una ciudad en ruinas de estilo grecorromano escondida en la selva ya era de por sí muy atrayente, imaginaos si a eso le añades lo de los yacimientos de oro y plata a su alrededor. Ya tienes la leyenda de El Dorado brasileño.

Desde luego, en aquella época no se sabía si aquella historia era real o un cuento chino, pero el documento se volvió tan famoso que actualmente está considerado como uno de los más importantes de la Biblioteca Nacional de Brasil, que está en Río de Janeiro, y de la arqueología brasileña.

Influyó tanto en aquellos años más que nada porque Brasil había logrado su independencia hacía poco, en 1822, y el emperador Pedro I de Brasil y IV de Portugal necesitaba crear símbolos nacionales y de un pasado superguay con culturas molonas. Los mexicanos tenían aztecas y mayas, los peruanos a los incas. Brasil también quería tener su civilización avanzada. Por esa razón le dieron bastante bombo a aquel relato.

Y es que, ya en el pasado, los exploradores siempre habían escuchado rumores de ruinas en la selva y cosas así. Fue por esto por lo que del año 1840 en adelante el Instituto Histórico y Geográfico Brasileño organizó diferentes expediciones para intentar hallar pruebas de lo que contaba el *Manuscrito 512*. Ninguna halló evidencias de aquellas ciudades ruinosas.

Destacan las expediciones del canónigo Benigno José de Carvalho e

Cunha, quien inspeccionó la zona de la Sierra de Sincorá y entrevistó a muchos nativos. Le contaron muchísimas cosas: historias de una antigua ciudad tragada por una inundación, unas minas que emitían sonidos extraños, unas ruinas protegidas por un temible dragón… Había de todo.

A finales del siglo XIX se empezó a considerar la idea de que el relato de aquel manuscrito fuera una ficción con tintes de realidad, y que las ruinas que describían eran formaciones rocosas bastante extrañas como las encontradas en la Chapada o Meseta Diamantina, situadas en el estado brasileño de Bahía, en la costa atlántica.

Se trataría de mesetas con paredes rectas y rocosas que se levantarían metros y metros por encima de los cerros, dándole al lugar un aspecto bastante ciclópeo. Son parecidas a las formaciones rocosas de África del Sur que ya mencioné en la parte de la ciudad perdida del Kalahari.

Percival Fawcett estaba intrigadísimo por aquella historia. Le hacía bastante ilusión encontrar una ciudad perdida. Ya os dije que el chaval tenía mentalidad de Lara Croft o Indiana Jones. Bueno, es que, de hecho, el personaje de Indiana Jones está muy inspirado en este tipo. Así lo dijo George Lucas en algunas entrevistas.

El explorador británico llamó al lugar Ciudad de Raposo, porque llamaba Francisco Raposo al autor del manuscrito, aunque no se supiera su nombre. ¿Se lo inventó? Pues no se sabe. Quizás pensó que el autor del documento fue el explorador y bandeirante Antonio Raposo Tavares, quien vivió más o menos en la época en la que fue escrito el documento.

Sin embargo, Fawcett no buscaba la ciudad del estado de Bahía, sino que buscaba una ciudad perdida en Mato Grosso, más al oeste, y a esa ciudad la denominó «Z». ¿Por qué ese desvío geográfico? La verdad, no se sabe bien, pero es que hay que reconocer que Fawcett tenía ideas un poco locas.

Según él, Z no era una sola ciudad, sino que en aquella selva habría varias y que serían los remanentes de los habitantes de la Atlántida. Debido al contacto con humanos, estos atlantes habrían degenerado e involucionado, pero aun así habrían construido fantásticas ciudades avanzadas en las que morar el resto de sus días.

Y es que, durante su expedición de 1921 y tras recorrer la región del río Gongogi, Fawcett logró entrar en contacto con nativos de la zona que le confirmaron la existencia de diferentes ciudades perdidas diseminadas por el lugar. Ahora solo faltaba encontrarlas. Por cierto, en esta expedición sí que fue a la región de Bahía y ahí no encontró nada.

Llegamos al año 1925, el de la desaparición de Fawcett. Ese año emprendió una última expedición esta vez acompañado por su hijo

mayor, Jack Fawcett, el cual también desapareció. Y otro que desapareció fue el mejor amigo de Jack, Raleigh Rimell. Aparte de estas dos personas, el resto del grupo estaba compuesto por dos arrieros locales que eran los encargados de transportar dos caballos, dos perros y ocho mulas, encima de las cuales iba todo lo necesario para sobrevivir.

Lo cierto es que Fawcett siempre fue un tipo muy meticuloso y estaba bien preparado. Llevaba armas de fuego, bengalas, alimentos enlatados… Además, ya tenía muchísima experiencia en la zona, pues se había pasado media vida en aquellas selvas. Se llevaba bien con muchas tribus nativas, conocía sus costumbres y más o menos podía comunicarse con ellas sin perturbar su modo de vida. También sabía que, por supuesto, había tribus que eran bastante peligrosas y que se liaban a flechazos nada más ver a cualquiera que no fuese de su tribu. Fawcett sabía eso y lo tuvo en cuenta a la hora de organizar la expedición.

En fin. El 20 de abril de 1925 el grupo partió de Corumbá, ciudad en la frontera entre Bolivia y el estado brasileño de Mato Grosso del Sur, y pusieron rumbo norte.

Lo último que se supo de ellos fue a través de una carta que Fawcett le envió a su esposa. En ella decía que se encontraban junto al río Xingú, un afluente del Amazonas situado al norte de Mato Grosso. Allí habían levantado el campamento Dead Horse, y al día siguiente se adentrarían en tierras inexploradas. El campamento se llamaba así, «Caballo Muerto», porque precisamente allí se le había muerto un caballo en otra expedición realizada cinco años antes.

Tras eso, los exploradores se esfumaron de la faz de la tierra. Fueron tragados por la selva y nunca más se supo de ellos. Jamás se encontraron sus cuerpos.

Antes de partir, Fawcett parece que dejó instrucciones para que, si él y sus compañeros de expedición no volvían, no los buscaran, porque de lo contrario, los rescatadores sufrirían el mismo destino. Actualmente no se tiene claro si esto es cierto o forma parte del mito. De todas formas, a pesar de la supuesta advertencia, hubo varias expediciones de búsqueda en las que en total murieron aproximadamente cien personas. Total, para nada, porque no encontraron al explorador británico ni ninguna pista que pudiese dar cuenta de su paradero.

Existen diversas teorías de lo que pudo haber pasado. Una es la enfermedad. Puede ser que fueran cayendo enfermos debido a los bichos e insectos del lugar; picaduras de mosquitos o serpientes. Esa zona está plagada de estos seres. También podrían haber muerto por ingerir comida en mal estado o beber agua insalubre de los ríos.

Otra teoría es que fueran atacados por fieras salvajes del lugar. Que

anacondas de 20 metros, como la que describió Fawcett después de su primer viaje, se los zamparan entra dentro de lo improbable, pero no imposible.

Finalmente estaría la teoría de que tribus hostiles acabaron con ellos. Se sabe que allí vivían tribus como los suyás o los xavantes, y quizás alguna de ellas pudo haber visto a la expedición como una amenaza al entrar en sus tierras.

Con el pasar de los años, algunos otros exploradores encontraron restos de la expedición de Fawcett. Por ejemplo, en 1927 se encontró una placa identificativa de Fawcett que estaba en posesión de una tribu. Posteriormente, se llegó a la conclusión de que aquella chapa fue perdida por el explorador cuatro años antes de su desaparición.

Lo mismo pasó en 1933, cuando el coronel Aniceto Botelho encontró una brújula de la expedición de Fawcett en territorio de otra tribu. Posiblemente el explorador británico habría regalado aquellos objetos a jefes tribales, algo que se sabe que era bastante común.

*

La expedición del danés Arne Falk-Ronne tuvo lugar durante los años sesenta. Él estuvo explorando la zona y tuvo contacto con los hermanos Villas-Boas, activistas que luchaban por el derecho de los pueblos indígenas de la selva. Uno de estos hermanos, Orlando, le contó que una década antes él pudo conocer el destino de Fawcett porque se lo contaron los que lo mataron.

Al parecer, el tal Orlando le habló de un indígena llamado Comatzi, quien en aquel entonces era el jefe de los kalapalo. Pues bien, este Comatzi le contó a Orlando tiempo atrás que su padre Izarari, años antes, cuando era el jefe de la tribu, se enteró de la llegada de extranjeros a su territorio. Es decir, la llegada de Fawcett y los suyos.

Los tres expedicionarios llegaron a la aldea de los kalapalo bastante enfermos, e Izarari decidió cargárselos. Los cadáveres de Jack y Raleigh fueron tirados al río, pero el cadáver de Percy, de sesenta años de edad, fue respetado por su edad y enterrado en un lugar cercano.

Orlando logró que esta tribu le dejase llevarse los huesos del que supuestamente era Fawcett. Esos restos fueron enviados a un equipo de expertos del Royal Anthropological Institute de Londres, y tras hacer diversas pruebas con ellos se afirmó que no eran los restos de Fawcett.

En 1998 un explorador inglés llamado Benedict Allen llegó a la zona y se adentró en territorio kalapalo. Quería conocer de primera mano más sobre todo lo que había contado Villas-Boas años antes, y por ello Allen, junto a un equipo de la BBC, entrevistó a un anciano de la tribu. Este era llamado Vajuvi, y contó que su tribu no tenía nada que ver con la muerte de Fawcett.

Existe una teoría un poco loca, surgida en 2004 a raíz de un artículo en el periódico británico *The Observer*, que dice que Fawcett decidió quedarse a vivir en la selva junto a su hijo para crear una comuna tribal basada en principios teosóficos y en la cual Jack fuera adorado como un dios. Parece que esta teoría surgió porque un niño indígena empezó a decir que era nieto de Fawcett.

Al año siguiente, en 2005, el reportero del *The New Yorker* David Grann visitó a los kalapalo con la intención de seguir los pasos de Fawcett y estos le dijeron que según contaban sus antepasados, sí recibieron la visita de Fawcett pero no lo mataron. Le dejaron encaminarse más al este a pesar de las advertencias sobre tribus hostiles que no dudarían en matarlos.

Los tres expedicionarios siguieron más al este mientras los kalapalo observaron durante cinco días el humo de sus campamentos alejarse más y más. Hasta que un día no hubo humo.

David Grann publicó en 2009 su libro *La ciudad perdida de Z*, recopilando todas sus investigaciones y todos los artículos que publicó con anterioridad. De hecho, la película que se filmó recientemente estuvo basada en esta obra. Como toda adaptación, se tomó varias licencias. Entre ellas, Raleigh Rimell no existe en esta versión.

*

Aparte de selva y desapariciones misteriosas, ¿se sabe algo de ciudades perdidas en mitad de la selva de Mato Grosso? Pues parece que sí que hay algo. El antropólogo estadounidense Michael J. Hackenberger anunció el descubrimiento de una ciudad antigua ubicada cerca del río Xingú, a orillas del lago Dourada. Su nombre es Kuhikugu.

Aquel asentamiento tenía forma circular y estaba rodeado por una empalizada de madera y una zanja defensiva. En su interior había diferentes chozas de madera con tejados de paja y algunos jardines y cultivos de yuca, y en su centro una amplia plaza. Y no es la única ciudad de esas características. Por la zona parece haber unas veinte más, pero todavía se está investigando.

Es verdad que no son ciudades avanzadas en lo tecnológico, pero sus murallas y sistemas defensivos, comparados con los de sus vecinos, quitaban el hipo. Sin duda, el descubrimiento de Kuhikugu ha sido realmente importante para la antropología e historia brasileña.

Posiblemente las gentes que habitaban aquellos lugares fueran los antepasados de la tribu de los kuikuro, que actualmente viven por la zona, y la abandonaran por razones aún desconocidas hace cuatrocientos o quinientos años. Al parecer Kuhikugu estaba cerca de donde Fawcett fue visto por última vez. ¿Se unió a ellos? ¿Tuvo nietecitos? ¿Lo asesinaron? Quizás nunca sepamos la respuesta.

27. AKAKOR, UNA CIUDAD PERDIDA INVENTADA

Siguiendo la estela de la Ciudad Perdida de Z, habría que hablar de Akakor, otra ciudad perdida que dicen que estaría ubicada justo por esa misma zona. Pero ojo, porque esta leyenda, si podríamos llamarla así, tiene bastante poca credibilidad.

Akakor sería una ciudad subterránea muy antigua ubicada en la selva entre Brasil, Perú y Bolivia. La primera mención a esta ciudad apareció en el libro *La crónica de Akakor*, obra de un periodista alemán llamado Karl Brugger, que fue publicado en 1976. Karl Brugger era un estudioso de las culturas indígenas de América del Sur, y tras realizar varias expediciones a aquel lugar, escribió sobre la existencia de una ciudad perdida de nombre Akakor.

Todo empezó en 1972, cuando Karl Brugger estaba en Río de Janeiro, Brasil, como corresponsal de la prensa alemana. Por alguna razón, el alemán acabó en la ciudad de Manaos, la capital del estado de Amazonas, y allí, en una taberna, se encontró con un tipo un tanto extraño que trabajaba como guía por la selva. Era Tatunca Nara, un indígena del Amazonas, que afirmaba ser un jefe tribal muy importante. El tipo se autodenominaba «príncipe de Akakor», una ciudad subterránea en la que vivían él y más de dos mil soldados alemanes que habían huido de Alemania tras el final de la Segunda Guerra Mundial. Habrían llegado entre 1941 y 1945 en submarinos. Y también decía que en la selva había una pirámide construida por extraterrestres.

Según su relato, él era descendiente de una civilización muy antigua llamada Ugha Mongulala, que hace 12.000 años, con ayuda de los dioses, levantó tres ciudades muy poderosas: Akanis, Akakor y Akahim. Esta gente sería la encargada de llevar el registro de toda la actividad del planeta, y para ello tenían piedras mágicas con las que podían ver qué pasaba en cualquier parte del mundo. Además, le dijo a Brugger que cuatro de los dioses se habían automomificado y estaban en una de las estancias de Akakor.

Tatunca dijo que era descendiente de aquellas gentes, pero para justificar su aspecto europeo aseguró que su madre había sido una enfermera alemana capturada por los indios tiempo atrás y que acabó siendo la esposa del líder de Akakor, su padre.

Como a Karl Brugger le intrigó mucho aquella historia, decidió recoger el testimonio de aquel tipo en el libro anteriormente mencionado.

La historia se pone muy intrigante, porque en 1984 Brugger fue asesinado de un disparo mientras paseaba junto con un amigo por las playas de Ipanema, en Río de Janeiro. Jamás pillaron al asesino, y además se rumoreó que su piso había sido registrado y algunos documentos que el alemán guardaba habían desaparecido. Se sospechó de Tatunca por algunas discusiones que habían tenido por los *royalties* del libro. Tatunca exigía su parte y Brugger decía que no le iba a dar ni un céntimo.

Y la historia se volvió aún más chunga cuando se empezó a investigar al Tatunca aquel. Parece ser que durante los años ochenta varios turistas y aventureros que fueron con este guía selvático desaparecieron sin dejar rastro. Concretamente tres fueron los casos de desapariciones investigadas. Primero la del estadounidense John Reed en 1980, luego la del suizo Herbert Wanner en 1983 y finalmente la de la profesora de yoga sueca Christine Heuser en 1987. Poco después se encontró un cráneo humano tirado en mitad de la selva y resultó ser del turista suizo, pero no hubo ninguna prueba sólida para inculpar a Tatunca.

Se le investigó y resultó que el tipo era en realidad un alemán con problemas mentales de nombre Hans Günther Hauck. Parece ser que, por problemas económicos, este hombre no podía pagar la manutención de su esposa e hijos en Alemania. En 1966, como era marinero, saltó del barco en el que trabajaba durante una parada en Brasil y en este país empezó una nueva vida. En aquel lugar se habría dedicado durante años a ser un guía por la selva amazónica y al parecer se aburría mucho y se inventó leyendas de una ciudad perdida para conseguir atraer clientela.

En 1990, un activista y aventurero alemán llamado Rüdiger Nehlberg tuvo ganas de investigar el asunto. Junto con el productor de cine Wolfgag Brög, engañó al Tatunca para que les guiara en una expedición por la selva. De esta experiencia salió el documental *El misterio de Tatunca Nara*. En él expusieron sus constantes contradicciones sobre sus relatos fantásticos de ciudades perdidas, pero no lograron que confesara si mató a esos turistas. Aun así, se llegó a la conclusión de que todo lo relacionado con la ciudad de Akakor era un montaje.

Si el nombre de Akakor os suena de algo pero no sabéis bien de qué, quizás sea por *Indiana Jones y el reino de la calavera de cristal*, estrenada en 2008. En esta película nuestro querido aventurero Indiana Jones se adentra en las selvas de Sudamérica para buscar una ciudad perdida y construida por extraterrestres interdimensionales

llamada Akator. Parece ser que tomaron elementos de la historia de Karl Brugger, de Z, El Dorado y teorías conspirativas varias e hicieron un mix que quedó bastante raro.

28. PAÍS DE CUCAÑA O DE JAUJA

¡Deja de vivir en el país de Jauja! Si eres lo suficientemente viejo, seguramente tus padres te hayan regañado alguna vez con esa expresión. ¿Sabes de dónde proviene? Pues como te puedes imaginar, su origen está en un lugar perdido en el territorio de lo legendario.

En realidad, el nombre original de este lugar mitológico era el País de Cucaña. Era muy conocido a finales de la Edad Media, y se trataba de una tierra mágica muy parecida al Jardín del Edén de la Biblia. Se podría decir que era una arcadia feliz. Un lugar de placer, satisfacción y comodidad. No existían el hambre, la miseria ni las enfermedades. Nadie te oprimía y estabas libre de responsabilidades.

Allí las gentes no tenían que trabajar ni labrar los campos, pues había alimento de sobra para todo el mundo. No es que los alimentos crecieran espontáneamente de los árboles, es que todo, absolutamente todo, era comida. Las montañas estaban hechas de queso, los caminos de pasta y los ríos eran de vino, unos, y otros de leche. Podías elegir si tomar cereales o ponerte pedo.

También se cuenta que en aquel lugar los cerdos se paseaban con un tenedor ya clavado en su espalda para podértelo zampar así rapidito, y también había pollos asados que crecían de los árboles. Una fantasía para el habitante medio de Estados Unidos.

Precisamente fue en este país donde se popularizó el término «País de Cucaña» durante los años sesenta del siglo XX. Fue cosa del movimiento *hippie*, y para esta gente, aquel lugar representaba un mundo nuevo donde todo lo que se imaginaba se hacía realidad. Y una forma de llegar a él era a base de porretes y psicotrópicos.

El término en inglés es *cockaigne*, que suena casi igual que *cocaine* o cocaína. Pero etimológicamente no tienen nada que ver esas dos palabras, aunque es una asociación curiosa. El término cucaña vendría del latín *coquina*, es decir, cocina, o del germánico *küche*, que es un término parecido a cocinado. Quizás hacía referencia a la abundancia de alimento. Y además existe el término en francés antiguo *cocagne*, que vendría a significar algo así como «regocijo», «júbilo».

Al igual que en el caso de los *hippies* estadounidenses, este mito del País de Cucaña funcionaba como una vía de escape en tiempos medievales. Y es que en aquella época la vida era muy, muy dura. Imagina que eres un campesino en una granja en mitad de la nada,

trabajando todo el día con mucho calor en verano, en invierno con mucho frío, siempre con riesgo de ser asesinado por bárbaros… Un horror. El único consuelo que tendrían por las noches sería rezar a Dios, pensar en el cielo e imaginárselo como este País de Cucaña donde todo lo imaginable era posible.

El mito representaba lo opuesto a aquella miserable vida. En el País de Cucaña no existían las restricciones morales impuestas por la Iglesia católica, y podías hacer todo lo que quisieras y más. Era el sueño de convertirse en una especie de rey al que nada faltaba.

Había gente que decía haber estado en él, y que decía que era real, que existía y que se podía acceder en cualquier momento. La entrada era una montaña hecha de papilla por la que había que excavar un túnel. Se podría decir que el País de Cucaña no estaba en ningún lugar concreto, sino que sería como un mundo paralelo.

Al parecer, durante los siglos XV y XVI se puso de moda referirse a un rico y próspero lugar del sur de Francia como País de Cocagne. Esta región era Lauragais, muy cerquita de Toulouse, y le pusieron aquel apodo por ser una gran productora de unos dulces llamados *cocagnes*. Podría ser que fuera ahí donde se originara el mito, no se sabe bien.

Estas *cocagnes* eran unas populares bolitas formadas por hojas deshidratadas sacadas de una planta llamada *Isatis Tinctoria*, con las que también se fabricaba un tinte azul. Y es que el color azul siempre estuvo muy asociado a Francia y era muy complicado conseguirlo en la época. Se piensa que la gran prosperidad que vivió esta región durante aquellos siglos fue debida al cultivo de esta planta y su conversión en tinte azul. Los reyes y nobles de Francia debían de codiciarla mucho, para que así pudieran decir que tenían sangre azul, seguramente.

El problema fue que llegó el siglo XVII y con él la decadencia, pues se abrieron rutas comerciales con la India y de allí llegaron otros tintes azules mucho más baratos.

*

Y ahora diréis. Vale, pero ¿de dónde sale el término con el que ha empezado este capítulo? ¿De dónde sale lo de País de Jauja? Pues para conocer esto tenemos que remontarnos a los tiempos en los que Francisco Pizarro estaba invadiendo el Imperio inca, es decir, hacia el año 1533.

Allí había una ciudad llamada Jauja o Xauxa, en la cual los incas habían construido enormes depósitos de comida y ropa, entre otras cosas. Los conquistadores llegaron al lugar después de haber recorrido kilómetros y kilómetros sin apenas nada que llevarse a la boca, en una travesía bastante infernal, y aquel lugar les pareció el paraíso. Les pareció la Cucaña, o una nueva Cucaña. Jauja se convirtió en el nuevo

Jardín del Edén del vicio y la glotonería.

En España y en muchos países de Hispanoamérica existe el llamado juego de la cucaña. En otros lugares se llama Palo Ensebado. Se cree que su origen estuvo en la Nápoles del siglo XVI, y llegó a América durante la conquista. El juego consistía en trepar por un palo o tronco flaco de cinco metros de altura, solo con ayuda de brazos y piernas. Una vez arriba debías coger un premio. A veces había dinero y otras veces comida, como un pollo atado en lo alto. Quizás por ello le llamen juego de la cucaña.

Pero ojo que la cosa no era tan sencilla como la pintaban. Para hacer el juego más complicado ensebaban el palo, es decir, que impregnaban todo el tronco con sustancias como sebo, aceite o manteca para hacer su superficie resbaladiza y provocar que la gente se pegara unas toñas del carajo.

Cada lugar tiene su variedad particular. Por ejemplo, en muchos sitios de España el palo de la cucaña se coloca en posición vertical, a veces desde un muelle pesquero para que, al menos si te caes, caigas en agua.

29. EL CERRO URITORCO Y LA CIUDAD PERDIDA DE ERKS

En el centro de Argentina, concretamente en la provincia de Córdoba, existe un cerro llamado Cerro Uritorco, que en quechua significa cerro de los loros, ya que tiempo atrás estos animales estaban por todas partes. El Cerro Uritorco tiene casi 2.000 metros de altitud y eso lo convierte en el punto más alto de un cordón montañoso conocido como la Sierra Chica, o Sierra de Viarava.

Justo en su ladera norte encontramos una formación rocosa llamada Los Terrones, que en tiempos anteriores a la conquista sirvió de hogar para las tribus de los comechingones. El lugar es muy curioso, ya que su color rojizo y la erosión de los vientos durante milenios ha dado lugar a formas rocosas extrañas e inusuales. Son como altos torreones macizos surgidos de los matorrales.

La tribu de los comechingones parece que veneraba la montaña y era un lugar sagrado para ellos. Se cuenta que cuando llegaron los conquistadores españoles los comechingones se subieron a esta sierra y se suicidaron tirándose todos juntos por la ladera del Cerro Colchiqui.

El lugar tiene cierto atractivo turístico, no solo por las bonitas formaciones rocosas de la zona, sino también por temas más esotéricos relacionados con rituales extraños, platillos volantes y, cómo no, ciudades perdidas.

El mito de esta ciudad perdida en esta parte de Argentina tuvo su origen en el año 1983, y parece que fue inventado por un tipo de Rosario de nombre Ángel Cristo Acoglanis, un médico de origen griego afincado en Argentina que se autoproclamó chamán. Su nombre de místico era Sarumah, parecido al mago malvado de *El señor de los anillos*. Este hombre decía que bajo el cerro de Uritorco y sus alrededores existía una ciudad subterránea de nombre Erks.

El nombre de Erks, por cierto, es un acrónimo. Cada letra sería la inicial de Encuentro de Remanentes del Kosmos Sideral, y durante los años ochenta Acoglanis creó en torno a esto un culto que llevó ese nombre. Se dedicó básicamente a realizar actos de sanación mágica y meditaciones en las montañas.

El caso es que Ángel Cristo Acoglanis afirmaba haber contactado con seres que habitaban en aquella misteriosa ciudad de la que nadie había oído hablar hasta entonces. De Erks se cuenta que habría sido fundada hace 20.000 años por seres espiritualmente más avanzados

que nosotros, quizás provenientes de una galaxia muy lejana denominados «Ángeles Solares», los cuales pertenecerían a la «Hermandad Blanca», un gran consejo de sabios de varias galaxias. Me imagino algo en plan el Senado de *Star Wars*.

Estos extraterrestres o seres interdimensionales serían muy parecidos a los humanos, pero muy altos, de más de dos metros, y de aspecto nórdico. Es decir, muy rubitos y de ojos claros, y con trajes todos iguales.

Decidieron establecerse en la Tierra para, al igual que los Anunnaki, dirigir nuestra evolución y moldearnos según sus designios ocultos. Sin embargo, al contrario que los dioses sumerios, estos no querrían convertirnos en sus esclavos, sino ayudarnos de alguna forma a despertar en nosotros una conciencia cósmica para vivir, como ellos, en armonía con el resto del universo.

La única forma de entrar a la ciudad era a través de un portal cósmico que solo podía abrirse con una clave secreta. Esa clave secreta estuvo en manos de los comechingones desde tiempos inmemoriales, y se la iban pasando unos a otros hasta que todos se suicidaron despeñándose y se llevaron el secreto a la tumba.

A Erks también se la ha llamado la Ciudad de la Llama Azul. Dentro de ella habría un Templo de la Esfera, que funcionaría como un enorme sol que daría luz a toda la ciudad. Además, encontraríamos tres enormes espejos. Uno de lapislázuli, otro de oro y otro construido de un metal desconocido. Estos tres espejos serían utilizados primero para escanear nuestro mundo y ver nuestros progresos, y segundo como un sistema de comunicación entre diferentes ciudades de energía, iguales que Erks pero ubicadas en otros puntos del planeta. Y puede que en otras galaxias. Nunca se sabe.

En abril de 1989, Ángel Acoglanis fue asesinado en su consultorio espiritual en Buenos Aires. El asesino parece que fue un amigo suyo llamado Rubén Antonio. No se sabe por qué aquella persona tan íntima acabó con su vida disparándole hasta siete veces. Tras eso, Rubén Antonio se presentó en una comisaría de policía y afirmó haber «matado a un brujo», y que se sentía «aliviado». El hombre acabó internado en una clínica psiquiátrica y cuatro años después se lanzó por un balcón y murió.

Algunos dicen que Acoglanis fue asesinado porque había averiguado la contraseña para abrir el portal que conducía a Erks y había que impedirlo. Y para añadir aún más conspiración al asunto, parece que el tal Rubén Antonio estaba relacionado con la familia Perón, y que estos podrían estar detrás de toda esta locura.

*

Desde hacía tiempo ya se venía contando la historia del Bastón de

Mando, un objeto relacionado con esta ciudad mágica. Fue en 1938 o por esas fechas cuando un tipo aficionado al esoterismo se encontró este peculiar objeto cuando paseaba por un lugar cercano a la sierra. Ese tipo era Orfelio Ulises Herrera. Dijo que lo encontró gracias a que poco antes había visitado el Tíbet, y que los monjes de allí le revelaron su localización.

Se trataba de un bastón de basalto negro bien pulido de más de un metro de altura. Ese bastón en realidad no es otra cosa que un cilindro de piedra, parece que confeccionado con alguna roca meteórica. Orfelio lo denominó Bastón de Mando porque solo con tocarlo ya podía sentir que confería algún tipo de poder. Decía que aquel objeto le hablaba de forma telepática y que le estaba revelando verdades místicas.

Según las revelaciones sobre el objeto, ese Bastón de Mando fue propiedad de un cacique muy importante de la tribu de los comechingones llamado Voltán, y se hizo más de 8.000 años antes.

Orfelio, ya mayor, se lo entregó a un antropólogo de la Universidad de Córdoba, en Argentina: Guillermo Alfredo Terrera. Actualmente el Bastón de Mando sigue en posesión de su familia.

Terrera desde luego pensaba que aquel misterioso objeto tendría que venir de Escandinavia, pero otros dijeron que no, que aquello tenía que venir de Erks y que fue un obsequio de sus habitantes ultraavanzados. Por supuesto, de toda esta historia no hay prueba alguna. Otra historia que se cuenta es que tanto el Bastón de Mando como el Santo Grial fueron depositados en aquel cerro por el caballero de la Mesa Redonda Percival.

Versiones sobre la ciudad de Erks hay para dar y tomar. Cada uno cuenta la historia a su manera. Para unos, es una ciudad subterránea situada a unos cincuenta kilómetros bajo la superficie terrestre. Otros dicen que no es que la ciudad sea subterránea, sino que es una ciudad situada en otra dimensión, y no todos pueden pasar a esta. Sería un nodo energético de la Tierra, un lugar de alta concentración de energía cuántica de algún tipo. Lo cierto es que, si a cualquier cosa le añades la palabra «cuántico» como adjetivo parece ser más serio, como que ha sido estudiado por científicos. Pero no.

En los años siguientes todo aquello se relacionó con el fenómeno ovni. Esto se debió a que se empezó a ver que, en aquella zona, algunas noches el cielo se iluminaba de forma extraña. Luces fulgurantes surgían de la oscuridad del cielo nocturno. A ese fenómeno se lo denominó las Luces del Uritorco.

Por supuesto, esto significaría que esas luces son en realidad alienígenas o seres interdimensionales que entran y salen de la ciudad de Erks para vigilarnos o para ir a hacer los recados. No se pueden comer alimentos interdimensionales sin un poco de pan.

En 1986 el cercano Cerro de El Pajarillo apareció con parte de su vegetación completamente quemada. Algunos dijeron que aquello había sido provocado por el aterrizaje de un ovni.

La prensa amarillista de la época se hizo eco de todos estos casos tan extraños, y empezó a extender todo tipo de teorías y testimonios de gente que decía que había visto cosas extrañísimas en el cielo. Eso, como no podía ser de otra manera, alimentó sobremanera todo tipo de teorías de la conspiración.

De hecho, actualmente, el Cerro Uritorco es una especie de santuario de fanáticos de los ovnis. Hay varias sectas que se dedican a peregrinar a lo alto de estos cerros esperando ver algún platillo volante o para invocar a los extraterrestres de Erks para que les lleven por las entrañas de la Tierra hasta la ciudad sagrada interdimensional.

Durante los años noventa se investigó el tema de las luces en el cielo del Cerro Uritorco, y el geofísico John S. Derr y el neurólogo cognitivo Michael Persinger elaboraron la Teoría de los Pulsos Tectónicos. Según esta teoría, aquellas luces tendrían una explicación física y geológica. En resumen, que tensiones producidas por las placas tectónicas ocurridas en el interior de la corteza terrestre podían llegar a producir campos electromagnéticos. Esto haría que en el cielo surjan fenómenos luminosos que la gente podría haber identificado durante décadas con ovnis y platillos volantes.

Resulta que los terrenos piezoeléctricos como aquel cerro, que son ricos en cuarzo, feldespatos, turmalinas y otros minerales, pueden acumular cargas eléctricas debido al estrés entre las placas tectónicas, que se rozan entre sí hasta generar electricidad estática. El neurólogo iba un paso más allá y decía que además estos fenómenos electromagnéticos podrían llegar incluso a producir alucinaciones en el lóbulo temporal. Esto es quizás algo ya más polémico. Entonces, ¿con qué nos quedamos? ¿Con una compleja explicación científica que puede que arroje algo de luz al asunto (y nunca mejor dicho) o con la teoría de los ovnis interdimensionales? Supongo que mucha gente tirará por la vía más «sencilla». Cuánto daño ha hecho la navaja de Ockham.

PARTE 6.
AMÉRICA DE NORTE

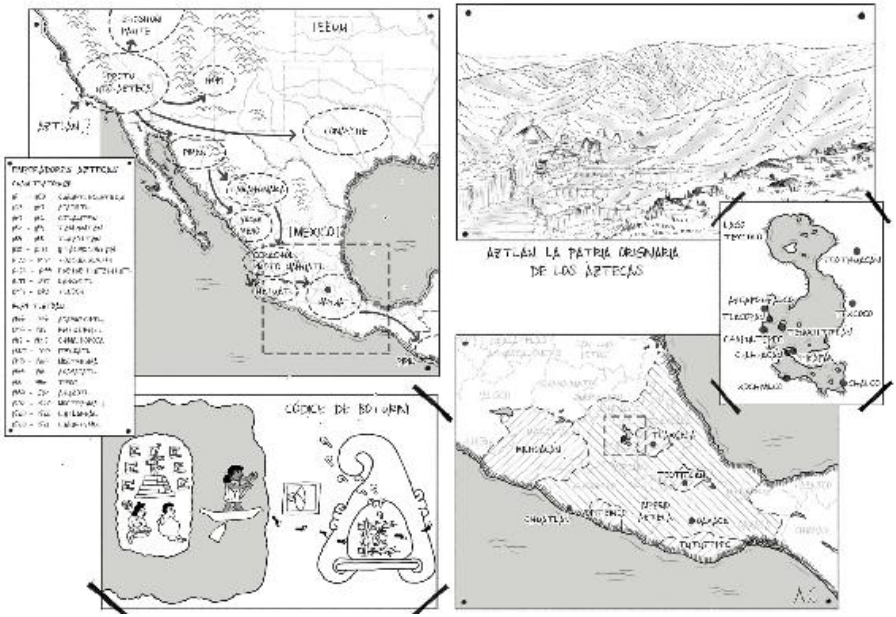
30. AZTLÁN Y CHICOMÓZTOC, LA PATRIA ORIGINARIA DE LOS AZTECAS

Los aztecas, también conocidos como los mexicas, fueron un pueblo mesoamericano de lengua náhuatl que levantó un gran imperio en el centro de México a mediados del siglo XIV. Su centro de poder estuvo en la gran urbe de Tenochtitlán, construida sobre una pequeña isla en el lago Texcoco, que siglos después fue drenado y sobre el cual se construyó la actual capital de México, Ciudad de México.

A partir del reinado de Moctezuma I, que comenzó por el año 1440, los aztecas se convirtieron en una civilización bastante pepina en aquella zona, y levantaron varias pirámides a sus dioses Huitzilopochtli y Tláloc principalmente, y un sinfín de canales y acueductos de agua.

Se dedicaron al cultivo de maíz y otros productos, a la minería y la textilería avanzadas, a una metalurgia ornamental de oro y plata, e incluso desarrollaron un sistema de escritura básico formado por pictogramas. También tenían un calendario representado en la famosa Piedra del Sol, una gigantesca rueda llena de pictogramas aztecas que en muchísimas ocasiones es confundida con el calendario maya.

Estos aztecas o mexicas destacaron también por su buena organización militar, con la que fueron capaces de expandirse y conquistar a otros pueblos de alrededor, hasta dominar gran parte del centro mexicano de costa a costa.



Uno de los enfrentamientos militares más comunes entre los mexicas eran las guerras floridas, campañas anuales contra pueblos vecinos que servían para mantener controlados a vasallos y para secuestrar a gente, llevarla a Tenochtitlán y sacrificarla a los dioses en los grandes templos piramidales. En muchas ocasiones eran los dos bandos quienes acordaban ir a darse de leches en una fecha específica solo con el objetivo de que cada uno de los contendientes pudiera capturar a guerreros del bando contrario y sacrificarlos.

Los aztecas llamaban a sus gobernantes *huey tlatoani*, o grandes oradores. Hacia el año 1490, el *huey tlatoani* era Ahuizotl, y se dice que llegó a sacrificar a más de 20.000 personas en menos de una semana para recibir fuerza física de los dioses. No se sabe bien si esto es verdad o las cifras fueron exageradas, pero lo cierto es que este monarca logró aumentar un tercio el territorio controlado por los aztecas.

Este gran imperio terminó en septiembre de 1521, cuando Hernán Cortés conquistó Tenochtitlán. Imaginaos cómo se tuvieron que quedar los castellanos, que hasta aquel momento solo habían logrado contactar con tribus poco avanzadas, al ver aquella espléndida ciudad llena de construcciones asombrosas y grandes riquezas. La pregunta que se hicieron los conquistadores fue: ¿estos aztecas de dónde sacaron aquellos conocimientos? ¿Eran gentes originarias de aquel lugar o vinieron de otra parte?

Aquí es donde entra Aztlán. Según el mito de estos mexicas, Aztlán fue el lugar de donde venían sus antepasados, la patria originaria de

aquellas gentes. El nombre «azteca» significa «gente de Aztlán».

¿Y qué significa Aztlán? Parece ser que la etimología de este lugar vendría a significar algo así como «lugar de blancura», o «lugar de las garzas», no se sabe bien. De todas formas, en América, los lugares donde habitan garzas blancas, o *Ardea Alba* en su nombre científico, se cuentan por miles. Por toda la costa mexicana se las puede encontrar todo el año.

Se dice que Aztlán era una isla o una península. Eso ha llevado a muchos investigadores a pensar que aquel mítico lugar no sería otro que la misma Tenochtitlán, que como dije, estaba construida sobre un lago. Sin embargo, sí que se sabe que los aztecas migraron desde un lugar desconocido situado muy al norte, y que pudieron haber vivido en esa Aztlán cientos de años antes.

Obviamente es imposible saber si es un lugar real o una fantasía, pero algunos creen que podría tratarse de lo primero, de algún lugar entre el noroeste de México y el suroeste de Estados Unidos.

Veamos qué es lo que dicen las leyendas náhuatl sobre este sitio. Parece ser que Aztlán era una ciudad donde los primeros náhuatl residían. Estaba situada sobre una pequeña isla rodeada por un inmenso lago llamado Metztliapaán, o lago de la Luna, el cual estaba lleno de garzas de color blanquecino todos los días del año, de ahí el nombre. Pero aparte de garzas, en aquel lugar también se podían encontrar muchos más tipos de aves y peces. La vegetación era abundante y no faltaba de nada.

No se sabe qué tipo de construcciones había allí, pero según el *Códice de Boturini*, el lugar aparece representado con una gran pirámide truncada del estilo de las construidas en la ciudad de Tenochtitlán. En el *Códice Aubin* esa pirámide es más bien una especie de colina de cúspide torcida sobre la que hay una figura humanoide que podría ser una representación del dios Huitzilopochtli.

De todas formas, tanto las descripciones de esta mítica ciudad de origen como su historia difieren un montón dependiendo de la fuente que consultes. Según unas, en aquel lugar había paz y armonía, estaba libre de enfermedad y muerte. En otras, como en el *Códice Aubin*, las tribus aztecas de Aztlán huyeron porque estaban sometidas a una élite de corte tiránico que los tenía a todos esclavizados. El dios Huitzilopochtli les hizo migrar para liberarles de la opresión y entregarles una nueva tierra donde pudieran vivir en libertad.

En algunas versiones del mito se habla de Chicomóztoc, o el lugar de las siete cuevas. Parece ser que, como bien dice la traducción de su nombre, este era un lugar compuesto por siete cuevas, de cada una de las cuales salió una tribu náhuatl diferente. El problema es que, según ciertas fuentes Chicomóztoc sería el lugar de origen de los aztecas, mientras que en otras lo es Aztlán. Y también el número de grupos

migrantes varía.

Por ejemplo, en el *Códice de Boturini*, también conocido como la *Tira de la peregrinación,* vemos que las tribus náhuatl primero salen de Aztlán para llegar a Chicomóztoc. Allí es donde estas se dividieron, por orden de su dios, en siete grupos distintos que migraron a lugares diferentes. Los nombres de las tribus que partieron fueron la xochimilca, la chalca, la tepaneca, la acolhua, la tlahuica, la tlaxcalteca y finalmente la azteca. A veces también se habla de ocho grupos, entre los que se encontrarían las tribus de los matlatzinca y los malinalca.

Estas tribus, denominadas en su conjunto nahualtecas, fueron migrando en diferentes periodos hacia el sur, hacia el centro de México, el llamado valle de Anáhuac, cada una fundando una ciudad diferente.

¿Cuándo comenzaron estas migraciones? No se sabe bien, pero algunos piensan que fue a partir del año 1064 después de Cristo. En esos años el esplendor de las culturas clásicas de Mesoamérica había entrado en crisis. Los habitantes de Teotihuacán habían huido y abandonado la gran urbe sin que sepamos aún los motivos.

Posiblemente la guerra contra sus vecinos tuviese algo que ver. Y es que mixtecas, zapotecas y totonacas también estaban pasando momentos realmente malos. Más al sur, el esplendor de los mayas se difuminaba debido a la hambruna, las enfermedades y las guerras entre las diferentes ciudades. Era evidente que cualquiera que llegase allí no lo tendría complicado para tomar el control.

Por ejemplo, se cuenta que uno de estos grupos náhuatl, los toltecas, se asentó a 70 kilómetros al norte de Ciudad de México, en un lugar conocido como Tula o Tollan-Xicocotitlán. Este lugar es famoso por sus estatuas de guerreros de piedra a los que se les llama atlantes, y que servían como columnas de un edificio. Además, parece que su dios principal era Quetzalcóatl, la serpiente emplumada, dios que los aztecas irían dejando de lado en favor de Huitzilopochtli.

El problema es que se sabe que estos toltecas migraron de un lugar llamado Huehuetlapallan hacia el año 500 o 600 y estuvieron un siglo vagando por el desierto hasta asentarse definitivamente en el lugar. Y claro, tomando esas fechas, no encajarían con el relato de las migraciones náhuatl desde Aztlán, por lo que puede ser que los toltecas no formaran parte de ellas y se tratara de una migración anterior.

Otro grupo de migrantes llegó a la zona del lago Pátzcuaro, en Michoacán, al este de Ciudad de México, y allí se dieron un bañito. Otros migrantes les robaron la ropa y les dejaron allí *tiraos*. Los que se quedaron allí dieron origen a los tarascos, quienes levantaron durante el siglo XIV el Imperio purépecha, y serían grandes rivales de los

aztecas. Pero ojo, porque estos tarascos no eran puramente náhuatl, sino que estaban conformados por diferentes grupos étnicos. Teniendo en cuenta la leyenda, podríamos pensar que los migrantes náhuatl se adueñaron de una zona donde vivían diferentes tribus autóctonas y acabaron mezclándose, aunque no se sabe seguro si esto sucedió así.

De todas formas, los que nos interesan ahora son los aztecas migrantes. Estos anduvieron por el desierto del norte mexicano guiados por un sacerdote que iba siguiendo las señales que le dejaba su dios Huitzilopochtli. Fue este dios quien les dio el nombre de mexitl, o mexicas, término de donde vendría México y que se cree que significaba «el ombligo de la Luna». Lógicamente, en este grupo nómada había disidentes que no comulgaban con todo lo que supuestamente decía este dios a través de su líder humano, y parece que hubo escisiones hasta que solo quedó un bloque totalmente fiel a Huitzilopochtli.

Se cuenta que los emigrantes se fueron asentando en diferentes lugares, pero que, por alguna razón, aquello no terminó de funcionar y volvieron a hacer las maletas para caminar más hacia el sur. Primero pasaron como veinte años en un lugar llamado Cohuatitlán, el lugar de las serpientes, y después de eso se instalaron durante cuatro años en Huixachtitlán, o lugar de las espinas. No se sabe bien dónde podrían estar ubicados estos lugares.

Hacia el año 1165 (o 1280) parece que estos mexicas se instalaron sobre un cerro llamado Chapultépec, situado en la orilla occidental del lago Texcoco. Se trataba de un lugar donde había una montaña y un lago cercano, y trataron de emular a la antigua Aztlán creando una serie de canales para rodear el lugar de agua. Una teoría sugiere que aquel lugar había sido un antiguo enclave de un grupo de toltecas huidos de Tollán, y que los mexicas aprendieron muchas de sus costumbres de los pocos que quedaban allí. Por ejemplo, la práctica de las chinampas para los cultivos a orillas del lago. Lo que parece seguro es que allí, en Chapultépec, estos mexicas pasarían los siguientes setenta años (o menos dependiendo de la versión).

Sin embargo, su dios se les apareció un día y les dijo que aquella no era la tierra que estaban buscando, que había que seguir. Así que los pobres mexicas, mareados ya de tanto caminar, volvieron a hacer las maletas resignados y siguieron hacia el sur.

Lo cierto es que parece que el verdadero motivo de esta huida fueron sus vecinos. Chapultépec estaba rodeada de cacicazgos de tribus rivales, y probablemente empezaron un conflicto armado y los mexicas perdieron.

Tras estos eventos, los mexicas se dispersaron por las riberas del lago Texcoco. Los pobres estaban acongojados, y entonces llegaron los colhuas, los habitantes de Colhuacán. Esta tribu se acercó a ellos de

buen rollo, dándoles asilo y demás cortesías, pero sus intenciones ocultas no eran tan buenas. A la menor oportunidad apresaron y convirtieron a todos los mexicas que pudieron en vasallos. Los relatos cuentan que incluso llegaron a sacrificar al líder mexica, Huehue Huitzilíhuitl.

No se sabe cuánto tiempo pasaron los mexicas cautivos, pero parece que algunos sirvieron como mercenarios a las órdenes de estos colhuas. Es famoso el episodio de la guerra con otra ciudad más al sur, Xochimilco, donde los mexicas demostraron buenas dotes para guerrear.

En algún punto de este cautiverio, el señor de Colhuacán, de nombre Achitómetl o Coxcoxtli, decidió darles un poco de cancha. Básicamente les cedió un pequeño terreno donde asentarse. Eso estaba bien, ¿verdad?

¿Verdad?

Con los colhuas todo tiene trampa, parece ser. Ese terreno que les cedieron se llamaba Tizapán, y era un yermo desértico lleno de serpientes que, la verdad, no valía para absolutamente nada. Parece ser que el gobernante colhua les dio aquel terreno porque pensaba que no sobrevivirían, que morirían irremediablemente por las picaduras de las serpientes. Pero ojo, porque los mexicas, que estaban acostumbrados ya a vivir entre muchas dificultades, acabaron prosperando en aquel lugar alimentándose de esas mismas serpientes. Si la vida te da limones…

De esta forma, los mexicas se ganaron el respeto de los pueblos vecinos de los alrededores del lago Texcoco. Un día del año 1325 o así, uno de los líderes mexicas pidió al cacique de Culhuacán, Achitométl, que le diera la mano de alguna de sus hijas para emparentar ambos pueblos y todo eso.

Todo parecía bien, pero los de Culhuacán descubrieron que los mexicas habían desollado a la chica y la habían sacrificado a su dios. La reacción de esta gente fue ir a Tizapán con un ejército y los mexicas tuvieron que largarse un poco más al norte, y acabaron escondiéndose en una pequeña isla en el lago de Texcoco.

Aquí llegaría la parte más famosa de esta historia, cuando Huitzilopochtli les ordenó que se asentaran en el lugar donde vieran a un águila posada sobre un nopal (una especie de cactus) devorando una serpiente. Aquella sería la señal de que habían llegado a la tierra prometida. La historia guarda ciertos paralelismos con el mito del Éxodo bíblico, la verdad.

El caso es que, tras estar casi doscientos años deambulando por el desierto y después de ser expulsados de diferentes lugares, el día en el que llegaron a la isla de Texcoco vieron aquella escena y los mexicas supieron que ese era el lugar donde tendrían que construir su nuevo

hogar. Un nuevo hogar que, desde luego, les iba a recordar mucho a su patria originaria. Por cierto, el águila sobre el nopal con una serpiente en su pico es el símbolo que aparece en la bandera de México.

Ese nuevo hogar fue Tenochtitlán. Su nombre significa «lugar de tenoch», siendo *tenoch* la palabra con la que denominaban a la tuna, que es el fruto del nopal.

Esta ciudad fue fundada entre 1325 y 1370, no se sabe bien en qué año, es imposible conocer la fecha exacta. Tampoco se sabe con certeza quién fue su fundador, si Ilancuétil o su sucesor, Ténoch.

Tras eso, durante más o menos siglo y medio, la cultura mexica se desarrolló en el valle de México (o valle de Anáhuac), tiempo durante el cual gobernaron once emperadores. Estos *huey tlatoani* fueron poco a poco conquistando y absorbiendo a mogollón de señoríos vecinos, incluyendo a sus antiguos señores, los colhuas de Colhuacán. Finalmente, los mexicas o aztecas fueron conquistados por los castellanos y todo ese territorio pasó a llamarse Virreinato de Nueva España.

*

Uno de los primeros interesados en la historia de origen de estos mexicas o aztecas fue el fraile dominico Diego Durán. Fue él quien redactó en 1581 *Historia de las Indias de Nueva España e islas de Tierra Firme*, obra en la que contó mucho sobre la sociedad azteca y su historia y mitos. Para ello aprendió el idioma náhuatl hasta dominarlo con fluidez, y fue recogiendo información de otros códices y de testimonios de nativos aztecas durante la época posterior a la conquista.

Según lo que cuenta Durán, el emperador azteca Moctezuma I estaba emperrado en encontrar la antigua ciudad de donde vinieron sus ancestros y mandó una expedición al norte liderada por sacerdotes y hechiceros. Fueron con muchísimos regalos para ofrecérselos a los que allí vivieran y que habían dejado atrás. La idea era ofrecerles regresar con ellos a Tenochtitlán ahora que el pueblo mexica gozaba de gran prosperidad.

Parece ser que la expedición de Moctezuma I tuvo éxito y encontraron Aztlán, que estaba en manos de la madre de Huitzilopochtli, la diosa madre Coatlicue. El relato de esta historia era muy bonito, pero el fraile Durán no encontró ningún mapa ni ninguna pista que revelara la ubicación del misterioso lugar. Parecía ser un poco trola.

Historiadores e investigadores mexicanos también trataron de encontrar Aztlán durante los siglo XIX y XX. Por ejemplo, tenemos al historiador y político mexicano Alfredo Chavero, quien manejó la idea

de que Aztlán pudo haber estado en las tierras pantanosas cercanas a la costa del estado de Nayarit, situado al oeste de México.

De hecho, muchos estudiosos del tema proponen como una posible candidata a la ciudad de Mexcaltitán, situada a más de 700 kilómetros al noroeste de Ciudad de México. La descripción de Mexcaltitán encajaría, porque es básicamente una isla en un pequeño lago. Luego este lago conecta por un pequeño paso con otro lago de aún mayor tamaño. Es un lugar curioso, donde actualmente hay construido un pequeño pueblo sobre la isla. Durante la época de crecidas algunas de sus calles principales se anegan y sus habitantes tienen que usar canoas para desplazarse, como si aquello fuera una pequeña Venecia o una Tenochtitlán en miniatura. Aunque la tesis de la isla encaje, actualmente se suele descartar esta teoría.

Y es que la mayor evidencia de que los aztecas y otros grupos de lenguas náhuatl tendrían su origen en Aridoamérica (norte de México y sur de Estados Unidos) vendría precisamente de los análisis lingüísticos de esta lengua comparada con otras de esa zona. Aquí habría que hablar de las lenguas uto-aztecas, aunque sería mejor referirse a esta familia lingüística como yuto-náhuatl.

Digamos que hace miles o cientos de años, un grupo de gente de Sonora, Arizona o Nuevo México expandió su lengua y llegó a ser muy hablada. Esta sería la lengua proto-yutonahua. Vendría a ser como el indoeuropeo para gran parte de los idiomas de Europa. Nadie sabe cómo era, pero es evidente que muchas de las lenguas de Europa tienen raíces comunes que las harían venir de una lengua mucho más antigua.

Este uto-azteca fue la lengua de los indios hopi, de los comanches, de los shosone y de otras tribus nativas americanas disgregadas por gran parte del sur de las Montañas Rocosas. En territorio mexicano encontramos diversos puntos aislados de culturas que hablaban este tipo de lenguas: los pimanos (en Sonora), los tarahumaras (sur de Chihuahua), los corachol (entre Nayarit y Zacatecas) y finalmente, mucho más al sur, en el centro de México, los famosos náhuatl. Según los expertos, habría habido migraciones de náhuatl desde el año 300 al 1300, mucho antes de las fechas recogidas en los códices.

Hay algunos que piensan que la famosa Teotihuacán, de cuyos habitantes apenas se sabe nada, eran en realidad un primer grupo de migrantes náhuatl (o proto-náhuatl) que empezaron a adorar a una versión primitiva del dios Quetzalcóatl.

Por lo tanto, sí, se puede afirmar que estos aztecas migraron del norte, de algún lugar lejano y que, en la memoria colectiva, deformada por el paso del tiempo, aquello diera lugar a la idea de un lugar mítico, Aztlán, que no sería más que un campamento o como mucho un pueblo entre montañas o en un desierto. Algunos pensarían

que allí se vivía mejor y otros que era un lugar de esclavitud. ¿Cuál era ese lugar? ¿Dónde estuvo ubicado? Pues quizás nunca lo sepamos.

31. BIMINI Y LA FUENTE DE LA ETERNA JUVENTUD

¿Y si te dijera que en algún lugar de América se esconde una fuente legendaria con el poder de curar cualquier enfermedad y de devolver la juventud y la lozanía a los que logren encontrarla y beber de sus aguas? Bueno, pues no te hagas ilusiones porque no existe. Pero ojo, porque mucha gente creyó en este mito, y hubo quien lo arriesgó todo solo para hacerse con ese poder.

¿Quién no querría ser inmortal? Eso de las ciudades de oro y llenas de riquezas está guay, aunque si las descubres serás rico un tiempo y luego te morirás como todo hijo de Dios. Pero hablar del mito de la inmortalidad… uy, eso son palabras mayores. La vida eterna. Nunca enfermar. Estoy escribiendo estas palabras encerrado en mi casa en mitad de la pandemia del coronavirus Covid-19 y estoy seguro de que esa fuente nos vendría muy bien ahora.

Este mito de la Fuente de la Eterna Juventud se hizo muy popular debido a la supuesta búsqueda que realizó el conquistador español Juan Ponce de León. Sin embargo, en otras culturas mucho más antiguas ya se hablaba de aguas mágicas con un poder muy similar.

Desde las primeras civilizaciones, como la sumeria, la babilónica, la egipcia, la hindú o la china, ya vemos que el agua simbolizaba la vida. Era imposible vivir sin ella, pues era la que saciaba la sed y la que hacía que los cultivos crecieran. Si no, que se lo digan a los egipcios, cuya civilización estuvo vertebrada por el río Nilo. Sin el Nilo, no hubieran llegado tan lejos. Y lo mismo se podría decir del Tigris y del Éufrates en Mesopotamia. Sin olvidar los famosos acueductos romanos que transportaban agua potable desde las montañas hasta las ciudades.

*

La primera referencia al mito de una fuente con poderes rejuvenecedores la encontramos en el tercer libro de las *Historias (Historiae)* de Heródoto, el famoso historiador griego que vivió en torno al siglo V a. C. En uno de estos relatos históricos, Heródoto cuenta un suceso que ocurrió un siglo antes. Se trata de un encuentro entre los embajadores del rey de la Persia aqueménida Cambises II y un rey del pueblo de los macrobianos. Este término es confuso, y puede parecer que el persa se entrevistara con una bacteria o algo así, pero el término macrobiano hacía referencia a los habitantes de la parte más al sur del mundo conocido, lo que viene a ser Etiopía o

Somalia.

La historia esta tendría lugar en algún momento después de 525 a. C., año en el cual Cambises II logró conquistar todo Egipto. Una vez con el país de las pirámides bajo su poder, envió una embajada al sur, a la nación de Macrobia, que podría haber sido el muy desconocido reino de Damot o tal vez un incipiente reino de Aksum, no se sabe bien. O quizás fuera una historia inventada.

De esta gente se cuentan cosas tan locas como que tenían tanto oro que encadenaban a sus prisioneros con cadenas hechas de este metal, que momificaban a sus muertos y los pintaban imitando su color real antes de morir, y que podían vivir más de ciento veinte años. Esto último era debido a una fuente de agua mágica.

Cambises II flipó ante aquel dato y quiso saber más. Sus embajadores se presentaron ante el rey macrobiano y este les condujo hasta una misteriosa fuente de la que manaba un líquido parecido a agua, pero con algo extraño e inefable. Cuando su piel entró en contacto con aquella agua sintieron un aroma intenso y su dermis se tornó más brillante. Y es que cualquiera que se sumergiera en la piscina donde aquel líquido reposaba, adquiriría protección temporal sobre las enfermedades y ganaría vitalidad.

*

Si habéis visto la película *300: el origen de un imperio*, el rey persa Jerjes I también se daba un baño en una piscina similar y salía de ella con las fuerzas renovadas, con un metro más de altura y con un aspecto más tecno punk.

Ya antes de esta historia ofrecida por Heródoto existía el mito de Esón, el padre de Jasón, el de los argonautas y el vellocino de oro. Era el rey de Yolco, pero su hermanastro Pelías le arrebató el trono y lo mató. Luego le dijo al hijo de este, Jasón, que si quería el trono se lo daría a cambio de que le entregase una reliquia famosa: el vellocino.

Este preciado objeto estaba en la Cólquida, una región que se encuentra en el Cáucaso (en las actuales Georgia, Armenia y Turquía). Aquella tarea era, según decían, un auténtico suicidio, pues el vellocino era protegido por un temible dragón.

Sin embargo, Jasón logró sobrevivir y volvió a su hogar, aunque no lo hizo solo. Regresó con los argonautas y también con Medea, una princesa maga de la Cólquida.

Con ayuda de sus trucos de magia, Medea ayudó a Jasón a cargarse a su malvado tío y a retomar el control de Yolco. Su padre Esón estaba muerto, pero había una forma de devolverle a la vida. Medea llenó un caldero de agua, metió su cadáver y, con un ritual mágico y extraño, logró resucitarle y el hombre quedó rejuvenecido.

*

También en la Biblia se hace mención a un supuesto lugar donde un agua mágica te curaba de cualquier enfermedad. Esto ocurre en el *Evangelio de Juan* del Nuevo Testamento, concretamente en el episodio en el que Jesús cura a un lisiado en el estanque de Betesda, en Jerusalén.

Aquí el milagro lo hace Jesús y no las aguas, pero durante el relato de esta historia de Jesús con el muchacho se habla de que tiempo atrás, las aguas de aquel estanque habían tenido alguna especie de propiedad mágica gracias a la aparición esporádica de un ángel que curaba a la gente.

Y qué decir del Jordán, el río más sagrado del judeo-cristianismo. Allí Juan el Bautista y hasta el mismo Jesucristo bautizaron a multitud de personas con el regalo de la vida eterna. Bueno, en un sentido espiritual, obviamente, ya que el sacramento del bautismo te abría las puertas del cielo.

Durante la Edad Media, en el tiempo donde los califatos musulmanes dominaban todo Oriente Próximo y Medio, surgieron nuevas historias sobre manantiales de agua que daban poderes relacionados con la salud y la inmortalidad.

Por ejemplo el *Romance de Alejandro*. Esta historia contaba los hitos del gran Alejandro Magno, rey de Macedonia, quien durante el siglo IV a. C. había logrado conquistar todo el Imperio persa aqueménida. Eso sí, este romance fue escrito en el año 338, más de seiscientos años después de la muerte del rey macedonio, y gran parte de lo que se cuenta es una ficción. Podríamos decir que este *Romance de Alejandro* es una *fan fiction* escrita por gente a la que le gustó el personaje histórico, pero que buscaba contar nuevas historias de aventuras con él.

La historia fue muy popular y se hicieron innumerables copias en diferentes idiomas, como cualquier *best seller* que se precie. Una de estas versiones fue en árabe, y el romance se expandió por el mundo musulmán, pero adaptando ciertos aspectos de su cultura y añadiendo mitos autóctonos.

Uno de estos añadidos fue la búsqueda de Alejandro de algo llamado Agua de la Vida, una fuente restauradora de vida y salud oculta en algún lugar de la India o quizás de China. No se sabe bien dónde se encontraba, solo que estaba más allá de la zona del Cáucaso o de los montes Urales, y había que cruzar una misteriosa tierra en penumbra perpetua a la que llamaban en la época Tierra de Oscuridad. También se la conocía en otras historias de ficción como Hanyson, Hamson o Bosque de Abjasia. Abjasia es actualmente un territorio del Cáucaso, por cierto. Abjasia es una región del mundo bastante caliente ahora mismo, pues se considera territorio independiente, pero Georgia no lo reconoce.

En fin, volvamos al mito. Se contaba que en el interior de aquel bosque de Abjasia o Tierra de Oscuridad podían escucharse voces de personas que decían que eran los soldados del rey de la Persia sasánida Sapor II, los cuales quedaron atrapados por una maldición. Dependiendo de la versión, la historia cambia, y en las versiones cristianas los persas quedaron allí atrapados por siempre por perseguir a los cristianos.

La idea de esta fuente pudo estar influida por otros relatos más antiguos, quizás provenientes de las leyendas escritas por un tipo llamado Al-Khidr. No se sabe si este Al-Khidr existió realmente, pero parece que era un místico coránico o algo parecido. En la versión cristiana del *Romance de Alejandro* viaja junto a un tipo llamado Andreas, pero en la musulmana es el mismo Al-Khidr quien acompaña al macedonio. Algunos creen que este Al-Khidr bebió de esa fuente y todavía continúa vagando por el mundo disfrutando de su poder de vida ilimitada.

Según algunos autores, habría sido en realidad un príncipe de la Persia sasánida, Jerjes, que habría vivido durante el siglo VI. Se cuenta que decidió entregar su vida a Alá después de desaparecer en una región lacustre de Sistán, que es una región semidesértica situada al sureste de Irán, justo en la frontera con Afganistán. Allí parece que encontró la Fuente de la Eterna Juventud, o también puede ser que fuera un regalo de Alá por su fidelidad.

A su vez, puede que este mito de la Fuente de la Eterna Juventud proviniese de los zoroastrianos, quienes tenían santuarios en muchos lugares diferentes. Antes de la llegada del islam se contaban historias de algunos santuarios ubicados en las montañas a los cuales hacían peregrinaciones que llevaban días e incluso semanas.

Parece ser que uno de ellos, uno de los más sagrados, estaba ubicado en el interior de una gruta y contenía una fuente de propiedades extraordinarias. Este lugar estaría dedicado a la diosa zoroastriana del agua, Anahita. Esta diosa simbolizaba la sabiduría, la sanación y la fertilidad, y quizás el mito primero fuera el típico del agua como nueva vida, como renovadora de los cultivos y esas cosas, y que luego mutara a la creencia de que daba la vida eterna.

*

A principios del siglo XIV Marco Polo vivió muchas aventuras por toda Asia, y contó toda su experiencia a Rustichello de Pisa, su compañero de celda durante su arresto en Génova. De ahí salió el libro *Los viajes de Marco Polo*, obra también conocida como *El libro de las maravillas* o *El libro del millón*.

Este tipo de historias se volvió muy popular en la Europa medieval. En 1360 aproximadamente surgió un libro titulado *Los viajes de Juan*

Mandeville. Se supone que su autor sería el tal Juan o Jehan Mandeville, pero no se sabe bien. Algunos apuntan a un tal Jan de Langhe, un monje francés que estudió Derecho y coleccionaba un montón de diarios de viajes e historias de aventuras.

El caso es que *Los viajes de Juan Mandeville* se hizo muy, muy popular, y bebía tanto de los relatos de Marco Polo como del *Romance de Alejandro*, entre muchas otras obras. Y al igual que en este último, la gran mayoría de las cosas que se relatan en él son completamente ficticias. Como, por ejemplo, la aparición de la Fuente de la Eterna Juventud.

En esta historia, el tal Juan de Mandeville empezó un viaje en 1322 que le llevó desde Europa a atravesar toda Asia. Fue a los pies de una montaña cercana a la ciudad de Palombe (actual Kollam), en el sur de la India, donde parece que se escondía la misteriosa Fuente de la Vida Eterna. Se decía que quien bebiese de aquella agua en la cantidad suficiente, sanaría de todas las enfermedades que tuviera y sería siempre joven. En el relato, Mandeville dice haber bebido tres veces de ella y que a partir de ese momento se sintió más fuerte, más cachas.

*

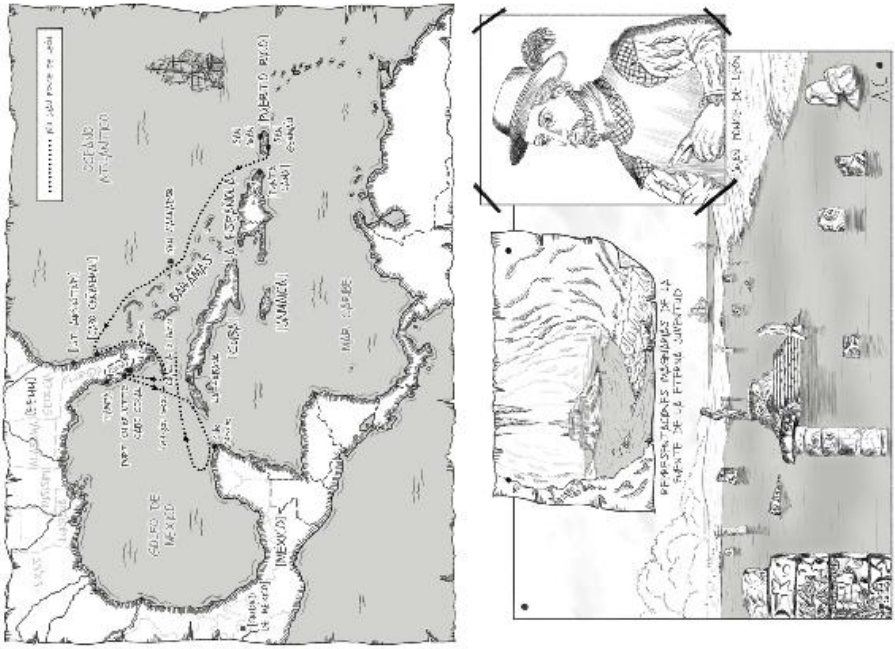
Y ahora llegamos al mar Caribe. Resulta que los nativos del archipiélago caribeño contaban que, al norte, cruzando kilómetros de mar, existía un reino mítico muy rico y próspero que recibía el nombre de Bimini.

Actualmente existe un archipiélago llamado Bimini que está dentro de las islas Bahamas. Obviamente el nombre se lo pusieron por el mito, pero eso no significa que lo que hoy conocemos como Bimini fuese la Bimini del mito. Es como lo que conté del nombre de las Antillas, que fue puesto porque en la Europa medieval existía la creencia de una isla misteriosa más allá del océano llamado Antilia. Aun así, se conjetura que Bimini y su reino poderoso fuese algún tipo de centro de poder maya ubicado en la Península del Yucatán, Belice u Honduras, lugares relativamente cercanos a estas islas.

El caso es que, con la llegada de los españoles a las Islas del Caribe, los recién llegados pudieron entablar contacto con muchas tribus, a las que en general se las suele denominar araucanos. La tribu que nos interesa ahora es la de los taínos, que estaban desperdigados entre las islas de La Española, Cuba y Puerto Rico.

Estos contaron a los españoles las historias sobre Bimini y su mito. Y también debieron de contar que estas gentes de Bimini podían vivir durante muchos años y con una salud envidiable. Y claro, se supone que los españoles vieron en aquella historia alguna similitud con los cuentos sobre la Fuente de la Eterna Juventud que ya he mencionado antes. Por lo tanto, algunos pensaron que aquella gente de Bimini

tendría realmente acceso a una fuente curativa de algún tipo.



También les contaron que, años atrás, uno de sus jefes tribales, un tal Sequene, decidió encontrar aquella fuente y volverse inmortal. Cogió a un par de tipos de su tribu, unas cuantas barcas y se dirigió al norte por el mar. Nunca más se supo de él.

Los taínos decían que seguramente habría llegado a Bimini y ahora sería inmortal y se estaría pegando unas fiestas del copón, y no tendría tiempo de volver a su Cuba natal para guiar a los suyos a aquel paraíso terrenal. Seguramente el pobre Sequene, si es que existió, estuviese durmiendo con los peces.

*

Y aquí llega el famoso Juan Ponce de León. Conozcamos mejor la historia de este personaje y luego adentrémonos en su búsqueda. Juan había nacido en una familia noble de Santervás de Campos, en Valladolid, en 1460. Había sido paje del rey Fernando el Católico, luego estuvo una década en el ejército real y combatió en la conquista del reino nazarí de Granada en 1492. Justo ese año Cristóbal Colón descubrió un nuevo continente, que todavía no se llamaba América, pero nuevas oportunidades para prosperar se abrieron de pronto para muchos exsoldados y marineros.

Pilló el primer barco que zarpaba hacia el nuevo continente y así llegó a La Española, donde participó en su conquista. En 1502 Nicolás de Ovando fue nombrado gobernador de aquella isla de La Española.

Como Juan Ponce de León había logrado detener una rebelión de

los taínos, este gobernador le recompensó con la gobernación de una pequeña provincia en el extremo oriental de la isla: Higüey. En esa parte está actualmente la ciudad de Punta Cana, que es bastante famosa gracias al turismo.

En Higüey, Ponce de León tuvo a los indígenas taínos currando en las minas y cultivando yuca, un tubérculo cojonudo para los viajes en barco, porque tardaba bastante en ponerse pocho y era nutritivo. El puerto de aquel lugar se convirtió en una parada obligatoria para cualquier viajante, lo que hizo que Juan se hiciese de oro. Luego se casó con una nativa y tuvieron muchos hijos.

A partir de 1508, Juan comenzó a conquistar una isla que estaba más al este, bastante cerquita, la de San Juan Bautista, que hoy todos conocemos como Puerto Rico y que los nativos llamaban Borinquén. Desde hacía algún tiempo, Juan venía escuchando rumores de que allí había riquezas, así que tocaba enviar una expedición, que el oro no se iba a extraer solo.

Lo cierto es que no le hizo falta luchar mucho, pues el cacique taíno de la isla, Agüeybaná I, le recibió con los brazos abiertos. Debido a su buen trabajo con Puerto Rico, Juan Ponce de León fue también nombrado gobernador de aquella isla en 1509. Fundó un pequeño pueblo llamado Caparra, que en el futuro sería la capital de la isla: San Juan. Fue allí donde Juan se trasladó con toda su familia para residir.

Sin embargo, las cosas empezaron a salir mal. En 1511, Diego Colón, hijo del descubridor de América, reclamó la gobernación de la isla y el Tribunal Superior de Madrid se la concedió. Juan siguió en la isla de segundón, pero la cosa se puso aún más caliente cuando el sucesor del líder taíno Agüeybaná I murió y llegó Agüeybaná II. Este empezó una rebelión contra los españoles.

Los indígenas habían sido esclavizados y tenían que trabajar durante horas y horas en las minas de oro de la isla, y también en las plantaciones de yuca. Taínos e indios caribes se unieron y mataron a la mitad de los colonos españoles.

Aquel caos hizo que Juan Ponce de León pasara de la isla de Puerto Rico y de todos los problemas que estaba dando. Ya no era gobernador, así que los marrones que se los comiera quien le había quitado el puesto.

Ahora lo que le apetecía a Juan era explorar, y hasta el propio rey Fernando el Católico le animó a ello. De hecho, el rey prometió hacerle gobernador de todo lo que descubriera, para compensarle por el varapalo de Diego Colón, que le caía mal.

Se sabe que Ponce de León conocía algunas de las leyendas relacionadas con ciudades ricas y misteriosas en el norte. Había oído hablar de Cíbola y también del mito de la Fuente de la Eterna

Juventud. Ponce de León realmente nunca afirmó estar buscando nada parecido, pero no sería raro.

La expedición de Juan Ponce de León salió con tres barcos del puerto de San Germán, al sur de Puerto Rico, en el año 1513. Se dirigieron hacia el noroeste y llegaron a las islas Bahamas. Un par de semanas después avistaron una costa y desembarcaron. Pensaron que sería una isla, pero no, era la Península de Florida. No se sabe el punto exacto donde Ponce de León desembarcó, pero parece que fue en algún lugar un poco más al norte de Cabo Cañaveral. Ya sabéis, donde la NASA suele hacer despegar sus cohetes y naves espaciales.

A esa tierra desconocida la llamó Florida por razones evidentes. Había flores y vegetación colorida, y también era época de la Pascua Florida. Tras eso, él y sus barcos empezaron a descender al sur bordeando toda la costa de la península, hasta llegar a los Cayos de Florida, que son miles de islitas pequeñitas situadas al sur del estado.

Después fueron ascendiendo hacia el norte bordeando los Everglades, una zona muy pantanosa y subtropical llena de caimanes peligrosos, y después llegaron a la zona de Cabo Coral. Allí charlaron con algunos indígenas y resultó que uno chapurreaba español, no se sabe a qué academia fue a aprender. Es probable que Juan Ponce de León no fuera el primer conquistador en llegar a Florida.

El caso es que no pudieron quedarse mucho allí porque sufrieron una emboscada de la tribu de los calusa y se tuvieron que largar corriendo a los barcos.

La zona estaba tan plagada de nativos que lanzaban flechas que los españoles decidieron que lo mejor era volverse a casa. Ponce de León volvería al territorio en 1521 para crear una colonia. Sin embargo, el hombre era ya un sexagenario, y se especuló con que su vuelta podría haber sido para buscar un manantial que le devolviera la juventud y le hiciera recuperar el tiempo perdido.

Se dice que cerca de donde se creó esa colonia había un manantial de aguas termales que daban salud, y luego resultó que sí que era verdad. Se llama Warm Mineral Spring y está bastante cerca de Cabo Coral y de Charlotte Harbor. Era relajante y tal, pero dar la vida eterna… eso no. Podría ser que los nativos hablasen de que este manantial era curativo, medicinal, sin pretensiones de inmortalidad, pero con la llegada de la tradición europea se mezclaran mitos y leyendas.

Durante medio año todo parecía marchar bien en esta nueva colonia hasta que todo empezó a marchar mal. Otra vez la tribu de los calusa les encontró y se liaron a flechazos. Juan Ponce de León acabó con una flecha en el hombro o en la pierna, no se sabe bien, pero da igual porque acabó muriendo de gangrena. Qué pena que no hubiese encontrado la Fuente de la Eterna Juventud, le habría venido de

perlas.

Pero ya digo, Juan Ponce de León jamás dijo que estaba detrás de esta mítica fuente. ¿Por qué tanta gente piensa que sí? Pues eso fue cosa de un tipo llamado Gonzalo Fernández de Oviedo. En 1535 escribió *Historia general y natural de las Indias* (la primera parte al menos), y allí dijo que Ponce de León buscaba Bimini para recuperar la juventud. ¿A cuento de qué dijo aquello? No se sabe.

Hay quien dice que lo que en realidad buscaba Ponce de León era una planta afrodisiaca con la que esperaba sacar mucha pasta. Esta sería la *Cassytha Filiformis*, una especie de vid llamada popularmente vid del amor de las Bahamas, en referencia a su efecto afrodisiaco. Quizás por algún fallo de traducción alguien escribiese «vida» en vez de «vid» y eso llevase a algunos a pensar que el español buscaba la Fuente de la Vida Eterna, aunque en realidad lo único que buscaba era ponerse cachondo. Como digo, esto solo es una teoría.

*

Hernando de Escalante Fontaneda escribió *Memoria* en 1575. Es una biografía suya que es bastante interesante, más que nada porque cuando tenía trece años, el barco en el que iba naufragó cerca de los Cayos de Florida. Él y otros muchos de la tripulación sobrevivieron y lograron llegar a la costa, pero entonces fueron secuestrados por unos indígenas de Florida, los calusa. Otra vez ellos. Los sacrificaron a todos menos a él, y el pobre Hernando estuvo casi veinte años de esclavo en aquellas tierras, hasta 1566, cuando fue rescatado. En todo ese tiempo de cautiverio aprendió el idioma nativo, sus costumbres y escuchó rumores y leyendas de todo tipo.

Una tenía que ver con un río mágico al que él llamó Jordán y cuyas aguas eran curativas. También escuchó que un español estuvo buscando aquel lugar mágico justo en Florida, y Fontaneda se imaginó que no podía ser otro que Juan Ponce de León. No había mucha más gente que hubiese estado explorando el lugar. De todas formas, Fontaneda solo dejó caer aquella posibilidad, tampoco lo afirmó con rotundidad. Sin embargo, otros cronistas posteriores parecían dar esto por hecho. Uno de ellos fue Antonio de Herrera y Tordesillas, quien también escribió una crónica de la conquista española de América en 1601, pero algo más romantizada. Esa fue su *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y Tierra Firme del mar Océano que llaman Indias Occidentales* (también conocido como *Décadas*, que es lo que tardas en leer todo el título).

Antonio de Herrera y Tordesillas contaba en ella que los jefes de tribus locales de las islas del Caribe solían visitar regularmente aquel manantial mágico para volverse jóvenes y recuperar su virilidad. Y muchos conquistadores trataron de encontrar el lugar, pero sin éxito.

Lo que sí que tuvo éxito fue esta crónica, que se tradujo a muchos idiomas y tuvo multitud de ediciones. Muy probablemente la popularidad actual del mito se deba a esta crónica.

Conozco a mucha gente a la que le daría una alegría tremenda que esta fuente fuese encontrada. Ahora mismo, la única opción que tienes para sentirte como Juan Ponce de León es visitar el Parque Arqueológico de la Fuente de la Juventud, ubicado en la ciudad de San Agustín, en el norte de Florida. Allí se encontró un pozo de agua dulce que dicen que originó el mito, pero suena a invento total. Mucha gente lleva bebiendo de allí desde principios del siglo XX y de momento nadie es inmortal. Pero oye, una atracción turística es una atracción turística, igual el día menos pensado sus propiedades mágicas funcionan.

No sé vosotros, pero a mí ya me están saliendo algunas canas en la barba. Quizás me compre un billete de avión a Florida próximamente. En cuanto acabe la cuarentena, claro está.

32. CÍBOLA, QUIVIRA Y LAS SIETE CIUDADES DE ORO

Año 711. Las tropas del califato Omeya, el gran Imperio musulmán, se habían extendido por toda Arabia, Oriente Próximo, Egipto, Persia y también por la costa norte de África, zona conocida como el Magreb. Ahora la idea que tenían era la de tomar por la fuerza la península Ibérica, gobernada en aquella época por los reyes visigodos.

El reino visigodo llevaba ya un tiempo de capa caída. Pero es que, encima, en esos años empezó una guerra civil entre el rey Rodrigo y uno de sus duques, Agila II, quien también se alzó como rey con el apoyo de parte de la nobleza visigoda. Se dice que, durante este conflicto, los partidarios de Agila II viajaron a Marruecos para pedir ayuda a los musulmanes de allí, y estos, que veían bien cualquier excusa para entrar en Europa, aceptaron la propuesta.

Por tanto, en el año 711 Musa ibn Nusair, el gobernador de Ifriqiya, que era como los musulmanes llamaban al Magreb, ordenó a 7.000 de sus soldados coger todos los barcos que pudieran e ir a Hispania a luchar. Estas tropas estuvieron al mando de un militar de origen bereber llamado Tariq ibn Ziyad.

Tariq entró a Hispania desde Algeciras, al sur de España, e instaló su campamento base en el peñón de Gibraltar. El primer gran enfrentamiento con el rey Rodrigo tuvo lugar en la batalla del río Guadalete, que ocurrió en el verano del año 711. La derrota de los visigodos hizo que los musulmanes ascendieran por la Península Ibérica a gran velocidad, y para el año 720 ya había sido conquistada entera, salvo algunas zonas montañosas del norte, donde resistían astures y cántabros.

Pues resulta que se cuenta que, durante esos años, siete obispos cristianos huyeron de la invasión de Tariq ibn Ziyad. Estos religiosos habrían cogido un barco en la ciudad de Oporto, en el actual Portugal. Se dice que eran de Mérida, en Extremadura.

Los siete obispos navegaron hacia el oeste rumbo a la infinitud del océano. Según la leyenda, estos obispos habrían navegado por el Atlántico hasta llegar a una isla llamada Antillia. Una vez allí, cada uno de los siete obispos fundó una ciudad propia, todas llenas de riquezas, y ese sería el origen del mito de las Siete Ciudades de Oro, una de las cuales es la famosa Cíbola.

Tras la huida de los obispos, Hispania quedó en manos de los musulmanes. En el año 718 o 722 tuvo lugar una pequeña escaramuza

conocida como la batalla de Covadonga, en la que un grupo de cristianos astures dirigidos por Don Pelayo venció a un pequeño contingente musulmán. Se dice que este hecho fue el punto de partida de lo que tradicionalmente se ha conocido como la Reconquista, aunque ahora parece que ese término ya no se usa tanto.

Pero, en resumen, desde esa escaramuza comenzó una larga pugna entre los reinos cristianos desde el norte y al-Ándalus desde el sur que duraría hasta 1492. Ese año los Reyes Católicos conquistaron el último territorio musulmán que quedaba en la Península Ibérica (el reino nazarí de Granada), y además también coincidió con el descubrimiento de América por Cristóbal Colón, expedición financiada por estos reyes.

Lo primero que descubrió el genovés (realmente no se está seguro de su procedencia) fue un grupo de islas, y en honor a la leyenda de la isla mítica de Antillia, llamó a aquel grupo de islas Antillas. Actualmente conocemos como las Antillas a Cuba, República Dominicana, Haití, Jamaica, Trinidad y Tobago, Antigua y Barbuda, las Bahamas, Barbados, Dominica, Granada, San Cristóbal y Nieves, San Vicente y las Granadinas y Santa Lucía.

En los años siguientes, como ya hemos visto, comenzaron expediciones para conquistar aquel nuevo territorio. Desde 1500 se venían escuchando rumores de ciudades gigantes y ricas en el continente americano, y aunque al principio parecían todo leyendas, Hernán Cortés demostró que no, que había muchísima realidad en aquellas historias. En 1519 el conquistador español encontró en el centro de México la asombrosa ciudad de Tenochtitlán, la capital azteca, una gran urbe con pirámides construida en el centro de un gran lago. Dos años después lograría conquistarla, haciendo caer al Imperio azteca y fundando el Virreinato de Nueva España.

Tras esto, los españoles siguieron escuchando relatos de más ciudades ricas tanto al norte como al sur. Francisco Pizarro y otros exploradores investigaron los rumores del sur y se toparon con el Imperio inca, con grandes ciudades llenas de oro. Sin embargo, las historias del norte tuvieron otro destino distinto.

Como ya conté, los aztecas o mexicas hablaban del mito de Aztlán, una ciudad rodeada de agua donde supuestamente esta gente tenía su patria originaria. Es decir, que venían de ese lugar, pero nunca nadie ha sabido ubicar exactamente dónde estuvo. El caso es que los aztecas decían que allí había muchísimo oro.

Algunas expediciones posteriores se propusieron investigar qué misterios escondían las tierras situadas al norte del golfo de México. La zona había sido apenas explorada. Destaca la expedición de Juan Ponce de León en 1513, que llegó a las costas del estado norteamericano de Florida. Al parecer él buscaba una tierra mítica

llamada Bimini, que supuestamente estaba al norte de Cuba y que era donde, según el mito, se ubicaba la Fuente de la Eterna Juventud. Ahora esa historia no nos interesa, y ya la he contado en detalle en el capítulo anterior.

*

Lo interesante llega en 1527, con una expedición que realizó Pánfilo de Narváez a Florida. Resulta que Narváez había sido designado nuevo gobernador de esas tierras inexploradas, pero antes tenía que conquistarlas, claro. Juan Ponce de León ya había intentado crear asentamientos estables en la zona, pero los nativos le habían cagado a flechazos y Juan terminó palmando.

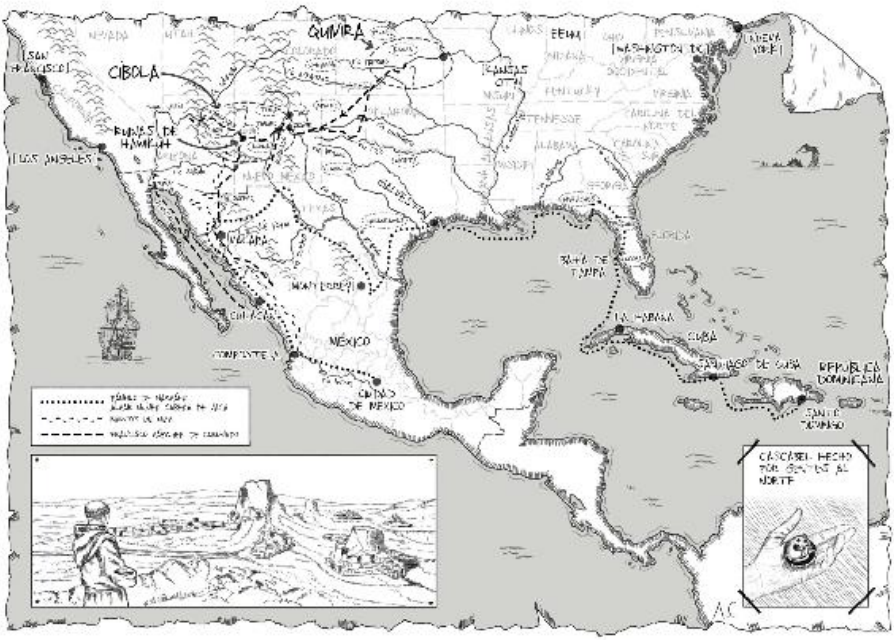
El viaje de Narváez empezó en Santo Domingo, en la isla de La Española (actual República Dominicana), y no fue especialmente tranquilo. De hecho, todo parecía estar gafado. A los pocos días de empezar el viaje cien tripulantes se largaron. Después, en una parada que hicieron en Cuba, una potente tormenta hundió dos de sus barcos, perdiendo en el incidente parte de su tripulación, unas sesenta personas, y también caballos, armas y provisiones.

Y después de todo eso, cuando se volvieron a avituallar, salieron del puerto y la flota encalló en los bancos de arena del archipiélago de los Canarreos. Así se quedaron un par de semanas hasta que otra tormenta elevó el nivel del mar y pudieron salir. Ya era mala suerte. Pero lo peor aún no había pasado.

En abril de 1528 llegaron por fin a la costa oeste de Florida, a la bahía de Tampa concretamente, y allí tuvieron un primer contacto con los nativos de la zona, en una pequeña aldea. Se trataba de la tribu de los tocobaga, pertenecientes a la cultura Safety Harbor.

En otro poblado que encontraron más al interior, los conquistadores se sorprendieron porque aquellos indígenas tocobaga tenían objetos que podrían haber pertenecido a la expedición de Ponce de León, concretamente cajas que usaban como ataúdes. Y además encontraron algunos objetos de oro. Dijeron que los habían sacado de un lugar más al norte al que llamaban Apalache, donde vivía la tribu de los indios apalaches. En aquella región había mucho oro, añadieron.

Por supuesto, había que llegar allí como fuera posible. Si hay oro, hay alegría. Pánfilo de Narváez se puso en marcha y por el camino el grupo se topó con la tribu de los timucuas, con quienes intercambiaron regalos.



Al parecer, estos tipos eran enemigos de los indios apalaches, y cuando se enteraron de que aquellos conquistadores les estaban buscando, se alegraron. Supusieron que la misión de aquellos conquistadores era cargarse a los apalaches. Gracias a la hospitalidad de los timucuas, los soldados españoles pudieron descansar y reponer fuerzas comiendo maíz, y más tarde retomaron la marcha.

En junio de 1528 llegaron a una región boscosa hoy en día llamada Apalachicola, que era el territorio de los apalaches. Conquistaron un poblado de unas cuarenta chozas, pero allí no había nada de valor, nada de objetos de oro, y los nativos del lugar les dijeron que tampoco es que fueran a encontrar gran cosa si continuaban hacia el norte. Luego sufrieron una emboscada de más de doscientos apalaches furiosos que empezaron a lanzarles flechas con fuego. Los castellanos, acongojados, se tuvieron que largar de allí.

Pánfilo de Narváez y los suyos decidieron que la mejor idea era bordear la costa del golfo de México pasando por Alabama, Misisipi, Luisiana y Texas con la idea de llegar a Nueva España. A México, vaya. Pero como dije al principio, la expedición parecía desde el principio gafada y condenada al fracaso.

Estando en la isla de Galveston, en el estado de Texas, Pánfilo de Narváez se quedó a dormir en una balsa de madera que habían construido junto a otros expedicionarios. Esa noche, una fortísima tormenta les sorprendió y los que estaban en la balsa fueron arrastrados mar adentro. Nunca más se supo de ellos.

*

La expedición, ahora compuesta por solo ochenta hombres, continuó. Algunos se separaron, y Álvar Núñez Cabeza de Vaca, que había sido el segundo al mando, acabó de esclavo en la tribu de los carancaguas (o karankawas). Allí estuvo durante seis años aprendiendo las costumbres de aquellos nativos, pero por suerte ganó su libertad gracias a sus conocimientos en medicina, con los que logró curar al hijo de uno de los jefes tribales.

Después de eso, Álvar estuvo un tiempo dedicándose a mercadear con conchas marinas y caracolas por la costa de Texas. Un buen día se encontró con otros antiguos miembros de su expedición: Andrés Dorantes de Carranza, Alonso del Castillo Maldonado y Estebanico (un esclavo árabe) y junto a ellos se propuso llegar de nuevo a la civilización.

En vez de seguir por la costa del golfo de México, se adentraron por el continente en dirección al Pacífico, y por el camino se ganaron la fama de buenos curanderos entre diferentes tribus del territorio. Un buen día, cuando estaban bastante cerca de la ciudad de Culiacán, en el estado mexicano de Sinaloa, se toparon con una expedición de otros españoles, que fliparon al verles vestidos con ropas de nativos. Después de eso lograron llegar a Ciudad de México en el año 1536, ocho años después de haber partido.

Álvar Núñez Cabeza de Vaca escribió un libro en el que dio a conocer el periplo por el que habían pasado. Ese libro fue titulado *Naufragios*. En él narró que, durante su aventura por las tierras del norte de México, se encontraron con unos nativos que les regalaron un cascabel hecho de cobre y con un rostro grabado en el metal. Los españoles preguntaron a ver si lo habían elaborado ellos y los nativos respondieron que no, que era obra de gentes que vivían más al norte.

La técnica de la metalurgia no era propia de las tribus nómadas y seminómadas que habían tenido la ocasión de conocer, por lo que se plantearon que quizás, allí al norte, habría una civilización algo más avanzada, tal vez del estilo de los aztecas.

El virrey de Nueva España, territorio que ocupaba el actual México y toda Centroamérica, era en aquel tiempo Antonio de Mendoza. Conoció el relato de estos aventureros y decidió probar suerte y comprobar si aquella historia era verdad. Por ello envió una expedición que estuvo dirigida por el fraile franciscano Marcos de Niza, y en la cual estuvo Estebanico haciendo las labores de guía.

Durante esta expedición llegaron a un lugar llamado Vacapa, que probablemente estuviera en el estado mexicano de Sonora. Fray Marcos envió a Estebanico a investigar el terreno más adelante, y cuando volvió contó que había escuchado que los nativos de la zona hablaban de ciudades llenas de riquezas mucho más al norte. Para el

fraile no había duda de que aquello era una prueba de la existencia de las Siete Ciudades de Oro de los obispos huidos durante la invasión árabe.

Así nació como tal la leyenda de Cíbola y las Siete Ciudades de Oro. El nombre de Cíbola vendría de cíbolo, antiguo término que se usaba para designar a los bisontes. De ahí que algunos piensen que la ciudad de Cíbola estaba ubicada en algún lugar de las llanuras y praderas del centro de Estados Unidos, donde estos animales abundaban.

Esta Cíbola sería la más famosa, pero también estaban Quivira, Hawikuh, Halona, Matsaki, Kiakima y Kwakina. Esos eran los nombres de estas siete ciudades míticas.

La expedición de Marcos de Niza llegó a su fin cuando un grupo de nativos, posiblemente zuñis, quienes habitaban en el actual estado de Nuevo México, atacaron a los españoles. Muchos soldados murieron, incluyendo Estebanico, y los que quedaron decidieron dar media vuelta.

El fraile Marcos de Niza, a su regreso a Ciudad de México, afirmó que durante la exploración de aquel inhóspito territorio había logrado avistar a lo lejos una enorme ciudad muchísimo más grande que Tenochtitlán. Las casas del lugar estaban decoradas con piedras de color azul turquesa y esmeraldas y sus gentes usaban vajillas de oro y plata. Parece ser que se lo inventó para convencer al gobernador de organizar una segunda expedición que tuviera el éxito que no pudo tener la primera.

Otros argumentan que lo que este hombre pudo divisar fue la ciudad de Hawikuh, o al menos sus ruinas. Estas ruinas se han encontrado y se sabe que existió una población allí. Y lo cierto es que el lugar tenía un tamaño bastante grande, comparado con otras poblaciones del mismo estilo de otras tribus indígenas. Eran construcciones hechas con ladrillos de barro cocido que podían haber alcanzado la altura de cuatro o cinco pisos. Eso sí, en esta Hawikuh había muchas cosas, pero no las riquezas que tanto ansiaban los conquistadores.

Poniéndonos en el lugar de Marcos de Niza, es fácil suponer que prefirió magnificar este hallazgo y añadirle esos elementos más fantasiosos que mencioné antes. Para hacer más atractiva su historia.

*

El caso es que el relato del fraile convenció al virrey Antonio de Mendoza para enviar una nueva expedición, pero esta vez más grande y mejor. Estaba dispuesto a todo por conquistar aquellas tierras y aquella ciudad. El líder sería Francisco Vázquez de Coronado, y Marcos de Niza haría de guía.

El cuerpo principal de la expedición partió de Culiacán, en el norte

de México, en abril del año 1540, y estaba bajo las órdenes de Francisco Vázquez de Coronado y de Tristán de Luna y Arellano.

A su vez, otro grupo de expedicionarios partiría por mar al mando de Fernando de Alarcón, en cuyos barcos habría provisiones para evitar que nadie pasara hambre en la larga temporada que estarían fuera. Estos barcos atravesaron el golfo de California y los expedicionarios de apoyo llegaron hasta Yuma, en la frontera entre California y Arizona.

La expedición duraría dos largos años. Primero, Francisco Vázquez de Coronado y los suyos atravesaron el desierto de Sonora y se adentraron en Estados Unidos por el río San Pedro. Concretamente llegaron a lo que hoy en día conocemos como el estado de Arizona. Y lo que se encontraron su mismo nombre lo dice, árida zona. Una zona completamente desértica. Con algún arbustillo y poco más.

Lo cierto es que la etimología de Arizona no es esa, pero tampoco se sabe de dónde viene el nombre. Algunos dicen que viene del euskera, ya que algunos conquistadores de origen vasco llamaron al lugar *aritz ona*, es decir, «el buen roble», porque robles era lo único destacable que había. Pero esta teoría se pone también bastante en duda. Lo mismo pasa con la teoría de que viene de la palabra uto-azteca *ali sonak*, que se traduciría como «pequeño manantial».

Lo que quiero decir es que allí no encontraron absolutamente nada de interés. Coronado se encaró con el fraile Marcos de Niza y le acusó de haberse inventado todas aquellas historias de ciudades maravillosas. Lo único parecido a una ciudad fue un poblado de barro hecho por unos nativos de la zona que, según el explorador, tenían «cara de pocos amigos».

Continuaron un poco más hacia el norte, hasta casi llegar al río Colorado, pero seguían sin ver nada interesante. Tristán de Luna y Arellano se separó del grupo principal y llegó a los poblados de los nativos zuñi, donde según los rumores era donde se encontraba una de las ciudades de oro. Pero no.

Por su parte, el segundo al mando de Coronado, García López de Cárdenas, recibió la orden de adelantarse para explorar. Puso rumbo hacia el oeste y se topó con los nativos hopi, y también con el Gran Cañón del Colorado. Este magnífico descubrimiento contrastó con las batallas que se sucedieron poco después con los nativos tiguex (o tihua, parece ser que parte de los nativos pueblo).

Tras recorrer gran parte de las llanuras del Medio Oeste, los españoles hicieron que un nativo de la tribu de los pawnee les hiciera de guía, y le apodaron el turco por un sombrerito tradicional de esta gente, parecido a los atuendos turcos. El caso es que este turco les habló de Quivira, una ciudad llena de riquezas situada más al noreste. Por fin una pista tangible. La expedición pronto puso rumbo hacia

aquel lugar remoto en algún punto de las grandes llanuras americanas.

Sin embargo, tras mucho caminar, Coronado pensó que el turco le estaba tangando y se lo cargó. Luego encontró nuevos guías dispuestos a llevarlo hasta Quivira, pero solo para encontrarse al final del camino, posiblemente en el estado de Kansas, con que lo que ellos llamaban Quivira era en realidad un pequeño poblado de indios wichita que no tenían apenas riquezas. Desde luego, oro no iban a encontrar allí.

Totalmente desmoralizada, la expedición decidió dar media vuelta y volver a casa. Y así acaba la historia de las ciudades de oro de Cíbola y Quivira, con una gran desilusión, pues ninguna de ellas existía.

Ahora mismo, la única forma que tenéis de encontrarla es en el videojuego *Uncharted: Golden Abyss*, que trata el tema de esta ciudad perdida. Y también se habla de Cíbola en la película de *La búsqueda 2: el diario secreto*, protagonizada por Nicolas Cage. En ella se cuenta que los confederados iban tras la pista de la ciudad de oro para encontrar sus riquezas y así poder financiar y ganar la Guerra de Secesión estadounidense.

Atención, que vienen spoilers, y es que, según la trama de esta película, la famosa ciudad estaría escondida tras el Monte Rushmore. Ya sabéis, ese con las caras de cuatro de los presidentes de Estados Unidos (George Washington, Thomas Jefferson, Theodore Roosevelt y Abraham Lincoln) talladas sobre una de sus paredes de roca. La cosa es que ese lugar está ubicado en Keystone, en Dakota del Sur, un poco demasiado lejos de donde supuestamente exploraron los conquistadores españoles.

33. LA CIUDAD BLANCA DE HONDURAS O LA CIUDAD DEL DIOS MONO

En Centroamérica también se habla desde los tiempos de la conquista española de una ciudad perdida denominada la Ciudad Blanca o la Ciudad del Dios Mono. Habría estado ubicada en la selva de la región más oriental de Honduras, la región del río Plátano. Se la describe como una gran ciudad de edificios enormes de color blanco donde sus gentes rendían culto a una gigantesca estatua de un dios mono.

En la Honduras prehispánica vivieron multitud de tribus indígenas diferentes. En el norte, con el paso de los siglos los mayas fueron extendiendo su influencia, llegando a tomar gran parte de los territorios que ahora llamamos Belice y Guatemala. El centro más potente que crearon en el territorio hondureño fue Santa Rosa de Copán, que más tarde pasaría a ser dominada por los lencas, de los que se dice que podrían haber sido los herederos de los antiguos mayas. También encontramos tribus de influencia tolteca y náhuatl. Todos estos desarrollaron agricultura, ganadería y algunos hasta metalurgia.

En la parte sur de Honduras vivieron otras tribus influenciadas más por culturas del sur del continente, y no pasaron de un estilo de vida seminómada. Entre ellas encontramos a los xicaques, a los pechs, a los tawahkas y a los misquitos.

A la llegada de los españoles hacia el año 1500, los centros potentes como la mencionada Santa Rosa de Copán habían sido abandonados y ya estaban en ruinas. ¿Cuál fue la causa? Para algunos, todo esto es un misterio, sin embargo, la mayoría de expertos habla de crisis en las grandes ciudades mayas de las Tierras Altas, como Tikal. Sequías, hambrunas y por supuesto, guerras entre diferentes tribus, lo típico de siempre. No es una novedad; muchas grandes civilizaciones de la historia del mundo han caído debido a estos eventos. Tras esta debacle, la etnia más extendida por el territorio hondureño fueron los lencas, y tenían poblados por todo el oeste y el sur.

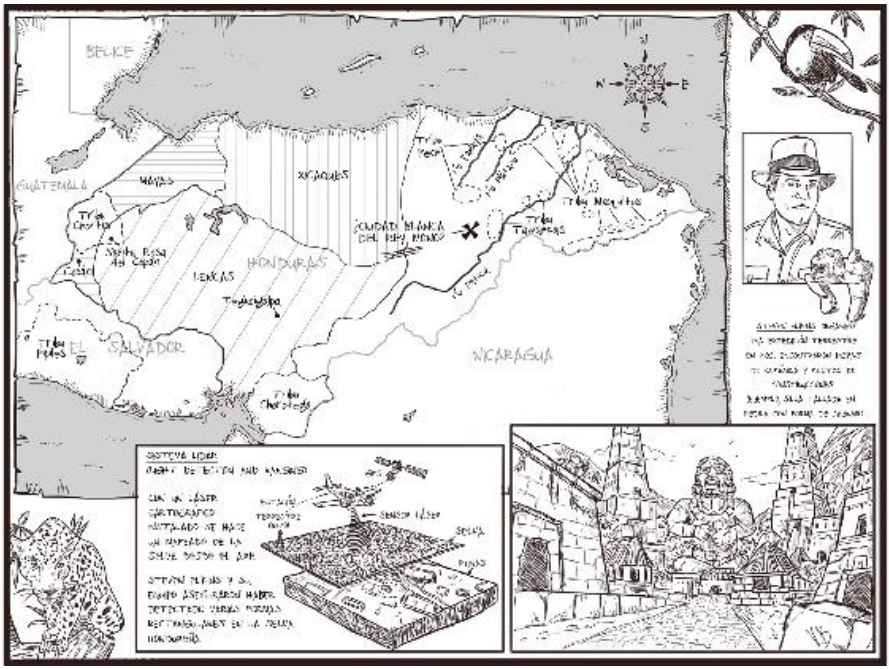
*

La historia que nos ocupa en este capítulo, la de la Ciudad Blanca de Honduras, empezó en el año 1538, cuando un sacerdote español llamado Cristóbal de Pedraza llegó a Honduras para evangelizar a las tribus indígenas que allí vivían. Le fue encomendada la zona de Comayagua, una región situada en el centro-oeste de la actual

República de Honduras, a unos 60 kilómetros al norte de Tegucigalpa, actual capital.

A Cristóbal de Pedraza se le conocía como «el protector de los indios», ya que, durante los años que estuvo allí, criticó todo tipo de abusos por parte de los conquistadores. Su obra más conocida es *Relación de la Provincia de Honduras y Higueras*.

Según la información que consiguió, de existir esta ciudad, estaría en algún lugar de la Mosquitia hondureña. La Mosquitia, o Costa de los Mosquitos, es un territorio costero que abarca parte de Honduras y prácticamente toda la costa atlántica de Nicaragua. La mayor parte de su territorio es selva tropical, y una pequeña parte es una sabana. Actualmente allí viven diversos grupos étnicos, como los pech, que son la mayoría, y también los miskitos y los tawakha. Estos pueblos hablaban de esa Kao Kamasa, o Casa Blanca, una antiquísima ciudad abandonada y maldita, y según sus tradiciones, ellos no podían entrar en ella o serían castigados.



Muchas de las cartas de Cristóbal de Pedraza acabaron en manos del rey Carlos I de España y V de Alemania, y parece que en una de aquellas misivas el sacerdote habló de que había visitado una ciudad indígena muy extraña en mitad de la selva. Una ciudad con edificios de color totalmente blanco. Tan blanco que reflejaba la luz del sol y parecía como si toda la ciudad brillase. Este fue el origen de la leyenda de la Ciudad Blanca de Honduras, o Kao Kamasa.

Parece ser que el primer explorador que trató de encontrarla fue el mismísimo Hernán Cortés, pero no encontró absolutamente nada. Y aparte de esto, no sabemos más de esta ciudad perdida en Honduras hasta principios del siglo XX.

*

Situémonos en el año 1927, en el que tenemos al aviador Charles Lindbergh cruzando en avión la región del río Plátano, y afirmó haber observado desde el aire una ciudad de color blanco. Este Charles Lindbergh era un *crack* de la aviación en una época en la que los aviones todavía estaban muy verdes.

Uno de sus primeros hitos en este sector lo estableció cuando voló sin escalas en un monoplano desde Nueva York a París él solito. Años después su hijo pequeño fue secuestrado y asesinado en un crimen que conmocionó a Estados Unidos, y durante la Segunda Guerra Mundial fue acusado de ser un simpatizante nazi por rechazar en diversas declaraciones entrar en guerra con Alemania. Aun así luchó en la

guerra en el Pacífico y manifestó su repulsa por los campos de concentración.

En esos años, el etnógrafo luxemburgués Edouard Conzemius estuvo viviendo un tiempo en Honduras y allí estudió y documentó la forma de vida y las tradiciones de muchas tribus nativas de la zona, entre ellas los miskitos. En 1929 publicó varias de sus investigaciones, y afirmó que la leyenda de la Ciudad Blanca de Honduras era totalmente cierta. Según la información recabada entre los autóctonos de la región este de Honduras, hacia el año 1902 una persona que buscaba caucho por la selva se perdió entre el río Plátano y el río Paulaya. Aquel hombre acabó topándose con una ciudad en ruinas de color blanquecino. Parece que de aquí vendría el nombre de Ciudad Blanca, término que Edouard Conzemius popularizó.

Poco después, en 1933, el arqueólogo y antropólogo estadounidense William Duncan Strong recorrió Honduras en busca de ruinas, pero no halló nada relevante. Ese mismo año, el presidente de Honduras, Tiburcio Carías Andino, se unió al Museo Indio Americano y al Museo Nacional de Honduras para llevar a cabo la expedición definitiva y encontrar de una vez por todas la dichosa ciudad perdida. Este presidente acabaría convirtiendo la República de Honduras en una dictadura durante una década, pero esa es otra historia.

La expedición fue dirigida por el periodista canadiense R. Stuart Murray y gracias a su contacto con nativos averiguó que, efectivamente, los relatos orales de aquella gente hablaban de unas enormes construcciones devoradas por la selva y a las que algunos se referían como la Ciudad del Dios Mono. Tras un tiempo buscándola, la expedición acabó como el resto, sin nada.

*

Pasemos ahora a hablar de Theodore Morde. Este aventurero y periodista estadounidense afirmó haber descubierto en la selva la ciudad perdida del Dios Mono en una expedición realizada en 1940. Fue contratado por George Gustav Heye, un alto cargo del Museo Nacional de los Indios Americanos de Nueva York.

Theodore Morde y su compañero de expedición Laurence C. Brown parece que descubrieron algo en las densas selvas de Mosquitia. Según el relato de Morde, la expedición se enfrentó a serpientes venenosas y a la malaria, pero su esfuerzo dio sus frutos. En un lugar indeterminado descubrió, ocultas entre montañas, las ruinas de una ciudad amurallada que contenía una estatua gigante de un gran dios mono que comparó con el dios Hanuman de la cultura hindú.

Al parecer, la adoración de este mono se explicaría por una antigua historia náhuatl que los guías le contaron al periodista. Su origen podría haber estado en una tribu cercana llamada chorotega, que tenía

la tradición de adorar a un mono y hacerle sacrificios. Según cuenta esta historia, un día un mono secuestró a tres mujeres de una tribu, y con ellas tuvo hijos mitad monos, mitad humanos. Los mejores cazadores de la tribu trataron de capturar a estos monstruos, pero tras matarlos, cayó sobre ellos una terrible maldición. A partir de entonces se vieron obligados a rendir culto al dios mono.

Tras más de cinco meses en la selva, Theodore Morde regresó a Estados Unidos en un barco lleno de artefactos antiguos: piezas de cerámica, cuchillas, una flauta, ídolos esculpidos en roca y madera y diversos utensilios. Dijo que había encontrado la ciudad perdida y que era maravillosa. El problema era que una inundación le había obligado a marcharse, pero que pronto tenía pensado volver para explorar aquel lugar más a fondo. Sin embargo, ese regreso nunca tuvo lugar debido a que tuvo que servir en la Segunda Guerra Mundial, y lo más gracioso es que jamás reveló dónde estaba supuestamente aquella ciudad en ruinas que encontró. Se dice que no reveló esa información por miedo a que otros trataran de marcarse el tanto del descubrimiento o que el yacimiento fuera mancillado por saqueadores.

El caso es que Theodore Morde nunca pudo volver y se suicidó ahorcándose en su ducha en 1954, llevándose el secreto de la localización de la ciudad a la tumba. Algunos conspiracionistas dicen, como no podía ser de otra manera, que su muerte tuvo algo que ver con su descubrimiento en Honduras. Otros afirman que exageró sus hallazgos para que le apoyaran con más financiación.

Durante los siguientes años hubo algunas expediciones más, poco relevantes, pero llegamos al año 2012 y en él se lio bien gorda.

*

Unos documentalistas liderados por Steven Elkins afirmaron haber descubierto la ciudad perdida gracias a una cosa llamada Lidar. Lidar es un acrónimo de Light Detection and Ranging. Es decir, que es un láser con el que apuntas a un sitio y te dice la distancia que hay hasta él. Se suele usar en obras y construcciones para escanear cosas grandes, y también en aviones y satélites para mapear superficies.

Steven Elkins y su socio Bill Benenson, que puso el dinero para llevar a cabo el proyecto del Lidar, se pusieron en contacto con el Centro Nacional de Cartografía Láser Aérea de la Universidad de Houston. Tras soltar la pasta, con un avión Cessna Skymaster con el láser cartográfico instalado pudieron hacer un mapeado de la selva desde el aire. Esta universidad ya había mapeado la ciudad maya de Caracol en Belice, con resultados bestiales.

Steven Elkins y su equipo aseguraron haber detectado varias formas rectangulares en la selva hondureña que, al parecer, todavía no habían

sido documentadas por los arqueólogos. Aquello tenía que haber sido construido por alguien, seguro; no era natural, desde luego. El proyecto Lidar apareció en la revista *The New Yorker*, concretamente en la edición de mayo de 2013, y el láser fue considerado la máquina definitiva para encontrar ciudades perdidas. La llamaron *The El Dorado Machine*.

Pero claro, aquellos descubrimientos fueron criticados. Realmente todavía no se había descubierto nada. Por ello, Steven Elkins organizó una expedición en 2015, esta vez terrestre, para ver de primera mano aquellos restos arqueológicos. Con él iría el arqueólogo Chris Fisher, experto en culturas mesoamericanas, y un equipo documental para grabarlo todo. Estas imágenes luego darían lugar al documental *La leyenda del Dios Mono*, emitido en el canal de National Geographic.

Ahora bien. ¿Qué se encontró allí? Se habla de restos de calzadas, de terrazas de cultivo, de canales de riego, de plazas, de construcciones de adobe, otras de piedra caliza y parece ser que también habría una pirámide de baja altura hecha de barro que podría haber servido para alguna clase de ritual religioso.

Debido a esto se especula con que los habitantes de esta cultura podrían haber tenido lazos con los mayas de más al norte. Incluso se dice que una de las construcciones pudo haber sido una cancha del juego de la pelota, bastante habitual en las ciudades mayas.

Aparte de los edificios, también se encontraron recipientes de piedra como jarrones tallados con decoraciones de serpientes, buitres y jaguares, cerámicas con dibujos de lagartijas y guacamayos, y también estatuas con formas zoomórficas. También destaca una silla ceremonial construida en piedra con la forma de un jaguar.

Pero la pieza más llamativa descubierta es un hombre con cabeza de jaguar. Podría tratarse de un casco y ser un guerrero, al modo de los trajes de guerra aztecas, o también se dice que podría ser una especie de chamán.

Según el documental, estas ruinas habrían pertenecido a una cultura que vivió mil años atrás, pero que desapareció por motivos desconocidos. Se dice que esta cultura aún sin nombre oficial podría haber tenido otras ciudades, por lo que el mito de la Ciudad Blanca no constaría solo de una urbe, sino de varias, al menos tres. De momento se llaman T1 (o Ciudad del Jaguar), T2 y T3, pero… ¿quién sabe? Quizás una de ellas algún día pase a llamarse Ciudad Blanca.

El descubrimiento fue anunciado a bombo y platillo por el gobierno de Honduras, y hasta el mismo presidente, Juan Orlando Hernández, llegó a visitar el sitio acompañado por Elkins. Aprovechando el tirón de esto de las ciudades perdidas, el presidente inauguró una ruta turística en la zona.

Aparte del documental y de artículos periodísticos y arqueológicos,

también se escribieron muchos libros y se rodaron varias películas sobre el tema.

Uno de los escritores que aparecen en el documental de Steven Elkins y que visitó el yacimiento es Douglas Preston, un novelista famoso, autor de muchos libros de ciencia ficción relacionados con arqueología y mitos. Me he leído algunas de sus obras y os recomendaría *El ídolo perdido*, de 1995, que tuvo una adaptación cinematográfica poco después titulada *The Relic*. Sí, la del monstruo que se come gente en un museo. Seguramente la hayáis visto en la tele en algún momento de vuestra vida.

Pero claro, dado que el tema de este libro son las ciudades perdidas, yo creo que el que más os puede interesar de este mismo autor es *La ciudad perdida del Dios Mono: una historia verdadera*, publicado en 2017. No es una novela de ficción, sino un relato de su experiencia en la expedición a Honduras y los hallazgos que tuvieron lugar en ella.

Finalmente podríamos hablar de *El Xendra*, una película estrenada en 2012 y dirigida por el director de cine hondureño Juan Carlos Fanconni. Realmente su trama se aleja completamente de la realidad que pueda tener el mito, y el filme nos sumerge en una fantasía de ciencia ficción donde cuatro científicos son transportados a la Ciudad Blanca después de realizar un extraño experimento.

34. REINO DE SAGUENAY, LA CIUDAD DE ORO DE CANADÁ

La forma más sencilla de explicar qué fue el reino de Saguenay sería diciendo que es lo mismo que la leyenda de Cíbola y otras ciudades de oro, pero en Canadá.

Para conocer esta historia tenemos que viajar al Canadá del siglo XV, antes de la llegada de los europeos. Allí vivían los pueblos algonquinos, un conjunto de tribus de nativos americanos cuyo nexo común era la familia de lenguas algonquinas y ciertas tradiciones y costumbres.

Estos pueblos algonquinos habitaron en la parte norte de la costa este de Estados Unidos y Canadá, alrededor de los Grandes Lagos y también en lo que hoy son las provincias canadienses de Quebec y Ontario. Los nombres de algunas de estas tribus fueron los ojibwe, los illinois, los cree, los pies negros, los cheyenne, los odawa, los mohicanos y un montón más.

La gran mayoría de estas tribus eran seminómadas, y dependiendo de la estación, cambiaban de morada. Son famosos sus *wigwams*, que eran cabañas desmontables. Estos nativos se dedicaban sobre todo a la pesca, a la caza y a la recolección.

Los algonquinos que decidieron crear poblados fijos desarrollaron la agricultura de maíz, frijoles, arroz salvaje y calabazas. Vivieron en las llamadas *longhouses*, o casas largas, que eran cabañas rectangulares de gran longitud donde convivían clanes enteros.

Por otro lado estaban los indios iroqueses, de lenguas iroquesas, y que desde el sur fueron invadiendo la zona de los algonquinos. Entre estos iroqueses encontramos diferentes grupos, como los laurentianos, los mohawk, los hurones, los cayuga, los seneca o los eire. Los cherokee también pertenecerían a esta familia de indios iroqueses, pero habrían emigrado y vivirían mucho más al sur, en Carolina del Sur y Georgia.

Cinco de estos pueblos iroqueses acabarían unidos en lo que los franceses denominaron Liga Iroquesa o Confederación Iroquesa, fundada en algún momento entre los años 1550 y 1570 por el Gran Pacificador o Deganawida.

Estos iroqueses estaban liderados por un jefe tribal, pero a diferencia de otras tribus, la elección de los jefes era cosa de las mujeres más sabias de cada clan. Se podría decir que la iroquesa era una sociedad matrilineal, donde la mujer tenía bastante importancia

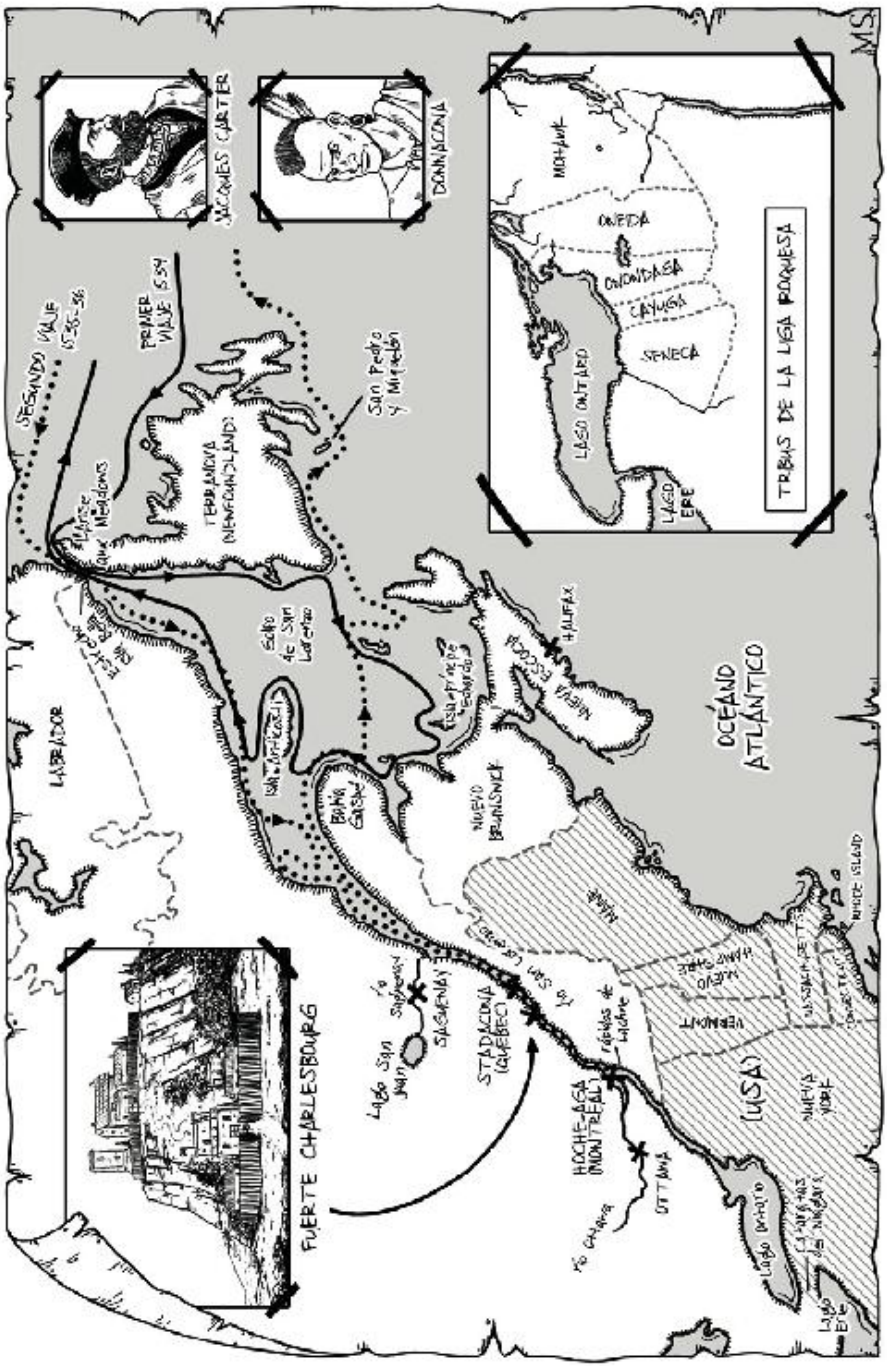
dentro de la tribu. Además, la esclavitud estaba permitida y era bastante común usar a prisioneros de guerra como sirvientes.

Igual que en el caso de las *longhouses* algonquinas, los iroqueses vivían en grandes casas comunales construidas con madera. En ellas podían llegar a convivir unas veinticinco familias. Su principal actividad era la agricultura y la caza.

A partir de 1492, cuando Europa se enteró de que supuestamente se podía llegar a la India cruzando el Atlántico hacia el oeste, comenzó una carrera para ver quién se hacía antes con las tierras de ultramar. Si durante los capítulos anteriores me he centrado en las conquistas españolas, ahora que hablo de Canadá toca hablar de los franceses.

*

Los primeros viajes de exploración del reino de Francia tuvieron lugar durante el reinado de Francisco I, hacia el año 1524. En esta expedición, el explorador florentino Giovanni da Verrazzano se convirtió en uno de los primeros europeos en explorar las costas canadiense y estadounidense.



Probablemente fue el segundo, después del genovés Guiovanni Caboto, el padre del explorador Sebastián Caboto. Obviando, por supuesto, a los nórdicos que exploraron el área del norte de Canadá hacia el siglo XI.

Cuando los franceses llegaron, las tribus algonquinas de Canadá estaban en plena guerra con la Confederación Iroquesa, que ocupaba el territorio del noreste de Estados Unidos. La idea de los franceses de asentarse en el área se veía como un movidote, así que lo dejaron para más adelante.

Después llegó el explorador francés Jacques Cartier, quien exploró las costas de Terranova y el río San Lorenzo. Este río de gran anchura es importante porque es el que conecta el Atlántico con la región de los Grandes Lagos, y en una de sus riberas fue donde más adelante se fundaría la ciudad de Quebec, y luego Montreal. El río San Lorenzo nace en el lago Ontario, en la frontera entre Canadá y Estados Unidos, y allí encontramos las cataratas del Niágara.

Jacques Cartier hizo varios viajes a aquella zona buscando un pasaje hacia los ricos mercados de Asia, pero bueno, la idea general del viaje era encontrar oro y riquezas o cualquier cosa que pudiera servirle al rey de Francia.

En su primer viaje, realizado en 1534, atravesó el estrecho de Belle Isle (isla Bella) y navegó por todo el golfo de San Lorenzo, descubriendo la desembocadura del río homónimo. En la bahía de Gaspé plantó una cruz y reclamó aquel territorio para la corona francesa. Aquel lugar y sus futuros asentamientos pasarían a llamarse Nueva Francia.

En este lugar parece que Jacques Cartier tuvo algún que otro encontronazo con un grupo de nativos iroqueses del grupo lingüístico de los laurentianos. El francés acabó secuestrando a dos de los hijos del jefe tribal: Donnacona. Al final ambos bandos hicieron un trato para establecer relaciones comerciales.

Durante el segundo de estos viajes, iniciado el 19 de mayo de 1535, lo primero que hizo Cartier fue internarse en el río San Lorenzo y llegar a Stadacona, que estaría cerca de lo que hoy es Quebec, y que era la aldea donde gobernaba el jefe Donnacona. El nombre con el que estos iroqueses llamaban a los asentamientos era «kanata». Era como el término de ellos para «poblado». Pues bien, se ve que a Cartier le gustó la palabrita y empezó a usarla para denominar a todo el territorio bajo control de esta tribu. Y así nació el término Canadá.

El jefe Donnacona parecía dispuesto a guiarle río arriba, así que allá que fueron los barcos del francés. En pocos días llegaron a otro poblado iroqués aún más grande, llamado Hochelaga, que hoy es Montreal. Cartier intentó remontar aún más el río pensando que más allá encontraría China, pero los rápidos del lugar se lo impidieron. Por eso actualmente los rápidos de aquel río se llaman Rápidos de Lachine.

Con la llegada del invierno, Jacques Cartier y los suyos vivieron una temporada en la aldea del jefe Donnacona, pues parte del río se había

congelado y no había forma de mover los barcos. Fue durante su estancia entre los iroqueses cuando los franceses empezaron a escuchar las primeras historias relativas al reino de Saguenay. Donnacona le contó que se trataba de un reino de altos y rubios habitantes que tenían el control de grandes minas de plata y oro.

Lo primero que piensa uno al escuchar eso es… Vinland. Para los que no conozcáis la historia de Vinland haré un pequeño resumen. Retrocedamos a la Europa del año 860 más o menos. En esas fechas parece que un grupo de vikingos empezó a navegar por el océano Atlántico y se topó con una isla. Como hacía mucho frío la llamaron Iceland, la Tierra de Hielo, aunque nosotros, en castellano, la conocemos mejor como Islandia. Se piensa que el primero en fundar una colonia permanente allí fue Ingolfur Arnarson, y esa fue Reikiavik.

Pero la exploración de los escandinavos por el Atlántico no iba a quedar ahí. Parece ser que un explorador noruego asentado en Islandia llamado Gunnbjorn Ulfsson, hacia el año 900, se perdió en una tormenta con su barco y se topó con una tierra extraña que no salía en los mapas. Probablemente fuese Groenlandia. Ulfsson se dio media vuelta y no pisó aquel territorio nuevo, pero así y todo, este tío podría ser considerado el primer europeo en ver América, más de 500 años antes que Cristóbal Colón. Pero claro, no podemos estar seguros de qué es lo que vio este señor.

En Islandia, hacia el año 980, vivía Erik Thorvaldsson, aunque seguramente muchos lo conozcáis como Erik el Rojo. No es que fuera comunista ni nada parecido, es que era pelirrojo y mataba a la gente con su hacha. No se sabe bien qué le llevó a coger un barco y navegar por aguas inexploradas. Una versión dice que el tipo se metió en peleas y acabó matando a dos personas, así que el Consejo de Islandia decidió expulsarle. Erik cogió un barco y se largó al oeste, a ver si encontraba un nuevo lugar donde vivir tranquilo el resto de su vida.

Otra versión es un poco menos chunga, y dice que simplemente escuchó las historias que contaban sobre el viaje de Ulfsson y Erik el Rojo se propuso encontrar aquella misteriosa tierra.

Y vaya si halló una. Erik volvió a Islandia y contó a todo el mundo que había encontrado una tierra maravillosa y verde, a la que llamó Greenland, o Tierra Verde, que en español no sería otra que Groenlandia. Y os preguntaréis… ¿cómo que Groenlandia es una tierra verde? ¿Pero no hay mazo de nieve allí? Exacto. Tenéis razón. El lugar era un maldito paraje helado con algo de verde, sí, pero bastante poquito. También depende de la época del año. En verano bastante cantidad de hielo costero se retira, dejando algunos prados de hierba.

En fin, Erik el Rojo logró convencer a bastante gente de Islandia para que le siguieran y le ayudaran a construir allí una colonia. Y la

construyeron, y se convirtió en uno de los asentamientos más importantes de estos islandeses. Se dice que llegó a tener casi doscientas granjas, un monasterio y hasta una catedral. Duró hasta el siglo XVI, cuando fue abandonada.

Y aquí entra en escena el hijo de Erik el Rojo: Leif Erikson, que navegó más al oeste siguiendo la ruta de otro islandés que dijo haber hallado tierras boscosas en las que no pudo desembarcar. Y parece que explorando y explorando encontró un bonito lugar en el que medrar. Ese lugar que encontró Leif Erikson es llamado Vinland, o Tierra de Vides, debido a que allí vio muchas bayas de este tipo.

Realmente nadie sabe qué territorio descubrió Leif Erikson, pero algunos especulan con la idea de que el chaval desembarcó en la costa de Terranova, en Canadá. Y es que excavaciones arqueológicas en la zona han hallado un asentamiento posiblemente vikingo al que se le llama L'anse aux Meadows, traducido como la ensenada de las medusas.

Pero claro… era un asentamiento que tendría unas cuantas casas y que albergaba a una comunidad relativamente grande de islandeses. Pero desde luego, no era un reino rico y ultra-mega-avanzado. Además, todo apunta a que aquel poblado no duró demasiado, y que la relación entre nórdicos y nativos del lugar fue todo lo contrario de amistosa.

*

Volviendo a la historia de los franceses, parece que, tras empaparse de las historias de los nativos americanos, Jacques Cartier decidió convencer a Donnacona para llevarlo a Francia y que este contara personalmente al rey Francisco I todo el tema del reino perdido de oro y, en consecuencia, el monarca financiara nuevas expediciones.

Parece que la cosa funcionó, y el tercer viaje de Cartier se centró en la búsqueda de Saguenay y en la creación de los primeros asentamientos franceses en suelo canadiense. De hecho, se dice que Saguenay fue la razón principal por la que el rey Francisco I ordenó la colonización de Canadá. Eso sí, parece que el pobre Donnacona pilló algún virus en Francia y acabó palmando en 1539.

Este tercer viaje tuvo lugar en el año 1541, lo que pasa es que Cartier ya no dirigiría la expedición. Ese papel sería para un amigo del rey, el corsario Jean-François de la Rocque de Roberval, quien había sido nombrado virrey. Aun así, Cartier fue el navegante principal y participó activamente en este viaje. De hecho, se adelantó para ir allanando el terreno.

Pasó por Stadacona, donde vivían los iroqueses, pero notó que ya no eran tan hospitalarios con ellos como las veces anteriores. ¿Quizás por haber secuestrado a varios de ellos incluyendo a su jefe tribal? Yo

también estaría algo molesto, la verdad. Siendo justos, parece que los nativos se fueron voluntariamente, pero claro, que se muriesen durante el viaje no sentaría nada bien en la aldea.

En fin, que Cartier decidió que lo mejor era fundar un asentamiento un poco más al sur, y ese fue Charlesbourg-Royal, zona que actualmente se llama Cap-Rouge, cerca de la ciudad de Quebec. Allí parece que los colonos, en los ríos y montañas de alrededor, encontraron yacimientos de piedras preciosas, como oro y diamantes. No perdieron el tiempo y empezaron a extraerlos a saco.

Jacques Cartier, tras llegar a Hochelaga, trató de pasar a un afluente del río San Lorenzo, el río Ottawa, pero fue incapaz debido a las fuertes corrientes y al mal tiempo. Cartier volvió a Charlesbourg-Royal, pero se encontró con que los nativos de la zona estaban liándose a flechazos con los colonos. Mataron a más de treinta, y todos se tuvieron que refugiar en los pequeños fuertes que previamente habían construido.

La cosa se calmó, pero algunos franceses pensaron que lo mejor era volverse a Francia y pasar del tema. Jacques también decidió volver a Francia, más que nada para enseñarle al rey los diamantes que había descubierto. ¿Y qué pasó cuando llegó? Pues que resulta que aquel yacimiento de diamantes no era de diamantes, sino de pirita y de otros minerales poco valiosos. Debido a esto, Jacques Cartier, sufrió humillaciones y su reputación como marinero se vio bastante afectada. Por cierto, jamás volvió a América.

Por otro lado, Roberval llegó a Charlesbourg-Royal y comenzó a buscar Saguenay a la desesperada. No solo no encontró el reino mítico, sino que su colonia volvió a ser atacada y los franceses terminaron por abandonarla en 1543.

*

En definitiva, ¿existió ese reino de Saguenay? Todo apunta a que no. Podría haber sido una mala interpretación de una historia que contaban los iroqueses, ocurrida muchos siglos antes. Quizás contaban un relato totalmente exagerado de un contacto establecido quinientos años antes con la colonia vikinga de L'anse aux Meadows o quizás alguna otra cuyos restos aún no han sido descubiertos.

Otra opción es que, apelando a la codicia de estos tíos que secuestraban a gente de su aldea, los iroqueses les intentaron colar que más al norte existían muchas riquezas y bla bla bla. La idea era, por supuesto, que se dieran el piro y les dejaran en paz. Aunque también es cierto que, al menos al principio, los iroqueses estuvieron bastante contentos de ayudar a los franceses y hasta les acogieron durante el invierno y les enseñaron muchos de sus remedios naturales.

Por cierto, si visitáis algún día Quebec, no os sorprendáis si veis en

el mapa un río llamado Saguenay, así como una ciudad y una provincia entera con esa denominación. Esta provincia se llama Saguenay-Lac-Saint-Jean (y popularmente reino de Saguenay) por el mito, pero no es una confirmación de que la ciudad de oro existiera en ese lugar. Vuelve a ser otro caso de topónimo puesto por puro *marketing*.

35. ROANOKE, LA COLONIA PERDIDA

En este capítulo toca hablar de la colonia perdida de Roanoke. El nombre tiene un poco de trampa. Este libro va de ciudades perdidas, y aquí lo que se perdió no es la ciudad en sí (o en este caso la colonia), sino todos sus habitantes. Sí, es un caso misterioso donde todos los habitantes de la colonia británica de Roanoke desaparecieron sin dejar rastro.

Estoy seguro de que os suena la historia, porque es muy conocida y ha sido adaptada en multitud de películas y series. Se ha escrito de todo sobre este misterio muy popular en Estados Unidos, y teorías hay de todo tipo. Vamos a intentar arrojar algo de luz sobre este tema, pero antes debemos conocer un poco más el contexto histórico donde se desarrolla este relato.

Remontémonos al año 1584. En aquel tiempo la Monarquía Hispánica había conquistado grandes partes de América Central y del Sur, así como algunas zonas de Florida. También, como vimos en el anterior capítulo del libro, los franceses ya habían empezado a colonizar la costa este de Canadá. Ahora era el turno del reino de Inglaterra, al mando de la reina Isabel I. Fue con ella con la que se dice que nació el Imperio británico.

Su padre fue Enrique VIII, y al igual que este, no tuvo muy buenas relaciones con España. Ella y el rey Felipe II de España se dieron de leches en la guerra anglo-española entre 1585 y 1604.

Entre las causas podemos encontrar la creciente expansión de los españoles por el continente americano, lo cual no convenía nada a Inglaterra. Los corsarios ingleses eran una mosca cojonera para los barcos españoles que transportaban oro y otros recursos valiosos desde América hasta la metrópoli.

Como podréis deducir, Inglaterra quería una parte de ese pastel tan sabrosón llamado América, y comenzó a mandar exploradores hacia la costa de los actuales Estados Unidos. Fue en marzo de 1583 cuando el explorador Humphrey Gilbert organizó una expedición con la idea de empezar a establecer asentamientos en la costa este de Norteamérica. Humphrey Gilbert trató de llegar a San Juan de Terranova, en la provincia canadiense de Terranova (y Labrador), pero murió ahogado durante un naufragio.

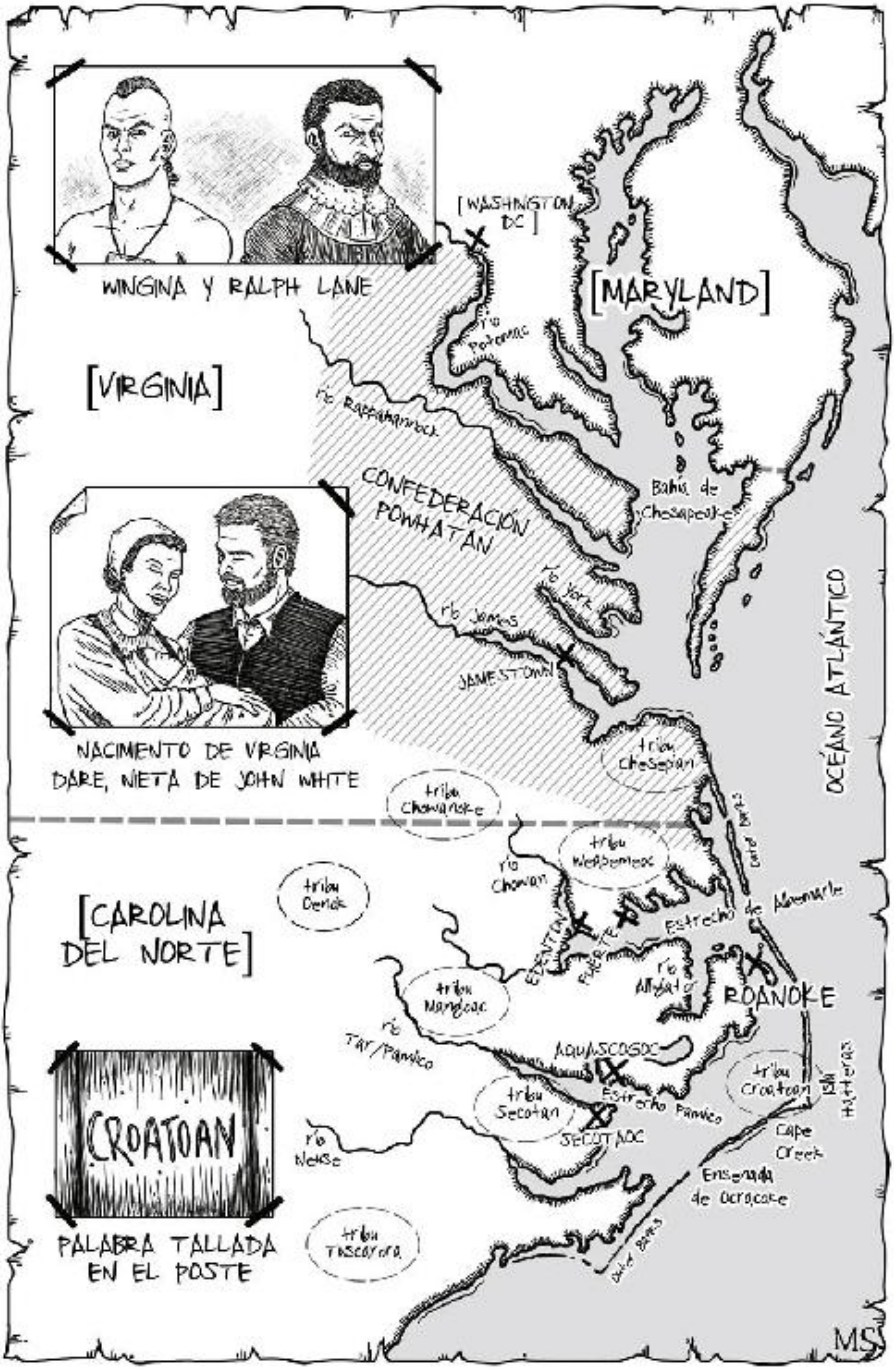
Entonces la reina decidió confiar una nueva expedición al

hermanastro de este, Walter Raleigh. Probablemente ese nombre os suene por haberlo leído antes en el libro. Este corsario inglés sería el mismo que años más tarde se adentraría en el río Orinoco buscando la mítica ciudad de El Dorado y otras ciudades perdidas.

Pues bien, Walter Raleigh organizó la expedición, aunque él decidió no aventurarse en el Nuevo Mundo. Prefería controlar el cotarro desde Inglaterra, y por ello puso al mando de la expedición a Philip Amadas y a Arthur Barlowe.

En abril de 1584 esta pequeña flota llegó a las costas de lo que hoy se llama Carolina del Norte. Allí había una pequeña isla junto a la costa que parecía un buen sitio para crear un asentamiento: Roanoke. Pero había que tener mucho ojo, porque cerca de aquel lugar vivían algunas tribus de nativos americanos.

Por un lado, estaban los secotan, quienes vivían un poco más al sur de la isla de Roanoke, en poblados como Secotaoc y Aquascogoc. Por otro lado estaban los croatoan, que vivían en una isla a 80 kilómetros al sur llamada Hatteras.



Parece ser que Arthur Barlowe raptó a dos de estos nativos de diferentes tribus y se los llevó a Inglaterra. Uno se llamaba Manteo (croatoan) y otro Wanchese (secotan). Una vez en Londres, junto a Raleigh, les sonsacaron toda la información que pudieron sobre el

lugar. Estudiaron las posibilidades de asentarse en aquel territorio y, al final, llegaron a la conclusión de que el sitio era perfecto. Con esto se organizó una segunda expedición, la cual estaría al mando de Richard Grenville, que era su primo.

En abril de 1585 zarparon desde el puerto de Plymouth, en el sur de Inglaterra, cinco barcos. El *Tiger*, el *Roebuck*, el *Red Lion*, el *Elizabeth* y el *Dorothy*. Tras una fuerte tormenta la flota se separó, pero como eso era algo que solía pasar, habían establecido previamente que si algo así ocurría se encontrarían en Puerto Rico.

Dos meses después lograron reunirse todos los barcos menos el *Red Lion* y juntos continuaron su viaje hacia la costa de Carolina del Norte. El problema fue que su llegada a la zona no fue precisamente sencilla. El *Tiger* encalló en un banco de arena en la ensenada de Ocracoke, al sur de Roanoke, y tuvieron que estar reparando el barco durante varios días. Además, el agua de mar hizo que la gran mayoría de provisiones y cargamento quedara estropeada.

Exploraron un poco la costa y se toparon con asentamientos de nativos secotan como Aquascogoc o Secotaoc. Sus relaciones no empezaron nada bien. Los ingleses les acusaron de haber robado una copa de plata y como represalia les quemaron una de las aldeas. Aquascogoc parece que fue la elegida.

Finalmente, Grenville pudo reparar el barco y establecer el primer asentamiento de Inglaterra en el extremo norte de la isla de Roanoke. Allí dejó a Ralph Lane a cargo del lugar, junto con 107 colonos. Ellos se encargarían de las primeras tareas de construcción.

Aparte de cabañas, Ralph Lane ordenó la construcción de un pequeño fuerte por si había que refugiarse en su interior debido a posibles ataques de nativos. Y es que, hasta la llegada de Ralph Lane, las relaciones con los nativos habían sido relativamente pacíficas, pero las cosas se irían poniendo tensas con el tiempo.

¿Recordáis a los dos nativos que llevaron a Inglaterra? Pues a los dos los devolvieron a su casa. Manteo, de los croatoan, parece que se lo pasó bien en la civilización y estaba muy motivado con tener a los ingleses allí. Pero Wanchese, de los secotan, opinaba justo lo contrario, y empezó a sentir bastante odio a aquellos extranjeros.

Los colonos habían mantenido relaciones estrechas con pueblos nativos situados tierra adentro, y estas tribus habían notado algo extraño. Cuando venían estos extranjeros la gente de su aldea enfermaba y moría. No sabían nada de gérmenes, y ellos pensaban que les estaban matando con armas invisibles o alguna movida así. Y claro, empezó la desconfianza de Wingina, el jefe tribal de los secotan, hacia los colonos.

Tras una serie de malentendidos, parece que Ralph Lane decidió atacar a los secotan y a otras tribus, y la cabeza de Wingina acabó en

una pica. Y aquí ya empezó la liada. Poco después se produjo un ataque de nativos a la colonia de Roanoke, pero los colonos pudieron rechazarlo.

Y si dijeras que aquel territorio era lo mejor que había en el mundo, pues bueno, pero no era el caso. Las tierras de aquel lugar no eran especialmente fértiles y costaba que el suelo produjera comida suficiente para todos. También solían sufrir inundaciones y, además, en aquel territorio no había ni rastro de riquezas. Nada de oro ni nada valioso. Vaya palo. ¿En serio los colonos estos estaban dispuestos a vivir en un lugar tan peligroso para nada?

Ante aquel panorama, Ralph Lane y los colonos decidieron que había llegado el final de aquella colonia. Un buen día pasó por allí el famoso corsario inglés Francis Drake. Vio a la gente tan desesperada que les ofreció un hueco en su flota para devolverles a Inglaterra. Estas gentes aceptaron sin rechistar y todos se largaron con el corsario. Bueno, todos, todos, no. Parece ser que, como no encontraron a tiempo a tres de ellos, pues estarían de caza por el bosque o yo qué sé, les abandonaron. Y nunca más se volvió a saber de ellos. Menuda cabronada les hicieron.

Meses después llegó de nuevo Grenville con nuevos suministros y se encontró toda la colonia completamente vacía. Tuvo que flipar el pobre, ya que nadie le había avisado del retorno de los colonos.

Al cabo de unas semanas una flota inglesa pasó por la abandonada colonia y dejó un destacamento de quince soldados en Roanoke para que defendiesen el lugar y allanaran el terreno para una nueva remesa de colonos que llegaría pronto.

En 1587, Raleigh envió varios barcos a Roanoke con 115 colonos. Esta tercera expedición estuvo al mando de John White, un artista británico que estaba interesado en ir a las Américas. La idea era llegar hasta Roanoke y establecer una nueva colonia, pero un poquito más al norte de Roanoke, concretamente en la bahía de Chesapeake, en la costa del estado de Virginia.

Cuando la expedición de John White llegó allí el asentamiento estaba vacío. Ni rastro del destacamento de quince soldados. Lo único que encontraron fue el esqueleto de uno de ellos. Era evidente que los nativos los habían masacrado. Luego se enterarían de que los culpables habrían sido una coalición de tribus de la zona lideradas por Wanchese. Mataron a varios y el resto huyó en un bote a no se sabe dónde.

*

Y aquí llega el primer misterio en torno a esta historia. Viendo el percal cualquiera hubiera salido corriendo de allí. Pero esta gente no. A pesar de tener órdenes de instalarse más al norte, en la costa de

Virginia, al final pasaron de eso y decidieron instalarse allí, en Roanoke. En la misma colonia que había sido atacada por los nativos y donde había un cadáver esquelético con signos de violencia. Era evidente que el sitio muchas alegrías no iba a dar.

A día de hoy no se sabe exactamente el porqué de esta funesta decisión. Quizás pensaron que era una ventaja que ya hubiera construcciones y un fuerte levantados. Se dice que la culpa de aquello fue del navegante de la flota Simao Fernandes. Por alguna razón, el tío era muy respetado y todos le hicieron caso, aunque no estuviera al mando de la expedición.

John White fue nombrado gobernador de la colonia y Roanoke comenzó a levantarse de nuevo. El lugar empezó a prosperar con el duro trabajo de sus 115 colonos, a los que se tuvo que añadir uno más, la nieta de John White, Virginia Dare. El suyo es considerado el primer nacimiento inglés en América.

El gobernador mantuvo relaciones amistosas con los croatoan y otras tribus de la periferia. De hecho, parece que White pudo convertir al cristianismo protestante a Manteo, quien era líder de los croatoan. De todas formas, todos allí ya sabían que algunas de estas tribus eran hostiles y no había forma de hacer que entraran en razón.

Por ejemplo, se sabe que un colono que estaba recogiendo cangrejos por la costa, George Howe, fue abatido a flechazos por uno de estos nativos hostiles para después molerle el cráneo a golpes.

Los ataques se fueron intensificando hasta que los colonos de Roanoke, bastante acojonados, pidieron a John White que volviese a Inglaterra para que pidiera ayuda y trajera nuevos suministros. El hombre partió en agosto de 1587, pocos días después de ver a su nieta nacer. A pesar de las dificultades del trayecto en barco, White logró llegar a Inglaterra meses después y pedir ayuda a la corona británica. Sin embargo, llegó en el peor momento posible.

¿Cuál fue el problema? Pues lo que ya he contado: la guerra anglo-española. ¿Os suena la Armada Invencible? Bueno, en realidad su nombre era la Grande y Felicísima Armada, y fue una gigantesca flota de navíos españoles que se dispuso a atacar Inglaterra. Esto ocurrió en 1588 y fue un fracaso total. Una serie de fuertes tormentas lanzaron a un montón de naves contra las rocas y muchas acabaron hundidas. El nombre de Armada Invencible fue el término usado por los ingleses para cachondearse.

El caso es que, debido a este ataque, los británicos tuvieron que aplazar la ayuda a White. Todos los barcos disponibles fueron usados para combatir a los españoles, sin excepción. Eso significó que John White no pudo volver, aunque fuera solo, a Roanoke. Tuvo que esperar a que el peligro hubiera pasado. Y eso tardó varios meses.

En la primavera de 1588, White pudo contratar dos pequeños

barcos que no servían para mucho. Pero la suerte no acompañaba a White, y los capitanes de estos dos barcos decidieron ponerse a asaltar todos los barcos españoles que se encontrasen por el camino. Pero ¿qué pasó? Que los asaltados acabaron siendo ellos y, habiendo perdido casi todo el cargamento, los dos barcos tuvieron que volverse a Inglaterra.

John White no pudo organizar otro viaje hasta tres años después, en verano de 1590. El tipo tenía unas ganas locas de volver a ver a su familia, especialmente a su nieta. Sin embargo, cuando White llegó a Roanoke el lugar estaba completamente desierto. Y para esto sí que no había explicación alguna.

White registró el lugar de cabo a rabo y no halló nada. Ni rastro de su familia ni de los demás colonos. Primero se pensó en que podrían haber sido atacados, pero en la colonia todo estaba en orden. No había signos de violencia por ningún lado. Lo único era que algunas casas estaban desmontadas y sin objetos de valor en su interior. El sitio parecía haber sido abandonado hacía bastante tiempo, debido al exceso de maleza en la aldea. Pero de los más de cien colonos y de las pequeñas naves que tenían… no hubo ni rastro.

Finalmente, tras registrar la zona, White y los suyos encontraron en el poste de una barrera de madera que rodeaba la aldea una palabra tallada, «croatoan». También parece que encontraron la palabra «cro» tallada en un árbol cercano. Eso le hizo pensar que se habrían ido a la isla de Croatoan, que hoy se conoce como isla Hatteras, junto con la tribu liderada por Manteo.

La idea del inglés era investigar aquel lugar a ver si allí encontraba a su familia, pero debido a una fuerte tormenta, sus hombres le obligaron a subirse al barco y largarse de allí. Trató de volver, por supuesto, pero acabó muriendo tres años después.

*

Así es como nació el mito de la Colonia Perdida. Siendo esta la primera colonia de Inglaterra en el Nuevo Mundo, la verdad es que la cosa no comenzaba demasiado bien. Sin embargo, en los años siguientes tuvieron mejor éxito y se fueron creando las famosas Trece Colonias. Pero esa ya es otra historia.

Para intentar investigar qué demonios había sucedido en aquel lugar se tuvo que esperar hasta 1602, cuando la guerra anglo-española ya había acabado prácticamente. Raleigh envió ese año una pequeña flota comandada por Samuel Mace con la misión de encontrar a los colonos.

Pero si algo puede salir mal en esta historia, saldrá mal. Raleigh sabía que muchos barcos se distraían de camino a América saqueando otros barcos con los que se encontraban. Los dineros son muy golosos

para muchos capitanes. Por ello, el corsario inglés pagó bien a los marineros para evitar que algo así pasara. Y no pasó, y Samuel Mace llegó rápido a la costa de Carolina del Norte. El problema fue que él y los suyos se pusieron a recoger unas plantas aromáticas de la zona muy codiciadas y perdieron un tiempo valiosísimo. Cuando quisieron poner rumbo a Roanoke una tormenta les sorprendió y tuvieron que volver a Inglaterra.

Una de las teorías es que los colonos de Roanoke decidieron marcharse. Desmontaron algunos edificios y levantaron una nueva colonia en otra parte, aunque esa colonia no se sabe dónde pudo haber estado. White sabía que esto podría pasar y antes de irse a Inglaterra les dijo que, si eso ocurría, si tenían que irse, debían tallar en algún árbol cercano una cruz de Malta. Esa era la señal de que habían tenido que darse el piro del lugar.

Lo de la palabra croatoan no estaba previsto, y desconcertó tanto que se formaron ideas bastante locas en torno a esto. La que más adeptos tiene es la de que los colonos acabaron integrados dentro de la tribu de los croatoan, que vivían bastante cerca.

*

En el año 1607, el capitán inglés John Smith fundó la segunda colonia inglesa en Norteamérica: la colonia de Jamestown, situada en Virginia. Realmente podríamos considerar a esta Jamestown como el primer asentamiento inglés permanente de América, después del fracaso de Roanoke.

El problema es que esta colonia se fundó dentro del territorio de una confederación de nativos llamada Confederación Powhatan. Se cuenta que John Smith fue capturado por el jefe de esta confederación y le contó cosas interesantes y algo macabras. Se supone que este jefe sería el padre de Pocahontas, pero eso ya es más una historia ficticia que real.

El caso es que este jefe le contó al inglés que los colonos de Roanoke se habían ido a vivir con otra tribu, la de los chesepian. Como estos decidieron no integrarse en la Confederación Powhatan los aniquilaron, incluyendo a los colonos. Madre mía con el papá de Pocahontas, qué poco humor tenía el hombre. Lo que no queda claro es si mató a todos y cada uno de los chesepian y los colonos… o hubo supervivientes y estos huyeron y se dispersaron.

Esta segunda opción tendría más sentido, pues en algunas expediciones posteriores se reportó que se había visto a gente de aspecto europeo conviviendo con algunas tribus de nativos. Ojos claros, cabellos rubios… nativos de América no eran, desde luego. Uno de estos testimonios es el de William Strachey, quien trabajó en la colonia de Jamestown.

El hecho ocurrió en 1612, y William Strachey afirmó haber visto en un poblado de nombre Ritanoc, de la tribu de los eno (o wyanoak u oenok), a gentes de aspecto europeo. Eran seis hombres, dos de ellos de corta edad, y una chica. Estos tendrían aspecto de europeos, y parece que estaban de esclavos, trabajando en la producción de objetos de cobre. Se especula con que estos fueron los antiguos habitantes de Roanoke, y que la niña no sería otra que Virginia Dare.

Un siglo después, en 1701, gran parte de la costa este de Estados Unidos ya había sido colonizada. Las Trece Colonias ya estaban más que asentadas y la gran mayoría de comunidades de nativos habían ido retrocediendo hacia los montes Apalache.

Un explorador y naturalista inglés llamado John Lawson se encontró con un grupo de nativos de la tribu hatteras. Estos vivían en la isla del mismo nombre, donde antes habían vivido los croatoans. A Lawson le sorprendió que algunos de ellos tuvieran la piel y los ojos más claros de lo normal, y estos le contaron que tenían ancestros de raza blanca.

En resumen, que eso significaría que tanto croatoans como colonos de Roanoke acabaron fundiéndose en un solo pueblo y ese sería el de hatteras. Según la teoría, claro está.

Además, en 1998, en la isla de Hatteras se encontró un anillo de bronce con el grabado de un león datado del siglo XVI, que muy probablemente pudo pertenecer a uno de los colonos. Por la heráldica se llegó a la conclusión de que pertenecía a la familia Kendall, que formó parte de los colonos de Roanoke. ¿Qué hacía en aquella isla? ¿Fue un regalo de los colonos a los nativos o el dueño de aquel objeto lo dejó ahí?

En el lugar también se han encontrado otros objetos metálicos y de cerámica que muy probablemente daten de la época isabelina. Pero claro, eso realmente no prueba que los colonos emigraran a aquel lugar.

Otra teoría es que los colonos se cansaron de esperar a John White y decidieron volverse por sus propios medios a Inglaterra. Esto tampoco sería extraño, pues White les había dejado un pequeño barco con el que podían explorar la costa.

Finalmente, en el apartado de teorías locas, tendríamos una que dice que los colonos de Roanoke sufrieron una terrible maldición por parte de los nativos. Esta maldición les habría convertido a todos en árboles y piedras.

Otros dijeron que la palabra «croatoan» hacía referencia a un demonio que habría secuestrado el alma de los colonos debido a que estos comenzaron a realizar rituales satánicos ante la situación de abandono que sufrían.

La historiadora Lee Miller publicó en el año 2000 un libro titulado *Roanoke: resolviendo el misterio de la colonia perdida*. En él explicaba

que los colonos buscaron refugio con la tribu de los chowanoke, y que después esta tribu fue atacada por otro grupo de nativos. No se sabe cuál, pero se cree que fueron o bien los tuscarora, una tribu iroquesa, o los eno o oenok, que algunos llaman también wainoke.

*

En 2011 hubo un avance significativo en el misterio. John White había dibujado un mapa del territorio. Pues resulta que gentes de la Fundación First Colony analizaron el papel y encontraron algo sorprendente. En dos zonas del mapa había parches. Es decir, que habían puesto trocitos de papel pegado al mapa para corregir y redibujar algunas zonas.

Y efectivamente, bajo el parche colocado más al sur, encontraron que lo corregido eran detalles menores. Pero en el parche del norte… había algo más. Se trataba del símbolo de una estrella de cuatro puntas. Ese símbolo significaba que allí había un fuerte. Pero era raro. Nadie había dicho nada de un fuerte situado al final del estrecho de Albemarle, a 90 kilómetros al noroeste de Roanoke.

¿Fue ese fuerte ocultado deliberadamente por White en su mapa? En ese caso… ¿Para qué? Lo cierto es que la arqueología no ha descubierto ni rastro de esa construcción, así que quizás solo fuera un error. Pero, por otro lado, en el lugar sí que han encontrado restos de cerámica y de metal que podrían haber sido de esa época. Es otro misterio para sumar a la lista.

A día de hoy se sigue especulando sobre el auténtico paradero de estos colonos. En los últimos años han surgido diferentes proyectos para tratar de desentrañar la verdad, algunos arqueológicos y otros relacionados con estudios de ADN, para comprobar si es verdad que hubo algún tipo de mestizaje entre nativos americanos y colonos ingleses durante esos años. De todas formas, el misterio continúa.

36. ZARAHEMLA, LA CIUDAD DE LOS MORMONES

En este último capítulo voy a hablaros de mormonismo, porque toca hablar de la ciudad de Zarahemla, que sería una gran urbe construida en América por un grupo de judíos que lograron huir del cautiverio de Babilonia. Esta huida habría ocurrido en el año 587 a. C., por lo que su llegada a América del Sur en aquella época pinta bastante improbable. Vamos, que no es más que un mito, pero rastreemos un poco su historia para ver el origen de esta creencia y si puede tener partes de verdad.

La historia de esta enigmática ciudad comienza en el Canaán de tiempos bíblicos. Podríamos empezar por el origen del judaísmo, es decir, con el patriarca Abraham. Abraham era un mesopotámico (parece que nacido en Ur) que un día tuvo una revelación de un dios, Yahvé. Y decidió migrar con toda su gente a la ciudad de Hebrón. Allí empezaría una nueva religión, el judaísmo. Obviamente esta sería la versión de la Biblia, que no significa que fuese real.

Abraham tuvo varios hijos, siendo el más conocido Isaac. Este se casó con Rebeca y juntos tuvieron dos hijos: Esaú y Jacob. El más importante es este último porque Dios le cambiaría el nombre por el de Israel, y de su descendencia saldrían las doce tribus de Israel: Rubén, Simeón, Leví, Judá, Isacar, Zabulón, Dan, Neftalí, Gad, Aser, José y Benjamín.

El problema fue que muchos israelitas acabaron en Egipto como esclavos durante mucho tiempo. Tanto que gran parte de aquella gente, tanto en Egipto como en Canaán, olvidó a Yahvé y acabaron adorando ídolos. Solo un hombre barbudo y fiel a Dios pudo salvarles. Ese fue Moisés.

Tras el éxodo, los judíos comenzaron una guerra para conquistar de nuevo la Tierra Prometida por Dios, la tierra de Canaán. Tras unos quinientos años de conquista, hacia 1050 a. C., los judíos lograron fundar un reino en la zona, el reino de Israel, cuyo primer rey fue Saúl.

El siguiente rey fue David, un pastor bastante famoso por haber derribado con solo una honda a un gigante filisteo llamado Goliat. De su época como rey destaca la conquista de la ciudad de los jebuseos, Jerusalén, la cual pondría como capital.

Tras él, llegó al trono su hijo Salomón. En el año 928 a. C. la palmó y aquí empezaron nuevos problemas para el reino de Israel. El hijo de Salomón, Roboam, heredó el trono, pero unas protestas lideradas por un tipo llamado Jeroboam hicieron que este reino se dividiera en dos. Al norte estaría el reino de Israel, con capital en Siquem, aunque luego se cambiaría a Samaria. Al sur estaba el reino de Judá, con capital en Jerusalén.

Mientras los reyes del reino del norte acabaron adorando ídolos paganos, el reino de Judá continuó con su religión judía, pero no fue sencillo que toda su población se mantuviera fiel a Yahvé.

Por ejemplo, en Judá, el rey Acab se casó con una princesa fenicia llamada Jezabel, y con ella muchos judíos cayeron en la idolatría. La hija de ambos, Atalía, es famosa por reinar en Judá con tiranía, opresión y por imponer el culto al dios fenicio Baal. Al final la reina murió y todo volvió más o menos a la normalidad.

Sin embargo, las cosas se iban a complicar. Si entre Israel y Judá no paraban de darse de leches, llegó un nuevo enemigo por el noreste: los temidos asirios, dirigidos por su rey Tiglat Pileser III. En aquel tiempo, en Judá gobernaba el rey Acaz, y este pidió ayuda al asirio contra el rey Pecaj de Israel.

Como al asirio aquella situación le beneficiaba, fue para allá y, en el año 732 a. C. logró derrotar tanto al reino arameo de Damasco como a Pecaj, conquistando el reino norteño de Israel. Pecaj acabó siendo asesinado y en su lugar los asirios impusieron a Oseas, que era proasirio.

Diez años después, en 722 a. C., los asirios volvieron, pero esta vez dirigidos por Sargón II. Resulta que el rey Oseas había comenzado una sublevación para liberarse del yugo asirio y no tener que pagarle más tributos. Sin embargo, ese fue un gran error, ya que las tropas de Sargón II se plantaron en tierras cananeas y lo arrasaron todo.

El reino de Israel fue absorbido por completo por los asirios y gran parte de su población acabó deportada. Esto de las deportaciones masivas lo conocían bien los asirios, pues en sus conquistas solían practicarlas mucho. El objetivo era que estas gentes perdieran su identidad cultural para que no se sintieran como un pueblo unido y que en el futuro no se rebelasen contra su poder. Cogían mucha gente de una ciudad y enviaban a cada uno a una ciudad lejana del imperio hasta que olvidase a dónde pertenecía. La técnica les funcionaba muy bien.

El caso es que a estos israelitas deportados se les conoce como las Diez Tribus Perdidas, de las doce que originalmente se quedaron en el reino de Judá, que de momento estaba intacto (allí quedaron las tribus de Judá y Benjamín). El paradero final de esta gente es incierto e imposible de trazar, ya que al ser individuos separados todo rastro se

perdió.

Los asirios, a su vez, llevaron a Samaria muchísimos paganos de otras regiones del imperio, y a estos los llamaron samaritanos. La idea era que se mezclaran con los israelitas que quedaron en el ya extinto reino de Israel, aunque durante mucho tiempo sufrieron bastante exclusión por parte de los autóctonos.

Tras la conquista de Sargón II, mucha gente del reino de Israel emigró al sur, al reino de Judá, y su población creció bastante. El rey Ezequías tuvo que levantar nuevas murallas en Jerusalén para poder ampliar la ciudad y acoger a todos aquellos refugiados. Y bien que le iban a venir.

Resulta que años más tarde los asirios, dirigidos esta vez por Senaquerib, se propusieron conquistar todo el reino de Judá. En el año 701 a. C. el rey asirio conquistó la ciudad fenicia de Tiro y después asedió con éxito Laquis, la primera ciudad de Judá en caer. Sin embargo, cuando Senaquerib fue a tomar Jerusalén, la capital, ocurrió un hecho milagroso.

El rey Ezequías rezó a Dios y este envió a un ángel que por la noche entró en el campamento enemigo y mató a 200.000 asirios. En realidad, parece ser que este milagro con forma de ángel no sería más que una epidemia surgida en el campamento de los fatigados soldados asirios. Y se tuvieron que retirar. A pesar del éxito, el reino de Judá siguió vasallo de Asiria, y tenía que seguir pagándole tributo.

*

Avancemos ahora casi un siglo. En el año 609 tuvo lugar la batalla de Megido entre el faraón egipcio Necao II y el rey de Judá Josías. Este rey judío murió en la batalla, y todo el territorio ahora pasó a estar bajo control de Egipto. Por otro lado, Asiria estaba viendo cómo su reino era conquistado por un nuevo jugador: Babilonia, dirigida por el rey Nabucodonosor II.

Hacia el año 604 a. C. estos babilonios tomarían el control de Levante y con ello del reino de Judá. Allí, Nabucodonosor II impuso un rey judío que parecía que le era fiel: Sedecías. Sin embargo, le salió rana. Sedecías pronto se rebeló contra el rey de Babilonia, y Nabucodonosor II fue a conquistar el reino. El profeta Jeremías ya le había dicho que no comenzara una revuelta porque iban a perder fijo, pero Sedecías era un *flipao* y un cabezota. No hizo caso al profeta y la historia acabó con Nabucodonosor matando a toda su familia y sacándole los dos ojos.

Jerusalén y el reino de Judá fueron conquistados, y la gran mayoría de la población fue deportada a la capital del reino: Babilonia. A este hecho, ocurrido en el año 586 a. C. se le conoce como el destierro a Babilonia o cautiverio en Babilonia.

En esa ciudad vivirían los judíos durante los cincuenta años siguientes, hasta que, en el año 538 a. C., fueron rescatados por el rey persa Ciro el Grande. Este tiempo de cautiverio fue muy duro para los judíos. Veían aquella ciudad como si fuera una especie de Las Vegas. Impura, perversa, corrupta, pagana, llena de pecadores, de prostitución, de mal… De hecho, ellos empezaron a llamar a aquella urbe «la ramera».

Parece que, para evitar que todas sus tradiciones y mitos cayeran en el olvido, empezaron a poner estos por escrito, y de ahí salió el Antiguo Testamento o Tanaj. Se piensa que además se añadieron a sus mitos historias que recogieron durante este destierro. Por ejemplo, se piensa que la historia de la Torre de Babel fue inspirada por el gran zigurat, o pirámide, que existía en Babilonia en aquella época.

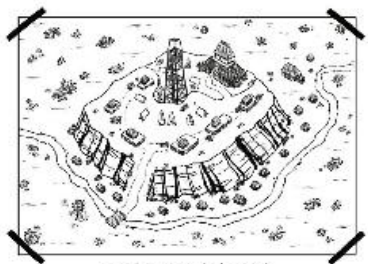
Eso sí. No todos los judíos del reino de Judá fueron deportados a Babilonia. Muchos lograron huir, como fue el caso del profeta Jeremías, que logró escapar a Egipto.

Según el *Libro de Mormón*, el libro sagrado del mormonismo o Movimiento de los Santos de los Últimos Días, otro profeta que parece que logró huir sería Lehi. Recibió un aviso de Dios antes de que los babilonios de Nabucodonosonor II llegasen a Jerusalén y la conquistaran. Lehi hizo las maletas junto con su familia y más gente y se largaron de la ciudad rumbo al oeste. Según los mormones, este éxodo ocurrió en torno al año 600 a. C., y aquí entra en escena Nefi, el hijo de Lehi.

*

Cuando el grupo llegó a la costa del mar Rojo, Dios habló con Nefi y le ordenó construir un barco para atravesar el océano Atlántico. Más allá de aquella masa de agua les esperaba una nueva Tierra Prometida que ni los asirios, ni los babilonios, ni nadie más podría arrebatarles jamás. Tras un largo viaje, parece que esta gente llegó a algún lugar de América en 589 a. C.

JOSEPH SMITH


CIUDAD DE ZARAHEMLA

OTRA POSIBLE VERSIÓN

Tras la muerte del profeta Lehi, el grupo se dividió en dos. Un grupo, los seguidores de Nefi, fueron llamados nefitas. Estos seguían los mandamientos de Dios y habitaron en la tierra conocida como Tierra Lehi-Nefi.

El otro grupo fueron los lamanitas, y estuvieron dirigidos por Laman, hijo también de Lehi y hermano de Nefi. Estos se convirtieron en guerreros que dejaron de seguir los mandamientos, y por ello Dios los castigó oscureciéndoles la piel y haciéndoles menos atractivos. Sí, un poco racista todo. Como luego explicaré más en detalle, los mormones piensan que de los lamanitas vendrían las tribus de América.

El caso es que ambos grupos se convirtieron desde el día de su separación en acérrimos enemigos y comenzarían una violenta pugna que duraría siglos.

Otro tipo que llegó a América desde el reino de Judá fue Mulek. Este Mulek era el único hijo superviviente de Sedecías, el último rey de Judá. Gracias a un chivatazo de Dios logró escapar de los babilonios, huir por el desierto, coger un barco y llegar a América con más gente. Allí creó una ciudad, Zarahemla, en algún lugar más al norte de donde llegaron Lehi y sus seguidores. Los descendientes de Mulek serían llamados mulekitas, y también pueblo de Zarahemla.

Por lo que también cuenta el *Libro de Mormón*, antes de la llegada de los nefitas ya había otra gente venida del mismo lugar que acabó en América. Estos eran los jareditas, descendientes de Jared, un personaje bíblico que surcó el Atlántico y llegó a las Américas después

del episodio de la Torre de Babel. Los jareditas establecieron una monarquía, pero la avaricia de algunos reyes acabó por destruir la civilización que allí se montaron. El último rey jaredita, Coriantumr, pudo contemplar con agonía la destrucción de su reino. De ahí que a toda la zona donde vivían los jareditas se la denomine como Tierra de la Desolación.

Esto ocurrió mucho antes de la llegada de Lehi, Nefi y Mulek. Actualmente, algunos eruditos mormones ven similitudes entre los jareditas del mito mormón y los olmecas.

Aun así, el último jaredita que quedaba vivo, el rey Coriantumr, se encontró con los mulekitas, y habitó con ellos en Zarahemla durante nueve días antes de palmar.

La guerra entre nefitas y lamanitas continuaba, y estos últimos parecían estar ganando. En cierto momento de desesperación, los nefitas decidieron huir de su país Lehi-Nefi, y emigraron más al norte. Allí se toparon con la ciudad de Zarahemla, la patria de los mulekitas. Cuando entraron en contacto con estos vieron que hablaban una lengua que no habían escuchado jamás. Aun así, parece que su buena relación hizo que ambos pueblos se integraran y pasaran todos a vivir en aquella magnífica ciudad.

Fueron los mulekitas quienes adoptaron la lengua y religión de los nefitas, y se creó un reino, cuyo primer rey fue el nefita Mosíah. Este hecho parece que ocurrió en torno al año 225 a. C.

El segundo rey de Zarahemla fue Benjamín, hijo del anterior. Este es famoso por haber logrado expulsar la amenaza lamanita del territorio.

El tercer y último rey fue Mosíah II. Por el 91 a. C., como ninguno de sus hijos quiso sucederlo, dijo que abolía la monarquía y que, a partir de ahora, los nefitas serían gobernados por jueces. Los nefitas ya no eran tan buenos como al principio y había surgido la necesidad de establecer un régimen donde la ley de Dios primase sobre todas las demás cosas. Este sistema de jueces duró ciento veinte años, pero no pareció funcionar muy bien.

Un tipo llamado Jacob se hizo con el control de Zarahemla durante tres años, entre el año 30 y el 33 d.C. El año 33 de nuestra era es importante, pues es en el que Jesucristo fue crucificado. Según el mito de Zarahemla, justo cuando Cristo murió se registró una gran tormenta eléctrica en todo el lugar. Un enorme rayo cayó sobre la urbe de Zarahemla y acabó ardiendo hasta quedar prácticamente reducida a cenizas. Tras eso, no se sabe bien qué ocurrió con ella. Pero muchos nefitas lograron sobrevivir y siguieron batallando contra los lamanitas.

Luego se cuenta un episodio en el cual Jesucristo en persona se les apareció tanto a nefitas como a lamanitas y les contó enseñanzas y cosas así. Además, les dijo a los lamanitas que, aunque ahora fueran

pecadores de la pradera, en el futuro podrían recibir el *Libro de Mormón* y convertirse de nuevo. Esta aparición mágica de Jesús hizo que nefitas y lamanitas establecieran una nueva sociedad que se acercaba a los ideales de la nueva Sion, pero dos siglos después toda esta gente volvió a lo que mejor sabía hacer: matarse entre ella.

En esos años, un chaval nefita llamado Mormón se dedicó a recopilar y organizar todos los registros de los descendientes de Nefi. Ese compendio sería el *Libro de Mormón*. Parece que años después comandó un ejército contra los lamanitas y terminó por morir en una de las batallas, ocurrida en Cumorah en el año 385. Su hijo Moroni fue el encargado de completar la historia de los nefitas hasta su aniquilación total poco después.

Porque sí, parece que hacia el año 421 los lamanitas lograron una gran victoria sobre sus enemigos y exterminaron a todos los nefitas.

Antiguamente, los mormones pensaban que este relato de nefitas y lamanitas explicaba el origen de los habitantes de América. Serían los descendientes de aquellos judíos migrados casi tres milenios atrás. Parece ser que actualmente ya no se piensa tanto en la idea de que los lamanitas fueran los antepasados de todos los grupos amerindios del continente, pero sí, al menos, de unos cuantos.

Como ya he dicho, toda esta historia no aparece en la Biblia. Solo se cuenta dentro del *Libro de Mormón*, el libro sagrado de los mormones.

Esta Iglesia derivada del cristianismo fue fundada por un estadounidense llamado Joseph Smith en abril de 1830. La creó en Nueva York con la idea de fundar una Nueva Jerusalén en aquel país, Estados Unidos, concretamente en Misouri. Podríamos decir que la idea del mito de Zarahelma era una forma de ligar a la antigua religión judeocristiana de Oriente Próximo con aquel Nuevo Mundo. Actualmente su centro de poder está en Utah, en la ciudad de Salt Lake City.

Joseph Smith cuenta que la idea de la fundación comenzó una década antes, cuando recibió la que él llama Primera Visión. Dios y Jesús se le aparecieron y le ordenaron refundar Sion. Tres años después tuvo una Segunda Visión en la que un ángel llamado Moroni le dijo dónde había escondidas unas planchas de oro con un texto sobre ellas. Smith las encontró en el Cerro Cumorah, en el estado de Nueva York, donde supuestamente tuvo lugar la última resistencia de los nefitas.

Las planchas estaban llenas de jeroglíficos extraños, pero Smith pudo decodificarlo todo y de ahí salió el *Libro de Mormón*. El tal Mormón habría sido el profeta que redactó aquel libro hacia el año 390 y en su libro se contaría toda la historia del judeocristianismo en América desde el año 600 a. C. hasta su redacción.

Estos mormones creen tanto en la Biblia como en su *Libro de*

Mormón. Además, también hay otros como *Doctrina y convenios* y *La perla de gran precio*, ambos escritos por Smith, pero no me voy a meter en ello.

Creen en todo lo relacionado con Jesucristo igual que los cristianos, pero hay bastantes diferencias entre un credo y otro. Sus miembros no pueden consumir alcohol, café, té o tabaco, y mucho menos meterse drogas pal cuerpo. Incluso se desaconseja el abuso de la ingesta de carne. Muchos de sus líderes han practicado la poligamia, y en principio está permitida para los líderes y gente importante dentro de la orden, pero no para los miembros rasos.

En fin, ¿hay pruebas arqueológicas de todo esto? Absolutamente ninguna. Algunos grupos mormones dijeron que estos grupos judíos habitaron en Sudamérica, pero sin especificar mucho. Otros dicen que habitaron en Guatemala, y otros que, en la zona de los Grandes Lagos, entre Canadá y Estados Unidos.

Sin embargo, aunque los mormones crean que toda esta historia es verdadera, lo cierto es que los textos sobre ella hacen agua por todos lados. Para empezar, no hay ni rastro de estas ciudades de rollo mesopotámico. Luego está el problema de las lenguas de América. No tienen ningún tipo de conexión con las mesopotámicas, y si los lamanitas son antepasados de los nativos de América debería existir al menos un cierto parecido genético. Pero no.

Luego en el *Libro de Mormón* se habla de caballos, burros, vacas, elefantes, monedas, sinagogas, cultivos y armas que en el Nuevo Mundo no había. Y finalmente, pruebas de ADN entre la población de América descartan por completo un origen mesopotámico, judío o de Oriente Próximo.

BIBLIOGRAFÍA

ALEMAÑ BERENGUER, R. A., *Civilizaciones perdidas. El misterio de su historia y arqueología*, Editorial Almuzara, Córdoba, 2019.

BACON, F., *Nueva Atlántida* (edición de Emilio García Estébanez), Editorial Akal, Madrid, 2006.

BAGNOLD, R. A., *Libyan Sands: Travel in a Dead World*, Editorial Eland Publishing Ldt, 2010.

BÉDIER, J., *La historia de Tristán e Isolda* (traducción de Lluís María Todó), Editorial Acantilado, Madrid, 2011.

BLANCO, A., BLÁZQUEZ, J. M., BENDALA, M. y ELVIRA, M. A., «Tartessos», *Cuadernos de Historia 16*, 40, Historia 16, Madrid, 1985.

BRUGGER, K., *La crónica de Akakor*, Pomaire, Caracas, 1978.

BURROUGHS, W. S., *El fantasma accidental*, Editorial El Alpeh, Barcelona, 1995.

CARILLO GONZÁLEZ, R., *Breve historia de Tartessos*, Ediciones Nowtilus, Madrid, 2011.

CERVERA OBREGÓN, M. A., *Breve historia de los aztecas*, Ediciones Nowtilus, Madrid, 2011.

CHURCHWARD, J., *The Lost Continent of Mu*, Adventures Unlimited Press, Illinois, 2007.

DARWIN, C., *El origen de las especies por medio de la selección natural*, CSIC, Madrid, 2009.

DE OVIEDO, G. F., *Historia general y natural de las Indias: islas y tierra firme del mar océano* (vol. 3), Real Academia de la Historia, Madrid, 1853.

DEFOE, D., *Historia general de los robos y asesinatos de los más famosos piratas*. Editorial Valdemar, Madrid, 2006.

DIÁZ-MONTEXANO, G. (2017), *Atlantis Rising: National Geographic y la búsqueda científica de la Atlántida*, Babelcube Inc., 2017.

DONELLY, I., *Atlantis: el mundo antediluviano* (traducido por Mauricio Chaves Mesén), Colección Biblioteca esotérica #505, The Success and Prosperity Library, 2020.

DURÁN, D., *Historia de las Indias de Nueva España e islas de Tierra Firme*, Forgotten Books, Londres, 2018.

ECO, U., *Historia de las tierras y los lugares legendarios*, Lumen, Barcelona, 2014.

FARINI, G. A., *Through the Kalahari Desert: A Narrative of a Journey With Gun, camera, and note-book to Lake N'gami and back* (vol. 32), S. Lw, Marston, Searle, & Rivington, 1886.

FIENNES, R., *Atlantis of the Sands: the search for the lost city of Ubar*,

Editorial Bloomsbury, Londres, 1992.
GRANN, D., *La ciudad perdida de Z.*, Plaza & Janés, Barcelona, 2011.
GUENON, R., *El teosofismo: historia de una pseudo-religión*, Editorial Omnia Veritas, Valladolid, 2018.
HERRERA, A. D., *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y Tierra Firme del mar Océano que llaman Indias Occidentales*, Imprenta Real, Madrid, 1991.
KUPCHICK, C., *La leyenda de El Dorado y otros mitos del descubrimiento de América: la auténtica búsqueda de riquezas y reinos fabulosos en el Nuevo Mundo*, Ediciones Nowtilus, Madrid, 2008.
LÓPEZ DE GOMARA, F., *Historia general de las Indias*, Ediciones Orbis S. A. Colección Biblioteca de la Historia, Barcelona, 1985.
LUCENA SALMORAL, M., «El mito de El Dorado», *Cuadernos de Historia 16*, 101, Historia 16, Madrid, 1985.
MILLER, L., *Roanoke: Solving the Mistery of the Lost Colony*, Editorial Arcade PUB, 2012.
NÚÑEZ CABEZA DE VACA, A., *Naufragios* (edición de Eloísa Gómez-Lucena y Rubén Caba), Cátedra, Madrid, 2018.
PIMENTEL SILOS, M., *Leyendas de Tartessos: mitos, leyendas e historias de la primera civilización de Occidente*, Editorial Almuzara, Córdoba, 2015.
PRESTON, D., *La ciudad perdida del Dios Mono*, Literatura Random House, Barcelona, 2018.
RALEIGH, W. A., *El descubrimiento del vasto, rico y hermoso imperio de la Guayana*. En *Textos clásicos sobre la historia de Venezuela: [recopilación de libros digitalizados]* (p. 15), Fundación MAPFRE, Madrid, 2001.
SCOTT-ELLIOT, W., *La historia de la Atlántida y la perdida Lemuria* (traducido por Mauricio Chaves Mesén), Colección Biblioteca esotérica #503, Editorial The Success and Prosperity Library, 2020.
SEVERIN, T., *The Brendan Voyage: Across the Atlantic in a Leather Boat*, Gill Books, Dublín, 2005.
TEJERA, A. D., «El relato platónico de la Atlántida: comentarios a los diálogos *Timeo* y *Critias*», *Anuario de Estudios Atlánticos*, 42, Gran Canaria, 1996, pp. 209-242.
VV. AA., *Los grandes misterios de la historia*, Ediciones Debolsillo, Barcelona, 2009.
WAGNER, C. G., «Tartessos», *Cuadernos de Historia 16*, 41, Historia 16, Madrid, 1995.
WARREN, W. F., *Paradise Found: the Cradle of the Human Race at the North Pole; a Study of the Prehistoric Wordl*, Fredonia Books, 2002.

Table of Contents

AGRADECIMIENTOS
PARTE 1. OCÉANOS
1. LA ATLÁNTIDA
2. LEMURIA Y KUMARI KANDAM
3. EL CONTINENTE PERDIDO DE MU Y LA ISLA DE HIVA
4. LA ISLA DE SAN BRANDÁN
PARTE 2. EUROPA
5. HIPERBÓREA Y ÚLTIMA THULE
6. LA CIUDAD HUNDIDA DE YS O DE KER-IS
7. LYONESSE, ÁVALON Y EL MITO ARTÚRICO
8. KÍTEZH, LA ATLÁNTIDA RUSA
9. VINETA O JUMME, LA CIUDAD PERDIDA VIKINGA
PARTE 3.ASIA
10. IRAM DE LOS PILARES, LA ATLÁNTIDA DE LAS ARENAS
11. EL REINO DEL PRESTE JUAN
12. SHAMBHALA Y SHANGRI-LA, EL REFUGIO ESPIRITUAL DEL HIMALAYA
13. AGARTHA Y EL MITO DE LA TIERRA HUECA
14. PANCAYA, EL LUGAR DE ORIGEN DE LOS DIOSES GRIEGOS
15. BIRINGAN, LA CIUDAD FANTASMA DE FILIPINAS
16. YAMATAI, EL REINO PERDIDO DE JAPÓN
PARTE 4. ÁFRICA
17. ZERZURA, LA CIUDAD OCULTA DE EGIPTO
18. LA CIUDAD PERDIDA DEL KALAHARI
19. LIBERTALIA, EL GRAN REFUGIO DE LOS PIRATAS
PARTE 5. AMÉRICA DEL SUR
20. VILCABAMBA LA GRANDE Y LA RESISTENCIA INCA
21. PAITITI, EL REINO OCULTO DE LOS INCAS
22. LA SIERRA DE LA PLATA Y EL MISTERIO DEL REY BLANCO
23. LA CIUDAD DE LOS CÉSARES O TRAPALANDA
24. EL MITO DE EL DORADO
25. LA CIUDAD DE MANOA
26. LA CIUDAD PERDIDA DE Z
27. AKAKOR, UNA CIUDAD PERDIDA INVENTADA
28. PAÍS DE CUCAÑA O DE JAUJA
29. EL CERRO URITORCO Y LA CIUDAD PERDIDA DE ERKS
PARTE 6. AMÉRICA DE NORTE
30. AZTLÁN Y CHICOMÓZTOC, LA PATRIA ORIGINARIA DE LOS AZTECAS

31. BIMINI Y LA FUENTE DE LA ETERNA JUVENTUD
32. CÍBOLA, QUIVIRA Y LAS SIETE CIUDADES DE ORO
33. LA CIUDAD BLANCA DE HONDURAS O LA CIUDAD DEL DIOS MONO
34. REINO DE SAGUENAY, LA CIUDAD DE ORO DE CANADÁ
35. ROANOKE, LA COLONIA PERDIDA
36. ZARAHEMLA, LA CIUDAD DE LOS MORMONES
BIBLIOGRAFÍA